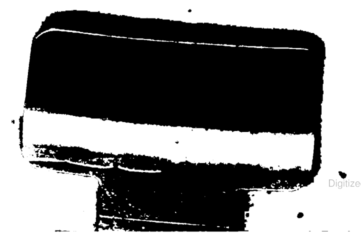


DZSA
.F47
M33
2
Digitized by Google



BIBLIOTECA CLÁSICA DE RELIGION.



DE

SAN FELIPE NERI.

VIDA DEL GLORIOSO PADRE

Y PATRIARCA

S. FELIPE NERI,

FUNDADOR

De la Congregacion del Oratorio.

ESCRITA EN ITALIANO

POR

EL P. JUAN MARCIANO,

Prepósito que fué de la misma Congregacion en Nápoles,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR DON M. DE B.

TOMO II.

MADRID : 1852.

Establecimiento tipográfico de D. N. de Castro Palomino,
Calle Ancha de S. Bernardo, 73.

VIDA DEL GLORIOSO PADRE

Y PATRIARCA

SAN FELIPE NERI,

Fundador de la Congregacion del Oratorio.

CAPÍTULO XXIII.

De la luz maravillosa que le comunicó Dios al Santo para guiar las almas, y de los suaves medios con que procuraba alejar de la culpa á sus penitentes, principalmente á los jóvenes.

Aquel Dios, que cuando elige á una persona para cualquier empresa le dá todo lo que necesita para llevarla á cabo, habiendo elegido á Felipe para santificar á Roma, le comunicó la luz necesaria para gobernar las conciencias, y tan brillante, que mejor que sus penitentes conocia lo que pasaba en el seno de sus cora-

zones. No atreviéndose un penitente á presentarse delante del Santo, porque nó habia combatido las tentaciones, se colocó un dia que fué al Oratorio en sitio donde no pudiera verle. Pero mal podia esconderse á la vista del que penetraba su corazon; por lo que no solo le vió, sino que le llamó diciéndole: «¿Nó es cierto que huyes de mí?» Llevándole despues á parte, le corrigió con cariño, refiriéndole minuciosamente cuanto le habia pasado en la nocturna lucha. Asombrándose el penitente al ver de este modo descubierta su conciencia, se llenó de compuncion. A semejanza de este tuvo vergüenza otro jóven de confesar ciertos pecados graves, pero no pudo ocultárselos á Felipe, el cual no solo se los refirió uno por uno, sino con las circunstancias que solo podia saber por revelacion divina; por lo que conmovido el penitente lloró sus culpas haciendo una confesion general. Hospedóse en la Congregacion Teo Guerra, de Sena, hombre de gran virtud, que acababa de llegar á Roma, y viendo una tarde al Santo que hablaba y se reia con ciertos Prelados, se figuró que no seria tan bueno como se decia; y confesándose con

él á la mañana siguiente, no hizo mencion de este mal pensamiento, por lo que le dijo Felipe: «Sé siempre sincero en tus confesiones, y no ocultes jamás al confesor por respeto humano ningun pecado por ligero que sea;» y en seguida añadió: «¿por qué no te confiesas de que ayer tarde te escandalizaste de mí?» Esto fué causa de que el citado Guerra le tuviese en lo sucesivo en mayor estima.

Pero no solo le concedió Dios que conociera las culpas de sus penitentes sino las tentaciones y el modo con que en ellas se conducian, y aun las que habian de tener en lo sucesivo. En una ocasion dijo á Hector Modio: «Tú tienes tales y cuales tentaciones, y eres negligente en desecharlas, y lo que es peor, no te acusas de ellas;» con lo que se enmendó de sus errores. Al caballero José Zerla le revelabá no solo los pensamientos que habia tenido, sino los que habia de tener; amonestándole con consejos y remedios oportunos. Notable en estremo fué lo que sucedió en este particular á Mucio Aquileyo, como él mismo afirmó. Era jóven, y habia cometido algunas culpas de que no se confesaba al

Santo por vergüenza. Sucedió pues que un dia reprendió Felipe fuera de confesion á una anciana por no sé qué pecado, amenazándola con estas palabras: «Habrás de condenarte;» estaba presente Mucio, y al oir tal amenaza, en vez de compungirse se rió con insensatez juvenil, pero el Santo, que conocia su miserable estado, volviéndose á él le dijo: «Y tú tambien.» No bastó esto, sin embargo, para hacerle entrar en cuentas consigo mismo, sino que fué preciso que en la primera confesion le dijese el siervo de Dios uno por uno todos los pecados que le ocultaba; con lo que al fin se dispuso á la confesion. No quiero pasar en silencio aquí, como al administrar el sacramento de la Penitencia restituia á los penitentes no solo la salud del alma, sino la del cuerpo. Padeciendo cierta enfermedad un labrador de Palombara, punto cercano á Roma, fué lleno de fe á encomendarse á sus oraciones, pues no encontraba descanso á ninguna hora. Aconsejóle el Santo que se confesase, y al punto que lo hizo curó el infeliz de su dolencia. Súpose el caso en Palombara, é inmediatamente acudieron á Roma algunos que

padecian el mismo mal para confesarse con él Santo, diciéndole: «Queremos que nos cureis como lo habeis hecho con el otro;» y viendo Felipe su sencillez, los confesó y los despidió llenos de consuelo. Se tenia por tan cierto que el confesarse con él era saludable para alma y cuerpo que Torcuato Conti lo hizo por consejo de Tarugi para recobrar su salud; y en efecto no habia terminado su confesion cuando desapareció el mal. Pero volvamos á nuestro propósito: al solo aspecto de la persona conocia el Santo el interior de su conciencia, segun afirma el cardenal Federico Borromeo con las siguientes palabras: «Tuvo Felipe tan alto conocimiento en este punto, que advertia la mudanza del estado bueno al malo, siquiera se hiciese en breve tiempo; de modo que dijo en una ocasion á cierta persona: *Tú tienes mala cara*. Retiróse esta entonces, é hizo algunos actos de contricion, y Felipe, que no tenia noticia de lo que habia hecho, le dijo cuando volvió á verla: *Desde que no te he visto has mudado de aspecto.*»

Igual testimonio dieron los cuatro dignísimos cardenales Francisco María Tarugi, Octavio

Paravicino, Gerónimo Panfilio y Pedro Pablo Crescencio; por lo que sus penitentes tenian por tan cierto que conocia cuanto hiciesen, que se abstenian de entrar en una conversacion de la que pudiera resultarles algun escrúpulo, pues decian: «No, no; es preciso estar alerta, porque el P. Felipe lo descubriria.» Finalmente los mismos penitentes para tranquilizar su conciencia y asegurarse de que lo habian dicho todo, rogaban al Santo que les advirtiese si se habian olvidado de algo, y si él les decia que no, quedaban tranquilos y satisfechos. A mas de esto, cuando estaban delante de él con la conciencia manchada, les parecia que estaban como en brasas, mientras que por el contrario si no les remordia de nada gozaban con su vista de una celestial dulzura.

Pero no solo veia Felipe lo mas oculto de las conciencias, con lo que podia sacarlas del profundo abismo del pecado, sino que además conocia los medios convenientes á cada uno para dirigirse por el camino de la perfeccion. De aquí es que aunque hizo entrar á tantos en las Religiones, como se ha dicho, disuadió de ello á otros muchos que lo deseaban, porque

conocia que ó no serian constantes en ellas, ó que Dios queria servirse de ellos en otro estado, como despues lo demostraba la esperiencia. Cesar Baronio le suplicó en su juventud que le permitiese entrar en la ejemplarísima religion de los Padres Capuchinos, y sin embargo de sus muchas instancias no condescendió el Santo; de modo que algunos que no estaban al alcance de la razon que le asistia para esta negativa, se admiraban de que alejase á aquel jóven de un estado tan perfecto. Pero ¿quién no vió despues cuán acertado anduvo, supuesto que Cesar en el estado de presbítero secular se perfeccionó á sí mismo, ilustró la Iglesia con sus *Anales*, y conservó y aumentó la dignidad de la misma con aquella fortaleza de verdadero sacerdote? Con igual penetracion conoció que no era vocacion divina la de Camilo de Lélis á la misma religion de Capuchinos, porque Dios le destinaba para otra empresa. Este gran siervo de Dios, como refiere el P. Sancho Cicatelli en su *Vida*, habia abrazado aquel santo Instituto con voto secreto; pero resultándole una llaga maligna en el pié se vió precisado á salirse de él. Si-

embargo no perdió su corazon el afecto hácia aquella Religion, por lo que luego que curó trató de volver á entrar en ella, sin atender á la prediccion de Felipe, que le dijo se le renovaria la llaga, si de nuevo vestia aquel hábito. En efecto, al cabo de cuatro meses tuvo que salirse otra vez, y yendo á confesárse con Felipe: «A Dios, Camilo, le dijo este; ¿nó te dije yo que no volvieses á esa Religion, que se te renovaria la llaga?»

No menos deseo tenia de entrar Capuchino Francisco Pucci de Preneste, y aunque el santo Padre le decia: «Tú no eres bueno para la Religion: vete á tu pais, que allí lograrás mayor fruto;» vencido al fin de sus instancias, se lo permitió, si bien le dijo «que no permaneceria mucho tiempo en ella.» Partió, pues, para Viterbo, en donde debia tomar el hábito; pero sorprendióle tal accidente en el camino, que los Padres que le acompañaban le aconsejaron se volviese á su casa para curarse. Obedeció él; pero arrepintiéndose despues, se obligó con voto á abrazar aquel Instituto, y manifestándoselo á Felipe, le aconsejó este que pidiese dispensa. Hízolo así Francis-

co, pero no por esto se tranquilizó; por lo que el Santo habló para que no le admitiese al general de los Capuchinos, quien conociendo perfectamente el acierto de Felipe en la direccion de las almas, al presentarse Pucci le dijo «que si él habia hecho voto de entrar en la Religion, los Padres no le habian hecho de recibirle.» De este modo desechando aquel pensamiento, y siguiendo el consejo de Felipe, se retiró á su patria, en la que habiendo llegado á ser Arcipreste, no solo en ella, sino en el Lacio y en la Campaña romana recogió tal fruto, que le llamaron Apóstol de aquellos lugares.

Conocia además el Santo la perseverancia en el bien y en la Religion abrazada, y la instabilidad de los inconstantes: así pues viendo vestir el hábito de santo Domingo á dos hijos suyos espirituales, llamados el uno Francisco y el otro Juan Bautista Saraceni, dijo: «Juan Bautista abrazará el Instituto religioso, y perseverará en él; pero Francisco antes de que pase un año dejará el hábito.» De otros dos penitentes, francés el uno é italiano el otro, dijo, «que este que era el que se mostraba mas

devoto se enfriaria con el tiempo, y que el francés por el contrario seria constante.» Pero, sin lo ya referido, bastaria para indicar cuan grande fuese la luz de Felipe el solo hecho que voy á referir. Confesábase con él un portugués, jóven de diez y siete años; pero de tanta madurez en el espíritu, que solo al oirle hablar de las cosas celestiales quedaban admirados aun los literatos. Era él paje del cardenal de Monte Polizziano, y pareciéndole que viviria mas seguro en el puerto de la Religion, que en el borrascoso mar de la córte, empezó á desear con vehemencia el estado religioso; y aunque Felipe no aprobase su resolucion, vencido al fin por sus importunos ruegos, se lo permitió; y en efecto se vistió con gran júbilo el sagrado hábito, á cuya ceremonia quiso hallarse presente el santo Padre. ¿Quién al ver á este jóven tan virtuoso abandonar las esperanzas del siglo y retirarse al claustro, no hubiera pronosticado un éxito feliz y no comun en la virtud? Felipe, sin embargo, se retiró á un lado mientras la ceremonia, y se puso á llorar; por lo que preguntándole Tarugi la causa de su afliccion, respondió: «Lloro las

virtudes de este jóven.» No comprendió Tarugi por entonces el significado de estas palabras; pero lo entendió despues que vió á aquel, si no despojado del hábito religioso, lanzarse sin freno en la senda del vicio y del escándalo. No menos manifestó Felipe su penetracion, cuando al alabar algunos la virtud de la vida de un sugeto que Felipe conocia aunque no era su penitente, dijo á uno de ellos: «Tú no le conoces: él es un espíritu diabólico;» y en efecto, contra la opinion general, al cabo de algunos años cayó en una heregía, que abjuró despues.

Tan manifiesta era á todos esta penetracion de Felipe, que habiendo llegado á Roma Ursula Benincasa, doncella napolitana, con gran fama de santidad, y quien aun delante del Papa, que entonces lo era Gregorio XIII, quedó en éstasis por tres veces, juzgó este que no habia hombre mas á propósito que él para probar su espíritu.

Al efecto nombró el sumo Pontífice una comision de sugetos muy doctos y virtuosos entre los cuales se contó el cardenal de Santa Severina y nuestro Santo, á quien encargó

especialmente el cuidado de aquella alma. En vista de tal mandato se procedió al exámen riguroso de Ursula, y en el primero comenzó Felipe á tratarla delante de los examinadores con términos muy duros y punzantes, para hacer prueba de su espíritu, paciencia y humildad. Díjola «que era una mala Napolitana, llena de soberbia y arrogancia, endemoniada é inventora de falsedades, con las cuales procuraba ser tenida por santa, y engañar al Pontífice; mas que al fin caeria en las manos de quien le haria conocer quien era, y castigar como merecian sus astucias.»

A este diluvio de contumelias é injurias nada respondió, ni se alteró en lo mas mínimo la santa doncella, sino lo oyó todo con grandísima humildad, quedando luégo estática á vista de aquellos Padres, los cuales, cuando la vieron volver en sí, la escarnecieron con varios dicterios. Ella, despues de injuriarla S. Felipe con los suyos, se le postró á los piés y le dijo: «Padre mio, yo soy como V. R. dice, y merezco todo castigo. Aquí estoy á sus piés; pídole que remedie mis males, y me ayude á ser buena, que nada mas quiero.» La misma

súplica hizo á los otros Padres, que mostrándole que la tomaban en mal sentido, la despidieron con desprecios y amenazas, si bien interiormente quedaron muy edificados. Aunque en S. Felipe era tan eminente el don de la discrecion de espíritus, con todo permitió Dios que en esta ocasion se hallase dudoso y falto de luz, por cuya causa hacia que le viniese á hablar muchas veces Ursula, para continuar el exámen. Dudaban mucho los Padres, y especialmente el Santo, de si estaba ilusa, y se le originaban aquellos éstasis por operacion del demonio; y para satisfacerse de ello, el cardenal de Santa Severina, en hábito pontifical, la conjuró un dia con imponente majestad, haciendo entre los exorcismos varias preguntas al demonio; pero viendo que no le daba respuesta, añadió con grande imperio, y en voz alta: «Yo te mando en nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que me digas: *Tu quis es?*» (Tú ¿quién eres?) Incorporóse luego la doncella, y puesta en pié, y con el rostro encendido, que causaba terror, respondió fuertemente en el mismo tono de la pregunta: «*Ego sum, qui*

sum.» (Yo soy, el que soy.) Pronunció estas palabras con tanta majestad, que hizo temblar y perder el color á todos los presentes; y el Cardenal no quiso continuar el exorcismo, diciendo que el demonio no podia dar tal respuesta. Llegó en este tiempo el Santo, y despues de continuar los desprecios y las injurias, le puso de cuando en cuando á la vista un Crucifijo muy devoto que traia, y le aplicó algunas reliquias de Santos, para ver si le causaban algun terror; pero ella muy serena y alegre besaba la sagrada Imágen, y veneraba las reliquias con admiracion de todos los presentes.

Ordenáronla que declarase algun sentido de la *Sagrada Escritura*, y despues de obedecer, la trató el Santo con palabras muy ásperas, diciéndola que por aquel dicho merecia ser azotada y afrentada por Roma. Postrósele luego la doncella á los piés, y besándoselos, dijo «que solo él la trataba como ella merecia.» Envióle á decir el Cardenal que si queria escapar del castigo huyese de noche, porque el Papa y la junta la habian condenado á ser públicamente ajusticiada. Pero ella, dándole

las gracias por el aviso, le respondió «que de ningun modo saldria de Roma, porque mas bien queria la muerte, con tal que la librasen de cualquier engaño, si lo tenia.» Esta respuesta contentó mucho al Santo, infiriendo de aquí la sincera pureza de conciencia, y la firme constancia que habia en aquella vírgen; mas con todo ordenó que de noche la sacasen de casa de Lucas Antonio, su sobrino, que la habia traido de Nápoles, y la depositasen en la de unas mujeres españolas, para que estas la observasen atentamente todas sus acciones. Y porque el sobrino le fué allí á hablar, la trasladó á otro lugar mas distante y oculto, donde la entregó á dos confesadas suyas, señoras muy virtuosas, con órden de que la injuriasen, despreciasen y observáran sus movimientos, encargándoles mucho que reparasen cuidadosamente si mostraba sentimiento en las injurias; mas lejos de mostrarlo, dejó siempre á las compañeras muy edificadas de su paciencia y bondad. No cesaba el Santo de visitarla con los acostumbrados vejámenes, y entendiendo que á los espíritus malignos son terribles los ojos del sacerdote, fijaba los

suyos en los de ella, la cual sin pestañear con los propios, y moviendo los labios proferia con tanta eficacia el nombre de *Jesus*, que el Santo retrocedia como asaltado de temor. Otras veces, despues de celebrar la misa, le aplicaba á la nariz los dos dedos que habian tocado la sagrada Hostia, cuyos toques sienten mucho los energúmenos; pero ella sentia tanta suavidad, que quedaba repentinamente estática. Tal vez con la mano le daba fuertes bofetadas, conjurándole que dijese el espíritu que tenia, y ella respondia: *Jesus*; saliéndole de la boca al mismo tiempo un grande resplandor.

Atónito el Santo con tantas maravillas, no cesaba de hacer continua oracion, y con sacrificios, ayunos y disciplinas de sus sacerdotes é hijos espirituales, pedia á Dios le diese luz para descubrir la verdad; y entre tanto se resolvió á continuar con mayores pruebas, por ordenarlo así el Papa. Dispuso pues que las dos devotas señoras con quienes estaba la despojasen de los vestidos en lugar retirado, y viesen si traia ocultamente algun instrumento mágico y diabólico que le causase aque-

llos éstasis; pero no le hallaron mas que unas cuentas, y por órden del Santo las metieron en un baño de agua y yerbas benditas por él, tratándola siempre con los acostumbrados desprecios. Como en nada se le descubria asistencia del demonio, entró el Santo con los Padres en el pensamiento de que se le aplicasen remedios naturales, para que sanase de la enfermedad, ó se conociese si lo era; pero los médicos, por el estado de la doncella y síntomas de los éstasis, convinieron en que la enfermedad no era natural. Con todo, por persuasion del Santo y de los otros dos examinadores, la recetaron copiosas sangrías, fortísimos medicamentos, y despues una medicina tan fuerte, hedionda y violenta, que el boticario le dijo á S. Felipe, que si la tomase toda junta, peligraria la vida de la enferma. Despues de echarle el Santo su bendicion á la medicina, se la dieron á Ursula, y la bebió tan intrépida, como si fuera el mas suave néctar, y luego se quedó estática por mas tiempo que de ordinario. Estando un dia con el Santo, y dándole uno de los acostumbrados júbilos del corazon, preguntada, dijo sencilla-

mente «que era la alegría del espíritu»; mas el Santo, con semblante agrio y colérico, levantó el brazo amenazando darle un golpe en la boca, y le dijo: «Temeraria, soberbia, hipócrita, ¿tú mereces tener consolaciones espirituales?» A estos improperios correspondió ella con su acostumbrada humildad, postrándosele á los piés, y confesando pór verdaderos todos los vicios con que la daba en rostro.

•Entre tanto el sobrino de Ursula muchas veces buscaba y procuraba noticias de su tia, preguntándole al Santo, el cual siempre lo improperaba ásperamente por haberla hecho tan soberbia, dando crédito á sus ficciones y trayéndola á Roma, por lo que todos sus parientes habian de ser castigados con ella. Otras veces le prometia enviarlo libre á Nápoles, si le descubria la verdad; mas ni con las promesas ni con las amenazas pudo nunca sacar mas que certidumbres de la integridad de la vida de la doncella y de sus parientes. Confirmóse mucho en este concepto, porque enviando secretamente con un viejo confidente suyo cierta cantidad para que la diese al sobrino, con el pretesto fingido de que la daba

por devocion que tenia á Ursula, el sobrino por ningun caso quiso tomar el dinero, afirmando «que tenia precepto espreso de ella para no aceptar cosa alguna»; sirviendo esta prueba de nueva edificacion al Santo, en quien cada vez crecia mas la buena opinion de la doncella. Aun no se dió por seguro con tantos y tan rigurosos exámenes, y comenzó á usar de los mas sensibles por ser tocantes al espíritu. Prohibióla la oracion, la comunion, la frecuencia de Sacramentos, la aplicacion continua á las cosas del cielo, la lectura de libros devotos, el rosario de nuestra Señora, su Oficio y todas las oraciones vocales. Mandóla que en los dias de entre semana no oyese misa, que no levantase el pensamiento á Dios, que no invocase el nombre de Jesus, que no se persignase ni hiciese ningun otro acto de cristiana, sino que solo puesta en la cocina, se ocupase como vil sierva en los ministerios mas bajos de la casa, procurando siempre, con todas las fuerzas posibles, resistir y desechar aquellos ímpetus interiores. ¿Qué mas rígida, severa y violenta podia ser la prueba y el precepto? Solo quien de veras ama á

Dios y tiene trato con él, podrá ponderar estos rigores. Con todo, la legítima esposa del Señor, postrada en tierra, prometió obedecer, y así lo cumplió por espacio de tres meses; mas no obstante las posibles resistencias que hacia, le continuaban como antes los éstasis, de suerte que ya S. Felipe andaba pensativo sobre la nueva órden que la habia de dar, pues con las anteriores no veia mudanza alguna.

Concluida esta durísima prueba, en que pareció milagro que no perdiese la vida, la sobrevino un accidente, con el que cayó en el suelo casi muerta, pálida, sin fuerzas, sin habla ni pulsos, y reducida á las últimas agonías. Avisaron al Santo, el cual vino al instante, y viéndola en aquel estado, se afligió y compadeció tanto que se le arrasaron los ojos de lágrimas. Apenas la vieron los médicos, convinieron en que estaba moribunda. Vinieron tambien sus parientes, y sabiendo Cristina su hermana que Ursula no habia comulgado en tres meses, se admiró de que hubiera vivido tanto, y pidió que la diesen el Santísimo Sacramento, porque de esta falta se

originaba aquel mal. Se avisó por órden del Santo al párroco, y luego que este salió con el Señor y oyó la campanilla, levantó la cabeza, abrió los ojos y la boca, esperando como cierva sedienta la Fuente de las aguas. El sacerdote le ministró la sagrada Comunion, y en el mismo instante se desvaneció todo el mal y ella quedó estática. Aquí comenzó el Santo á cerciorarse mas de ser bueno el espíritu de la doncella, y ya la trataba con mayor blandura; mas todavía mandó á un sacerdote que la preguntase la esplicacion de uno de los mas recónditos misterios de nuestra santa fe; y esplicándolo ella, como quien lo entendia muy bien, con esta noticia quedaron consoladísimos tanto S. Felipe como el cardenal de Santa Severina, y confirmados de no haber engaño en la doncella. Sin embargo, como el B. Padre aun no tenia luz de Dios especial, aun se hallaba con alguna suspension de ánimo, por cuya causa, viniendo á buscarlo el sobrino de Ursula, les dijo á muchas personas que estaban presentes: «¿Quereis que os muestre al sobrino de sor Ursula, aquel que se hace rico por su respeto?» Y volviéndose

á él: «Vén acá, le dijo, que quiero que te conozcan estos señores. Confiesa aquí la verdad: «¿Cuánto dinero has juntado por medio de Ursula?» Respondió el mozo llorando, que su tia sí lo habia hecho muy rico de la divina gracia; pero que por su medio nada habia recibido, por haberlo ella misma prohibido espresamente, como se podian informar en Roma y en Nápoles. Entonces lo consoló el Santo, y le dijo: «Véte con Dios, que estamos esperando que venga el Papá de Frascati, para que resuelva lo que se ha de hacer de tu tia; y ten entendido, que como dice este libro, de cien personas que tienen éstasis, las noventa y nueve son engañadas; y de Ursula tu tia en la muerte se sabrán todas las cosas.» Despidióse el mozo, y la venerable vírgen, no obstante que Dios interiormente la confortaba, quedó tan temerosa de estar ilusa, que despues durante toda su vida costó mucho á sus confesores el sosegarla.

Concluidos tantos y tan estraordinarios exámenes, resolvieron los Padres de la junta hacer relacion puntual al Papa, especialmente S. Felipe, convencido ya de la virtud de Ur-

sula con celestial aviso, como refiere el canónigo Montanari. Pues hallándose con alguna perplejidad, el demonio intentó valerse para confirmarlo en ella de un hombre perverso, el cual vino á decirle que sabia muy bien ser Ursula de pésima vida, añadiendo otras falsedades; mas al mismo tiempo oyo el Santo una voz del cielo que le avisó «no diese credito á los diabólicos dichos de aquel hombre, ni molestase mas á la doncella, que era verdadera sierva de Dios, su esposa muy amada, y por tanto guiada por el Espíritu Divino.» Alegróse mucho el Santo con esta celestial noticia, depuso los temores, aprobóle absolutamente el espíritu y con el cardenal de Santa Severina, y otros Padres de la junta hizo relacion al Pontífice, quien quedó consoladísimo. Suscitóse despues la cuestion de si la V. Vírgen deberia ó no volver á Nápoles, por la instancia que hacian muchas señoras respetables, que querian se quedase en Roma para que fuese fundadora de un monasterio; y deseoso el Santo de ver si era voluntad de Dios que ella partiese, la envió á decir, que si deseaba ir á Nápoles le diese por señal de la voluntad di-

vina, que al dia siguiente saliese el sol claro y serenase el tiempo, cesando las lluvias continuas que no cesaban ya habia algunos meses; porque de otra suerte no la daria licencia para ausentarse. Propuso la V. Vírgen á Dios esta súplica, y al dia siguiente apareció la mañana serena, el cielo limpio y el sol clarísimo, con escesivo júbilo de toda la poblacion que al fin supo la causa de esta mudanza.

Antes que partiese la dió muchos avisos y documentos espirituales, para que pudiese conservarse en santa simplicidad y humildad, asegurándola de todo engaño y confortándola en el servicio de Dios, y diciéndola que cuanto hasta allí habia hecho, todo habia sido por su bien. Fué la doncella á despedirse y besar el pié al Papa, el cual encargó al Santo, que estaba presente, que la proveyese de confesor en Nápoles; y él la dijo: «Hija, tú por ahora tendrás por confesor al P. Prepósito de la Congregacion del Oratorio; mas Dios te reserva para la religion Teatina.» Y con el suceso se verificó el vaticinio. Despedida ya del Pontífice, mientras esperaba la litera, en que habia de irse, la tomó Felipe de la mano

y paseándose con ella por la sala, la dijo: «De esta suerte pasearémos por las calles del Paraiso;» profetizándola la bienaventuranza que ambos lograrian. Dióla despues en señal de benevolencia su propio bonete, y poniéndoselo en la cabeza, le ordenó que así, sin otro velo, habia de entrar en Nápoles; y en agradecimiento le dió la V. Vírgen su rosario. Despues le pidió de rodillas la bendicion y que la encomendase á Dios; y concediéndosela el santo Padre la despidió por último con estas notables palabras: «Vé, y ten cuidado de la ciudad de Nápoles que yo lo tendré de Roma.» La sierva de Dios tuvo siempre en grande veneracion el bonete, le daba afectuosos ósculos, estimando por singular merced que con él la hubiese coronado el santo Padre como con una guirnalda despues de tantos conflictos.

La semana que lo canonizaron, la madre sor Catalina Palmieri con otras religiosas del monasterio de que fué fundadora la V. Vírgen, pusieron el solidéo en la cabeza de la imágen de esta sierva de Dios, pidiendo al Santo que las ayudase en sus trabajos. Entonces se le

apareció ella y la dijo: «¿Sabes, Catalina, por qué quiso el Señor que Felipe me pusiese el bonete de sacerdote? Fué porque yo honraba al Santísimo Sacramento mas que muchos Sacerdotes; y como lo hacia con toda aquella honra y reverencia que podia, así me convenia la insignia que se dá á los Sacerdotes, y porque yo tenia dentro de mí á Dios, como ellos lo tienen en las manos. Y como S. Felipe conocia esto, por eso me puso en la cabeza su bonete.»

Despues de volverse ella á Nápoles, dijo el Santo á diversos sugetos, que Dios la habia elevado á la perfeccion por aquel camino, porque era doncella muy pura y de grande simplicidad. Antes de partir de Roma la profetizó que llegaria á tal estado que los Sacerdotes le darian de comer como á una niña. Y así fué; porque en su pobre lecho estuvo enferma con la cabeza colgando, los dedos torcidos, los piés sin movimiento, y para tomar el sustento de algunos bocados de pan, era necesario que el Sacerdote con sus dedos se los entrase en la boca, porque de otra suerte no los recibia el estómago sin náuseas y desmayos, hasta

que falleció á 16 de enero de 1618 con general opinion de gran virtud. Toda su vida respetó á Felipe por Santo, teniéndole grandísima veneracion, como ella misma lo manifestó con estas palabras: «Por órden del Papa Gregorio XIII fuí entregada á la direccion del padre Felipe; y aunque yo no entiendo de espíritus, conocí en aquel Padre un grande amor á Dios y veia que con grande ardor tenia su amor en el pecho, y cuando hablaba conmigo parecia estremecerse todo con el grande deseo de llevar almas á Dios. Al tiempo que me injuriaba, me decia que profiriese yo contra él las mismas injurias; en lo que conocí su grande humildad. En mis acostumbrados éstasis, que tengo por cruces, si me llamaba otro no entendia nada; pero si él me hablaba con el dulcísimo nombre de Jesus, aquella bendita voz me penetraba de manera, que volvia del éstasis, como no lo acostumbro, y conocia en él la virtud de Dios. En la iglesia de S. Gerónimo, despues de darme la comunion, estando yo estática, me ordenó que fuese con él, y no obstante estar fuera de mí, hizo que fuese en su compañía.» Hasta aquí la V. Vírgen.

Con el mismo medio de la mortificacion con que probó nuestro Santo á la venerable Ursula Benincasa solia probar si era ó no bueno el espíritu de los demás, juzgando, segun la antigua máxima de los Santos, que en donde no hay una gran mortificacion no puede haber gran santidad. Por esto, despues de haber mortificado á un cierto Fr. Felipe, lego de la Orden Tercera de S. Francisco, mandado á él por el cardenal Cusano protector de la Orden, declaró «que aquel hombre habia caminado bien hasta entonces; pero que estaba en peligro, porque libre y errante, sin el vínculo de la obediencia, iba por do quiera á su antojo; aconsejándole por lo tanto que entrase en Religion, ó al menos eligiese un confesor estable de cuya obediencia dependiera.» Igualmente despues de semejantes pruebas alabó el espíritu de una sierva de Dios llamada Sor Antonia, cuya bondad manifestó el Santo á los circunstantes con hacerles ver que si bien era ciega de los ojos corporales, tenia tanta luz en los del alma que haciéndola arrodillar delante de uno que no sabia que fuese sacerdote para que orase por él, conoció, no solo que lo era

sino que habia celebrado aquella mañana, besándole por esto las manos con que habia manejado al Hijo de la Virgen.

Rigorosa fué, en fin, la prueba que hizo una vez de la virtud del célebre orador fray Alfonso, capuchino, por sobrenombre fray Lobo, pues debiendo subir al púlpito muy en breve, le reprendió como si se vanagloriase de los aplausos populares que se le tributaban, y como si no los mereciera, con lo que quedaron atónitos cuantos se hallaban presentes. Pero el buen Fr. Lobo, como humilde cordero se postró en tierra vertiendo lágrimas, y con sentimiento de humildad cristiana confesó que Felipe decia la verdad. Viendo esto el Santo, lleno de consuelo le abrazó, y le exhortó y animó á proseguir en la predicacion del Evangelio, y por último se encomendó á sus oraciones. Como ilustrado maestro de espíritu, daba saludables consejos á los confesores para la buena direccion de las almas. Primeramente decia que no era conveniente el conducir á los penitentes por el mismo camino que habian ido ellos, pues que siendo tan diversas las sendas que llevan hasta Dios, y

tan diferentes la complexion é inclinaciones de los hombres, muchas veces no son á propósito para uno los ejercicios y meditaciones que lo son para otro. Advertia además que no siempre debe concedérseles hacer todo lo que piden, siendo muy provechoso á veces el interrumpir sus propias devociones, ya para que descansen, y ya porque les sirva de mortificacion venciendo la inclinacion á ellas. No aprobaba que los penitentes mudasen con facilidad de confesor, ni que estos aceptasen, sino en algunos casos, los de otros, como lo practicaba él. Aprobaba que el marido y la mujer se confesasen con el mismo confesor, porque de ello nace la paz de la familia, y la de ellos mismos; pero que de ningun modo lo hiciesen contra su voluntad.

Aconsejaba á los penitentes que no obligasen al confesor á que les diese licencia para hacer aquello á que se sentian inclinados; y que aun en los casos en que no tenian pronto al confesor debian interpretar prudentemente su voluntad, y despues en tiempo oportuno manifestarlo. Que las disciplinas y otras penitencias corporales debian hacerse siempre

con su licencia, porque de otro modo destruian la naturaleza, ó engendraban espíritu de vanidad y soberbia. Que no se hiciesen votos sin el consejo del Padre espiritual; cosa que no concedia él fácilmente por el peligro que hay de quebrantarlos; por lo que aconsejaba que en un caso se hiciesen condicionales. Era opuesto á permitir que se mudase de estado; deseando que se perseverára en aquel á que Dios le habia llamado, con tal que se viviese sin pecar, diciendo que aun en el siglo podia llegarse á la perfeccion, y que para alcanzar la virtud no eran obstáculo las artes ni el trabajo; y por esto no aconsejaba ni permitia que mudasen de estado á los que vivian virtuosamente en la córte, pues segun él para pasar del mal estado al bueno no hay necesidad de consejo; pero que para pasar del bueno al mejor era necesario tiempo, consejo y oracion. Decia además que debian examinarse meses y años enteros las inspiraciones de hacerse Religioso, para aclarar si era verdadera vocacion; pues que si bien el estado de la Religion es mas eminente y perfecto, no conviene á todos ni todos son llamados á él; pero

cuando se trataba de quitar la ocasion del pecado al punto concedia que se entrase en Religion para ponerse en seguro. Aconsejaba á las mugeres que fueran amantes de su casa, y que no vagasen fuera de ella, sino que atendiesen á su familia. Por esta razon alababa mucho á una señora, llamada Marta de Espoleti; y preguntándole por qué la encomiaba tanto, respondió, porque *manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum*. Daba por remedio al que habia caido en pecado despues de haber observado por algun tiempo una vida espiritual, que manifestase la culpa á una persona de buena vida y confidente; para que Dios en premio de su humildad le redujera á su primer estado.

Finalmente no aprobaba que los confesores hiciesen demasiado dificil el camino de la salud, particularmente á los penitentes recien convertidos, ni que usasen de reprensiones duras; sino que fuesen dulces y compasivos, procurando ganarse su voluntad mas bien con amor que con aspereza; y en efecto su esperiencia le habia hecho ver cuantos y cuántos habia convertido con la dulzura. Ni un solo

dia pasaba sin que un sugeto penitente suyo por la mala costumbre dejase de resbalar en el vicio, y sin embargo Felipe no le imponia otra penitencia, sino que al punto que cayese en el pecado se confesára antes de volver á caer. Obedeció aquel, y cuantas veces volvia á los piés de Felipe para confesarse, otras tantas le absolvia, imponiéndole la misma penitencia. Con esta suavidad y paciencia venció la dureza del obstinado pecador, el cual adquirió en breve tanta fuerza que pudo resistir á los impulsos de la inveterada costumbre, y llegó á tal estado de perfeccion, que por testimonio del mismo Felipe era un ángel en la candidez de costumbres. Del mismo modo cambió á otro jóven de conducta relajada, con solo mandarle que saludase siete veces cada dia á la Vírgen con el *Salve Regina*, y que besase la tierra en que habia de convertirse, diciendo: «Mañana podré haber muerto.» En efecto, al cabo de catorce años de una vida ejemplar murió con claros indicios de su salvacion, librándose de la muerte del alma con la memoria de la del cuerpo. Con esta suavidad y atractivo fueron sin número los

pecadores que convirtió; la mayor parte de los cuales bendecian á su muerte el dia y hora en que conocieron al P. Felipe: y vulgarmente se decia que él atraia las almas como el iman al acero, pues quien se confesaba una vez con él, se veia como obligado á volver. Llegóse á él un penitente que tenia por costumbre en su patria regalar alguna cosa al confesor, y no llevando entonces dinero, se escusó con él diciendo: «Perdonadme, Padre, que no traigo nada.» Sonrióse Felipe á tan estraña salida, y tomando ocasion de ella añadió: «Pues bien, en vez del dinero que querias darme, quiero yo que me ofrezcas volver á confesarte el sábado que viene.» Pareció bueno el partido al penitente, y se alegró de que le costase algo aquella confesion, por lo que se lo prometió y cumplió; pero quedó de tal manera encantado de su dulzura, que se puso bajo su direccion, y no dejaba pasar una semana sin confesarse por lo menos una vez. De este modo demostró la esperiencia que Felipe sacó mucho mas fruto con su suavidad que otros con su severidad y rigor.

Pero si ganó tantos con su dulzura, con la

misma supo conservarlos, haciéndole esta inventar mil medios de tener á sus hijos lejos de la culpa, y para hacerlos perseverar en la buena vida. Compadecia su debilidad, y no trataba de arrancarlos de un golpe de las cosas de este mundo, condescendiendo á cuanto le era posible, para que atemorizados con el rigor no abandonasen la empresa los novicios en el espíritu. Así pues no negaba á muchos en el principio de su conversion el uso de paños finos, de la espada y otras cosas semejantes, como tampoco á las mujeres reprendia demasiado ciertas vanidades que suelen estas usar en sus vestidos, sino que las disimulaba lo mejor que podia, hasta tanto que encontraba ocasion de hacer que por sí mismas las abandonasen. Exhortaba á los pecadores á huir solamente de las culpas graves, y despues los iba dirigiendo poco á poco por el camino de la perfeccion, conduciéndoles al grado de virtud que pretendia. Para conciliarse el afecto de sus hijos los invitaba á veces á cenar con él en S. Gerónimo, en donde con una mesa frugal, pero preparada con la caridad, y amenizada con razonamientos espirituales, es indecible

cuánto se le aficionaban. ¿Qué no hizo, qué no dijo, qué no sufrió por alejar á los jóvenes del pecado? Débil y cargado de años iba por Roma en compañía de muchos de ellos, tratando y discurriendo de varias cosas, segun la profesion de cada uno. Los conducia á algun sitio ameno, y en él los animaba á jugar, brindándose muchas véces él mismo á dar principio al juego; pero despues se retiraba algo lejos para leer y meditar la Pasion del Señor, quedándose inmóvil al cabo de un breve rato. Deseaba ver siempre contentos á sus hijos, pero en términos moderados, pues decia que era necesario guardarse del espíritu bufon y burlesco, que hace al alma incapaz de recibir de Dios un espíritu mayor, y destruye el adquirido. Así pues, la alegría que deseaba en los suyos era la que nace de la buena conciencia, por lo que si veia á alguno de ellos pensativo y triste, al punto queria saber la causa y le animaba, y á veces solia darle alguna palmada que tenia la virtud de introducir la alegría en los corazónes melancólicos. Afirmaba que mas fácilmente se consolida el espíritu en las personas alegres que en las

melancólicas: de aquí es que tenia particular inclinacion á las primeras y formaba buen concepto de ellas; y habiendo llegado á visitarle dos Padres Capuchinos, el uno viejo y el otro jóven, se inclinó mas á este, por que se mantuvo siempre alegre en las muchas pruebas de mortificacion á que le sometió, y alabó mucho su espíritu, exhortándole á que perseverára en él.

Grande era además la paciencia que tenia con los jóvenes para alejarlos del pecado, y darles algun medio de distraerse. Sufria que hiciesen ruido cerca de su cuarto y á horas importunas, permitiéndoles que jugasen allí á la pelota; y si alguno de la casa se quejaba de su indiscrecion, él sin embargo les animaba á seguir en su inocente diversion, diciendo que no se cuidasen de lo que decian, sino que se divertieran y estuviesen contentos, pues él exigia de ellos tan solo el que no pecasen. A un caballero romano que se maravillaba de su sufrimiento, le dijo: «Con tal de que no cometieran un pecado, soportaria que me cortasen la lengua.» Y en efecto, á costa de su malestar lo conseguia; pues un señor principal

que se habia tratado con él en su juventud, dijo lleno de amargura á un confidente suyo, «que en todo el tiempo que se habia confesado con el Santo no habia caido en culpa mortal; pero que habiéndose alejado de él, habia empezado á olvidar la virtud, y hasta dar en una vida licenciosa.» Por esta causa cuando el mismo Felipe veia que sus penitentes no parecian por algun tiempo, los mandaba á buscar y los encomendaba á las oraciones de los demás, para que rogasen á Dios que los hiciese volver á la frecuencia de los Sacramentos y á la asistencia á los ejercicios del Oratorio. Esta suavidad con que dirigia á la juventud fué causa de que muchas veces los superiores de los conventos pusiesen á su cargo los novicios para que de este modo pudieran tambien participar y aprovecharse de su enseñanza y ejemplo; por lo que en diversas épocas del año el superior de los PP. Dominicos del convento de la Minerva le mandaba los suyos, á fin de que se recreáran á su lado. Conducíalos él unas veces á las siete iglesias, otras á algun sitio ameno, y los animaba á estar alegres, gozando en verlos comer, y dándoles despues con-

sejos saludables hacia que le manifestasen los secretos de su corazon, los exhortaba á la virtud y los incitaba á perseverar en el estado que habian elegido, haciéndoles conocer cuán grande y especial era la gracia que Dios les habia concedido llamándolos á la Religion. Con esta conducta todos se volvian á sus conventos llenos de fervorosa alegría: y cuando en el Carnaval los llevaba á las siete iglesias y hacia que comulgasen, era tanta su dulzura espiritual que confesaban que aquello era su Carnaval verdadero.

CAPÍTULO XXIV.

De la suavidad con que guiaba Felipe á sus penitentes y saludable rigor con que al mismo tiempo los mortificaba.

Aunque convirtió Felipe á tantos con su dulzura, sin embargo sabia usar oportunamente del rigor y la autoridad convenientes. Hallábase en cierta ocasion condenado uno al último suplicio, sin querer de ningun modo reconciliarse con Dios en aquel estremo, indicando

así que su mala vida iba á tener un funesto fin muriendo en la desesperacion, pues que muchos Religiosos se habian cansado en vano pretendiendo hacerle ver el peligro que corria su alma en el punto de la muerte. Afligida con esto la Cofradía ó Hermandad de *la Misericordia*, en cuyas manos estaba aquel miserable, discurrió en tan crítica situacion llamar á Felipe, para ver si con sus eficaces palabras lograba reducir á aquel desgraciado. Vino con efecto el Santo lleno como siempre de solicitud; y habiendo entrado en la capilla, en donde el reo daba gritos de desesperacion, hizo salir á los que se encontraban allí, y en seguida con la fuerza que le prestó su espíritu, cogiéndole por el cuello le postró en tierra, diciéndole con voz imperiosa: «Calla;» con lo que aterrado el reo no tuvo ánimo para pronunciar otra palabra que la de *confesion*. Y en efecto habiéndose confesado, se dispuso á bien morir, y con ánimo tranquilo sufrió el merecido suplicio.

Ya hemos visto en el capítulo anterior la dulzura con que dirigia á sus penitentes; sin embargo no se crea por esto que les dejaba vivir á su antojo, pues exigia mucho de ellos, y les

ejercitaba con importantes y rigurosas mortificaciones. En primer lugar no les permitia que estuviesen ociosos, sino que siempre habian de estar ocupados, por lo que continuamente les mandaba que á falta de otras cosas, hiciesen y deshiciesen la cama, que llevasen de un sitio á otro los muebles del cuarto, que tejiesen guirnaldas de flores, que engarzasen rosarios ó bien que se entretuviesen en leer algun libro honesto y útil. Conociendo lo nocivas que eran al espíritu las comedias lascivas y la desenvoltura de las máscaras, les prohibia que asistiesen á semejantes espectáculos, y para mejor conseguirlo introdujo el uso de las representaciones sagradas; y habiendo sabido que uno de sus penitentes habia ido de máscara, le reprendió ásperamente y le hizo que la quemára, puesto que cubriéndole el rostro le habia dado lugar á la disolucion. Pero el estímulo con que mas los incitaba á marchar por el camino de la perfeccion, era el ejercicio continuo de mortificarlos. A muchos de los suyos, aunque nobles, les mandaba que á cara descubierta pidiesen limosna en las puertas de las iglesias mas concurridas;

lo que principalmente quiso que hiciera uno que se pavoneaba con un vestido nuevo. Ordenábales que barriesen los atrios de las mismas y que trasportasen la basura. Hizo que algunos llevasen al hombro los materiales para la fábrica de las habitaciones de S. Gerónimo: mandábalos á pedir de puerta en puerta por amor de Dios: frecuentemente los hacia postrarse en tierra como si estuvieran muertos en el coro de los religiosos, mientras se cantaban los divinos oficios. Se habia provisto de muchos pares de anteojos, no tanto para su uso, pues no tenia gran necesidad de ellos, como para mortificar á sus penitentes, principalmente jovenes, á quienes hacia ir con ellos puestos por la ciudad. Delante del confesonario, en donde se reunia tanta gente, hacia que algunos se echasen de pechos en tierra, en cuya postura habian de estar por largo rato. Mandó á uno que fuese tocando una campanilla por varias calles de las mas concurridas, por lo que hubo de sufrir la burla de los muchachos. A otro le hizo llevar colgada en la espalda la tapa de una caja, en la que con letras grandes decia: «Por haberse comi-

do lo que estaba dentro.» A un tal Alberto, carpintero, que le habia pedido licencia para llevar cilicio, se la dió, pero con condicion de que le llevase sobre la ropa á vista de todos. Obedecióle Alberto llevándole de este modo toda su vida, por lo que mereció el sobrenombre de Alberto *el del cilicio*. Rogóle otro que le permitiese llevar el cabello sobre la frente como entonces se usaba, y el Santo le mandó al B. Felix, capuchino, para que le hiciese la caridad de arreglárselo; y este que estaba de acuerdo con Felipe, le rapó toda la cabeza. A Bernardino Corona, gentilhombre del cardenal Sirletti, le mandó que se afeitase la mitad de su hermosa barba; si bien al ver su disposicion á obedecer no quiso que lo ejecutase.

Ingeniosísimo para hallar nuevos medios de mortificacion, se servia con frecuencia al efecto aun de los mismos animales. Así pues, á poco de confesarse con él el citado gentilhombre del cardenal Sirletti, le hizo pasar muchas veces por el palacio de su señor conduciendo de la brida un caballo, como si fuera un palafrenero. Cuando fué á habitar á la Vallicella dejó en S. Gerónimo una gata, y por

seis años seguidos mandó á algunos de los suyos para que le diesen de comer diariamente los cuales habian de comprar la carne; y como si fuese un negocio de importancia, (como lo era en efecto pues se trataba de ganancias espirituales) les preguntaba despues en presencia de Cardenales y Prelados cómo estaba la gata; y si habia comido con gusto. Con sus halagos llevóse tras sí un perro en el que tenia sus delicias un señor principal de la corte, y le tuvo siempre en su cuarto. Tomólo á mal aquel personaje; pero viendo que su perro al punto que le quitaban la cadena se iba á buscar á Felipe, dijo sonriéndose: «No contento el P. Felipe con quitarme los hombres, aun quiere quitarme los animales.» Aludia él á muchos de sus cortesanos que le habian abandonado á persuacion del Santo, para servir á mejor dueño en las religiones. Llamaba Tarugi á este perro *el azote del entendimiento humano*, pues que como si fuese un perrillo de falda le habian de llevar en brazos por Roma; ó sino como si fueran ciegos, (y lo eran verdaderamente en cuanto á las cosas de este mundo) habian de llevarle delante con una ca-

dena, y sobre todo tenian que lavarle y peinarle.

Pero no solo de los animales vivos se sirvió Felipe para ejercitar á los suyos, sino aun de los muertos. Volviendo una vez de la iglesia á donde habia ido á hablar á una señora, se quitó una sotana forrada de piel é hizo que se la pusiera del revés un noble romano, penitente suyo, y le mandó con un recado al Padre César Baronio, que estaba en el coro mientras se cantaban Vísperas en dia de fiesta. Procuró el jóven lleno de vergüenza cumplir con lo que se le habia mandado, ocultándose lo mas posible, y pasando por detrás de los bancos de los Padres; pero advirtiendo Felipe su estratagema le mandó que pasase por medio del coro, como en efecto lo hizo. A Antonio Gallonio de complexion robusta le hacia llevar en el rigor de la canícula un vestido de piel; y otras veces, siendo como era naturalmente serio, le hacia cantar al uso del pais en presencia de los Cardenales y de otros personajes.

Mas si en la Congregacion habia un P. Gallonio músico tambien habia un hermano Mac-

caluffi danzante, á quien en presencia de varios sugetos ilustres y otros muy espirituales mandaba el Santo que bailase. Sentiáse afligidísimo el pobre lego viéndose obligado á hacer el papel de bailarin en presencia de tales personajes; y así no bien sabia que habia venido alguno de ellos á ver al Santo, corria á esconderse en los lugares mas ocultos de la casa. Pero de nada le servian sus diligencias y precauciones, porque el Santo lo mandaba buscar por todas partes hasta encontrarlo y haciéndole comparecer á su presencia y la de los otros que le acompañaban le hacia dar varios saltos y bailar con todo el brio y primorosa destreza del pais.

A algunos les hacia manifestar en público sus tentaciones con sumo provecho suyo, pues recibian el deseado remedio, como dijo Fr. Ignacio Festini del órden de Predicadores haberle sucedido á él mismo: y á un individuo de la Congregacion, al cual le habian asaltado algunos pensamientos de desprecio del Santo, le mandó que los manifestase en público refectorio, y él mismo con indecible contento escuchó cuanto dijo.

Cuando César Baronio se sujetó á su direccion, no fueron ligeras las mortificaciones en que lo ejercitó para humillarlo. Mandóle, entre otras cosas, que con un frasco grande, que cabria seis azumbres fuese á la taberna y comprase medio cuartillo de vino, con órden espresa de que dijese al tabernero le fregase primero el frasco en su presencia, y que diese un escudo de oro para que le volvieran lo que sobraba. El tabernero bramaba cuando le oia estas ridículas é importunas exigencias; y juzgando que el comprador venia á burlarse de él, lo llenaba de injurias y amenazaba darle de bofetadas; mas era muy otra la intencion del Santo porque solo pretendia que Baronio de este modo aprendiese á despreciar su propia estimacion.

En otra ocasion sabiendo el santo Padre que el Papa Sisto V señaló al mismo Baronio cierta renta, para que con mas facilidad pudiese continuar é imprimir la obra de sus *Anales*; tomó de aquí ocasion para mortificarlo, y le envió á decir que contribuyese con parte de ella á la casa, como lo hacian los otros Padres, pues ya no podia alegar imposibilidad. Pare-

cióle durísima esta órden á Baronio, y aunque era sugeto de muchas virtudes, y muy pronto en todo en la obediencia al Santo, aquí mostró ser hombre; y como no tenia otro dinero para pagar las copias de los manuscritos Vaticanos, que le eran precisas para su composicion, procuró por mucho tiempo y valiéndose de varios medios ver si el Santo mudaba aquella órden; pero este nunca cedió, persistiendo en su primera resolucion. Creció tanto en Baronio el sentimiento de desprenderse de parte de aquel dinero, que con grandes instancias pidió al P. Tomás Bozzio le consiguiese dispensa de aquella órden, por cuanto se sentia muy tentado á salir antes de la Congregacion que acceder á lo que se le exigia.

Grande fué la eficacia é interés con que el P. Bozzio hizo presente al Santo la tribulacion de Baronio; pero él siempre inexorable le respondió: «Decid libremente á César que contribuya, ó se vaya enhorabuena, porque Dios no tiene necesidad de hombres.» Quedó Bozzio atónito con tal resolucion, y no atreviéndose á instar mas, fué á persuadir á Baronio, que pues debia al Santo todo lo que

tenia de espíritu y de letras, le obedeciese en esta ocasion, como en otras lo habia hecho. Sosegado él ya, acepto el consejo : fué al aposento del Padre, y puesto de rodillas á sus piés, le pidió perdon de la larga resistencia, que habia tenido en obedecerle, y le ofreció cuanto dinero pudiese tener en toda su vida, y con él á sí mismo. Díjole entonces Felipe : «¡Oh! ahora si que has hecho lo que era necesario : guarda allá tu pension y tu dinero, que nada quiero de él ; pero aprende á obedecer otra vez prontamente.»

A Tarugi lo mortificó tambien con una prueba no menos sensible. De repente, y cuando menos podia imaginarlo le mandó á decir que saliese de la Congregacion, de la cual se hacia indigno con su tibio y discorde proceder. No es ponderable la pena y la angustia que esperimentó Tarugi con tan duro é inesperado aviso. Revolvia mil pensamientos en su imaginacion, y daba continuas vueltas al entendimiento sin que por más que hiciese pudiera atinar con el motivo de aquella impensada despedida. Por último despues de hacer fervorosas oraciones á Dios, se fué á

buscar al P. Tomás Bozzio, que le habia traido la infausta noticia, y le pidió «que si lo queria con vida averiguase del P. Felipe qué faltas habia cometido para enmendarse de ellas, y hacer penitencia, porque estaba pronto á cuanto se le ordenase.» Llevóle Bozzio al aposento de Felipe, y dejando á Tarugi de la parte de afuera de la puerta, entró y le dijo humildeménte: «Padre aquí os traigo una pobre oveja que está ahí fuera, gimiendo y esperando volver otra vez á vuestro seno, y á los brazos de su pastor. El Santo, que con luz celestial ya lo sabia todo, mandó que entrase; y obedeciendo Tarugi, se le hechó á los piés, sin poder articular palabra, embargado como estaba por la vehemencia de los sollozos y suspiros. Enternecido no menos el Santo, le dijo: «Está bien; ya que pedís humildemente perdon, séaos concedido; mas procurad vivir de aquí en adelante de modo que no os hagais indigno de estar en la Congregacion.» Despues hablando aparte con el P. Bozzio, le dijo: «¡Oh! cuántos progresos ha hecho Tarugi en la virtud estos dias!»

Pero aunque sus mortificaciones eran de di-

versas clases, casi todas sin embargo se dirigian á la parte mas noble que es el entendimiento: por esto solia decir «que la santidad del hombre está en tres dedos de espacio,» y se señalaba á la frente, lo que esplicaba diciendo que todo el asunto consiste en mortificar la parte racional, esto es el soberbio discurso. Así pues hacia poco caso de las mortificaciones esteriores cuando no iban acompañadas de las interiores; si bien decia «que aquellas ayudan no poco para la adquisicion de estas.» Ni esceptuó de tan santo ejercicio á los de su Congregacion, sino que usó con ellos de las mas sensibles y difíciles de practicarse, pues dejando aquellas con que ejercitó á Baronio, Agustin Manni, y otros, las que se refieren en lugar mas oportuno, muchas veces cuando predicaban, en la mitad del discurso mandaba á uno que los hiciese bajar del púlpito, ó bien los hacia subir á predicar de repente, y entonces en virtud de su órden salian los discursos mejor que nunca; ó ya los mandaba á las librerías para que en voz alta preguntasen si tenian los *Cuentos* de Piovano Arlotto, las *Fábulas* de Esopo, ú otro libro se-

mejante. Estendíanse sus mortificaciones aun á las cosas concernientes al espíritu, pues que muchas veces, despues de haber hecho que sus penitentes se preparáran á la Comunion con devociones particulares, se la diferia hasta otro dia, encargándoles entre tanto nuevas devociones. De este modo conseguia encender el deseo que tenian ellos de unirse con su Señor por medio del Sacramento: disposicion que juzgaba necesaria para acercarse á él dignamente; por lo que á quien le pedia licencia para comulgar solia decirle: *Sitienites, sitientes venite ad aquas.* A Gallonio antes de que fuese sacerdote le mandó que en seis ú ocho meses no se acercase á la sagrada mesa, sin embargo de que era hombre de gran espíritu; y despues que se ordenó, porque derramaba mientras ofrecia el divino Sacrificio abundantes y fervorosas lágrimas no le permitió que celebrára mas que tres dias á la semana, y despues de mucho tiempo se estendió hasta cinco dias.

Era además prudente en la direccion de almas, porque no las dirigia del mismo modo á todas; sino que conociendo con su penetracion

lo que convenia á cada una hubo caso de no imponer mortificacion á algunas en el espacio de treinta ó cuarenta años, mientras que á otras se la imponia y grave desde el momento en que las conocia; con lo que manifestaba evidentemente la luz, de que le habia dotado el cielo para provecho del prógimo, distinguiendo los que eran capaces de soportarla y los que no lo eran: de modo que jamás impuso mortificacion, por pesada que fuera, que al punto no fuese abrazada. Estimaba Felipe en alto grado esta virtud, y era máxima suya «que quien no es apto para sobrellevar la pérdida del honor no es hábil para hacer provecho en el espíritu»; y continuamente repetia la sentencia de S. Bernardo: *Spernere mundum, spernere nullum, spernere seipsum, spernere se sperni*; pero como es difícil llegar á este estremo, solia añadir *et hæc sunt dona superni*, ó bien «no he llegado yo á este punto.» Pero no tenia razon; pues si fué gran maestro de mortificacion la aprendió bien á su costa en toda su vida, la que puede afirmarse que no fué sino un continuo ejercicio de mortificacion. Ni habia, por decirlo así, lugar ni tiempo en

que no tratase de mortificarse, y esto en la parte mas noble, haciendo cosas que pareciesen en cuanto á lo esterior suficientes no solo para perder el concepto que tenia en Roma, sino para hacerle pasar por necio; si bien los que le conocian comprendian muy bien que su necedad pasaba por superior sabiduría ante los ojos de Dios y de los Angeles. Solia él delante de los Príncipes y Cardenales saltar con todo el esfuerzo de su cuerpo, no solo dentro de las paredes domésticas, sino en las calles y plazas mas públicas. Así pues en el dia de S. Pedro *Ad vincula* en la plaza de aquella iglesia empezó á saltar en presencia de un numeroso concurso, con lo que consiguió lo que deseaba, pues no faltó quien al verle así dijese: «Mirad ese viejo imbécil;» á cuyas palabras redoblaba sus saltos. En otra ocasion se presentó en público con solo la mitad de la barba afeitada, y se puso á saltar como si hubiese conseguido una gran victoria; y en efecto, se venció á sí mismo, que es la mayor de las victorias. Otras muchas veces hacia que un hermano de Congregacion llamado Julio Savera le compusiese la cabeza

y la barba en presencia de mucha gente, y como recreándose solia decir: «Ahora si que me peinas bien.» Finalmente aun en la iglesia entraba muchas veces con una casaca puesta del revés sobre la sotana, llevando detrás á uno que iba sacudiéndole con unos zorros.

Iba por las calles con un gran ramo de flores de retama oliéndole como si fuese un ramillete esquisito. Otras veces salia con unos zapatones blancos de fraile que solia darle el cardenal Alejandrino; así como tambien regalándole el cardenal Alfonso Gesualdo, su grande amigo, un vestido de piel para que se resguardára del frio en su edad ya avanzada, habiéndole exigido palabra de que se lo pondria, él, que cuidaba de su espíritu mas que de su cuerpo, le tuvo puesto en casa por un solo mes, si bien salia con él, y caminaba con un paso grave, como si se jactase de llevar un vestido precioso. Convidándole á comer el cardenal Alejandrino, mandó á un penitente que le llevase bajo su capa una olla de lentejas, y en lo mejor de la comida la sacó y la puso en medio de aquellos delicados manjares; mas le falló el golpe, pues no solo no fué

despreciado, como él esperaba, sino que el Cardenal se edificó y quiso en union de los demás convidados probar de aquel potaje, que celebraron todos como una cosa sabrosísima.

Pero bella sobre todo fué la competencia que tuvieron Felipe y el B. Félix, capuchino, en mortificarse mútuamente. Encontráronse una vez en la calle de los Bancos, y saludándose con cariño, preguntó el B. Félix á Felipe si tenia sed; y contestándole que sí (y en efecto siempre estaba sediento de desprecios) replicó Félix, que si amaba verdaderamente la mortificacion aplicase sus labios al frasco que llevaba á la espalda. Obedeció Felipe y poniéndose á beber, atrajo con aquel espectáculo á infinitos curiosos, que edificados decian: «Un Santo dá de beber á otro.» Quiso despues Felipe probar á Félix, y quitándose el sombrero se le puso diciéndole que si era hombre mortificado fuese de este modo por Roma: «Iré, respondió Félix, pero si me le roban tuyo será el daño.» No bien dijo estas palabras cuando echó á andar; pero el Santo que conocia bien su virtud, mandó al punto á

uno de los suyos para que le trajera su sombrero.

Elegia los dias mas solemnes que se celebraban en la Vallicella para hacer las cosas, con que procuraba perder el concepto en que le tenian. En la suntuosa traslacion que se hizo de los cuerpos de los santos mártires Papias y Mauro, estando aquel templo lleno de gente, se puso en la puerta á esperar los preciosos restos, y entre tanto que llegaban empezó á componer la barba de un suizo de la guardia del Papa. Al dia siguiente de la Natividad de la Virgen, á la que está dedicada la misma iglesia, asistiendo muchos Cardenales á las Vísperas, se presentó vestido de un modo estravagante, á fin de que le despreciasen; mas apenas apareció cuando todos aquellos señores se pusieron en pié, brindándole con que se sentára entre ellos; y él contestó sonriéndose que le bastaba con sentarse á sus piés entre sus caudatarios. Cuando leia en público y le escuchaban personas doctas, procuraba cometer muchos errores para desacreditarse; y como lo único que ambicionaba era la humillacion, preguntaba despues á los su-

yos qué habian dicho de él oyéndole decir tanto barbarismo. Se habia provisto de muchas fábulas y libros de cuentos y así cuando le visitaban personas notables hacia que se las leyeran, y les decia que en ellas encontraba su gusto y consuelo. Hizo esto particularmente cuando le visitaron algunos señores polacos mandados por Clemente VIII, á fin de que sacasen algun provecho de sus coloquios espirituales; quienes, encontrándose con que en vez de cosas útiles les leyó algunas fábulas, mirándose unos á otros se retiraron en silencio. Entonces Felipe colocó el libro en su lugar, y dijo: «Hemos hecho lo que era preciso.»

Teníale en gran concepto la mujer del Embajador de España, y por lo tanto, para hacérsele perder, le contestó á la pregunta que le hizo en una ocasion, de cuánto tiempo hacia que habia abandonado el mundo, «que él no sabia que le hubiera abandonado;» despues se puso á referirle los cuentos que habia sacado de los libros con objeto de desacreditarse. Quedó como escandalizado al oirle contar tales cosas un romano, que fué á visitarle instado por Angel de Bañarea, célebre médico,

y se lo manifestó á este, quien fué á rogar á Felipe que fuera cauto en el hablar, si volvia á visitarle aquel noble; mas el Santo le contestó: «Y qué, querias tú que con gestos y voz acomodada, y con bellos periodos tratára yo de lucirme, para que despues se dijera: ¿este es el P. Felipe tan prudente y tan santo? Yo te prometo que si vuelve lo he de hacer aun peor;» y lo hizo en efecto. Sin embargo al cabo de algun tiempo pudo comprender aquel noble que bajo su esterior festivo se ocultaba una sólida virtud; con lo que quedó edificado en estremo. De este modo con el contínuo ejercicio de tan diversas mortificaciones adquirió un mérito sublime y se hizo dueño de sus pasiones.

CAPÍTULO XXV.

Muéstrase Felipe admirable en librar á las almas de las tentaciones, en tranquilizar las conciencias agitadas de escrúpulos y en consolar á los tristes.

No dudo en afirmar que si glorioso se hizo Felipe en la tierra por haber trabajado en la

conversion de los pecadores, mas glorioso se muestra á mis ojos por haberlos fortificado para que no cayeran despues de su conversion, supuesto que siempre fueron mas estimados los antídotos que preservan del mal, que toda otra medicina, que solo sirva para curarle; siendo mas benéfica aquella mano que sostiene al que está para caer, que la que ayuda á levantar al caido. Del borde del precipicio que amenazaba á los impulsados por la tentacion, libró Felipe á muchos, y los sostuvo para que no cayesen. Siendo atormentado de una tentacion Marcelo Benci de Monte Pulciano, pariente del cardenal Tarugi, y estando próximo á caer en ella, le manifestó el caso á su confesor que era el P. Angel Velli, el cual al fin le aconsejó que acudiera á Felipe, y habiéndo obedecido, se encontró al punto libre del mal que le molestaba. No menos pronto fué el socorro que dió una vez á Francisco María Tarugi, contra una tentacion de pereza, que con su entorpecimiento iba á helar el fervor de su espíritu. Estaba el Santo postrado en cama cuando Tarugi le manifestó su trabajo, y conociendo que debia orar por él,

lo hizo con tanto fervor, que al cabo de un rato le dijo Tarugi: «Ya me siento tan bien que jamás he estado mejor.»

No por un dia solo sino por cuatro meses seguidos habia sufrido una grave tentacion Isabel, condesa de *Città di Castello*, á la cual por último remedio aconsejó su confesor que acudiese á Felipe. En efecto, apenas la vió este, conoció su mal hasta entonces sabido solo de Dios y de su confesor, y esplicándosele detenidamente, puso la mano sobre su cabeza y le dijo que se tranquilizára, porque iba á rogar por ella en el sacrificio de la misa. Salió pues al efecto del confesonario, y al punto desapareció la tentacion de la pobre señora, sin que nunca volviese á molestarla. Del mismo modo con hacer que asistiera á su misa Agustin Buoncompagno, y dándole la Comunion, le curó de las muchas tentaciones que padecia.

No obstante ser tan difíciles de vencer las tentaciones de conservar ó vindicar el honor, por tocar mas este en lo vivo del alma supo el santo Padre ahuyentarlas con una sola palabra del corazon de un penitente suyo. Solia

pasar con frecuencia el criado de un noble por la casa de Antonio Fantini, de Bagnacavallo que estaba casado con una mujer jóven; y aunque este era hombre bastante virtuoso, que por treinta años fué penitente de Felipe, sin embargo observando que aquel insolente solia pasar con desenvoltura por debajo de sus ventanas, le asaltó el pensamiento de matarle, y le amenazó de hacerlo si no se enmendaba. Despreciando el criado aquella amenaza continuó pasando por su casa, hasta que un dia de fiesta confesándose con el Santo segun costumbre, le refirió no solo la osadía del criado, sino tambien el pensamiento que tenia de quitarle la vida: entonces poniéndole Felipe la mano sobre la cabeza, le dijo sonriéndose: «Vé con Dios, que no será nada.» Y en efecto, apenas pronunció el Santo éstas palabras, cuando Fantini desechó todo pensamiento de venganza y se sintió lleno de alegría; siendo aun mas de admirar que desde este momento no volvió á pasar por su casa aquel hombre disoluto.

En esto, como en todo, fué admirable Felipe, pues sus penitentes afirmaban que cum-

pliendo con lo que les mandaba al confesarse con él, se sentian libres de las tentaciones. Y bastábale para esto el poner su mano sobre el penitente, ó darle una palmada, con la que decia que batia al demonio molesto. Otros aseguraban que solo con pronunciar su nombre hallaban remedio contra la tentacion; y Mucio Aquileyo, sacerdote de S. Severino en la Marca, dijo que lo habia esperimentado siempre que se encomendaba al Santo, aunque fuese con el corazon, lo que ejecutaba con tanto fervor que parecia que le miraba ya como un Santo canonizado. Y en efecto, tenia razon para confiar en él, pues no solo leyó en lo mas secreto de su conciencia cuando se confesó con él la primera vez, sino que en una ocasion en que estuvo en peligro de caer al Tiver, se salvó, sin saber cómo, encomendándose al Santo. Muchas veces aconsejaba este á los poseidos de tentacion, que usasen de su nombre contra ella, como testifica Agustin Buoncompagno con estas palabras: «Confesándome con el P. Felipe, me decia: *Cuando te asalten las tentaciones nombra á Felipe y desaparecerán*; y así me sucedia en efecto».

Sin embargo de esto costó mucho trabajo al Santo el disuadir á un jóven de la venganza que intentaba. Era este nuevo penitente suyo y por mucho que se esforzaba para hacerle perdonar la ofensa no podia conseguirlo; pero sin desmayar por esto, acudió á mas fuertes armas para vencerle. Tomando un Crucifijo en la mano: «Mira, le dijo, cuánta sangre ha derramado tu Señor por amor tuyo: recuerda que él no solo perdonó á sus enemigos, sino que rogó por ellos al Eterno Padre». Despues de esto le mandó que se arrodillase mientras que él ponderaba su dureza con palabras dirigidas al Crucifijo. Por fin conmovido el jóven y sobrecogido de un frio mortal, empezó á temblar de piés á cabeza, y consiguiendo ponerse en pié, ofreció perdonar y hacer todo lo que Felipe le mandase.

Singular fué tambien el Santo en tranquilizar las conciencias agitadas por los escrúpulos, mal que, aunque no tan peligroso como el de las tentaciones, no es menos molesto; pues, segun el mismo Santo, suele dar alguna tregua, pero rara vez concede la paz, siendo la humildad el único remedio para vencerle. Con

ella fué con la que curó á un penitente de Julian Fuscherío, sacerdote, que habitaba en S. Gerónimo; el cual habiendo consultado con los hombres mas eminentes de Roma, y no consiguiendo nada sus talentos, llegó al estremo de no poder confesarse por sus muchos escrúpulos. Comprendió Felipe que aquel mal traia su orígen de oculta soberbia; por lo que obligándole á que confesára sus culpas delante de él y de su confesor Fuscherio, y mandándole que besase la tierra, le libró al punto de aquella turbacion que padecia, con lo que gozó en lo sucesivo de la tranquilidad de una conciencia pacífica. El mismo cardenal Federico Borromeo afirmó que un eclesiástico que escrupulizaba en el rezo de las horas Canónicas, no hallaba remedio á su penoso mal; pero que habiendo prometido el Santo rogar por él, consiguió al fin rezar el Oficio con suma paz, y nunca volvió á sentir escrúpulos de ningun género.

Pero como Dios nuestro Señor permite muchas veces á algunos escrupulosos este trabajo para satisfaccion de las culpas pasadas, ó para que con la humildad y paciencia crezcan en

el aumento de estas ú otras virtudes con mayor mérito de sus almas; cuando el Santo conocia que Dios los llevaba por este camino, no les sustraia la cruz, dejándolos con ella padecer. El P. Juan Mateo Ancina, hermano del V. Juvenal Ancina, la sufrió diez y siete años, con tanto trabajo y opresion de conciencia, que se vió obligado á dejar el ministerio de confesar; sin que el Santo, que lo dirigia, lo librase nunca de este martirio. Mas Dios lo libró poco antes de su muerte, concediéndosela felicísima, y con maravilloso sosiego, despues de ochenta y seis años de edad, y de setenta que vivió en la Congregacion. Aun mucho mas pesada é insoportable fué la cruz que atormentó al P. Antonio Gallonio, como refirió el cardenal Federico Borromeo; porque consistia en un continuo, horrible y fantástico miedo de ofender á Dios, con que se veia fuerte é importunamente afligido. Con la vehemencia del susto se levantaba de la cama ó de la mesa todo espantado, gritaba en altas voces, arrojábase en tierra, orando por no pocas horas, y todo afligido con aquellos internos horrores. Muchas veces recurrió á Felipe miéntras vi-

via, para que lo librase de tantas angustias y penas, pero él nunca lo quiso hacer; y solo decia: «Ten paciencia, Antonio, que así es voluntad de Dios. Permanece firme y constante, porque ese es tu purgatorio.» Trece años continuos padeció esta tan terrible tormenta, hasta que serenándose al fin la tempestad, logró con perpetuo sosiego la deseada bonanza.

Aconsejaba, pues, á los escrupulosos, que no debian pensar en si habian consentido ó no á la tentacion, por el peligro que se corre pensando de nuevo en ella, de arraigarla mas en la imaginacion y hacerla mas difícil de vencer. Decia además que para conocer si habia mediado consentimiento en los malos pensamientos, era preciso considerar si durante la tentacion conservaba la persona amor á la virtud opuesta, pues en este caso no habia consentido, lo mismo que si no se atrevia á jurarlo. Añadia que, prescindiendo de depender como se debe del parecer de un confesor prudente, debian despreciarse los escrúpulos, no haciendo de ellos asunto para confesarse, y si alguno de sus penitentes se

los manifestaba solia mandarle que fuese á comulgar sin acabar de oirle; diciendo por último que la humildad era la que generalmente curaba este achaque espiritual.

La pureza de su vida y el continuo trato que tenia con Dios, le hacian gozar en la tierra un anticipado paraiso; por lo que con razon intituló Agustin Valerio el libro que compuso de la alegría cristiana: *Philippus, sive de lætitia Christiana*. De este júbilo que sentia él en su alma, nacia no solo el querer ver alegres á sus hijos, sino una virtud admirable para ahuyentar de sus ánimos la tristeza, consolándolos y comunicándoles su alegría. Notable fué lo que á este propósito sucedió á un noble romano, el cual estando retirado en el convento de S. Gregorio, no sé por qué causa, vió llevar un muerto á la iglesia, y uno de los que le acompañaban, que estaba poseido del demonio, se puso á hablar con él y á la mitad de la conversacion le dijo con horrible voz: «Tú tambien estás endemoniado». Esto solo bastó para que el noble creyera que verdaderamente lo estaba; por lo que hizo que le exorcizasen, y viendo que

no le servia se puso en manos de los médicos, que con sus remedios aumentaron el mal que nacia de su aprension. Aconsejáronle, pues, las Madres del convento de *Torre di Specchi*, en donde tenia una tia, que acudiese á Felipe, el cual le dijo terminantemente que no estaba poseido de Satanás como creia; y para distraerle quiso que cantase un poco con Gallonio: despues le mandó que fuese á buscarle á menudo á la Vallicella. Obedeció el caballero, y acariciándole el Santo acercó su cabeza al propio pecho, preguntándole cómo se sentia; y él acercándose á aquel corazon, morada, digámoslo así, de la alegría, contestó «que se sentia curado enteramente». Quiso despues hacer una confesion general, en la que no pudiendo aun desentenderse del todo de la idea que le dominaba, rogó al Santo que le exorcizase, á lo que contestó este que lo haria por la noche. Con esto se tranquilizó el jóven, y una noche le pareció que salian de su boca infinidad de demonios, con lo que pasando horas enteras en conversacion con Felipe quedó enteramente libre de la turbacion y melancolía que tanto le habian molestado.

Solo con sus palabras consolaba á los tristes, como sucedió con Domingo Saraceni, célebre médico, quien despues de haber esperimentado cuantos remedios tiene el arte, y todos en vano, recurrió á Felipe, el cual con solo decirle *que no temiera* despejó la nube de tristeza que envolvia su corazon.

No necesitaban los afligidos decirle anticipadamente las tribulaciones que esperimentaban; porque muchas veces tenia de ellas noticia previa y superior. Boecio Giunta, sacerdote de Sinigaglia, se hallaba con una gravísima tribulacion, y postrándose á los piés del Santo para confesar, sin conocerlo ántes, levantó los ojos al cielo, y dijo: «Señor, esta es un alma muy atribulada.» No fué necesaria la aplicacion de otros remedios; porque aquel Señor que solo con la palabra remedió á tantos afligidos, concedió á las de su siervo un privilegio semejante. Quedó pues el sacerdote libre de toda angustia y gozando de aquella paz y tranquilidad que tanto ansiaba su corazon. La misma dicha esperimentó otro sacerdote llamado Bartolomé Mantica, que servia á César Baronio de corrector en la impresion de sus *Anales*,

Tratalo en grandísima pena la triste nueva de que su padre habia caido en poder de unos bandidos, y yendo á la iglesia de la Congregacion á pedir oraciones á los Padres, se encontró con el Santo que acababa de decir misa. Dióle noticia de la desgracia; y Felipe atendiendo á las que tenia de orígen mas alto, le contestó «que no tuviera cuidado alguno porque nada le sucederia á su padre». Al dia siguiente se recibieron noticias de que los ladrones habian pedido por el rescate de su padre mil y quinientos escudos, amenazando con quitarle la vida si dentro de breves dias no se los entregaban. Cuando lo supo el Santo no dejó de turbarse alguna cosa considerando la situacion del pobre hijo que no podia pagar cien escudos cuanto mas mil y quinientos; y animado de aquella firmísima fe que siempre tuvo, dijo al afligido sacerdote que fuese á pedir sus oraciones á los PP. Capuchinos. Respondió él que ya lo habia hecho, y el Santo le repuso que volviese no obstante á hacerlo de nuevo, y que en su virtud seria consolado y su padre volveria libre. Al los pocos dias llegó con efecto la nueva de que el preso, por modo

admirable, habia escapado de las manos de los ladrones, y que sin dispendio de dinero alguno ni lesion de su persona habia conseguido su libertad.

Su presencia, sus manos, su mismo cuarto y hasta su sola memoria servian á muchos de gran consuelo; por lo que Monte Zazzera se llenaba de alegría solo con estar en su presencia: Tiberio Ricciardelli sentia el contento en su corazon cuando el Santo le tiraba de la cabellera: César Baronio esperimentaba lo mismo cuando le daba alguna palmada, y el cardenal Octavio Bandino se gloriaba de haber sentido en sus mejillas siendo jóven la mano del Santo. A Francisco Pucci le parecia que se le saltaba el corazon cuando le ponia la mano en la cabeza: Marco Altieri encontraba en su cuarto la alegría que habia perdido por cualquier accidente, en términos que decia: «El cuarto de Felipe es un cielo;» y lo mismo aseguraba el arzobispo de Tesalónica Julio Benigno, y el cardenal Federico Borromeo, el cual tenia por gran favor el poder pasar allí un rato. Pero hasta el acercarse á aquella habitacion bendita era remedio para

quedar libre de toda perturbacion, como afirmó Fabricio Masimi al cardenal Cusano; y aun despues de la muerte del Santo, solo en ella encontraba remedio contra sus pensamientos Nero del Nero; y finalmente con pensar en Felipe afirmaron muchos que hallaban consuelo en sus trabajos.

CAPÍTULO XXVI.

Con incansable celo asiste Felipe á sus penitentes moribundos, consolándolos y ayudándolos en el último trance de la vida, y auyentando al demonio, que luchaba por apoderarse de su alma.

Si grandes y eficaces eran los consuelos que recibian de Felipe sus hijos espirituales en estado de salud y sobre todo durante sus enfermedades, mayores aun los esperimentaban en el punto en que las angustias del mal, la turbacion por haber de presentarse ante el Juez eterno, y los asaltos del demonio hacen difícil en sumo grado todo alivio humano. Acostumbraba él irá visitarlos en el momento en que sabia su enfermedad, y repetia sus

visitas mientras duraba el mal. Cuando entraba en el cuarto del enfermo le encomendaba ante todas cosas á Dios, rogando á los demas que hicieran lo mismo; y bastaba que dijese: «Quién está aquí?» para auyentar al demonio, como lo afirma la Bula de su canonizacion con estas palabras: *A plurimis in extremis laborantibus cum ipse accederet, proferretque: ¿quis est hic? dæmones ad ejus vocem perterriti sese in fugam parsim visi sunt conjicere.*

Y para que se vea cuánto ayudase al efecto su presencia, citarémos los casos siguientes. Estaba á la muerte un músico, llamado Sebastian, hombre virtuoso, y apareciéndosele el demonio bajo una forma horrible empezó á temer por su salvacion mas de lo que era justo; por lo cual como desesperado hubiera preferido no haber llegado á nacer, no encontrando consuelo ni aun en lo mucho que le dijo el cura de su parroquia. Llamaron á Felipe, y apenas puso el pié en su cuarto empezó á decir segun su costumbre: «¿Qué es esto? ¿qué es esto?» y poniendo despues la mano sobre la cabeza del enfermo, le dijo: «No temas:» con lo que este empezó á esclamar á grandes

voces: «¡Oh gran virtud de Felipe! Él persigue al demonio, y este huye. ¡Viva Jesus, viva Felipe, que me ha arrancado del poder del infierno! ¡Viva el Oratorio!» De este modo prosiguió cantando las alabanzas espirituales que se acostumbran en el Oratorio, y levantando despues sus manos hacia el cielo indicaba que allí se hallaban presentes los coros angélicos, cuyos nombres ignorados antes de él, pronunció uno por uno; y así entre los abrazos de su santo Padre murió tranquilo en la vigilia del Arcángel S. Miguel.

No con uno sino con repetidos asaltos acometió el demonio á Gabriel Tana, de Módena, jóven de diez y ocho años, pues al cabo de veinte dias de enfermedad y reducido al último estremo, no podia resignarse á la muerte. Pero conociendo Felipe por revelacion divina el estado en que se hallaba, le persuadió que pusiera en sus manos su voluntad para ofrecérsela á Jesucristo en la misa que por él iba á celebrar en S. Pedro Montorio, aconsejándole que si entre tanto volviese á tentarle el demonio, le contestase que ya habia entregado su voluntad á Jesus. Obedeció Gabriel, y vol-

viendo el Santo despues de haber celebrado, lo encontró tan otro que ya deseaba con el Apóstol verse libre de los lazos del cuerpo para unirse con Jesucristo, y así como antes le rogó que orase por él para que Dios le concediera tiempo de hacer penitencia, despues le suplicó que orase para que antes de las doce de la noche siguiente le llamase Dios al cielo. Prometióselo el Santo; pero al mismo tiempo le advirtió que se preparára contra los asaltos del enemigo, diciéndole una por una todas las tentaciones que habia de sufrir, y animándole con la idea de que habiendo dado á Jesucristo su voluntad, este combatiria por él y venceria. Y en efecto, apenas habia pasado una hora cuando el demonio le asaltó con una peligrosa tentacion de presuncion. Era él uno de los primeros penitentes del santo Padre, y por algunos años habia confesado y comulgado dos veces á la semana, dedicándose á obras de caridad, y particularmente á visitar enfermos; por lo que el astuto enemigo trató de vencerle con la memoria de sus virtuosas acciones, por las que podia creer que merecia de justicia la gloria. De aquí es que reñándo-

se, segun la costumbre de la iglesia, las letanias, se sonrió al oir decir: *A mala morte libera eum, Domine,* y moviendo la cabeza decia: «No puede morir mal quien tiene á Jesucristo en el corazon;» pero advirtiendo al punto el engaño del enemigo, pidió favor á los que estaban presentes, confesando «que por sugestion diabólica habia pronunciado aquellas palabras.» Apenas vencido el primer asalto, hubo de rechazar el segundo. Parecíale que su lengua embargada por el demonio, no podia pronunciar el dulcísimo nombre de Jesus, único refugio de los moribundos; y aunque los demás le aseguraban que bastaba tenerle en el corazon, sin embargo era tanta la ansiedad de su alma y tanta la agitacion de su cuerpo, que se bañaba en sudor.

Habíase retirado el Santo para orar por él, mandando que en su lugar le asistiesen sin abandonarle Juan Bautista Salviati y Francisco María Tarugi, los cuales viendo la agitacion del enfermo mandaron á llamar al Santo. Llegado que hubo con un Crucifijo en la mano se acercó al oido del enfermo, y con toda suavidad pronunció el nombre de Jesus; con lo

que sin mas pudo el enfermo pronunciarle á su gusto y recrearse con su dulzura. Pero no por esto se dió por vencido el enemigo; pues tratando de destruir todo el edificio espiritual, procuró debilitar el fundamento de la fe, haciéndole juzgar para mayor tormento, cuando el pobre enfermo á persuasion de Felipe se armaba contra aquel asalto diciendo el *Credo,* que ni le pronunciaba ni creia del modo que hubiera deseado. Mandó por tanto Felipe á los circunstantes que en union del moribundo rezasen el Credo, y poniéndose él de rodillas empezó á rogar por su alma con lo que quedó vencedor de tal modo, que despues se burlaba de su adversario y le insultaba. Pero aun le restaba que vencer en la última lucha; pues viendo el demonio que quedaba poco tiempo, reuniendo todas sus fuerzas se le apareció bajo una figura espantosa, incitándole á la desesperacion con la memoria de las culpas pasadas. Todo trémulo el enfermo en esta última prueba, demudado el rostro, girando sin fijar sus eclipsados ojos y no pudiendo permanecer quieto en ninguna postura, empezó á decir con débil voz: «¡Oh, mísero de mí! ¡Cuántas

culpas he cometido!» volviéndose despues á su amado Padre que permanecia fiel á su lado en aquel peligro: «Espantad, dijo, ó Padre, esos horribles perros.» Estendió sus manos Felipe y poniéndolas sobre la cabeza del enfermo, dijo dirigiéndose al demonio: «¿Hasta cuando osarás resistir? estas manos han tocado esta mañana el sagrado Cuerpo del Redentor; así pues en su nombre te mando que al punto desaparezcas de este lugar.» Animando despues al enfermo para que se levantára y dijese: *Discedite á me omnes, qui operamini iniquitatem,* habiéndolo repetido tres veces, tranquilo y lleno de valor esclamó: «Huyeron los perros á la voz de Felipe;» y señalando al sitio con la mano: «¿Nó veis, decia, cuán precipitadamente huyen? Hemos vencido en fin por la bondad de Dios.» Fijando despues sus ojos en un Crucifijo, fueron tan afectuosas sus palabras, que arrancaron lágrimas á todos los presentes; pero Felipe, que temia se precipitase su muerte con aquellos afectuosos movimientos, le persuadió que callára. Creian los circunstantes, confiados en el vigor con que habia hablado, que no moriria hasta el

diá siguiente; mas el Santo les dijo, que no seria así, sino que moriria en cuanto se moviera de sitio; y en efecto, á la media hora inclinándose sobre el lado derecho en que se encontraba Felipe, apoyando la cabeza en sus manos, y pronunciando el santísimo nombre de Jesus espiró dulcemente, quedando su rostro bello como el de un Angel.

Estando ya próximo á la muerte Jacobo Marmita, secretario del cardenal de Monte Policiano, y sugeto de prudencia y erudicion, muy temeroso de Dios, comenzó á mostrarse sumamente inquieto y desconsolado, é incapaz de ningun alivio. Asistiéndole el Santo y viéndolo en tanta angustia, le dijo: «Animo, ánimo, Sr. Jacobo: invocad y llamad á Dios: *Deus noster refugium, et virtus, adjutor in tribulationibus.*» Respondió el enfermo: *Que invenerunt nos nimis*. Continuó el Santo consolándolo y confortándolo, y en poco tiempo lo redujo á tan serena tranquilidad de espíritu, que con la misma lo entregó el moribundo á su Criador. El P. Nicolás Galli, de la Congregacion, sugeto muy consumado en las virtudes, y por eso amado del Santo, llegó á

los últimos términos de la vida, y el demonio se le opuso con gravísimas tentaciones. Hallábase Felipe en su capilla, que estaba sobre el refertorio de los Padres, próxima al aposento del enfermo, orando por él fervorosísimamente en la misa, y los Padres que asistian á la mesa, oyeron tan furiosos estruendos, que les pareció que tronaba ó que se caia lo superior de la casa. En esto llamó el Santo desde arriba, y acudiendo con otros el padre Consolino, le dijo: «Vé luego á saber qué ha tenido y cómo está el P. Nicolás.» Fué y lo halló con las manos y los ojos levantados al cielo, y repitiendo con grande afecto: *Gratias agamus Domino Deo nostro. Accessit, recessit, victus est.* (Demos gracias á Dios nuestro Señor. Vino, retiróse, y fué vencido.) Volvió Consolino con la noticia al Santo, el cual, como acostumbraba, le dijo: «Basta, basta, no es necesario decir mas.» Fué luego á visitar al enfermo, y este, reconociendo deber la victoria de sus tentaciones á la oracion y virtud de Felipe, no cesaba de significarle con gran ternura cuánto sentia no haberlo antes conocido y tratado.

Estaba en igual peligro de muerte Carlos Mazzei, penitente del Santo, y en este duro trance tuvo que sufrir asaltos terribles del enemigo infernal; pues habiéndosele aparecido, trataba de inducirle á la desesperacion con el recuerdo de las culpas pasadas: las cuales en lo último de la vida procura traer á la memoria, al paso que antes hace lo que puede para que se olviden. Conociendo el enfermo el gran peligro que corria en aventurarse sin tener á Felipe á su lado, se resolvió por fin á llamarle dos veces, diciéndole: *Appello Philippum;* y en efecto, huyó á estas voces el demonio confundido y engañado, como afirmó el mismo Santo, el cual vió volar al cielo el alma del enfermo. Con este ejemplo manifestaba Felipe que los demonios temen al padre espiritual.

Pero no solo á sus hijos fué tan oportuno su auxilio en el último estremo, sino aun al primer Padre y confesor que tuvo en Roma, esto es, al P. Persiano Rosa. Hallábase este gravemente enfermo, y acometido por los demonios que se le aparecian, decia agitándose temeroso en el lecho; *Tu judica me Deus, tu dis-*

cerne causàm meam. Llegó entonces Felipe, y el enfermo que conocia perfectamente su interior, dijo al verle, como si hubiera bajado del cielo un Santo en su auxilio: *Sancte Philippe, ora pro me;* en seguida le rogó que ahuyentase aquel perro que le amenazaba con ademan horrible. Púsose de rodillas el Santo y mandó á los circunstantes que hiciesen lo mismo; mas apenas habia doblado la rodilla, cuando el P. Rosa empezó á dar gracias á Dios con grandes voces, porque aquellos perros huian precipitadamente. Levantóse Felipe entonces y rociándole con agua bendita, hizo que el demonio desapareciese del todo; con lo que Persiano pudo morir en paz al dia siguiente.

Infinitos fueron los que en este trance recibieron socorro de Felipe, porque sabiendo todos que solo con que pusiera el pié en la habitacion del enfermo y dijese «¿quién está aquí?» huia el demonio, como muchos agonizantes afirmaban haberlo visto, todos y cada uno solicitaban tenerle á su lado en la hora de la muerte. Pero aun mas se notó, y se nota, despues de su muerte su autoridad sobre los

demonios, puesto que sus hijos y devotos reciben por su intercesion el auxilio de que necesitan en el trance de la muerte, y vigor y virtud para vencer las tentaciones, confesando muchos ser de gran consuelo el morir hijos de S. Felipe: por lo que parece que, así como otros muchos Santos, que fueron admirables en la tierra por alguna cosa, lo son por la misma mucho mas en el cielo, del mismo modo Felipe, que fué digno de admiracion por el socorro y consuelo que daba á los moribundos contra los asaltos del enemigo, ofrece desde el cielo la misma proteccion á los que son sus devotos. Sirvan de ejemplo sus mismas promesas, como testificó el cardenal Pedro Pablo Crescencio con estas palabras: « Alimentaba »la esperanza que tenian sus hijos espirituales »de ir al cielo y les prometia rogar siempre »por ellos aun desde allí, y me prometió á mí »mismo y á otros muchos estar presente á la »hora de la muerte; como lo espero, pues sé »que se apareció á una hermana mia cuando »estaba para morir.»

Despues de canonizado se apareció tambien á cierto enfermo y le reprendió por no haber

recurrido á él, como habia recurrido á santa Teresa, S. Ignacio, S. Francisco Javier y san Isidro, que con él fueron al mismo tiempo canonizados; mostrando con esto el gran patrocinio que dispensará á todos sus devotos particularmente en la hora de la muerte.

A mas de esto referirémos un hecho acaecido en 1669, del que dió noticia á un Padre de la Congregacion de Nápoles el señor Cárlos Eustaquio, hombre bien conocido en Roma, y sobrino de monseñor Juan Tomás Eustaquio, obispo de Larino, de la misma Congregacion de Nápoles. En una carta, pues, con fecha 6 de setiembre de 1669, dice así: «No quiero dejar de comunicar á V. P. los »triunfos de nuestro gloriosísimo S. Felipe con »el gran milagro que ha hecho en esta sema»na. El marqués Tassoni, embajador del Papa »por la ciudad de Ferrara, de donde es caba»llero de los mas principales, enfermó grave»mente y en pocos dias llegó á las puertas de »la muerte; y ya se habia templado el agua »para lavarle en cuanto espirára, cuando vol»viendo en sí de improviso y recobrando el »uso de la lengua dijo: *Yo me hubiera conde-*

»nado por dudar de la inmortalidad del alma »en la grave tentacion con que me asaltó el »demonio; pero S. Felipe se me ha aparecido, »y poniéndome la mano sobre el pecho, me ha »dicho : No DUDES, HIJO MIO. Así pues, lla»mando al confesor arregló las cosas de su »alma, y al cabo de dos dias murió cristiana»mente, siendo mayor milagro sanar el alma »que el cuerpo. Viva por todos los siglos tan »gran Santo é interceda por todos.» Hasta aquí la citada carta.

Sobre este punto de la asistencia ó visita á los enfermos, especialmente moribundos, daba el Santo algunos importantes documentos. Decia que cuando se visitase á aquellos no se quisiese afectar ser profeta, diciendo que moririan ó vivirian, porque eran muchas veces otros los sucesos, y se tenian por vanas y apócrifas las profecías; que se procurase ayudar á los enfermos mas con oraciones que con muchas palabras, las cuales siendo en demasía, mas ocasionan enfado que alivio; que nunca se hiciese á Dios súplica absoluta por la vida de los enfermos, porque no pocas veces, recobrando la salud, volvian á la cos-

tumbre de pecar. Esceptuaba sin embargo á las mujeres que estuvieran en cinta ó en la misma ocasion del parto, pues entonces, para asegurar en la criatura la gracia bautismal, se podia hacer absolutamente la súplica por la vida de la madre. Finalmente, exhortaba á todos á que con mucho celo, fervor y caridad se aplicasen á este ministerio, por ser muy acepto y agradable á Dios, y haber visto que á los Padres asistentes á los agonizantes bajaban los Angeles, y les dictaban las palabras que habian de decir á los prójimos en aquella fatal y última hora.

Demostró tambien Felipe el imperio que tenia sobre el demonio, lanzándole de los cuerpos de que se habia apoderado; y aunque no era muy amigo de conjurar, sin embargo fueron infinitos los que libró del mal espíritu. Exorcizaban en la iglesia de santa Cruz en Jerusalen á una señora muy noble, oriunda de Alemania, y á instancias de Oton Fruchses, cardenal de Augusta, se halló presente Felipe. Sacaron el santo madero de la Cruz, terrible para los demonios; pero aunque la infeliz señora se conmovió de modo que los circunstan-

tes la juzgaron ya libre, sin embargo el Santo afirmó que no era así, añadiendo que por la infidelidad de una persona que estaba allí presente, no habia quedado libre del mal espíritu: obligó sin embargo al demonio á decir el dia en que á su pesar debia de salir, y así sucedió exactamente en la iglesia de la Rotunda al mandato del siervo de Dios. Por un maleficio hecho á Lucrecia Cotta, romana, fué atormentada ocho dias seguidos de tal modo por el demonio, que á mas de torcerle los ojos, por lo que casi habia perdido la vista, le parecia que la despedazaba el corazon; y temiendo el párroco que muriese estuvo para darle la santa Uncion. Muchas veces habia perdido enteramente el sueño y el apetito, de modo que no podia sostenerse en pié; y conmovido el Santo, con quien se confesó un dia, del estado en que se hallaba, le puso una mano sobre el corazon y la otra en los ojos, orando así como una media hora, y al punto que alzó la mano del pecho quedó enteramente libre del mal que sentia en él, si bien no curó entónces de los ojos. Aseguróla Felipe que recobraría la vista, y en efecto habiendo vuelto á confesarse con

él, la puso de nuevo la mano en los ojos por espacio de un cuarto de hora, que fué lo que duró su oracion, y al terminar esta la preguntó cómo se sentia: «¡Ay de mí, Padre, contestó, que me habeis dejado enteramente ciega!» Sonrióse el Santo, y le dijo «que no temiese, pues que no se separaria de su lado sin haber recobrado la vista.» Y en efecto, no habia pasado una hora, cuando le pareció que se le quitaba un velo de los ojos, y quedó perfectamente curada, volviendo sus pupilas á su posicion natural.

Habiéndose divulgado la virtud del Santo, venian á Roma á que los librára los estranjeros poseidos del mal espíritu. En Aversa, ciudad del reino de Nápoles, habia una jóven llamada Catalina, que poseida del demonio hablaba, aunque ignorante, el griego y el latin, y tenia tanta fuerza que no podian sujetarla entre muchos. Fué pues á Roma para que Felipe la librase. Preveia el momento en que el Santo la mandaba á llamar, diciendo: «Ahora manda por mí;» y entonces trataba de huir y esconderse; pero sin embargo con las oraciones de Felipe quedó libre en la igle-

sia de S. Juan de los Florentinos, y volvió á su patria con sus parientes. Otras muchas veces libraba el Santo á los poseidos del demonio haciéndole algun desprecio. Estando un dia en S. Juan de Letran cogió por el cabello a una endemoniada, y la escupió en el rostro, diciéndola con imperio: «¿Me conoces?» y contestando el demonio: «¡Así no te conociese!» cayó desmayada la infeliz, y el maligno espíritu huyó precipitadamente. A Juan Antonio Lucci, sacerdote de la Congregacion que por órden suya exorcizaba á una pobre mujer, le mandó (segun indicamos ya en el cap. II) que en desprecio del demonio la diese de latigazos, lo que no pudiendo sufrir el soberbio espíritu, se apareció á Felipe la noche siguiente horriblemente negro; pero no teniendo fuerza para ofenderle, despues de haberse quejado con amenazas del desprecio que se le habia hecho, desapareció llenando la estancia de un hedor infernal.

Hallábase cierto dia con él y otras varias personas de las asistentes al Oratorio Gabriel Paleoto, antes de ser Cardenal, hablando de cosas de Dios, cuando el Santo, levantándose

de repente, dijo: «Hermanos, allí esta el demonio; arrodillaos todos y haced oracion.» Postróse él luego tambien, y haciendo la señal de la cruz, añadió: «No entrarás.» Espelido con esta imperiosa voz, desapareció el infernal espíritu, y se prosiguieron los ejercicios del Oratorio con paz y quietud.

En otra ocasion se le apareció en la iglesia en forma de un niño de seis años con un lienzo en la boca, y haciendo gestos de burla. Conociendo el Santo la ficcion del diabólico inocente, con sonrisa y una seña lo llamó, para que viniese y se acercase á él; púsole luego los ojos muy coléricos, y haciéndole repetidos ultrajes y desprecios le obligó á huir. Preguntó entonces al P. Gallonio que estaba presente si habia visto aquel rapaz; y respondiéndole que sí, le dijo: «Pues sabe que era un demonio que vino á esta iglesia con su acostumbrada perversa intencion, ó para hacer caer alguno en pecado, ó porque entró aquí algun gran pecador.»

Llevaba muy á mal el demonio, y se avergonzaba por ello, que Felipe no quisiese conjurar á veces y que se lo encargase á otros,

por lo que en venganza una tarde mientras clavaba un clavo el sacerdote que habia exorcizado á una doncella por órden de Felipe, le dejó caer del banco con tanta furia, que faltó poco para que quedára muerto; y al mismo tiempo por boca de la energúmena como admirado y despechado, dijo: «¡Creia que le »habia matado!»

Pero aunque libró á tantos, como ya hemos dicho, no usaba sin embargo sino á la fuerza de los exorcismos; afirmando que no hay que ser demasiado crédulos en esto, pues muchos que parecian poseidos del demonio no lo estaban, siendo todo ello por lo regular efecto de la melancolía ó de alguna lesion en el celebro, ó de la viveza de la imaginacion de las mujeres, y á veces tambien de un leve capricho. Por esto aconsejó al hermano de una de estas que la diesen de latigazos si queria que curase; y de otra que, con los humos que la echaban algunos presbíteros exorcistas, se encontraba casi sofocada, y molida de los azotes, dijo que no estaba endemoniada sino demente.

CAPÍTULO XXVII.

Ahuyenta Felipe las enfermedades con el imperio de su voz, y le obedecen la muerte y la vida; y para conservar esta á ciertos sugetos, estando en Roma en su cuarto, se hace presente en otros remotos lugares.

Decia Dios entre las tempestades cuando hablaba con el pacientísimo Job: *Si habes brachium sicut Deus, et si voce simili tonas*. Y en efecto, ¿quién entre los mortales tiene un brazo tan poderoso como Él, y una voz tan fuerte que se haga sentir como la del trueno? Sin embargo no parece sino que el mismo Dios habia comunicado á Felipe la eficacia y fuerza que tiene su voz divina, cuando á su imperio obedecian no solo las enfermedades, sino la vida y la muerte misma. Al imperio de su voz desaparecia la fiebre, como sucedió con María Felisa de Castro y Sigismunda Capozucchi, de las cuales la primera estuvo mala de una calentura continua que la duró por espacio de cien dias, y la segunda quedó libre de unas cuartanas de cinco meses, porque Felipe dijo con su poderosa voz: «Yo te mando, fiebre, que des-

aparezcas, y dejes á esta criatura de Dios.» A un baldado, por nombre Ambrosio, que no podia ni aun incorporarse, le curó solo con decirle: «Ambrosio, levántate.» Iguales efectos esperimentaron otros muchos enfermos, como Pedro Focile, Lucrecia Julia, Alejandro Illuminati y otros que omito en obsequio de la brevedad; pero no dejaré de citar á Antònia Raidi, pues claramente se demuestra en ló que le sucedió el imperio que tenia Felipe sobre las enfermedades. Habíala mandado el Santo que no se pusiera mala sin su licencia, así que cuando se sentia indispuesta acudia á él, y con la sencillez de una niña le decia: «¿Quereis que me ponga mala?» ¡Cosa admirable! Si él decia que no, el mal no pasaba adelante; lo cual se repitió por muchas veces. Pero no solo las enfermedades, sino que la muerte y la vida le obedecian.

Entre los antiguos y amantes hijos de Felipe debe seguramente contarse Fabricio Maximi, del que ya hemos hecho mencion otras muchas veces. Habiendo tenido este sucesivamente cinco hijas de su mujer Lavinia Rustici, y viéndola de nuevo en cinta, rogó al Santo que

se acordase de él en sus oraciones, para que naciera varon. Accedió el Santo, y le dijo que se cumplirian sus deseos; pero que le habia de poner por nombre Pablo. En efecto, el éxito correspondió á la prediccion, pues Lavinia dió á luz un niño, al que bautizaron con el nombre que el Santo deseaba. Creció este niño, y al llegar á la edad de catorce años cayó enfermo con una fiebre maligna, que al cabo de unos tres meses le puso á las puertas de la muerte. Amábale mucho Felipe, tanto porque se habia confesado siempre con él, como porque sobresalia entre los demás de su edad por sus costumbres inocentes y por su sufrimiento, el que probó con contestar que *no* á la pregunta de si deseaba ponerse bueno de una enfermedad tan larga. Pero llegando el mal al estremo que hemos dicho, mandó su padre á buscar á Felipe, que se hallaba ocupado en ofrecer el sacrificio de la misa, y en el ínterin murió el jóven Pablo. Habíale ya cerrado su triste padre los ojos, y el párroco que le habia administrado la Uncion y recomendado el alma se habia retirado despues de recitar las oraciones de la Iglesia para éstos casos, y ya

tenian preparada los de la casa el agua para lavar el cadáver, y los vestidos para amortajarle, cuando apareció Felipe. Llegóse á él el infeliz padre, y vertiendo abundantes lágrimas le dijo: «Nuestro Pablo ha muerto.» A estas palabras se dirigió Felipe sin detenerse al cuarto, en donde estaba el cadáver, y poniéndose de rodillas junto á su lecho, oró por medio cuarto de hora: tomando en seguida agua bendita roció con ella al difunto, le echó unas gotas en la boca; le sopló el rostro, y poniéndole la mano en la cabeza le llamó dos veces, diciendo: «Pablo, Pablo,» y al punto le contestó: «Padre, quisiera confesarme, porque me he olvidado de un pecado.» Hizo el Santo que se salieran del cuarto todos los presentes que estaban atónitos, y poniendo un Crucifijo en la mano del jóven, escuchó su confesion, despues de la cual consintió que volvieran á entrar los de la casa; y continuó en conversacion con el enfermo, quien hablaba con tal entereza, y tanta animacion y tan buen color en el rostro, que parecia á los circunstantes, no solo que no hubiese muerto, sino que ni aun habia estado malo. Hablaron

el Santo y el resucitado jóven por espacio de media hora de la madre y hermana de este, las cuales habian ya muerto, y preguntándole el Santo por dos veces si deseaba morir ó vivir, le contestó que mejor queria morir, porque estaba seguro de encontrar en el cielo lugar, en donde por toda la eternidad contemplaria la belleza de Dios y al mismo tiempo veria á su madre y hermana. Oyendo esto el Santo, le dió su bendicion, y como si Dios le hubiese entregado las llaves de la vida y de la muerte: «Vé, pues, hijo mio, le dijo, y ruega á Dios por mí.» Dicho esto, con no menor asombro de los que le vieron resucitar, espiró de nuevo entre sus brazos.

Con el mismo imperio de su voz prestó un gran beneficio á una de las principales señoras de Roma haciéndola morir, y mayor que si la hubiese dado la vida. Estaba ella agonizando despues de un mes de penosa enfermedad cuando la visitó Felipe, y encontrándola mas agitada que lo de costumbre, procuró confortarla, y en seguida se retiró para ir con los suyos á la Vallicella. Pocos pasos habria andado, cuando se paró de pronto como quien

medita un negocio importante, y volviéndose hácia los suyos, dijo: «Me siento impulsado á volver al lado de la enferma.» Y en efecto, sin poder contenerse se dirigió á ella; y llegándose al lecho de la moribunda y haciendo señal á los circunstantes para que se retiráran, poniendo su mano sobre la cabeza de aquella con la autoridad que Dios le comunicaba: «Yo te mando, ó alma, dijo, que salgas de este cuerpo.» Apenas pronunció estas palabras, cuando espiró la enferma; y llamando el Santo á los que antes habia mandado retirarse, les dijo: «Si no hubiese muerto ahora, hubiera consentido en las sugestiones del enemigo; y por esto ha sido preciso acelerarle la muerte.»

Recibió tambien de Dios muy epecial grapara socorrer á las mujeres en los partos peligrosos; habiendo libertado de la muerte á cuantas tuvieron la dicha de acogerse á su poderoso valimiento. Citarémos solo dos casos, notables por sus circunstancias, omitiendo los demás en obsequio de la brevedad.

Postrada con los mas agudos dolores la infeliz Delia Buscalia, habia logrado lanzar

media criatura muerta, cuando un momento despues le acometió un accidente tan profundo, que llegó á creérsela ya difunta por haber perdido el habla, el calor y casi enteramente el pulso. Pensóse en llamar de seguida á varios médicos; pero la comadre dijo que no era necesario mas médico que Dios, pues que en sacando la criatura á pedàzos, espiraria la madre. En tan triste situacion, se le ocurrió á Gaspar Birsio, su marido, salir á suplicar en varias partes que hiciesen rogativas por su moribunda esposa, y por último se arrojó á presentarse al santo P. Felipe, y le pidió encarecidamente que fuese á visitar á la infeliz paciente. Compadecido Felipe pasó á ver á la enferma, y entrando en su aposento, puso sobre esta su propio solideo; y despues á imitacion del Salvador cuando fué á resucitar á Lázaro, levantó los ojos al cielo; lloró, suspiró y puesto de rodillas dijo á los circunstantes que rezasen por ella cinco veces el *Padre nuestro* y el *Ave María*.

Acabadas estas preces, se puso en pié, y llegándose al oido de la enferma, la llamó con grande voz: «Delia.» Instantáneamente vol-

vió ella en sí, y como si despertára de un profundo sueño, respondió : «Padre, ¿qué quereis?» Díjola Felipe dos veces : «Quiero que seamos santos.» Replicó entonces la enferma : «Dios nos haga; Padre, yo estoy mala.» «No dudes, pues, añadió el Santo, que no tendrás mal.» En seguida le hizo la señal de la cruz, y se salió del aposento. Cuando estaba en mitad de la escalera, dijo al marido que iba acompañándole : «Vuélvete arriba, porque Delia tu mujer ha conseguido la gracia, y sea para bien.» Subió el marido, y halló con efecto que su mujer habia acabado de echar la criatura sin dolor alguno, y estaba tan fuera de peligro, que la misma noche se levantó sin esperimentar ningun otro trabajo.

A Faustina Capozucchi, embarazada de siete meses, la sobrevino tal dolencia, que despues de veinte y dos dias de tormentos, desconfiaron los médicos de su vida, y la dejaron como ya próxima á espirar. Visitóla el santo Padre, y poniendo los ojos en el cielo, dijo estas palabras : «Señor, yo quiero la alma de este parto; yo la quiero Señor.» Despidióse entonces, mas volviendo despues á

visitarla, volvió á repetir la misma súplica, y se ausentó con la misma brevedad. Pasado poco tiempo dió á luz Faustina una hija, la cual sobrevivió hasta recibir el sagrado bautismo, pasando despues á tomar posesion de la bienaventuranza.

Del mismo modo libró á otros muchos del fin que los amenazaba, porque acaso preveia que no les convenia morir entonces. Habia disuadido á un penitente suyo de que fuera á Nápoles, y le habia predicho que si lo efectuaba caeria en manos de los Turcos ó naufragaria. Despreció el jóven su consejo, y dándose á la vela, asaltaron los Turcos la embarcacion. Los marineros y los demás que eran prácticos en nadar se arrojaron al agua para librarse del cautiverio, lo que visto por el jóven siguió su ejemplo, y ya estaba á pique de ahogarse, cuando se acordó del consejo de Felipe. Arrepentido entonces, le llamó en su auxilio, lleno de fe en su virtud, y no tardó en ver que habia acertado, pues se le apareció sobre las aguas, y segun su costumbre le dijo : «No temas;» y cogiéndole por el cabello le sacó salvo á la costa.

Á otro, llamado Matías Maffei, le visitó por el dia, y le animó llevándole algunas reliquias, despues que le habian deshauciado los médicos, y por la noche á cosa de las nueve le hizo oir su voz, diciéndole por tres veces: «Levántate». Fueron tan eficaces estas palabras, que Matías despertó lleno de espanto, y se sintió limpio enteramente de calentura. Del mismo modo á un sacerdote, á quien amaba mucho, y que hacia dos años que padecia vehementes accesos catarrales, acompañados de mortales desmayos, por lo que rogaba al Señor que, si le convenia, le hiciese morir en paz, se le apareció una noche el Santo, y apretándole la cara fuertemente con la mano, le despertó, y temeroso al ver que habia entrado un hombre estando cerrada la puerta no pudo proferir una palabra; pero preguntándole el Santo cómo se sentia, le contestó pidiéndole que rogase por él. Cogió Felipe sus manos, y juntándolas en forma de Cruz le hizo permanecer así por algun tiempo sin que el enfermo pudiera imaginarse el resultado de aquella admirable aparicion. En fin le dijo Felipe: «Levántate;» y él, que hasta entónces no habia podido mo-

verse ni estender las piernas se levantó al punto. Entónces le añadió el Santo: «¿Vés cómo has curado ya?» y le mandó que no dijese nada de la aparicion: en seguida desapareció; y el sacerdote quedó tan bueno y ágil que en la misma semana pudo salir de casa.

Pero no solo se hizo ver en diversos lugares para librar á los suyos de la muerte y de los males del cuerpo, sino de los del espíritu. Habia encargado un negocio á un Padre de la Congregacion, y emprendiéndole este, dudaba si encontraria peligro de pecar; por lo que una noche sobre todo se sintió afligido con este pensamiento, cuando se abrió la puerta de su cuarto, y vió delante de sí á Felipe, que aun habitaba en S. Gerónimo de la Caridad, el cual le preguntó cortesmente: «¿Cómo te sientes?» — «Mal»: contestó él; y bendiciéndole entonces el santo Padre el pecho, le dijo: «No temas;» y al punto desapareció. Quedó libre el buen sacerdote de la turbacion que le agitaba, y á la mañana siguiente cuando se levantó halló la puerta tan bien cerrada, como si nadie hubiera entrado. Una Señora noble que se habia incomodado con su marido en

términos de no querer hablarle, por cuya razon habia dejado de confesarse con el Santo, al amanecer del tercer dia sintió que le daban un golpe mas saludable que el que el Angel dió á S. Pedro; pues la libró de los lazos de la culpa, y en seguida oyó la voz de Felipe, que la reprendió diciéndola: «¿Hasta cuándo has de conservar la ira?» Quedó aterrada la Señora al oir esta voz, y no bien amaneció, cuando fué á echarse á los piés del Santo, contándole cuanto le acababa de pasar; si bien el siervo de Dios trató de disimular la aparicion, no contestándole ni una palabra.

Mas terrible sin embargo fué lo que sucedió á otro penitente suyo, como refiere el cardenal Federico Borromeo. Fué el caso que á media noche le pareció que un gran perro daba vueltas al rededor de su cama para devorarle, y despertando lleno de sobresalto, se encontró con el cuerpo tan quebrantado como si le hubieran dado de palos. Fué, pues, á la mañana siguiente á referir á Felipe cuanto le habia sucedido, y el Santo le aseguró que «él habia estado presente en su cuarto, y que habia combatido por él;» y añadió «que Dios le

habia mandado aquella vision con cierto fin, y que él mismo en beneficio de su alma habia rogado al Señor que se la mandase: y que así procurára aprovecharse de ella».

Á otra penitente suya, llamada Lucrecia Julia, mujer de Juan Animuccia, se le apareció varias veces el Santo para despertarla del sueño y de la negligencia. Era esta Señora de mucho espíritu, y así le habia mandado Felipe que se dedicase á la oracion levantándose al efecto á cierta hora de la noche; pero dejándose vencer muchas veces del sueño, le prometió el santo Padre que si no se enmendaba iria él á despertarla, como en efecto lo hizo; pues cuando se descuidaba mucho, entregándose al sueño mas de lo que era menester, oia distintamente su voz, que le decia: «Levántate, Lucrecia;» y al ir por la mañana á confesarse con él, solia decirla: «¿Nó he cumplido mi promesa llamándote esta noche?» Conoció además que, asaltada de una tentacion impura, la habia combatido fuertemente una noche, y se lo dijo por la mañana cuando fué á confesarse antes de que ella hablase.

Finalmente vió y habló á Catalina Ricci

florentina, llamada hoy comunmente la beata Catalina de Prado, sin embargo de que ella estaba en Prado de Toscana y Felipe en Roma; y la vió tan bien, que despues de su muerte pudo describir tan minuciosamente sus facciones, que dijo «que no se parecia en nada á su retrato»; y recíprocamente la misma Sor Catalina, si bien dijo una vez á Juan Animuccia «que no conocia á Felipe sino de oidas, y que tenia muchos deseos de verle y hablarle», sin embargo al año siguiente afirmó «haberle visto y haber hablado con él.»

CAPÍTULO XXVIII.

Ofrécenle al Santo varias veces las primeras dignidades de la Iglesia, y él las rehusa, como ajeno enteramente á los honores y grandezas del mundo, y como humilde en alto grado.

El gran concepto que las virtudes de Felipe, por mas que él se esmerára en ocultarlas, le habian granjeado en Roma no solo para con el pueblo, sino con los Príncipes y hasta con los sumos Pontífices de la Iglesia, fué

causa de que repetidas veces le ofrecieran estos las primeras dignidades de la gerarquía eclesiástica, que él supo rehusar con ejemplar modestia y humildad. Parecia que los honores y dignidades ambicionasen á porfía que él las aceptára, como si ellas, y no él se honrasen por ello en su persona; y por esto sin duda, despues que se negó á admitirlas la primera vez, parecia que le seguian, como la sombra al cuerpo. No hablo aquí de las pensiones y beneficios que le ofrecieron los sumos Pontífices, y que él no admitió, de las primeras canongías de Roma, ni de la dignidad episcopal, sino de la cardenalicia, cuyos esplendores no bastaron para encender en el ánimo de Felipe ni una pequeña chispa de ambicion, puesto que la rehusó cuantas veces le brindaron con ella diversos Pontífices. Amábale tiernamente Gregorio XIV desde que fué Cardenal, y elevado ya al trono de S. Pedro, habiendo ido Felipe á besarle el pié y darle el parabien, el buen Pontífice le abrazó con ternura, y le indicó que pensaba sublimarle á la dignidad cardenalicia, poniéndole en seguida en presencia de muchos el mismo bir-

rete cardenalicio que él habia usado, y diciéndole: «Os hacemos Cardenal»; y volviéndose á Marcelo Veturio su secretario, le mandó que espidiese el Breve; pero el Santo acercándose á él, y hablándole en secreto no sé qué palabras, como por encanto le hizo desistir de su propósito.

Echólo en seguida á broma, y se retiró, y aunque despues el Papa le mandó el mismo birrete, dándole las gracias le contestó: «Que á su tiempo manifestaria cuándo estaba dispuesto á aceptar aquel honor.»

Pero no una sino muchas veces le brindó con él Clemente VIII, el cual le amaba mucho como justo apreciador de sus virtudes, y quien además de haber predicho antes de la muerte del Santo su canonizacion, mientras vivia tuvo en su cámara su retrato entre los de otros Santos. Habia además entre los dos tanta familiaridad, que en una carta que escribió al Papa por asunto de una doncella, se espresa en estos términos:

«Beatísimo Padre: ¿Quién soy yo para que »vengan á visitarme Cardenales, especial»mente el de Florencia y Cusano, que anoche

»estuvieron aquí, y porque me era necesario »un poco de maná en hoja, el Cardenal de »Florencia me mandó traer dos onzas, de don- »de habia mandado traer mucha cantidad de »él? Estuvo aquí hasta dos horas de noche, y »alabó mucho á vuestra Santidad, que me »pareció esceso, porque siendo Papa, debia »ser la misma humildad. Cristo á las siete »horas de la noche vino á incorporarse con- »migo: y vuestra Santidad ni una vez viene á »nuestra iglesia. Cristo es Hombre y Dios, y »viene á visitarme todas las veces que quiero; »y vuestra Santidad es un hombre puro, hijo »de otro hombre santo y de bien. Él, nacido »de Dios Padre, y vuestra Santidad de la se- »ñora Inesina, santísima mujer: pero Él de »la Vírgen de las Vírgenes. Mas tendria que »decir, si hubiese de dar lugar á la cólera que »tengo. Vuestra Santidad me haga la voluntad »en órden á una doncella, hija de Claudio »Neri, que deseo entre Religiosa en Torre de »Espejos, pues al padre de ella prometió »vuestra Santidad su proteccion para sus hi- »jos; y así acuérdese que es cosa de Pontífices »cumplir las promesas. Remítame este nego-

»cio, para que cuando sea necesario me pueda »valer de su autoridad, mayormente sabiendo »yo la voluntad de la doncella, y que la mueve »únicamente la inspiracion divina. Beso los »santísimos piés de vuestra Santidad con la »humildad que debo.» Habiendo pues ido Felipe á besarle el pié al principio de su Pontificado, le dijo en presencia de José Carradoro, canónigo de S. Juan de Letran: «Ahora sí que no podreis huir de ser Cardenal». En otras varias ocasiones le ofreció la misma dignidad, como él mismo confiesa en la respuesta que de su mano escribió á la citada carta de Felipe; pues dice «que no habia ido á verle, de lo que el Santo se quejaba, porque no lo merecia, no habiendo querido aceptar el Cardenalato.»

Hé aquí la carta de Clemente VIII: «Dice »el Papa que el billete en la primera parte »contiene un poco de espíritu de vanidad, »queriendo que sépa que ván á visitarlo los »Cardenales tan frecuentemente, si no es para »que entienda que esos señores son hombres »espirituales, lo que es cosa bien sabida. En »lo que toca á no haber ido á verlo, dice que

»V. R. no lo merece, pues no quiere aceptar »el Capelo, que tantas veces le ha ofrecido. »En cuanto al mandato le concede que con su »acostumbrado imperio reprenda á aquellas »buenas religiosas, si no le obedecieren. Y »tambien le ordena que trate de mirar por sí, »y no vuelva al confesonario sin su licencia; y »que cuando Nuestro Señor le venga á ver, »ruegue por él y por las necesidades urgentí»simas de la Cristiandad.»

Ni podemos dudar que Clemente se le hubiera hecho aceptar, si el temor de disgustar y ofender su humildad no le hubiese contenido, puesto que en una sola promocion honró con la Púrpura á dos hijos suyos. Pero en honor de su humildad no debemos pasar en silencio que no contento con renunciar á aquella dignidad tan ambicionada de los demás, á fin de que su renuncia no le granjease un gran concepto para con los hombres, la hacia con tal destreza, que apenas lo advertian los mismos que querian conferírsela. De este modo con Gregorio XIV, que fué el primero que quiso hacerle Cardenal, tomó el asunto á broma; y en otra ocasion anterior

dijo á Gregorio XIII que queria hacerle canónigo de S. Pedro, «que no sabia llevar el traje.»

En cuanto á lo ajeno que fué su espíritu á las dignidades se demuestra no solo por las reiteradas renuncias que acabamos de referir, sino aun por sus palabras y acciones. Hablando una vez en su cuarto con Bernardino Corona hermano de Congregacion, le dijo que el Papa queria hacerle Cardenal, y por lo tanto le dijése su parecer; á lo que le contestó que debia aceptar sin duda, si no por su bien particular por el de la Congregacion; pero alzando Felipe el bonete, y mirando al cielo, esclamó: «¡Paraiso, Paraiso!» Con lo que manifestó que allí estaba su único deseo. A este bonete, que no queria cambiar por el de los Cardenales, comunicó Dios, como á los demás que usó, una virtud particular para librar á los enfermos de sus dolencias. Sean testigos de esto Sor Hipólita Cipriana, monja de Santa Cecilia de Roma, la cual enferma de agudísimos dolores de costado acompañados de fiebre, tenia en grave peligro su vida; pero acercándose el bonete del Santo cesaron al punto los

dolores y la calentura. Con el mismo remedio recobró la salud un niño ya moribundo, pues movido á compasion Antonio Fautini puso sobre su cuello un pedazo del bonete del Santo. Por estos y otros prodigios, lo mismo en Roma que en Nápoles se buscan tanto sus bonetes para los enfermos. Pero volviendo á su despego de las dignidades, dijo en una ocasion, hablándose de prelaturas y de dignidades: «Hijos mios, antes preferiria el ser herido de un rayo que del deseo de estas cosas: lo que ambiciono es el espíritu y las virtudes de los Cardenales y Papas, pero no sus grandezas.» Por lo cual se hizo digno de que el abate Marco Antonio Maffa hiciese uso de las espresiones de admiracion de S. Gerónimo cuando consideraba la grandeza de alma de Hilarion en despreciar la gloria y el honor mundano, para significar el pasmo que causaba en Roma el ver como despreciaba Felipe aquellos honores y dignidades que son el blanco de los deseos de un mundo entero.

El humilde espíritu de Felipe no solo le hizo aborrecer las dignidades que se le ofrecian fuera de la Congregacion, sino que aun

le hizo hallar modo de desprenderse de las que le correspondian por todos títulos en el Oratorio, y así fué que habiendo sido elegido, aunque contra su voluntad, Prepósito perpétuo de la Congregacion, dos años antes de morir solicitó ser solamente súbdito, y que por lo tanto le eligiesen sucesor; mas no accediendo los Padres, comprometió á los cardenales Borromeo y Cusano para que le alcanzasen del Papa el logro de su deseo; como en efecto se lo concedió Clemente VIII, entonces reinante, nombrando por sucesor del Santo á César Baronio. Pero aunque dejó el honor de la superioridad, se reservó sin embargo el peso y el trabajo, no dejando de hacer en servicio de la comunidad todo lo que estaba á su cargo cuando era superior. En este tiempo no quiso que los suyos le llamasen prepósito ó Rector, sino *Padre;* voz que mas bien significa amor, que dignidad. Del mismo modo no le agradaba que le juzgasen Fundador de la Congregacion, diciendo entonces que nunca pensó en fundar nuevo Instituto, y que Dios se habia servido de él, como de un instrumento débil, para hacer brillar mas su

poder. El mismo espíritu deseaba en los suyos, y sobre todo en los de su Congregacion; por lo que así como él, aunque fuese tan estimado de los Príncipes, Cardenales y Pontífices, rara vez, y esto por obras de caridad ó en provecho universal, visitaba sus palacios; así no le agradaba que los suyos se dejáran ver en la córte. Por esta razon, agradando un poco á German Fedeli el frecuentar la córte, le dijo «que si no se alejaba de ella llegaria á ser un cortesano; pero que tuviese entendido que aun así no lograria ninguna Prelatura»; como sucedió en efecto, pues habiéndole nombrado Clemente VIII ayo de Silvestre Aldobrandini, sobrino suyo, que despues fué Cardenal, no pasó nunca de canónigo de S. Pedro, cuya canongía renunció mas tarde.

Desagradábale además en los suyos la pluralidad de beneficios, y que los que tenian obligacion de residencia se detuviesen en Roma sin justa y canónica causa, reprendiendo á quien lo hacia aunque fuese un Cardenal; y para hacer que odiáran los muchos beneficios, solia decir que un Prelado á quien preguntaron por qué los deseaba tanto, siendo así que

rehusó muchas veces el primero que le ofrecieron, contestó «que el primer beneficio le habia quitado un ojo, y el segundo el otro, por lo que caminaba á ciegas sin saber lo que se hacia.» Despues en los discursos familiares clamaba tanto y con tal eficacia contra las grandezas del mundo, que sus palabras, como saetas penetrantes, traspasaban el corazon de quien las oia: observándose despues que muchos mudaban de vida de un modo estraordinario. Decia tambien, que en Roma mas que en otra parte era preciso no ambicionar dignidades, porque en ella se encuentran fácilmente; y en cuanto á sí mismo añadia, «que no hallaba en el mundo cosa que le agradase: de cuyo desagrado se daba á sí mismo el parabien.»

Este despego que sentia respecto de las dignidades y honores nacia principalmente del bajo concepto que tenia de sí mismo, y de la humildad que reinaba en su corazon; pues se creia indigno no solo de las mayores dignidades de la Iglesia, sino aun de ser presbítero, como frecuentemente aseguraba, siendo esto causa de que se encomendase á las

oraciones de los demás, principalmente de los Religiosos y novicios. Rogaba á los sacerdotes que se acordáran de él en el sacrificio de la misa, sobre todo en las fiestas de los santos Patronos de las Iglesias. A los penitentes les suplicaba que le aplicasen parte de la penitencia: confiando así el humilde siervo de Dios en que podria alcanzar con las oraciones de los demás lo que con las suyas le parecia dificil. No consentia que nadie estuviese delante de él con la cabeza descubierta, ni se cuidaba de que le besasen las manos, aunque á veces lo permitia para no disgustar á los demás. En los negocios concernientes á su persona y á la Congregacion queria oir el parecer de los otros; consultando no solo con personas de autoridad sino aun con las inferiores á él, adhiriéndose mejor al parecer ajeno que al suyo propio, lo que aconsejaba aun á sus penitentes. Por lo que hace á la idea que habia formado de su bondad, no es fácil que podamos esplicarla: á imitacion del humilde san Francisco se tenia por el mayor pecador del mundo, y cuando afirmaba esto, lo hacia con tal sentimiento, que se conocia que hablaba

su corazon; y si oia referir cualquier crímen de alguno, en vez de enojarse contra él, recogiéndose interiormente decia: «Quiera Dios que yo no haya hecho cosa peor.»

Suplicaba todos los dias á Dios, teniendo el Sacramento en la mano, que le ayudase, porque sino le haria traicion; y decia que la llaga del costado del Redentor era muy grande, pero que si Dios no le ayudára, la habria rasgado él aun mas con sus culpas. El modo que tenia de prepararse para decir misa, era como él decia, juzgarse pronto en cuanto estuviera de su parte para hacer cualquier mal, si Dios no le protegia. Al paso que crecia en edad se creia mas despreciable; y soliendo asegurar en sus primeras enfermedades que queria mudar de vida si recobraba la salud, decia despues con mayor humildad: «Señor, si me pongo bueno aun seré peor por lo que á mí toca, como me lo dice la esperiencia, pues que habiendo ofrecido tantas veces mudar de vida, jamás lo he cumplido, por cuya razon desconfio de mí mismo.» Repetia estas últimas palabras con mucha sinceridad; y habiendo encontrado una vez á dos Religiosos

de santo Domingo, pasando por medio de ellos dijo: «Dejadme pasar, que estoy desesperado.» Temiendo estos que su desesperacion fuese por la salud eterna, trataron de consolarle y de alentar su esperanza; pero sonriéndose él les dijo: «Desespero de mí mismo, mas confio en Dios.» Se persuadia de que las enfermedades que le sobrevenian se las mandaba Dios para que se convirtiese. Cuando se confesaba decia vertiendo lágrimas: «Jamás hice ningun bien»; y envidiaba á los jóvenes porque tenian tiempo de hacerle. Siempre que veia á los Religiosos decia: «¡Oh, felices vosotros que habeis dejado el mundo, cuando yo jamás hubiera tenido ánimo para ello!» y sin embargo habia sabido abandonarle con no menor gloria, sin haberse separado de él.

Estaba además tan penetrado de que era un ser despreciable que no podia sufrir que le alabasen de ningun modo. Así pues, habiéndole pedido una penitente suya algun pedazo de sus vestidos, porque le tenia por Santo, la contestó airado: «Vete con Dios, que no soy santo sino demonio»; y por que cuando entraba en la iglesia se agrupaba la gente por

tocar su vestido y se arrodillaban cuando pasaba, para evitar tan grande aplauso, daba á unos con la manga, y á otros con la mano, diciendo: «Quitaos de delante.» A los que cuando estaba enfermo de gravedad le insinuaban que hiciese la oracion de S. Martin: *Si adhuc populo tuo sum necessarius non recuso laborem*, con resentimiento dictado por su humildad les decia: «Ni yo soy S. Martin, ni jamás me tuve por tal; y si hubiese pensado qué era necesario, me creeria condenado.» Lo mismo casi contestó á otros que le decian rogase á Dios que le concediera larga vida para beneficio de los demás; y á uno que, considerando sus obras maravillosas, le dijo: «Padre, grandes cosas hacen los Santos»; le corrigió al punto diciéndole: «Mejor dirias con el Profeta: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.*»

A un penitente que le confesaba una tentacion de poca estima de él con la que el demonio le habia sugerido que no era lo que creia el mundo: «Sábete, le dijo, que yo soy hombre como los demás, y por lo tanto tu tentacion no es de gran valor.» Pero no solo

se juzgaba igual á los demás hombres sino inferior aun á la gente ordinaria; por lo que cuando le decian que le tenian en buen concepto, esclamaba lleno de afliccion: «¡Pobre de mí! ¡Cuántos campesinos y aldeanas serán mayores que yo en el cielo!» Habiéndole alabado con moderacion una vez Baronio, le respondió: «Sábete, César, que siento estremado dolor cuando los hombres hacen algun aprecio de mí, y continuamente ruego á Dios, que no permita que por mi mediacion se haga nada que dé márgen á los hombres para ver en mí lo que no soy; que si Dios ha obrado por mi medio alguna cosa, debe atribuirse á la fe de los demás, y de ningun modo á mis méritos.» De este modo trataba de eludir la parte que tenia en los prodigios que obró, y para que no resaltáran solia hacerlos como por chanza, consiguiendo así que fueran pocos los que los comprendieran, y aun estos por no disgustarle no se atrevian á hablar de ellos en su presencia. Habiendo curado á un noble romano tocándole, empezó este á gritar: «¡Milagro, milagro! Vos sois un Santo, y lo he de decir por toda Roma»; y segura-

mente lo hubiera hecho, si el Santo no lo hubiera impedido diciéndole: «Cállate»; y poniéndole la mano en la boca, le exigió palabra de no decir nada sobre el caso. Del mismo modo habiendo curado de fiebre maligna y dolor de costado á Antonia Caraccia, mujer de Antonio Pasquini, que estaba reducida al estremo de no poder moverse de un sitio, haciendo la señal de la cruz sobre la parte enferma y diciendo: «Esto no es nada»; el marido y los demás que estaban presentes hubieran publicado el milagro, si la misma Antonia no lo hubiese impedido, haciéndoles observar que disgustarian á Felipe, supuesto que por ocultar el prodigio mandó á la enferma que permaneciese dos ó tres dias en la cama, como si aun no estuviera buena.

Pero ¿quién podrá referir los infinitos portentos que obró, y los medios de que se valió, cual otro S. Francisco de Paula, para encubrirlos? Virginia mujer de Juan Bautista Martelli, gravemente enferma de los ojos antes de casarse, acudió al Santo, á quien halló en el confesonario, y con grandes ruegos le suplicó que le diese un remedio. Movido á

compasion tomó entonces Felipe un poco de agua de un vaso, y con ella le hizo en los ojos la señal de la cruz; y como si aquella agua hubiera sido una poderosísima medicina, quedó enteramente curada. Abandonado de los médicos el jóven Juan Francisco, hijo de Mauricio Anerio, y quedándose sin movimiento al cabo de diez y siete dias, y sin poder hablar ni conocer á las gentes, le visitó el Santo; movido de compasion, y haciendo oracion, y mandando á los circunstantes que rezasen un Padre nuestro y Ave María, se volvió á la madre, y como en broma le dijo: «¡Linda ocurrencia, hacer morir de hambre á este pobre jóven! Traed vino generoso que quiero curarle»; y en efecto, dándole de beber volvió en sí, y á pocos dias pudo levantarse y salir á la Iglesia Nueva á besar las manos al Santo, como él mismo le habia predicho.

Sintiéndose atormentada á todas horas Angela Lippi de un dolor en la espalda, que padecia de algunos años, y el cual le impedia la respiracion y el movimiento del brazo derecho; la aconsejó su hija Julia que acudiera á Felipe, y le rogase que rezára por ella un

Padre nuestro y Ave María, que esto la serviria de mucho. Aceptó la madre el consejo, y llegándose á los piés del Santo, le dijo lo que le habia pasado con su hija; á lo que contestó Felipe: «¿Por qué no lo reza ella?» A esta respuesta se retiró desconsolada la enferma; mas compadeciéndose Felipe la llamó, y para que no pareciese que su oracion sola la ponia buena, le dijo: «Recemos juntos»; y sin que ella le hubiera manifestado el lugar del mal, puso el Santo la mano en donde Angela sentia el dolor, y haciendo la señal de la cruz, la dejó buena del todo. Del mismo modo visitando á Mauricio Anerio deshauciado de los médicos le curó, siendo así que ya estaba sin pulsos; y para ocultar el prodigio mandó á los circunstantes que rezasen por él un Padre nuestro y un Ave María; y poniendo su mano sobre la cabeza y el estómago del enfermo, se retiró disimuladamente antes que aquellos observasen la mejoría de Antonio. Es de advertir que este habia estado metido en el laberinto del mundo antes de confesarse con Felipe, con quien no queria que su mujer Fulcinia se confesára; mas habiéndoselo re-

ferido ella al Santo, este le dijo: «Sé constante, pues, y no dudes, porque tu mismo marido ha de confesarse conmigo, y será mejor que tú»: y en efecto llegó á ser hombre de gran virtud.

Pero volviendo á los medios de que se valia el Santo para ocultar sus prodigios, digo que á veces lo tomaba á broma, dando alguna palmada al enfermo ó haciendo cualquiera otra cosa que pareciera estravagante. Citaré pues algunos casos para qué sirvan de ejemplo. Victoria Varesi, á quien curó varias veces, acudió á su virtud, esperando de ella consuelo para el dolor, que se la fijó en la espalda á principios de octubre, y que no solo la impedia la respiracion sino que ni la dejaba estar en la cama. Contóle sus penas y oyéndola el Santo, le dijo: «¿Qué significa esto, que no parece sino que no tengo que pensar mas que en tí?» y despues como en broma añadió: «¿En dónde te duele?» y señalándole á la espaldilla izquierda, le dió un golpe con la mano, diciendo: «Vaya pues tranquilízate, que no tendrás mas dolores», y al punto se sintió buena. Laura, hija de Gerónimo Moroni, niña

de trece años, se hallába á las puertas de la muerte, habiendo recibido ya la Estremauncion; y estando preparado todo lo necesario para el momento en que espirára, ocurrió á sus padres llamar al Santo, para que, sino al cuerpo, auxiliase al menos á su alma. Llegó Felipe, y encontrándola con los ojos cerrados y que habia perdido el uso de la lengua, se acercó á ella, la sopló en el rostro, y en seguida comó por chanza le dió una palmada, cogiéndola del cabello, y diciéndole que pronunciase el nombre dé Jesus; cuando hé aquí que con asombro de todos abrió los ojos, y pronunciando aquel santísimo nombre, volvió en sí, y mejorándose por momentos, en breve se puso buena.

En obsequio de la brevedad, citaré por último el caso de Catalina Corradina. Visitóla el santo Padre cuando ya estaba con la Uncion, y despues de haberle puesto las manos sóbre la cabeza, hizo que cantáran un motete espiritual los músicos que le acompañaban, á cuyo canto y al nombre de Jesus se veia que la enferma iba cobrando fuerzas, en términos que volviendo en sí, se puso buena en muy poco

tiempo. En la convalecencia se le apareció el demonio, el cual lleno de ira contra Felipe, y haciendo gestos horribles, le dijo: «¿Qué ha venido á hacer aquí ese *Felipon?* pero encomendándose ella á Dios, desapareció sin causarle ningun daño. De este modo Felipe disimulaba tan bien sus prodigios que pocos fueron los que los notaron mientras vivió; aunque despues de su muerte se admiraron muchísimos no menos de aquellos que del silencio con que los ejecutaba; y no sabiendo á que atribuirlo, le igualaban á Simon Salo en la gracia de que sus milagros no se manifestasen á los ojos de los hombres, consiguiendo así la mitad de lo que deseaba; pues rogaba á Dios que no permitiera que se descubriesen, ni en vida, ni en muerte. A mas de esto cuando le pedian que tocase con su mano á un enfermo, como resentido y mostrando gran pena decia: «Sin duda quereis que haga yo milagros, y yo no sé hacerlos.»

Finalmente fué tan humilde, que como otro Tomás de Aquino, de quien era muy devoto y cuya *Suma* no dejaba de la mano, nunca sintió estímulo de vanagloria y aborrecia ha-

blar de sí mismo, por lo que no solia decir jamás: *yo he hecho*, ó *yo he dicho*; para no hacer ostentacion alguna de sí ó de sus cosas. La humildad era la que preferia, digámoslo así, entre las demás virtudes, como el Evangelista S. Juan la caridad fraternal, que tanto recomendaba á sus discípulos; y así como aquel decia: «Amaos los unos á los otros»; así el Santo tenia siempre en sus lábios estas palabras: «Sed humildes y poneos en el último lugar.» Por el contrario era tan enemigo de la soberbia, que siendo dulcísimo con todos los pecadores, solo á los soberbios parecia que no podia tolerar.

Habiendo en una ocasion pronunciado el P. Agustin Manni un elegante discuso, le llamó el santo Padre y le mandó repitiese hasta siete veces el mismo sermon con todas sus palabras: y obedeciendo el buen hijo, cuando los oyentes le veian subir al púlpito, mirándose unos á otros, decian con risa: «Hé aquí el Padre que no sabe mas que un sermon; recogiendo de este modo, para mayor provecho suyo, por la sábia disposicion de su santo Padre, mofas en vez de aplausos. Una cosa

semejante aconteció á Francisco Maria Tarugi; y no porque predicára un elegante sermon, ni porque se saliera del estilo del Oratorio, sino porque habiendo un dia con mucho espíritu y fervor exagerado la escelencia y utilidad del padecer, en términos que las gentes le oian con singular atencion y le rendian un justo tributo de universal aplauso; el humilde Felipe que se hallaba presente, temiendo que con tal oracion se envaneciese Tarugi: puesto en pié, empezó á dar fuertemente con la mano en una columna, para llamar hácia sí las miradas y la atencion del auditório é impedir el que aplaudiesen á Tarugi; en cuya operacion continuó hasta que este terminó su discurso. Despues subió al lugar de donde habia bajado Tarugi, y dijo en alta voz «que ninguno de la Congregacion tenia motivo para vanagloriarse ni ensoberbecerse, porque hasta entonces ninguno de ellos habia derramado ni una gota de sangre por amor de Jesucristo: antes bien con servirle y seguirle habian conquistado y conquistaban contínuamente honores y riquezas;» estendiéndose el santo Padre largamente sobre la misma materia.

Muchos volúmenes llenariamos si á propósito de la humildad del Santo citásemos todas las sábias invenciones de que supo valerse para humillar á sus hijos, y hacerles concebir un bajo concepto de sí mismo; pero pues que ya hemos manifestado bastantes ejemplos de ello en el curso de esta obra, concluirémos refiriendo solo el caso del P. Bozzio. Teniendo noticia el santo Padre de que el Cardenal Farnesio en las exequias aniversarias que iba á celebrar con fúnebre aparato por Pablo III, su tio, habia vestido de luto á muchos pobres para que estuviesen al rededor del soberbio catafalco, llamó al P. Tomás Bozzio (esclarecido por la erudicion con que escribió su obra de *Signis Ecclesiæ)*, y como si aquella fuese una ocasion de gran ganancia (y lo era en efecto, pero para el espíritu) le mandó vestirse como los pobres y colocarse entre ellos durante toda la funcion. Oido que fué el precepto por el humilde sacerdote, corrió sin avergonzarse á ponerse entre los otros mendígos, sin cuidarse del gran concurso que habia, y menos aun de aquel vestido tan impropio de su nacimiento y estado.

Entre los muchos y útiles consejos que daba sobre este punto de la humildad decia que no debia el hombre pronunciar, ni aun en chanza, una sola palabra que redundase en alabanza propia: que no debia quejarse sino alegrarse de que el amigo le usurpase el honor que le pertenecia por cualquier hecho, pues de este modo seria doble su mérito por la buena obra, y por la humildad: que se debia rogar á Dios que cuando concede virtudes ú otros dones, los oculte aun á los ojos de quien los recibe, á fin de que no conociéndolos no pueda llenarse de orgullo. Aseguraba, y con razon, que es una señal evidente de próxima ruina espiritual el que el hombre se ponga en la ocasion de pecar diciendo: *No caeré, no lo cometeré;* y añadia que temia mas al que no era tentado pero que no huia de las ocasiones, que al que siendo tentado sabia evitarlas. Para esto aconsejaba que se dijese á menudo con el corazon: «Señor, no confieis en mí, porque caeré sin duda si vos no me ayudais.» Aprobaba que se dijera en cuanto á las tentaciones lo siguiente: «Sé bien lo que deberia hacer, pero ignoro lo que

haria.» Aconsejaba á los penitentes que, para confundir al demonio, dijesen al principio de la confesion aquellos pecados que mas agravaban la conciencia y de los que tenian mayor vergüenza. Juzgaba gran defecto el escusar las faltas propias culpando á otros, llamando *Eva* al que esto hacia, y aconsejaba en general que, fuera de algunos casos, no se escusase el hombre, aunque fuese inocente. Solia decir que despues de cometida la culpa no debia entristecerse el hombre por la reprension merecida; porque con frecuencia sucedia ser mayor defecto esta tristeza que la culpa cometida, supuesto que nace de la soberbia. Alababa con mas eficacia á aquellos que con interior mortificacion abatian la arrogancia de su propio entendimiento que á los que con la esterior vencian la rebelion de su cuerpo; y lo hacia así, porque es mas difícil obtener la primera victoria que la segunda; por lo que solia decir, «que de aquellos que saben refrenar la altivez del juicio particular debe hacerse mayor aprecio que de los que con largas vigilias y prolongados ayunos afligen el propio cuerpo.» No aprobaba en todos que, confiando en

las propias fuerzas, pidiesen á Dios nuevos trabajos y aflicciones, sino mas bien la paciencia. Además afirmaba que era peligrosísimo á los principiantes en el espíritu el echarla de maestros y gobernar á los demás, como tambien el ser amigo de singularizarse, lo que es orígen de soberbia espiritual. Advertia en fin que, por huir de la vanagloria, no deben omitirse las obras virtuosas.

CAPÍTULO XXIX.

Del conocimiento que tenia Felipe de las cosas futuras, por lo que profetizó á muchos la muerte y la salud, á cinco Cardenales el Sumo Pontificado, y á muchísimos la Púrpura Cardenalicia.

Entre las gracias que se llaman *gratis datæ*, ocupa el primer lugar la profecía, la cual parece que tiene un no sé qué de divino, pues el conocer las cosas futuras es superior á la penetracion humana, diciéndose por esto en Isaías: *Anuntiate nobis, quæ ventura sunt in futurum, et sciemus; quia Dii estis vos.* Pero aunque este don, como enseña el angélico Doc-

tor, se dá por *modúm actus*, en Felipe parecia como habitual, por lo que la sagrada Congregacion de Ritos no dudó pronunciar que en este don : *Non est inventus similis illi*. De aquí es, que si quisiésemos citar una por una todas sus predicciones abultaria demasiado este volúmen, y traspasariamos los límites que nos hemos impuesto. Dirémós pues únicamente aquellas mas notables y célebres por sus circunstancias, omitiendo las demás en obsequio de la brevedad. En el santo dia de la Cena del Señor fué á confesarse Juan Angel Crivelli con el santo Padre, y aunque estaba enteramente bueno, no necesitó este mas que mirarle al rostro para decirle : «Prepárate, porque Dios quiere de tí alguna cosa;» y contestando aquel que su corazon estaba pronto á recibir lo que Dios le mandára : «¿Y si quisiera mandarte, añadió el Santo, una grande afliccion?» — «Confiado en su ayuda, replicó Crivelli, la soportaria.» Viéndole tan bien dispuesto el Santo le dijo abiertamente «que se preparase, porque en las fiestas de Pascua le llamaria Dios á sí.» Aquella misma tarde se sintió con calentura, y al cuarto dia de enfermedad mu-

rió; pero tan felizmente, que él fué uno de quienes Felipe tuvo noticia que habia ido al cielo, como él mismo lo dijo á su hija para consolarla.

Antes que cayera malo Gerónimo Cordella, célebre médico á quien queria mucho Felipe, decia este «que habia de vivir poco.» Enfermó pues, y enviándoselo á decir su mujer al Santo, para que rogase por él, mandó á un Padre á la portería para que viera quién le llamaba, y qué queria, y entre tanto empezó á decir: «¡Oh pobre Cordella! de esta has de morir sin remedio.» Volviendo aquel Padre con la noticia de que Cordella estaba malo, repitió el Santo: «¡Oh pobre Cordella! el curso de tu vida ha concluido!» Oyendo esto los que estaban presentes, le rogaron que ya que por el cuerpo fuera inútil, rogase por su alma; á lo que contestó, segun su costumbre: «Eso sí.» Habiendo pasado pues el sétimo dia de su enfermedad, y yendo los Padres de casa á llevar luz al Santo por la mañana temprano, les dijo: »¿No es cierto que Cordella ha muerto esta noche á tal hora?» Pero observando despues que lo que él sabia no podian saberlo ellos,

con destreza procuró mudar de conversacion. Informáronse los Padres, y vieron que habia muerto Cordella á la hora que habia dicho el Santo, el cual estuvo presente á su muerte sin embargo de que permaneció en su aposento, como él mismo confió al Cardenal Agustin Casano.

Igualmente predijo la muerte de Alejandro Crescencio, diciéndole «que se preparase porque habia de morir pronto,» como se verificó á los diez y seis dias: á Marcelo Ferro le predijo la muerte de su padre, que fué á los veinte dias: á Vitoria Cibi la de su hermana sor Vicenta: á Francisco de la Molara la de Fulvia de Cavalieri, su mujer, diciéndole: «¿Qué harias, Francisco, si muriese tu mujer?» y contestándole que no sabia; añadió Felipe que reflexionase sobre lo que haria en aquel caso; y en efecto, á los quince dias murió; debiendo observarse que todos estos estaban completamente buenos al tiempo de la prediccion.

En las enfermedades pronosticaba la muerte contra la opinion de los médicos, y aunque estos se reian de su prediccion, el éxito la

confirmaba al fin. Enfermó Orintia, mujer de Pompeyo Colonna, señora ilustre por su sangre y mas por sus virtudes, la cual se empleaba con frecuencia en servir á los pobres del hospital de Santiago de los Incurables, y aunque los médicos principales de Roma afirmaron todos que no corria peligro; ella que confiaba mas en el Santo, le mandó á llamar; y luego que llegó, oyó sus dulces palabras, recibió su bendicion con el agua bendita, y se dispuso á pensar, segun su consejo, en la pasion del Redentor. Despidiése el Santo, y encontrándose á la salida con los médicos, les dijo: «Orintia está de mucho peligro;» y viendo que se reian, añadió: «¿Os burlais de mí? pues bien: yo os digo que tal dia morirá.» A estas palabras prorrumpieron los médicos en una carcajada; pero el suceso vino á dejarlos completamente chasqueados y sorprendidos. Casi lo mismo sucedió á Patricio Patrizii, el cual con una ligera indisposicion trató de levantarse, afirmando los médicos que no tenia calentura; pero sin embargo el Santo le rogó que recibiese á su Majestad é hiciése testamento. Pareció importuna tanta prisa á su mujer,

por lo que dijo : «Este viejo parece que está fuera de sí;» y aun el mismo Patricio, no creyéndose tan malo, dijo : «Me parece que el Padre anda algo ligero en esto.» Sin embargo, recibiendo los Sacramentos, hizo testamento, y en seguida espiró. Tenia Patricio no pequeño crédito para con el Santo, por lo que despues de su muerte se encomendaba este á sus oraciones.

Mas como Felipe no solo conocia la hora de la muerte sino la conveniencia y oportunidad de esta, se negó muchas veces á rogar por los enfermos como se lo suplicaban sus parientes. Por esto pues dijo á Juan Francisco Bucca, á quien habia predicho la muerte de su hermano Guillermo, «que no se molestára, porque le convenia morir entonces.» Rogándole muchos en otra ocasion que orase por la vida de un clérigo de la Congregacion llamado Leonardo, dijo aparte á Gallonio, «que no queria hacer oracion, porque acaso conocia que le estaba mejor morir, que vivir :» con lo que murió el enfermo. De rodillas y con lágrimas en los ojos le suplicaron Constancia, mujer de Virgilio Crescencio, y sus hijos, que pidiese á Dios

la salud de este, cuya muerte habia predicho el Santo, pero desentendiéndose de su ternura les contestó «que debia morir entonces;» como en efecto sucedió, habiendo afirmado el Santo, «que aunque habia querido orar por él nunca pudo empezar, porque le decia el corazon, que le convenia morir para bien de su alma.»

Estando en igual peligro de muerte Domingo Mazzei y Elena Cibi su mujer, la madre de esta, llamada Tamiria Cevoli, acudió al Santo diciéndole que temia por la vida de ambos; pero él, con la seguridad que le daba su espíritu profético: «No, no, respondió: basta uno;» y en efecto, solo Elena curó, la cual entró despues religiosa en S. Vicente en Prado de Toscana. Pero aun es mas admirable la prediccion que hizo á dos religiosos de Santo Domingo, enfermos en el mismo convento. El uno, que era Fr. Desiderio Consalvi, padecia una enfermedad grave, y el otro llamado Francisco Bencini tenia una ligera indisposicion. Visitólos Felipe, y pronosticó la muerte de este y la salud del primero, á quien poniéndole las manos en la cabeza curó del todo, aunque estaba agonizando, por lo que los demás reli-

giosos le llamaron despues el Lázaro resucitado; y Juan Canparotti, médico de la Religion, llamó este caso *el milagro de los milagros.*

Próximo á la muerte el cardenal Francisco Sforza, al cabo de veinte y dos dias de fiebre contagiosa y flujos de sangre, habia recibido el Viático, y se hallaba preparado para el funesto trance, cuando su madre Catalina Sforza encomendó su salud á las oraciones del Santo. Sorprendido este con la noticia le mandó á decir, «que estuviese tranquila, porque su hijo no moriria;» como sucedió en efecto, pues en breve se puso bueno. Pero mas trabajo le costó persuadir á Pedro Mercati de S. Miniato «que su hijo Miguel curaria de una enfermedad mortal;» pues que siendo médico el padre aseguraba «que, segun las reglas del arte, debia morir.» Agravóse el enfermo despues de la prediccion de Felipe, por lo que su padre acudió de nuevo á él diciéndole: «Estamos en el último estremo;» pero sirviéndose el Santo de las palabras de Cristo á S. Pedro: *Modicæ fidei,* le dijo: «¿Nó te he asegurado que no morirá? No dudes, pues, que el Señor no lo quiere aun por muchos años.» Curó el enfer-

mo, segun esta prediccion, y sobrevivió once años, habiendo llegado á ser médico de Clemente VIII, quien despues le hizo Prelado. La muerte de este jóven fué, lo mismo que su vida, conforme á la prediccion de Felipe.

A Juan Bautista Altoviti desahuciadò de los médicos le anunció su salud por medio de Francisco María Tarugi. Lo mismo sucedió con Bartolomé Dotti de Módena, que estaba á las puertas de la muerte. Tenia este el empleo de escudero, cuya plaza hubiera perdido con no poco daño de su casa; y un sobrino suyo, en cuyo favor tenia ánimo de renunciarla, acudiendo á Felipe para que rogára por la salud del enfermo, le oyó decir: «No morirá por ahora, sino de la primera enfermedad que padezca despues de esta, y no te cederá el oficio de escudero:» y el éxito demostró la verdad de ambas predicciones. Padecia tres accesos de fiebre diariamente Olimpia del Nero, mujer de Marco Antonio Vitelleschi, y Gerónimo Cordella su médico la habia desahuciado, pues que en todo el tiempo que llevaba de ejercer no habia visto mas que tres casos iguales y todos tres se le desgraciaron. Sin embargo de

esto afirmó Felipe, tanto al marido como á los demás, «que no corria peligro;» como en efecto recobró la salud que era tan necesaria á su dilatada familia.

No habia sido aun promovido á la Púrpura Gerónimo Panfilio, Auditor de la sagrada Rota, cuando enfermó de gravedad. Visitábale Felipe dos veces al dia, y agravándose mas y mas, movido por espíritu divino tomó el Santo su cabeza, y acercándola á su pecho oró con tanto fervor que lleno de agitacion llego á decirle «que confiara, pues en breves dias curaria del todo;» como sucedió en efecto. Este mismo testificaba que un caso semejante habia ocurrido en la persona de Alejandro su sobrino, á quien habian desahuciado los médicos; y referia tambien la milagrosa cura de Inés Colonna, señora tan ilustre como devota. Finalmente Faustina Cenci, Constancia del Dragon y la mujer de Juan Francisco Bucca, todas tres en peligro de muerte, sobre todo la última, recobraron la salud segun su prediccion. Fueron á mas de esto infinitos los pronósticos que hizo en diversos asuntos. Dijo á Ana Borromeo, hermana de S. Cárlos y mujer de Fa-

bricio Colonna, hijo del Condestable Marco Antonio, que tendria dos hijos varones, cosa que hasta entonces no habia conseguido; por lo que creyó ella que los debia á la intercesion de Felipe. A Sulpicia Sirleti, que no queria conformarse con la voluntad de Dios en la muerte de una hija de cuatro años, le predijo «que si hubiese vivido esta hubiera tenido un varon, que la hubiese dado muchos disgustos.» A Elena Cibi, que le rogó que fuese padrino, ó le proporcionára quien lo fuera, de la criatura que habia de dar á luz, le dijo «que no habia necesidad de ello;» y á la noche siguiente abortó.

A mas del conocimiento que tenia Felipe de los espíritus, por el que comprendia si era á propósito ó no para las personas el estado religioso, conocia tambien lo que tocante á este debian hacer las mismas; por lo que acudiendo á él, dirigidos por un Padre de la Compañía de Jesus, Tomás Minerbetti y Pedro Antonio Morelli, de los cuales el primero queria tomar el estado de presbítero y el segundo el de religioso de S. Benito, poniéndose en pié dijo el Santo á Pedro Antonio, tocándole con un bas-

ton que tenia en la mano: «Tú no serás monje;» y volviéndose á Tomás le dijo á su vez: «Ni tú serás presbítero.» Y en efecto, aunque este tomó las primeras órdenes, al fin se casó; y el otro, despues de haber procurado entrar en Religion, fué presbítero secular, y murió siendo párroco de Santa Flora. Con diferente fin dirigió German Fedeli á Ottonello Ottonelli al Santo, pues habiendo llegado á Roma para edificar un monasterio de monjas, halló tales dificultades que hubo de acudir á Felipe para que le ayudára con sus oraciones. En todo pensaba el buen Ottonelli menos en el estado eclesiástico, pues á mas de estar casado y con muchos hijos, ocupaba en la milicia el puesto de capitan; pero llegando á la presencia del Santo; volviéndose este á algunos sacerdotes, que allí estaban, dijo: «Sabed, que este hombre es vuestro hermano; y dirigiéndole las mismas palabras, le echó su bendicion.» Murió á poco la mujer y algunos de sus hijos; por lo que haciendo entrar á los demás en un monasterio, abandonó la milicia del mundo para entrar en la eclesiástica, haciéndose sacerdote, y despues religioso de las Escuelas Pias. Su-

friendo una persecucion Horacio Ricci, caballero de la órden de Jerusalen, familiar del cardenal Federico Borromeo, porque algunos de aquella córte le habian ofendido en su reputacion, melancólico salió de su casa una mañana por distraerse, y se encontró con Felipe, el cual le llevó consigo á ver al Oidor de la Cámara, para lo que tuvieron que esperar mas de dos horas. Enemigo del ocio Felipe, se puso á leer por entretener el tiempo, mientras que el caballero se entristecia cada vez mas por el tedio que causa siempre el esperar; pero observándolo el Santo le cogió la mano, y estrechándosela amorosamente le dijo: «No dudes, porque todo saldrá á tu gusto; y cuentá con que soy yo quien te lo digo.» Cobró ánimo el caballero, esperando ver cumplido su vaticinio, como sucedió en efecto; pues á los quince dias informado mejor el Cardenal, despidió á los que le perseguian, y además procuró que se le nombrára Camarero del Papa.

Era en fin tan natural en Felipe el profundizar en lo futuro, que lo hacia como si no pensára en ello. Habiendo entrado un dia en *Torre di Specchi* dijo á Porcia Capozucchi:

«Haz oracion, Porcia.» Escusóse ella diciendo que se lo impedian sus ocupaciones. Oyólo otra de aquellas madres, llamada Magdalena Anguillara, y dijo: «Yo, Padre, no tengo que hacer, y sin embargo no hago oracion:» á lo que contestó Felipe como en broma: «Sí, sí, tú no haces nada al presente; pero luego serás Priora.» Estas palabras movieron á risa á las que estaban presentes; pero el Santo que hablaba de veras añadió: «Ahora os reís, pero un dia habréis de decir que no me he equivocado:» cuyas palabras dirigió sobre todo á Magdalena, que como jóven de unos veinte años se reia mas que las otras. Y en efecto, al cabo de cuarenta años se cumplió su pronóstico de un modo admirable, pues habiendo elegido por Priora despues de la canonizacion del Santo á Gerónima Taschi que tenia pocos años, parecia que no habia de cumplirse su vaticinio; pero lo habia dicho Felipe, y por lo tanto en 1633 enfermó de los ojos, hasta quedar ciega enteramente, con lo que hubo que elegir nueva priora, y la eleccion recayó en Magdalena Anguillara.

Notable fué tambien el modo profético con

que el Santo, cumpliendo con el deseo del Prior de los Domínicos, puso el hábito de esta órden á Nicolás Ridolfi, noble florentino, pues que al tiempo de la ceremonia le dijo: «Yo te hago ahora fraile, y tú me lo harás á mí.» Llegó este religioso por su mérito y virtud á ser Maestro general de su ilustre Religion, y entre las primeras cosas que hizo mandó que en toda la Religion se rezase el Oficio de S. Felipe como el de los otros Santos hijos de la misma órden, cumpliéndose de este modo la prediccion de Felipe. En otra ocasion dijo al P. Pedro Consolino: «Tú me verás un dia arrastrado por las calles:» lo que se verificó muchos años despues de su muerte; porque habiendo hecho una estátua suya el célebre Algardi para colocarla en la nueva sacristía edificada por los Padres, la condujeron por la calle del Panico, y precisamente cuando Consolino estaba en ella, por lo que dirigiéndose impensadamente hácia aquella máquina, preguntó qué llevaban sobre ella; y diciéndole que era la estátua del Santo, no pudo contener sus lágrimas, viendo verificada aquella prediccion que le hizo como en broma.

Pero para no estenderme demasiado pasaré á referir sus profecías relativas á los futuros Pontífices, que debian gobernar la Iglesia. En primer lugar en las Sedes vacantes que hubo en su tiempo, que fueron muchas, conocia qué Cardenal habia de ocupar el puesto de Vicario de Cristo. Así pues cuatro ó cinco dias antes de que se nombrára sucesor á Pio IV, fijando sus ojos en el cielo y como arrebatado en éstasis: «El lunes, dijo, tendrémos Papa;» y preguntándole uno quién seria elegido, le contestó «que el cardenal Alejandrino,» que fué el B. Pio V de gloriosa memoria, prediciendo no solo la persona y el dia sino aun la hora, que fué precisamente la de Vísperas. El mismo sugeto le preguntó quién seria el sucesor del B. Pio ya difunto; á lo que contestó el Santo: «¿Qué se dice en Roma sobre el particular?» —«Se habla del cardenal Moron.» —«No; replicó el Santo, no será Moron, sino Buoncompagni.»

De diversos modos profetizó despues el Pontificado del cardenal Esfondrato; pues que habiendo ido á visitarle, quiso que todos los que estaban presentes, que fueron Pedro Pa-

blo Crescencio, despues Cardenal, el abate Jacobo su hermano, Marcelo Vitelleschi y otros, le besasen los piés. Volviendo al dia siguiente el mismo Cardenal á la iglesia de la Vallicella, le anunció su venida Francisco de la Molara: «¿Y ese, dijo Felipe, nó es aquel Papa?» Finalmente, despues de haber significado lo mismo de otros varios modos, estando un dia este Cardenal en su cuarto, cogió un birrete papal que conservaba en su poder por haber pertenecido á Pio V, y se le puso diciéndole, que queria ver cómo le caia. Del mismo modo predijo muchas veces el Pontificado al cardenal Hipólito Aldobrandini, pues encontrándole en el jardin de Curcio Maximi acompañado del cardenal Cusano y otros Prelados, le suplicó Curcio que le recomendase á Hipólito para que le admitiera en su servicio, y prometiéndoselo el Santo, añadió «que no moriria aquel de Cardenal;» y con efecto pasados cuatro meses, fué nombrado sucesor de Inocencio IX. Pero aun mas terminantemente predijo su eleccion en la misma tarde que fué elevado al trono, pues dijo al abate Marco Antonio Maffa que Aldobrandini seria Pontífi-

ce, y que se llamaria Clemente. En fin á Leon XI le hizo tres profecías en pocas palabras, pues cuando era Embajador del Gran Duque le dijo: «Señor Alejandro, vos seréis Cardenal y Papa; pero duraréis poco.» Y en efecto, habiendo llegado á ocupar la silla de S. Pedro, y viendo por esto cumplidas las dos primeras predicciones de Felipe, dijo el mismo Leon en presencia de Gregorio XV, que entonces era Auditor de la Rota, «que no daria mucha guerra, porque viviria poco;» y así sucedió en efecto.

Predijo á muchos la dignidad cardenalicia, como confesaron ellos mismos. Citarémos entre otros á Pedro Aldobrandini, Gerónimo Panfili, Inocencio del Bufalo y Francisco Diatristano, al cual siendo jóven, y Camarero de honor de Clemente VIII, le puso un birrete de Cardenal diciéndole: «¡Oh qué buen Cardenal!» Omito aquí manifestar las circumstancias de sus vaticinios, refiriéndome solo al de sus muy amados hijos Tarugi y Baronio. Habiendo ido á su cuarto Juan Francisco Aldobrandini, sobrino de Clemente VIII, vió en la pared pintadas dos armas de Cardenal que tenian en el escudo dos

calaveras, y entrándole curiosidad de saber su significacion, se la preguntó al Santo; el cuál obligado de sus instancias hubo de decirle «que aquello representaba que despues de su muerte subirian al cardenalato dos de los de su Congregacion.» Murió el Santo al año siguiente, y al punto en una misma promocion hizo Clemente VIII cardenales á Tarugi y Baronio. Por lo que hace á este último le puso muchas veces el birrete cardenalicio, y preguntándole el P. Francisco Neri de la Compañía de Jesus si llegaria Baronio á Papa, contestó que no; por lo que quedando vacante la silla de S. Pedro, y juzgándose que aquel la ocuparia, el P. Francisco aseguraba que no seria así, porque S. Felipe lo habia dicho. Pero si bien Felipe penetraba las cosas futuras, no por esto dejaba de manifestarlas con gran cautela, y nunca sin un justo motivo, disimulándolas con la chanza, y advirtiendo á sus penitentes que no creyesen con facilidad las prediccciones, porque estaban sujetas á engaño y á ilusiones diabólicas.

Al conocimiento de lo futuro juntaba el Santo el de lo ausente; y como que este no es infe-

rior á aquel, y tiene con él grande relacion, he creido deber hacer mencion de ello en este mismo capítulo. Lavaba la ropa del santo Padre Casandra Raidi, la cual tenia una amiga llamada Lucrecia de la Citara, á quien sobrevino un flujo de sangre estando embarazada de cuatro meses. Inútiles fueron para ella todos los remedios, á semejanza de la mujer del Evangelio; y compadeciéndose su amiga le llevó un gorro de lino del Santo, diciéndole que se lo pusiese con fe en la santidad del P. Felipe, porque indudablemente la curaria. Hízolo así Lucrecia, y al punto se le contuvo el flujo, sin volver nunca á padecer de este mal. Todo esto pasó en secreto entre ellas, pero no lo fué para el Santo, el cual castigó á Casandra mandando á Gallonio que le recogiese toda su ropa, reprendiéndola, por el odio que tenia á que los hombres le creyesen Santo. Entró en su cuarto para confesarse el buen Francisco Tarugi, y preguntándole Felipe cuánto tiempo hacia que no habia visto á una señora devota que servia en el hospital de Santiago, le mandó que fuese á visitarla antes de confesarse, diciéndole que la salud

espiritual de aquella señora le tenia con cuidado. Obedeció Tarugi, y la encontró agonizando, por lo que llegó á tiempo de servirla en lo espiritual. En otra ocasion mandó á algunos de los suyos que fuesen á buscar á un capitan que se confesaba con él, y le encontraron en peligro de muerte, por lo que le ayudaron á bien morir. Del mismo modo mandó á un Padre de la Congregacion á casa de Constancio Tassoni, diciéndole: «Anda á ver á Constancio que está muriéndose.» Y en efecto, apenas tuvo tiempo el Padre mas que para darle los Sacramentos.

A Marcelo Ferro, segun testificó él mismo, le preguntó, yendo de paseo con otros, quiénes eran los huéspedes que habia alojado en su casa, y habiéndoselo manifestado le advirtió que habian venido para hacer mucho mal, y que si no se ponia pronto y oportuno remedio llegarian hasta cometer homicidios. Sorprendido á estas palabras Marcelo se volvió á su casa, y se puso á observar las acciones de sus huéspedes, con lo que llegó á comprender que el Santo tenia razon en temer. Dió gracias al Señor, que de un modo tan estraordinario

se lo habia advertido, y en seguida trató con destreza de que se marchasen de su casa. Del mismo modo conoció el Santo desde su cuarto lo que habia ocurido á Antonio Fautini cuando iba á la Vallicella; por lo que al ponerse de rodillas para confesarse con él, pudo referirle todos los pormenores del asunto, y reprenderle por ello. Igualmente supo manifestar á Pablo Ricuperati, Refrendario de ambas signaturas un discurso secreto que habia tenido este con un Beneficiado de S. Pedro, y de tal manera lo hizo que lo dejó asombrado.

Lloraba amargamente la muerte de su madre Juan Atrina, napolitano, cuya desgracia le habia escrito un amigo suyo, y siendo pobre la mandó decir solo una misa, por lo que acudió á Felipe para que se acordára de ella en sus oraciones. Oyóle el Santo compadecido de sus lágrimas, é interrumpiéndole cuando estaba mas afligido: «Anda, le dijo, que eso no es cierto: tu madre está buena;» y en efecto, á pocos dias supo por nuevas cartas, que le escribió su misma madre, que le habian engañado. Impidió el viaje que trataba de hacer su penitente Juan Bautista Lamberti desde Roma

á Messina, por haberle avisado su padre que habia muerto un tio suyo que le dejaba por heredero de cuarenta mil duros. Habiendo ido pues á despedirse del Santo, le tomó este la cabeza, y acercando á ella su pecho le dijo: «No te turbes ni pienses en partir de Roma, pues que tu tio ha curado de su enfermedad, y muy pronto te dará el parabien porque has venido á esta córte, y en señal de cariño te mandará tal regalo.» No pasaron muchos dias sin que se cumpliera todo lo que habia dicho el Santo, habiendo suspendido el viaje Juan Bautista por el crédito que le merecian las palabras de este. Pero mas satisfactoria fué la noticia que dió á Julio Savera, hermano de Congregacion, al cual mientras se ponia de rodillas para confesarse, antes de que empezase á hablar le puso su bonete, y echándole el rosario al cuello le exhortó á la paciencia en la muerte de su madre que acababa de saber por carta, puesto que habiendo ido esta á la gloria, debia alegrarse mas bien que dar lugar al llanto. Quedó sobrecogido Savera con tal noticia; pero conociendo la santidad de Felipe, no dudó de que era cierto cuanto le habia dicho.

CAPÍTULO XXX.

Del gran concepto que tenia Roma de la prudencia de Felipe, y de la estima universal que hacian de su santidad aun las personas mas notables por su virtud, ciencia y elevada posicion.

Esa Roma, que por ser Metrópoli del mundo católico y córte del Vicario de Dios en la tierra, es el emporio de la sabiduría y de la prudencia, concurriendo á ella los hombres mas distinguidos de todas partes para hacer brillar sus talentos, puesto que en ella son apreciados mas que en ningun otro punto, premiándolos hasta hacer que se igualen con los que han nacido reyes aquellos á quiènes eleva con la Púrpura; esa Roma, repito, hubo de admirarse al observar la grande y cristiana prudencia de Felipe Neri. Y bien tuvo que reparar para conocerla, pues que deseando el Santo ocultarla á los ojos de los hombres, trató de mil modos de aparecer como una persona de poco juicio. Pero mal puede ocultarse la luz, é inútiles son los artificios que se emplean para desvanecer sus rayos. Por esta razon Felipe no consiguió otra cosa sino ha-

cerla resplandecer mas, cuanto mayor era su esmero por apagarla; por lo que fué tenido por hombre ilustradísimo no solo en las cosas del espíritu, sino aun en las concernientes al mundo, acudiendo á él para que les aconsejára los primeros personajes de la córte, y hasta los mismos sumos Pontífices.

Gregorio XIV le consultaba aun en los negocios de Estado; y Clemente VIII estimaba tanto su parecer, que por él admitió en la gracia de la Iglesia católica á Enrique IV, rey de Francia, para cuyo objeto habian llegado á sus piés el cardenal Gondi, el duque de Nivers y otros grandes señores. Leon XI, cuando era Cardenal, pasaba con él cuatro ó cinco horas la mayor parte de los dias de la semana, y tal satisfaccion sentia con su trato, que le parecia corto aquel tiempo, sintiendo tener que volverse á su casa. Trataba con él asuntos de mucha importancia, y debiendo despues este señor, reputado por hombre de mucho peso, dar un testimonio de las virtudes de Felipe, celebró su prudencia entre las demás, afirmando que la habia tenido en grado eminente.

Muchos otros Cardenales trataban con él por la misma razon, habitando mas, por decirlo así, en el cuarto de Felipe que en sus propios palacios. Entre estos el santo cardenal Cárlos Borromeo trataba con él, no solo de cosas espirituales, como pronto verémos, sino en lo concerniente al gobierno de su Iglesia. Puso ádemás bajo su direccion á su hermana Ana Borromeo, á la que mandó que le obedeciese en todo. Claudio Acquaviva, quinto general de la Compañía de Jesus, y hombre de singular prudencia, como sabe el mundo, cuantás veces visitaba al santo Padre se detenia con él cuatro ó cinco horas, para consultarle sobre asuntos tanto públicos como particulares. Los primeros jefes de las Religiones se valian de sus consejos en el gobierno de sus numerosas familias; y Teo, de Sena, de quien ya hemos hecho mencion, decia que entre todas las personas aun religiosas con quienes habia tratado, no habia encontrado una que le aconsejase con mas prudencia que Felipe.

Era él discreto y detenido en los negocios, y cáuto en sus contestaciones; aunque siem-

pre los sucesos acreditaban la prudencia de sus consejos, no habiéndose sabido de uno solo que se hubiera arrepentido de seguirlos. Con razon, pues, dejó escrito de él la erudita pluma del P. Juan Rho, de la Compañía de Jesus: *Tantam consilii vim Philippo Nerio fuisse tradunt, ut vaticinanti quam consulenti propior haberetur*. Persuadidos del acierto recurrian á él en busca de consejo los hombres de cualquiera estado y condicion que fuesen, como lo confirma la Bula de su canonizacion con estas palabras: *Ut propterea, cujuscumque conditionis homines ad ipsum tanquam ad oraculum consulendi gratia confluerent*.

Pero aunque fué tan grande el concepto en que se tenia su prudencia, incomparablemente mayor fué el que mereció su santidad; por lo que creo que pocos le alcanzarian igual mientras vivieron, pues que todos le tenian por santo, no faltando quien á modo de corona repitiese sesenta y tres veces *S. Philippe, ora pro me*, y aun no habia muerto. Otros muchos, teniendo su retrato entre los de los demás Santos, se arrodillaban delante de él

antes de salir de su casa por la mañana; é infinitos iban todos los dias á recibir su bendicion. Otros tenian tal fe en sus oraciones que no dudaban conseguir de Dios cuanto le pedian en nombre de Felipe, y aun esperaban de ellas su salud eterna, diciendo que si miraban á lo pasado, se tenian por perdidos. Aseguraban algunos que, aunque le hubieran visto levantar de los sepulcros con vida á los muertos, no le hubiesen estimado mas, y despues de su canonizacion afirmaron otros muchos que no le consideraban mas santo de lo que les parecia antes, diciendo que el Pontífice habia determinado y declarado lo que ellos habian tocado con sus manos. Quien le llamaba Angel, quien Profeta, unos le comparában á Moises, otros á los Apóstoles, por lo que habiendo llegado uno á Roma, le aconsejó un Capuchino amigo suyo que tomase á Felipe por su director, «porque es, decia, un S. Pedro, un S. Pablo Apóstol.» Parecióle al amigo una exageracion; pero luego hubo de confesar que el religioso no habia ponderado nada. El P. Francisco Cardon, domínico, amigo que fué del Santo por espacio de cuarenta

años, dijo de él estas breves palabras: *Philippus in humilitate magnus, in castitate Angelus, in paupertate dives.*

Era opinion constante entre muchos que de tal modo habia él domado sus pasiones que habia conseguido tener dominio aun sobre los primeros impulsos: que habia llegado al límite de la perfeccion, y al colmo de toda virtud heróica; por cuya razon sus hijos espirituales, aun los de familias ilustres, se creian honrados con barrer su cuarto, hacerle la cama y limpiarle los zapatos. Cuando estaba enfermo le servian á porfía, considerando una gran fortuna en poder emplearse de algun modo en su servicio. Movidos de su piedad procuraban quitarle cualquier cosa que hubiese usado, conservándola como una preciosa reliquia: así es que cuando se cortaba el pelo le recogian con esmero, y le guardaban con la mayor veneracion; y llegando el caso de arrojarle por la ventana, el humilde siervo de Dios, por haber observado su interés en guardarle, ellos, sin atender al trabajo que debia costarles el recoger aquellos cabellos dispersos, acudian á buscarlos, como pudie-

ran hacerlo con el mayor tesoro del mundo. La misma solicitud mostraron en conservar su sangre, y principalmente en su última enfermedad cuando la echó con tanta abundancia, no dejaron ni una gota por recoger.

Pero aun entre los mismos Santos sus contemporáneos tuvo gran concepto de santidad. Citarémos entre otros al arzobispo de Milan, y dignísimo cardenal S. Cárlos Borromeo, el cual cuando venia de Milan á Roma iba al punto á visitarle, y se detenia con él por largo rato, valiéndose de cartas para pedirle consejo cuando estaba ausente. Su humildad y el concepto que habia formado de la santidad de Felipe, le hicieron postrarse á sus piés muchas veces y besarle las manos con abundantes lágrimas: y hablando de la estima en que le tenian los hombres de mas virtud, dice la Bula de su canonizacion lo siguiente: *Summæ venerationi habitus est à Sanctis viris, et quamplurimis Dei famulis, ut à S. Carolo qui ponere genua, et manus ejus osculo petere consuevit.* A mas de esto se encomendaba aquel á sus oraciones, y le proclamaba por Santo, como hizo una vez entre otras al salir

de su cuarto, pues volviéndose á algunos que allí estaban, les dijo: «Felipe es hombre de sinceridad admirable y de singular santidad.» Gozaba al mismo tiempo en estar con él y en los ejercicios que introdujo, como ya hemos dicho, y con frecuencia rezaban juntos los dos el oficio divino.

El mismo concepto tuvo de él el patriarca S. Ignacio, fundador de la nunca bien encomiada Compañía de Jesus; pues que, como ya hemos dicho, aseguró este que con la ayuda de Felipe no hubiera perdido la esperanza de convertir al mundo entero. Visitábanse como amigos íntimos, y era en efecto tan sincera su amistad, que en su memoria hicieron pintar los Padres de la Compañía en la casa profesa de Roma algunos cuadritos en el aposento en que habitó y murió S. Ignacio, en los cuales se vén juntos los retratos de ambos Santos; y recíprocamente los Padres de la Iglesia Nueva en la magnífica escalera de su casa pusieron un cuadro, en el que se vé á estos Santos en actitud de abrazarse. Como eran tan notables las obras y virtudes de ambos á dos, y como estaban iluminados

por una lúz celestial, mútuamente conocieron su santidad, puesto que Felipe vió brillar con resplandor divino el rostro de Ignacio, y este á su vez, como dicen algunos escritos que hemos visto en el archivo de la Congregacion del Oratorio de Nápoles, deseando que le manifestára el cielo á un hombre de singular virtud que viviese en Roma, vió un gran resplandor sobre S. Gerónimo de la Caridad, en donde habitaba entonces Felipe. En confirmacion de esto, el venerable siervo de Dios Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, afirmaba (como se dice en su *Vida* publicada en Roma por el P. Bacci), que yendo el santo Patriarca á Roma, y girando su vista por todas partes, para ver en donde encontraba espíritu, no halló punto en que mas se satisfaciese su ánimo que S. Gerónimo de la caridad, en donde estaba Felipe. Era tan grande la familiaridad que habia entre estos dos Santos, que sobreviviendo Felipe á Ignacio, y publicándose la historia de su vida, llegando esta á manos de nuestro Santo, pudo afirmar «que eran mas las virtudes que se habian omitido que las que se referian en ella, las que si se publicáran,

harian incomparablemente mas admirable á aquel héroe.»

El B. Pio V, de gloriosa memoria, dijo penetrado de la utilidad que reportaba á Roma el Instituto del Oratorio, que se complacia con que en su tiempo hubiese en Roma hombres que despertasen á los demás y tuviesen siempre alerta su espíritu, como hacia Felipe, el cual á su vez tenia tal concepto de la santidad de este Pontífice, que conservaba como reliquia una chinela suya, la que llevaba consigo cuando iba á visitar á los enfermos; y una vez que tocó con ella á una señora, empezó esta á sentirse mejor hasta que se puso buena.

El B. Felix de Cantalicio, capuchino, fué tambien íntimo amigo suyo, y grande apreciador de su bondad, pues le respetaba de modo que muchas veces le pedia de rodillas su bendicion, y viéndole una vez de lejos en el Quirinal, apresurando el paso se echó á sus piés y le besó las manos, mientras que Felipe le estrechó en su seno, sin poder hablarse por la ternura de sus corazones. En otra ocasion estuvieron ambos arrodillados un buen rato, pidiéndose mútuamente la bendicion.

Lo mismo sucedia con Fr. Raniero, el cual, en union del B. Felix su compañero, se arrodillaba ante el Santo y le pedia su bendicion, y uno y otro encontraban sus delicias á su lado, por lo que parecia que no acertaban á separarse de él. La B. Catalina Ricci, de quien yà hemos habládo, le escribia á menudo como á Santo, y se encomendaba á sus oraciones. La madre Sor Ursula Benincasa (de quien hablamos ya en el cap. XXIII), bien conocida por su virtud, principalmente en Nápoles su patria, estando bajo la direccion del Santo por órden de Gregorio XIII, segun vimos anteriormente, tuvo ocasion de conocer su santidad, como afirmó en las siguientes palabras: «Conocí el grande amor que este Padre tenia á Dios, y que su pecho estaba herido con sus dardos.» Cumplia el Santo con la órden del Pontífice diciendo á Ursula mil injurias; pero despues la rogaba á veces que le volviese ella las mismas afrentas; por donde llegó á comprender esta la mucha humildad del Santo. Arrebatada con frecuencia en éstasis, no oia mas que al Santo entre todos los que la llamaban, lo cual la hacia decir: «Solo

aquella dichosa voz me penetraba el corazon de tal modo que al punto volvia en mí del éstasis que me embargaba. De todas estas cosas, concluye ella, conocí la virtud de Dios que habitaba en el Santo.» Pero para mayor admiracion suya la hizo tambien andar juntamente con él, mientras privada de sentido estaba en lo mas elevado de sus éstasis.

Igual aprecio hizo de él Sor Francisca del Serron, de S. Severino en la Marca, la cual fué á Roma con motivo del Jubileo de 1575, y cuya *Vida* se publicó hace años; pues habiendo hablado largo rato con el Santo, afirmó que tenia á Jesus en el corazon y el espíritu del Serafin de Sena, cuya *Vida* leia en efecto; y le causó tanta veneracion, que á mas de no olvidar nunca sus consejos, guardó una papalina ó toca en la que tropezó el Santo al darle la absolucion, y creyéndola bendita por esto, no volvió á servirse de ella. Marta de Espoleti, señora á quien el mismo Santo alabó mucho, porque ocupaba en hilar el tiempo que otras empleaban en vagar, bajo pretesto de devocion, cuando iba á Roma se echaba á sus piés, encomendándose eficazmente á sus ora-

ciones; pues habiéndola dotado Dios con la gracia de ver la belleza interior de las almas, era tanta la que veia en la de Felipe, que se quedaba como en éstasis al contemplarla; por lo que siempre sentia separarse de él.

Justo era pues que le distinguiesen tambien los personajes notables por su clase, entre los que se debe el primer lugar á los sumos Pontífices. Paulo IV le estimó de tal modo, que se encomendaba siempre á sus oraciones, y manifestó el sentimiento que le causaba el no poder asistir por sus cuidados á los ejercicios del Oratorio. Pio IV le distinguió tanto que quiso que le asistiera en la hora de su muerte, penetrado como estaba de su mérito y de la eficacia de sus oraciones, de las que esperaba en aquel trance gran provecho para su alma; con lo que murió en sus brazos. Gregorio XIII, á mas de consultarle en los negocios mas graves, le tenia en tal concepto de santidad, que no permitia que estuviese descubierto y en pié cuando le hablaba, y mientras estaba con él hacia que esperáran fuera los que iban á buscarle, aunque fuesen sus mismos sobrinos. Pero no solo

afectuosa sino benéfica fué la estima que hizo de él Sisto V, puesto que le dió de una vez los dos grandes tesoros de los cuerpos de los santos Papias y Mauro, y la perpetua agregacion á la Congregacion de la Abadía de san Juan: á mas de esto enriqueció al Oratorio con muchas gracias y privilegios, en atencion á su Fundador. Del mismo modo le trataba Gregorio XIV, el cual no le consintió nunca que le besase los piés cuando fué elevado á la silla de S. Pedro, y llegándose á abrazarle le dijo: «Aunque yo, Padre mio, sea mayor que vos en dignidad, vos sois mayor en santidad.» Por fin Clemente VIII recurria á sus oraciones en los asuntos de mas entidad, y cuando le molestaba la gota que padecia, solia decir: «Sin duda que el P. Felipe no ruega á Dios por nos»; teniendo por cierto que no le molestarian los dolores si aquel hubiese orado por él, como lo habia esperimentado cuando estando una vez en la cama agravado de su mal, vió venir al Santo, el cual deseaba su salud por el bien de la Iglesia, y á quien dijo «que no se acercára porque le hacia daño que tocasen aun á la ropa que le cubria»; pero lle-

gándose el Santo poco á poco le dijo: «No temais, beatísimo Padre;» y cogiendo la mano dolorida, se la estrechó fuertemente, mientras que él mismo se agitaba con sus estremecimientos acostumbrados. Sintióse el Papa aliviado, y no habiendo esperimentado ningun dolor al contacto de la mano de Felipe, le rogó que siguiera estrechándosela, con lo que quedó enteramente libre de sus dolores; como lo dijo él mismo, no solo á Baronio, sino á ocho ó diez Cardenales de la Congregacion del exámen de Obispos. A mas de esto le eligió el Papa por su confesor, pero escusándose con sus muchos años, tomó al efecto en su lugar á Baronio su hijo predilecto. Cuando iba á visitarle, á imitacion de sus antecesores, le mandaba cubrirse y sentarse despues de abrazarle y besarle benignamente, y cuando se retiraba (lo que es muy de notar), solia besarle la mano. Pero no hacia con esto el sumo Pontífice sino conservar la estima y concepto en que le tenia cuando era Cardenal y Auditor de la Rota, pues entonces parecia que no gustaba de otra cosa que de hablar con él, habiendo dicho cuando era Auditor: «Felipe

es un Santo, y llegará dia en que sea canonizado.»

Tocante á los Cardenales fué tan estimado de ellos, que no hubo en su tiempo Purpurado, por decirlo así, que no le reverenciase como á Santo, segun se manifiesta en los escritos que ellos mismos publicaron. El cardenal Agustin Valerio de Verona compuso un libro con el título: *Philippus, sive de lætitia christiana*; y el cardenal Gabriel Paleotto, primer arzobispo de Bolonia, penitente suyo, en un libro que tituló: *De bono senectutis*, propone á Felipe como el tipo de un anciano santísimo; de donde se deduce el gran concepto que tenian de su santidad. Dice pues de él Paleotto, que aunque le hubiera sido fácil sacar de las *Memorias* antiguas, y particularmente de las sagradas Historias, muchos ejemplos de virtuosos y santos ancianos, sin embargo, en atencion á que hacen mas impresion las cosas que se vén y se palpan, habia elegido á Felipe, á quien todos podian ver y hablar, puesto que aun no habia muerto, «el cual (son sus palabras) en Roma, esto »es, en el teatro del mundo, ha vivido por

»espacio de mas de cincuenta años, ayudando
»á los demás para que vivieran religiosamen-
»te. Este es el P. Felipe Neri, florentino, que
»en los ochenta años de su edad, á semejanza
»de un grande árbol, ha repartido entre to-
»dos el fruto de sus virtudes, siendo en Roma
»el fundador de la Congregacion del Oratorio,
»la que se ha estendido por varios lugares y
»diversas regiones. Muchos sumos Pontífices,
»entre otros Gregorio XIII y XIV, y Cle-
»mente VIII, han consultado con él asuntos
»espirituales y pertenecientes á la Religion.
»Continuamente ván á visitarle Cardenales,
»Obispos, Prelados y hombres de todas cla-
»ses para confesarse con él, ó para tratar de
»negocios de gravedad, ó sea para gozar con
»sus discursos espirituales. Menospreciador
»de lo terreno, no busca sino los honores
»eternos, y en él en fin resplandecen la sa-
»biduría, la religion y la piedad, acompaña-
»das de la mansedumbre, jovialidad y senci-
»llez cristiana. Quien llegue á fijar en él sus
»ojos, y observe la moderacion de sus cos-
»tumbres, no podrá dudar ya que la vejez es
»un gran bien.» Hasta aquí Paleotto.

Eran tan íntimos suyos los cardenales Agustin Cusano y Federico Borromeo, que los llamaban comunmente el alma de Felipe. Ahora bien: el primero de estos dice de él: «No he »conocido ningun religioso ni seglar que haya »merecido tanta veneracion de los hombres »como Felipe; y esto no solo por su santidad, »sino por el copioso fruto que sacaba, poniendo en buen camino á lós estraviados. En »cuanto á mí, fuí siempre grande admirador »de sus sólidas virtudes, las cuales brillaban »tanto mas cuanto mas se esforzaba él por »ocultarlas.» El segundo, esto es, el cardenal Borromeo, que fué penitente suyo desde que llegó á Roma, trató, sin embargo de haberle nombrado Sisto V su camarero de honor, de volverse á la casa paterna por el amor que tenia á la soledad, pero por consejo de Felipe renunció á su idea, quedándose en Roma, y sin dejar de confesarse con él. Sucedió despues que le ofreció Clemente VIII el arzobispado de Milan, y él lo aceptó, aunque contra toda su voluntad, porque así se lo aconsejó Felipe. Pues bien, este íntimo amigo de nuestro Santo habla de él del modo siguiente:

«En todo el tiempo que he tratado á este »santo hombre, me ha parecido adornado de »tantas virtudes, que no dudo de que pueda »compararsele con la mayor parte de los que »han sido admirados de los escritores anti»guos; pues tuvo tal conocimiento de las co»sas espirituales, que puede con verdad afir»marse que en él se ha compendiado cuanto »sobre el asunto escribieron Casiano, Clímaco »y Ricardo de S. Victor. Ninguno en fin de »cuantos he conocido me ha satisfecho como »él, y de tal modo he quedado satisfecho, que »preguntándome á mí mismo qué cosa de »mayor perfeccion podia desear en él, conocia »que nada le faltaba.» Debe notarse aquí no solo que estas palabras son del gran Federico Borromeo, el cual en un grueso volúmen apenas pudo recopilar las glorias, virtudes y heróicos hechos de nuestro Santo; sino que estos dos Cardenales, como otros muchos, de que hablarémos pronto, tenian trato frecuente con el Santo, y sin embargo no pudieron notarle ningun defecto.

Citaré tambien á otros dos Cardenales, que á porfía ensalzan sus virtudes, tanto por te-

ner los dos el mismo nombre, como porque se educaron bajo su direccion. Fué el primero el cardenal Octavio Paravicino, quien á los seis años de edad tuvo la suerte de conocer á Felipe, y en todo el tiempo que le trató despues dijo que observando detenidamente todas sus acciones y palabras, conoció el inmenso amor que tenia á su Dios. Este mismo dijo en otra ocasion: «Doy infinitas gracias á »Dios por haberme dado un maestro, cuyas »virtudes fueron conocidas de todo el mundo, »y cuyas alabanzas durarán por todos los si- »glos.» El segundo es el cardenal Octavio Bandini, el cual se gloriaba de haberle ayudado á misa cuando era niño, y hablando despues de su santidad, dice: «La opinion de »su santidad fué tal que no solo le veneraban »todos, sino que muchos creian no poder »progresar en el camino del espíritu, si no »los guiaba Felipe; por lo que acudian á él »los hombres de todas clases, como á un »oráculo, para recibir la enseñanza de la vida »espiritual»; y despues prosigue: «Quién »haya tratado al B. Felipe y se haya detenido »á observarle, no puede dudar de que los

»maravillosos beneficios que han obtenido tan-»tos y tantos por medio de sus oraciones, son »sin duda milagros patentes. En cuanto á mí »siempre le he reverenciado como á verda-»dero siervo de Dios, y ahora me complazco »en que sea un Santo digno de toda venera-»cion.»

No cito aquí los testimonios de los cardenales Tarugi y Baronio, no porque sean sus hijos, pues que de hombres de su clase seria grande error el sospechar que hablaban con pasion de su amado Padre; sino porque están esparcidos por varios puntos de esta historia. Diré, pues, del testimonio que dá de su bondad el cardenal Gerónimo Panfilio, íntimo de Felipe, el cual se espresa en estos términos: «Abrazaba á todos con admirable caridad, los »consolaba y los favorecia de tal modo, que »jamás se separaba de él ninguno que no fuera »consolado y persuadido de su santidad: y yo »en particular siempre le he tenido por Santo, »juzgando que estaba dotado de todas las vir-»tudes que pueden desearse en un verdadero »siervo de Dios, y considerándole cada vez »mas perfecto en sus acciones hasta la muer-

«te.» Asimismo el cardenal Madrucci le tuvo en mucho crédito, por lo que iba con frecuencia á su cuarto para hablar con él, y gustaba tanto del Instituto, que frecuentaba el Oratorio de S. Gerónimo para oir sus sermones. El cardenal Miguel Bonelli Alejandrino, sobrino del B. Pio V, conociendo muy bien la estima en que tenia su santo tio á Felipe, le amaba singularmente, y como hombre de grande espíritu le reverenció siempre, tratando con él y visitándose mútuamente. Lo mismo hacia el cardenal Guillermo Sirleto, el cual parecia que no sabia hablar de otra cosa que de su santidad; y el cardenal Pedro Donato Cesi hizo muchos beneficios á la Congregacion en obsequio de las virtudes del Santo. Hubo en fin otros diez y nueve Cardenales que fueron amigos suyos, y que le estimaron como merecia, y de quienes no hago mencion aquí para no cansar mas al lector. Pero no solo las personas en particular sino las comunidades religiosas en masa rindieron tributos de respeto á su santidad, pues cuando iba principalmente á las iglesias de los PP. Domínicos, ó á S. Silvestre de Monte Cavallo, ó á Santa

María de los Angeles, aquellos siervos de Dios salian á una á recibirle, y le besaban la mano, y se arrodillaban á sus piés, y le pedian su bendicion, y en fin le recibian como si fuera el ángel del Señor.

A mas de los Santos y personajes eminentes por su dignidad, los mismos sábios y literatos le tenian por Santo. El P. Franceschini conventual de los menores, famoso predicador, iba á consultar con él, y asistia con gran placer á los sermones del Oratorio, en donde predicó tambien muchas veces. Fr. Juan Evangelista, llamado el Marcelino, menor observante de la sagrada órden de S. Francisco, el cual á mas de la fama de gran predicador se adquirió por sus virtudes una opinion ventajosa, tenia á Felipe en gran veneracion. El célebre Panigarola, obispo de Asti, manifestó el concepto en que le tenia diciendo: «Felipe es una reliquia animada.» Alfonso Capuchino, llamado el P. Lobo, se deshacia en alabanzas al Santo, y siempre que le encontraba se echaba á sus piés. El P. maestro Fr. Paulino de Lucca, religioso de Santo Domingo, hombre insigne por su piedad é instruccion, le

juzgaba tan iluminado con luz superior, que jamás se separaba de sus consejos; y no queriendo aceptar por su humildad un cargo en su Religion, le aconsejó Felipe que le tomase, y al punto obedeció. Finalmente se habia divulgado de tal modo la fama de su santidad, que no de Roma ni de Italia sino de todo el mundo católico acudian á él personas de todas clases; y aun los mismos infieles que llegaron á tratar con él le veneraban en alto grado.

CAPÍTULO XXXI.

De las muchas enfermedades con que le ejercitó Dios durante su vida, y de la paciencia y resignacion con que las soportó.

A mas de la enfermedad que siendo jóven sufrió Felipe con paciencia superior á sus pocos años, como hemos dicho en el primer capítulo de esta obra, hubo de sufrir otras muchas para mayor mérito y que en gran parte nacieron de su mucho trabajo en beneficio del prójimo. Generalmente caia malo de gravedad dos veces al año; y Gallonio afirma que

desde 1577, en cuyo tiempo empezó á confesarse con él, hasta 1595, que fué cuando murió, no habia pasado un solo año, que él recordára, en que no hubiese estado malo. Dirémos pues las principales enfermedades que refiere Gallonio, para que pueda notarse lo grande que seria su paciencia, y aun el gozo, con que sufria cuantos trabajos le mandaba Dios. El año de 1555, y el 41 de su edad, hizo á pié la visita de las siete Iglesias, y de sus resultas se sofocó de tal modo que le sobrevino una ardiente fiebre que le tuvo postrado en cama por muchos dias. Despues en 1562, padeciendo un dolor continuo en el brazo derecho que fué estendiéndose y aumentándose, llegó á producirle una calentura tal que los médicos perdieron las esperanzas de salvarle. Afligidos sus hijos por el temor de perderle lloraban y hacian oracion, ayunando, visitando los lugares sagrados, y principalmente la Santa Escala con las rodillas desnudas; y suplicando á la Majestad divina que no le quitase la vida, sin dejar por esto de asistirle á porfía todos ellos en lo que necesitaba. Pero perdida toda esperanza se le administró el

santo Viático y la Estremauncion; y cuando todos le creian ya muerto, vieron con sorpresa que animándose poco á poco, quedó libre enteramente de la fiebre con admiracion de los médicos, y disminuyéndose el dolor del brazo, en pocos dias recobró la salud. No debemos pasar en silencio que oyendo que se desesperaba de su vida, con ánimo tranquilo dijo con el real Profeta: *Paratus sum, et non sum turbatus*; pero añadió sin embargo, que habiéndole hecho tantos beneficios la divina bondad, y no sintiendo entonces animado su espíritu con la gracia celestial, creia que aun no habia llegado su hora; y á Francisco María Tarugi le dijo manifiestamente, que no queria dejar de prepararse á bien morir, aunque estuviese cierto de que no era mortal aquella enfermedad.

A principios del año 1577 cayó de nuevo gravemente enfermo con pocas ó ningunas esperanzas de curar, y mientras que una noche no podia reconciliar el sueño, oyendo tocar á maitines, suplicó á los suyos que le dieran la Comunion. Súpolo Tarugi, y temiendo que con el estremecimiento que le causaba el reci-

bir al Señor, perdiese enteramente el sueño, no quiso que se le administrase; sin embargo diciéndole Felipe, como ya hemos referido, que de este modo descansaria, le dieron la comunion, y no solo descansó sino que se mejoró notablemente. En 1586 le sobrevino otra enfermedad mortal, que le puso en el caso de recibir la Estremauncion; pero contra la esperanza de los médicos curó del todo. Aun fué peor, por lo mucho que duró, la enfermedad que tuvo en noviembre de 1592; pues por espacio de cuarenta dias le duró la fiebre, agravándose en tales términos, que todos opinaban duraria poco; pero de improviso recobró la salud, sin pasar por la convalecencia, con lo que volvió á sus trabajos acostumbrados. Quedaron admirados los médicos, principalmente Gerónimo Cordella, el cual le encontró tan mal una tarde que dijo á los de casa que estaba para espirar; y á la mañana siguiente se halló con que el Santo, que nada sabia de su pronóstico, le decia en secreto: «Sábete, Cordella mio, que no moriré de este mal, como tú piensas»; y en efecto sobrevivió á este médico.

En todas estas enfermedades se observó que recobró milagrosamente la salud sin remedios ó sin que sirvieran estos de nada, como atestiguaron los médicos. No dejó el Santo de obedecerles, aunque le mandasen cosas que le alteráran el estómago, y si le prohibian celebrar el divino sacrificio y rezar las horas Canónicas, aunque en ambas cosas sentia dulzuras celestiales, les obedecia sin replicar; y así fué que en una ocasion dejó de rezar el Oficio divino por espacio de cuarenta dias, por habérselo mandado Angel de Bañarea, su médico. Estando enfermo en otra ocasion y no sirviéndole los remedios, le mandaron los médicos que respirase el aire puro, asomándose á una ventana, á lo que obedeció el Santo dándoles la razon, como si el mal naciera de lo que decian ellos; pero diciéndole Juan Antonio Lucci, que le parecia que los médicos no iban acertados, le contestó: «¿Y qué quereis hacerle? es preciso condescender á veces.»

Pero si en las enfermedades era tan grande su obediencia á los médicos igual era su paciencia en las molestias que causan. No se le

vió afligirse aunque al ardor de la fiebre se le juntase un dolor acerbo, soportándolo no solo con ánimo constante, sino alegre, como que Dios lo queria así. Siendo atormentado en su vejez de unos dolores muy crueles, que le reducian casi á una agonía estrema, no abrió sus labios para quejarse, como testifica el abate Marco Antonio con las siguientes palabras: «Este santo anciano, enfermo de dolores agudos, y reducido casi á peligro de muerte, no se quejó ni una sola vez, á semejanza de aquellos corderos misteriosos, de los cuales canta la Iglesia: *Nec murmur resonat, nec querimonia.*» No hacia conversacion de su mal sino con los médicos, para privarse del consuelo que causa el ser compadecido. Si alguna palabra salia de su boca respiraba santidad y humildad, conformándose con la voluntad de Dios, diciendo: «Señor mio, si me quieres héme aquí, amor mio;» y tambien: «No te he conocido, Dios mio; no he hecho ningun bien.» Sus gestos, sus hechos y sus palabras demostraban que su ánimo era superior á todo dolor, pues nunca en sus enfermedades mudó de voz, como sucede generalmente á los en-

fermos que la ván perdiendo por la fuerza del mal. En vez de recibir consuelo de los que iban á visitarle, los consolaba él, entreteniéndolos con varias reflexiones sobre el cielo.

Encontraba consuelo con administrar á sus hijos el sacramento de la Penitencia aunque se encontrase agravado en sus enfermedades: costumbre que conservó hasta su último aliento, habiendo ejercitado este sublime ministerio pocas horas antes de morir. Si los Padres de casa le rogaban que no fuese tan celoso por sus hijos, les contestaba «que le dejasen obrar, porque el escuchar las confesiones le servia de distraccion;» y en efecto, aunque no encontrase recreo en este penoso ejercicio, le encontraba y mucho en la salud del prójimo; pero si se lo prohibian los médicos obedecia como siempre. Su convalecencia por lo general era milagrosa, poniéndose bueno repentinamente: así es que muchas veces parecia por la tarde un moribundo, y á la mañana siguiente, como si no hubiera estado malo, emprendia de nuevo sus trabajos acostumbrados. Admirándose de esto los médicos, les dijo una vez para hacerles ver que le habia curado una

mano invisible: «No me habeis curado vosotros sino aquel relicario que veis allí, y el cual me le dió el santo cardenal Carlos Borromeo, en el que hay una astilla del madero de la santa Cruz y algunas reliquias de los Príncipes de los Apóstoles y de S. Francisco.

Pero no por que estuviese enfermo desistia de la abstinencia acostumbrada; de modo que los médicos se admiraban de que un anciano de su edad pudiese mantenerse no ya sano sino enfermo con un alimento tan ligero: cosa que en su opinion debia atribuirse á milagro de Dios. En cuanto á la mortificacion, le parecia escesivo regalo el comer un pollo guisado; así que tomándole en la mano antes de probarle prorumpia en un amargo llanto, y asaltado de un estremecimiento terrible decia en alta voz: «¡Tú Jesus mio, tú en la Cruz, y teniendo sed no te dán sino hiel y vinagre, y yo en mi lecho y servido de tantos, como están en mi derredor!» y por mas que se esforzó no pudo comerle. Pero tambien es cierto que Dios, además de la dulzura con que le recreaba interiormente pagó sus mortificaciones mientras estaba enfermo, concediéndole

mil delicias por medio de un Angel, que le mandó del cielo. Estaba enfermo de muerte en S. Gerónimo de la caridad y afligido de una sed ardorosa rogó á Julio Petrucci que se encontraba allí presente le diese un poco de agua mezclada con jugo de granada. Obedeció Julio, pero pensando entre sí mismo que para templar la crudeza del agua y el áccido de las granadas seria á propósito un poco de azúcar, la buscó aunque en vano por el aposento, por lo que estaba sin saber que hacerse, cuando vió delante de sí un jóven, á quien no conocia, con un pan de azúcar en la mano, y entregándosele cortesmente desapareció. Contento el noble Julio, puso en la bebida aquella porcion de azúcar que creyó conveniente y se la dió á beber á Felipe, el cual reposó despues un rato, y cuando despertó dijo: «Julio, me siento bueno»: y á la mañana siguiente se levantó. En tanto, reflexionando Julio sobre lo que le habia ocurrido con aquel jóven á quien nadie conocia y que tan oportuno estuvo en presentarle el azúcar, creyó ciertamente que habia sido un Angel, mandado por el Señor para proveer á las necesidades de su

siervo. ¡Tan cierto es que los que se mortifican por Dios participan de sus dones y sus dulzuras aun en esta vida miserable!

Finalmente, no debo pasar en silencio que sus enfermedades no solo provenian del trabajo que se tomaba por amor de su projimo, sino tambien porque á veces queria sustituir á los que estaban enfermos, rogando á la majestad de Dios, que le trasladase á él los males de aquellos; y así fué que estando deshauciado de los médicos un pobre enfermo, rogó á Dios que le diese la salud mandándole á él en cambio una enfermedad grave; y agradeciendo el Señor la caritativa oferta le complació en ello.

CAPÍTULO XXXII.

Del amor filial que tenia Felipe á la Virgen santísima, la que le favoreció en pago apareciéndosele muchas veces, y curándole de una mortal enfermedad.

No es fácil de espresar el grande amor que tenia Felipe á la Reina del cielo, pues no fué de los últimos entre los Santos, enamorados

de esta gran Señora. Llamábala *su amor* y *sus delicias*, la proclamaba como dispensadora de todas las gracias y con su dulcísimo nombre, que no cesaba de pronunciar, endulzaba su alma, llegando su ternura al estremo de llamarla, como si fuera un niño, *Mama mia*, y pasando las noches enteras en dulces coloquios con su amada Reina. Cayó gravemente enfermo cuando estaba en S. Gerónimo, y en su consecuencia mandaron los médicos que hubiese siempre una persona á su lado que se quedára á velarle por la noche. Tocóle el turno al P. Juan Antonio Lucci, el cual aunque no fué contento por el temor de que siendo pequeña la estancia, y la estacion calurosa, habia de sufrir mucho, sin embargo habiendo ido pudo ver lo vano de su temor, supuesto que en su vida pasó una noche mejor, pareciéndole minutos las horas que él creia habian de ser eternas. Y fué la causa, que creyendo Felipe que no le escuchaba nadie, pasó toda la noche en hablar con la Vírgen como si estuviera allí presente, con afecto tan tierno, que escuchándole el P. Juan Antonio se enagenó de manera, que al tocar al Ave María

creyó que fuesen las oraciones. Repetia continuamente por el dia dos jaculatorias que le habia dictado su devocion á la Vírgen, las que contenian en compendio, como el decia, todas las alabanzas posibles. La primera decia: «Vírgen Madre de Dios, ruega á Jesus por mí;» y la segunda «Vírgen y Madre.» Solia repetir estas jaculatorias sesenta y tres veces á modo de corona, y aconsejaba á sus penitentes que hicieran lo mismo, con lo que consiguieron vencer muchas tentaciones; como sucedió particularmente á un lego de la Congregacion, el cual se confesó con Felipe de los malos pensamientos que le ocurrian sobre la pureza inmaculada de la Vírgen. Aconsejóle el Santo que por remedio contra ellos saludase á nuestra Santísima Madre con las jaculatorias citadas, y con este medio venció aquella tentacion.

Correspondió la Madre de la Misericordia á la afectuosa devocion de Felipe, no solo concediéndole para su Instituto una iglesia dedicada á su santísimo nombre, sino con celestiales y continuos favores. Con solo recurrir á su imágen, como confesaba él mismo, se veia li-

bre del terror que el demonio procuraba infundirle, encontrando bajo el manto de su Madre puerto seguro contra los insultos del enemigo. Con amorosa solicitud sostúvo ella misma la ruinosa iglesia de la Vallicella, y le avisó del peligro que corria, como hemos dicho en otro lugar. Además se hizo digno el Santo de que le visitára en otras ocasiones, apareciéndosele amorosamente. Pero bastará con que citemos la visita que le hizo en el mes de mayo de 1594, cuando despues de unas tercianas de las mas tenaces, le acometió un dolor de riñones tan grande, que ni podia comer, ni se le sentia el pulso. Habiendo pasado, pues, diez ó doce horas sin que se quejára, y repitiendo en voz baja las palabras : *Adauge dolorem, sed adauge patientiam*, se encontraba reducido al estremo de ser desahuciado de los médicos Angel de Bañarea y Rodulfo Silvestri, los cuales mandando que corriesen las cortinas de su cama para ver si podia descansar, se detuvieron allí un rato llorando ya la pérdida de Felipe con algunos hijos suyos presentes á la sazon entre los que se contaban Alejandro Alluminàto, Francisco Zazzera y

Gallonio, el cual refiere como testigo ocular este lance. Mas he aquí que entre tanto que taciturnos y pensativos se miraban unos á otros, empezó el Santo á gritar con fuerte voz: «El que desea en este mundo otra cosa que á Dios, se engaña: quien ama á otro, que á él, se engaña miserablemente.» Repitió por dos veces estas palabras, y en seguida sin que nadie le ayudase empezó á levantarse y con clara voz y lágrimas abundantes esclamó: «Ah ¡Santísima Señora mia! ¡mi hermosa y bendita Señora!» y era tal la vehemencia de su espíritu, que comunicaba su estremecimiento al mismo lecho. Acudieron los médicos con los demás al oir sus voces, y levantando la cortina le vieron con las manos y el cuerpo todo elevado mas de un palmo sobre el lecho, y como si abrazase con grande afecto á una persona, estendia y juntaba los brazos, repitiendo las mismas palabras y añadiendo: «¡Oh, Señora tan amada de mi corazon! ¿Vos os dignais visitarme para templar mis dolores? ¡Oh, bellísima Vírgen! ¿Y quién soy yo para que me honreis con vuestra presencia? No lo merezco, no; no hay en mí cosa digna de vuestro

amor. ¿Y sin embargo, venís á favorecer al último de vuestros siervos? ¡Oh santísima Vírgen, y dulcísima madre de Dios! ¡permitidme que os abrace con toda mi alma, pues no hay quien me lo impida, viniendo vos á visitarme!» De este modo continuó el santo Padre repitiendo el nombre de María, hasta quedar privado de sentido; pero volviendo despues en sí, dijo á los que estaban presentes: «¿Habeis visto á la beatísima Madre de Dios, que con su presencia me ha librado ahora de mis dolores?» Tranquilizóse un poco, y entonces al ver tanta gente al rededor de sí, tapándose el rostro empezó á derramar lágrimas como pudiera hacerlo un niño, hasta tanto que los médicos temiendo que le perjudicára aquel llanto le dijeron: «Basta, Padre, no mas lágrimas.» Volvióse el Santo á ellos, y les dijo: «No tengo ya necesidad de vosotros: la santísima Vírgen ha venido á mi lado, y me ha puesto bueno.» Y en efecto, desde el momento en que se le apareció, se sintió tan otro que á la mañana siguiente abandonó la cama. Conociendo despues el Santo que iba á saberse por Roma el lance ocurrido, rogó á los médi-

cos que guardáran el secreto; pero apenas salieron ellos de su estancia, por disposicion de Dios, lo refirieron á todos, llegando así la noticia á oidos de los cardenales Cusano y Borromeo, quienes al punto acudieron á dar el parabien á Felipe, suplicándole con tantos ruegos que les refiriera el suceso, que al fin hubo de complacerlos, con lo que el cardenal Borromeo pudo hacer de ello circunstanciada relacion al Papa, sabedor como era de lo mucho que estimaba á Felipe. En aquella venturosa tarde no cesó el Santo de recomendar á todos los que le visitaron el amor á la Vírgen santísima, diciéndoles: «Sabed, hijos, y credme, que no hay medio mas poderoso para obtener la gracia de Dios que su bendita Madre:» de cuyas palabras se deduce que, á mas de los favores de que hemos hecho mencion, fueron infinitas las gracias que recibió de esta Señora misericordiosa. Despues los exhortó á que dijeran á menudo las jaculatorias ya citadas.

Me parece oportuno tambien el notar aquí la devocion que tenia Felipe á los Santos, y la reverencia, con que miraba sus reliquias. Grande fué la estima que hizo de todos los

Santos, así en general como en particular, procurando imitar sus virtudes, para lo que hacia que le leyeran sus *Vidas*, principalmente en sus últimos años. Tomó por sus especiales abogados á santa María Magdalena, en cuya vigilia habia nacido, y á los santos Apóstoles Felipe y Santiago en cuyo dia solia, á imitacion de los antiguos convites santos *(Agapes)* dar á sus hijos de Congregacion una cena algo mas abundante de lo acostumbrado. De aquí trae su orígen la costumbre que cada uno tiene de recrear con una cena estraordinaria á sus hermanos en algun dia festivo de su particular devocion. Era tambien estremada la reverencia que tenia á las reliquias, por lo que no permitia á sus penitentes que las llevára n consigo, por el temor de alguna irreverencia, ó porque no sufriesen con el tiempo alguna injuria por descuido de los que las heredasen, diciendo que el lugar propio para las reliquias son las Iglesias y los santos cementerios. No reprobaba sin embargo que se conservára alguna con decoro en la propia casa, y él mismo tenia en su cuarto un relicario, que á su muerte pasó á poder de

Baronio, y por cuyo medio se dignó Dios conceder la salud á Antonio Franchi, Clérigo regular de los Menores. Manifestó particularmente la devocion que tenia á las reliquias cuando la traslacion que se hizo desde el Diaconato de S. Adriano á la iglesia de la Vallicella de los cuerpos de los santos Papías y Mauro, cedidos por el cardenal Cusano, titular de aquella iglesia; pues conduciéndolos en medio de una magnífica procesion, y saliendo á recibirlos á la puerta del templo hasta diez cardenales, Felipe se llenó de estremecimiento al verlos aparecer por la alegría que le causaba la posesion de aquellos dos tesoros, y terminada la traslacion mandó á Gallonio que escribiese sus *Vidas*. Estos estraordinarios sentimientos de devocion le asaltaban en las fiestas solemnes, en las que, segun decia, era mala señal el no sentir algun particular afecto de devocion.

CAPÍTULO XXXIII.

Ultimas enfermedades de Felipe, y varias predicciones con que manifestó el dia y hora de su muerte, que acaeció en la noche siguiente al *Corpus Christi*, y su aparicion á muchos.

Habia llegado ya Felipe á los ochenta años de su edad, cuando en marzo de 1595 cayó malo con calentura, y con un frio tan grande que por el temblor que le causaba no pudo decir ni una palabra al Cardenal de Verona cuando fué á visitarle. Estuvo en la cama todo el mes de abril, y aun hubiera estado mas si aproximándose la festividad de los santos Apóstoles Felipe y Santiago, sus protectores, no hubiese rogado al Señor que le concediera decir misa en aquel dia. Cumplióse su deseo pues que sin pasar por la convalecencia se encontró sano y bueno en la mañana del primero de mayo, con lo que pudo celebrar y dar la Comunion á los suyos, como él mismo habia predicho á Nero del Nero cuando estaba en su mayor fuerza la enfermedad. Pero como fué siempre obediente á los médicos se abstuvo, segun su precepto, de celebrar por tres dias,

pasados los cuales se llegó de nuevo al altar para ofrecer al Padre la víctima incruenta de su divino Hijo, prosiguiendo así hasta el doce de mayo, dia dedicado á las glorias de los santos mártires Nereo, Aquileyo y Domicila, abógados de la Congregacion de Roma, que posee parte de sus reliquias. En este dia pues tuvo Felipe el consuelo de participar de sus padecimientos, pues echó de pronto tanta sangre por la boca que se quedó sin pulso, é hizo temer á sus hijos por su vida; por lo que César Baronio, entonces prepósito de la Congregacion, le administró la Estremauncion en presencia del cardenal Federico Borromeo, ya que por el obstáculo de la sangre no podia dársele el Viático. Fortalecido con aquella sagrada Uncion y un poco mejorado determinó el Cardenal administrarle el santo Viático y Felipe al aparecer en su cuarto el Pan de vida como si resucitára lleno de espíritu y ternura empezó á decir : «¡Hé aquí al amor mio, hé aquí todo mi bien!» á cuyas palabras enternecidos los que estaban presentes le acompañaron en su llanto. Pronunciando despues el Cardenal la humilde protesta del Centurion,

usada justamente por la Iglesia para cuando los fieles han de recibir en su pecho á Jesucristo Sacramentado, alzó Felipe la voz, como si no estuviera malo, y dijo: «Señor mio, no soy digno, ni jamás lo fuí, y no he hecho nunca ningun bien;» y al recibir el Sacramento manifestó el consuelo que sentia uniéndose con quien tanto amaba. Despues que hubo comulgado, y diciendo que se habia unido con el verdadero Médico de su alma, pasó lleno de alegría aquella mañana, sin afligirse por haber echado otras tres veces al anochecer sangre en abundancia, y dando gracias al cielo que le hacia pagar sangre por sangre, y diciendo á uno de los suyos, que le miraba con abatimiento: «¿Tienes miedo? pues en verdad que yo no le tengo.» Y en efecto, ¿cómo habia de temer la muerte quien tanto la deseaba cuando estaba bueno, diciendo con el Apóstol: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo?* si bien para no descubrir su pensamiento decia solo: *Cupio*. A este mismo propósito solia decir que el justo lleva en paciencia la vida, y con gusto la muerte. A la evacuacion de sangre se juntó una tos pertinaz, y una gran fatiga, sin que le

sirviera ninguna de las muchas medicinas que tomó, por cuya causa los médicos fueron á visitarle muy de mañana, pero él que esperaba de otra mano su salud: «Id con Dios, les dijo, pues que mis remedios son más eficaces que los vuestros. Desde que he mandado á varios lugares religiosos limosna para que dijeran misa por mí no he echado sangre, y me siento tan aliviado, que ya me creo bueno;» y en efecto, tomándole el pulso vieron los médicos que era verdad lo que decia; así que lo tuvieron por milagro. Continuó pues bueno hasta el veinte y seis de mayo, dia de su feliz muerte, celebrando todos los dias, rezando las horas canónicas, y oyendo las confesiones de sus penitentes; y estaba tan bueno, que no solo hacia concebir esperanzas de que viviria aun por algunos años, sino que pocas horas antes de morir le dijo Angel de Bañarea tomándole el pulso «que estaba mejor que nunca, y que hacia diez años que no habia estado tan bueno.» Pero con todo esto Felipe se preparaba á la muerte, como aquel que no solo conocia el dia y la hora, sino que lo habia predicho muchas veces.

En todas las mortales enfermedades que habia tenido conoció siempre que no debia morir por entonces, asegurando muchas veces que no consentiria Dios que muriera sin hacérselo saber antes, y sin darle espíritu para ello; y así se cumplió con efecto, pues al acercarse el dia de su muerte, la predijo de varios modos. Hallábase en Nápoles en 1595 el padre Flaminio Ricci, mandado por el santo Padre á fin de que reemplazára al P. Francisco María Tarugi, á quien habia llamado Clemente VIII para hacerle Arzobispo de Aviñon; y como amaba tanto nuestro Santo al P. Flaminio, le mandó á decir á últimos de marzo, que fuese á Roma, porque le serviria de consuelo el verle antes de morir; mas contestándole este que le seria imposible por sus negocios el pasar á Roma antes de setiembre, volvió á escribirle que se viniera, posponiéndolo todo. Escusóse de nuevo Flaminio diciendo que ciertos personajes de aquella ciudad, y principalmente el Arzobispo, no llevaban á bien que dejase la Congregacion de Nápoles, entonces naciente; Felipe le dijo sin embargo por tercera vez que viniese, aunque ya llegaria tarde; como su-

cedió en efecto, pues cuando llegó á Roma, se halló con que ya habia muerto el Santo.

Pero mas minuciosamente manifestó su muerte á Nero del Nero, pues felicitándole este por su recobrada salud doce dias antes de su muerte, le dijo Felipe que en efecto se sentia bien; «pero sábete, añadió, que dentro de pocos dias habré muerto, cuando nadie pueda pensar en ello, y mi muerte será vista y no vista.» Sabiendo además que su muerte habia de ser casi repentina, decia á cuantos veia de los suyos: «Hijos, es preciso morir:» y repitiéndolo muchas veces, obligó á que le contestáran: «Ya lo sabemos, padre, que hay que morir.»—«Pero es que yo os digo, repuso, que es preciso morir, y vosotros no me entendeis.» Al abate Marco Antonio Maffa, que le pronosticaba larga vida para bien del prójimo, le dijo sonriéndose: «Si confias en hacerme pasar de este año, te prometo recompensarte.»

Habia dado palabra al P. Francisco Zazzera, entonces jóven, de decirle antes de morir lo que debia hacer despues de su muerte, y aunque muchas veces le pidió que le cumpliese su palabra, sin embargo no le dijo nada en

las varias ocasiones en que estuvo de peligro; pero nueve dias antes de morir, estando bueno, llamó á Francisco, y le dijo lo que le habia prometido; por lo que penetrado este de que se aproximaba su última hora, empezó á llorar por él. Habiendo llamado á Juan Bautista Guerra, hermano de Congregacion, le preguntó: «¿A cuántos estamos de mes?» y respondiéndole que á quince, añadió: «Quince y diez, veinte y cinco: y despues morirémos.» A German Fedeli, que fué uno de los que mas le asistieron, además de haberle dicho que pronto dejaria de molestarle, le preguntó hasta qué dia pensaba detenerse en Carboniano, á cuyo punto iba á trasladarse por tener allí algunos bienes la Congregacion de Roma, y contestándole que hasta el dia del *Corpus*: «Vé, y vuelve, le dijo, como has prometido.» Con esta seguridad partió German la noche anterior á la víspera del *Corpus*, confiando en encontrar con vida al Santo, y figurándosele entre sueños que estaba muriéndose, y que le decia: «German, yo me muero;» á lo que le contestaba que otras muchas veces habia estado malo, y no por eso se habia muerto; creyó

que el Santo le aseguraba que entonces era inevitable su muerte. Pero despertándose de este funesto sueño, temió German que pudiera morirse en efecto, mientras que él estaba ausente, así que desentendiéndose de las instancias que le hicieron en el pueblo para que pasára allí el dia del *Corpus*, salió temprano para Roma, y en cuanto llegó, corrió á ver al Santo para besarle la mano, el cual le dijo: «Has hecho bien en venir en el dia fijado.» Y en efecto, no hubiera podido hallarse presente á su muerte, si se hubiera detenido algo mas, puesto que el Santo murió á la noche siguiente.

En la vigilia del *Corpus* llamó al P. Pedro Consolino, uno de sus mas amados hijos, y le dijo que pusiese la mano sobre su pecho, y tocase aquellas costillas rotas, y despues le suplicó que ofreciese por él el sacrificio de la misa; á lo que contestándole «que ya habia celebrado,» le replicó, «que la misa que le pedia era la de difuntos.» Habiéndole recomendado el mismo dia á una señora de ochenta años, que estaba agonizando, se puso á orar por ella, y dijo al sacerdote que le habia hablado en fa-

vor de la moribunda «que esta se pondria buena y que él moriria;» como sucedió en efecto. Pero no solo predijo, como hemos dicho, el dia de su muerte, sino la hora y el punto, pues preguntando en la tarde del dia en que murió «qué hora era;» y contestándole que las «tres,» dijo, como despues de haber echado la cuenta: «Tres y tres, seis: y despues morirémos.» Y fué así que al despuntar del dia, en que la Iglesia celebra la institucion del divino Sacramento, mandó que dejasen entrar á todos los que fueran á confesarse con él, á los que, despues de oir sus confesiones, les rogó que rezasen una corona por él cuando muriese; y les aconsejó entre otras cosas que asistiesen á los sermones, que leyesen las *Vidas* de los Santos, y sobre todo que frecuentasen los Sacramentos; despues de lo cual los abrazó con mayores caricias de lo acostumbrado. Rezó en seguida las horas canónicas, y despues dijo misa en su capillita con mayor devocion que nunca, como que sabia que era la última que celebraba, y en la que gustó mayores dulzuras. Al empezar el sacrificio fijó sus ojos en el monte de S. Onofre, que se veia desde

aquella capillita, y como si contemplára alguna gran vision, se quedó absorto por un rato mirando hácia el monte. Ignoramos qué cosa fuese la que vió entonces, porque no se lo dijo á nadie; pero lo cierto es que debió de inundar de júbilo su alma, puesto que al llegar al *Gloria in excelsis Deo*, empezó á cantar este himno angélico, cosa que nunca habia hecho. Habiendo concluido la misa, y despues de administrar la Comunion á sus penitentes y de dar gracias, tomó un poco de caldo, y en seguida dijo: «Estos creen que estoy bueno, y no es así;» despues se puso de nuevo á confesar, y llegando los cardenales Agustin Cusano y Federico Borromeo, los cuales volvian de la procesion del Santísimo Sacramento, se entretuvo con ellos en conversacion hasta la hora de comer. Pero sin embargo de que veia tan próxima su muerte no por esto se turbó, antes bien se notaba en su rostro una devota alegría, empleando gran parte de aquel dia, último de su vida, en confesar á sus prójimos y en oir leer á Francisco Zazzera las *Vidas* de los Santos, y particularmente la de S. Bernardino de Sena.

Entre tanto llegaron á visitarle el cardenal Agustin Cusano, Gerónimo Panfilio, Auditor de la Rota, y Espinel Benci, primer obispo de Montepulciano, con los que rezó los maitines del dia siguiente, en el que no debia ser ya viador sino comprensor. Con ellos se entretuvo hasta la tarde en santos razonamientos, y finalmente dando la última absolucion al cardenal Cusano, quiso contra su costumbre acompañarle hasta la escalera, en la que, como diciéndole que no habian de volver á verse en la tierra, le estrechó las manos, y le miró con la mayor fijeza. Pasada como una hora despues de anochecido cenó con el mayor sosiego, oyó las confesiones de los que á la mañana siguiente debian decir las primeras misas, y llegándose á recibir su bendicion muchos de casa, como tenian de costumbre, los acogió con dulzura estraordinaria, razonando familiarmente con ellos. De allí á tres horas, despues de haber rezado sus devociones, se metió en la cama sano y sin señal de la menor enfermedad. Pero conociendo él tan bien la proximidad de su hora, repitió las palabras: «Es preciso morir;» y volviéndose á

los circunstantes, les mandó que fueran á descansar, quedándose de este modo solo para tratar con Dios el gran negocio de su muerte. Obedeciéronle, no creyendo que estuviera en peligro, estando entre ellos el P. Antonio Gallonio el cual tenia su cuarto precisamente bajo el del Santo; por lo que apenas se habia dormido á las doce de la noche, cuando despertándose oportunamente, oyó que Felipe se paseaba por su estancia. Admirado de una cosa que era tan fuera de la costumbre del Santo, corrió á ver si le habia ocurrido algo, y llegando á su cuarto le halló sentado en su lecho con un ataque de sangre á la garganta, por lo que podia temerse que quedára sofocado. Preguntóle Gallonio cómo se sentia, y él le contestó: «Ya ha llegado mi última hora; voy á morir.» Quedóse el P. Antonio sin saber qué resolucion tomar, pues se encontraba solo, y no le parecia prudente el abandonar á su Padre para acudir en busca de socorros; pero al fin el amor le prestó alas, como él decia, para ir á llamar á Alejandro Alluminato, que debia de ser el que estuviera mas próximo. Salieron con esto algunos á buscar médicos, y

le administraron todos los remedios, de que pudieron disponer en un caso tan repentino, los que recibió Felipe con su acostumbrada paciencia, sin embargo de que no le habian de servir de nada. Con todo esto al cabo de un cuarto de hora le cesó la fluxion de la garganta en términos de poder hablar. Pero breve fué la alegría que produjo en todos este alivio, pues les dijo el enfermo: «No os molesteis procurándome remedios, porque voy á morir;» y dicho esto calló para atenderse á sí mismo, aunque no dejó de manifestar su fortaleza, pues cuanto mas se aproximaba la hora, mas indicaba el poco cuidado que le daba el presentarse á la muerte. Así es que estando echado sobre su lecho se sentó en él como si quisiera provocarla á la lucha, en cuya postura se mantuvo hasta que exhaló el alma. Llamaron en tanto á los Padres á fin de que estuvieran presentes á su muerte, los cuales viendo moribundo al que pocas horas antes habian dejado sano, dieron rienda suelta al llanto, mientras que recomendándole el alma César Baronio, que entonces era superior, y mezclando sus lágrimas con las preces de la

Iglesia, oyó decir al médico que ya la muerte se echaba encima á pasos agigantados; con lo que dirigiéndose al Santo, le dijo: «¿Padre, vos nos dejais, y no nos decís nada? Dadnos al menos vuestra bendicion.» Oyendo lo cual el morihundo y santo anciano alzó algun tanto su mano, y fijando los ojos en el cielo, oró por sus hijos á quienes tanto amó en vida, y por los que detuvo el vuelo, que iba á dirigir á la gloria, hasta tenerlos reunidos en su cuarto. Terminó su oracion, y mirando con amor á sus hijos que estaban en torno de su lecho, bajó hacia ellos sus ojos y cabeza, como que les habia alcanzado la bendicion del cielo, y sin movimiento ni señal de agonía, plácidamente espiró á las dos de la noche, como habia predicho. De este modo murió Felipe Neri, ó por mejor decir, se durmió para empezar una vida gloriosa en el cielo, despues de la vida santa que tuvo en la tierra.

Pero no porque fuese ya comprensor se olvidó de sus amigos é hijos, pues en el mismo momento que espiró se dejó ver de muchos. Vióle entre sueños una monja maestra de novicias en el monasterio de santa Ma-

ría Magdalena de Monte Cavallo, y le manifestó algunos de sus remordimientos; pero queriendo prolongar su discurso: «Déjame marchar, le dijo el Santo, que demasiado me he detenido por aquellos» (sobrentendiéndose sus hijos); y dicho esto desapareció. En la misma hora le vió otra monja del monasterio de Santa Cecilia en Transtíber, vestido de blanco é iluminado de un luz celestial, que iba entre dos jóvenes hermosísimos, y oyó que le decia: «Yo, como vés, me elevo al cielo para recibir el premio de mis fatigas: esfuérzate pues por seguir en la vida que has emprendido, á fin de que puedas gozar de la felicidad eterna; y no temas, porque yo rogaré por tí sin descanso.» Admirada y alegre despertó entonces la favorecida vírgen, y en toda la noche pudo volver á cerrar sus párpados, porque no podia desechar de su imaginacion lo que acababa de ver; pero cuando supo por la mañana que habia muerto Felipe, se certificó de su sueño, y desde entonces le consideró en el número de los Santos. A otra monja en Santa Marta se le apareció la misma noche, y le dijo que iba á visitarla antes de partir,

para que no pudiera quejarse de él. Entonces le respondió la monja: «¡Ah, Padre, queréis iros al cielo!» y el Santo le contestó, mostrándole un campo cubierto de espinas: «Si quieres ir á donde yo, te es preciso atravesar por ahí.» Despertó entonces la monja llorando, y pronunciando estas palabras: «¡Ay de mí, Padre mio, que ya no os veré mas!» quedando tan persuadida de su muerte, que por ningun título hubiera creido lo contrario. Pero no solo en Roma, sino aun en otros puntos lejanos se dejó ver. Habia sido penitente suyo en Roma Teo Guerra, de Sena, el cuál estando en su patria vió medio aletargado aparecérsele el Santo lleno de resplandores, y oyó que le dijo: «La paz sea contigo, ó hermano: héme aquí que parto para mejor sitio.» Despertó Teo á estas voces, con lo que pudo oir distintamente las mismas palabras, repetidas por tres veces. No pasó mucho tiempo sin que supiera la muerte del Santo, por las noticias que llegaron á Sena.

Pero sobre todas fué célebre por sus circunstancias la aparicion acaecida en Morlupo, lugar á diez y seis leguas de Roma, en el que

vivia una vírgen de la órden tercera de Santo Domingo, religiosa de gran virtud, cuya *Vida* anda impresa, y la cual no conocia á Felipe sino de oidas, ni sabia que hubiera pasado á mejor vida. Habiendo pues comulgado esta la mañana en que aun vivia el Santo, vió á un anciano venerable vestido con los ornamentos sacerdotales que como el sol despedia rayos de luz, y el cual estaba sentado en una silla magnífica, en torno de la cual habia un grande espacio donde se veian muchos ornamentos con caractéres de oro que decian las heróicas virtudes del santo anciano. Debajo de él habia infinitas almas de todos estados y condiciones las cuales aunque estaban iluminadas por una luz celestial y adornadas de belleza superior, no podian sin embargo igualarse al anciano, quien estaba mirando á la Santísima Trinidad, mientras que las almas le miraban á él, formando una armonía semejante á la de los ángeles; con la que le daban gloria y honor. Viendo esto Sor Catalina, y deseando aclarar el misterio, oyó una voz celestial que le dijo «que aquellas almas eran las que se habian salvado por obra de aquel santo y apostólico

sacerdote.» Todo esto se lo refirió ella misma á su confesor, el cual la preguntó por el esterior y edad de aquel anciano, y describiéndole ella minuciosamente el aspecto de Felipe, como si le hubiese observado por largo tiempo, se persuadió el confesor como quien conocia al Santo, que este se habia aparecido en efecto á la sierva de Dios; y mostrándole su retrato, afirmó ella al punto que aquel anciano era el mismo á quien habia visto en su sueño.

Finalmente á una cierta Artemisia Cheli, que luego fué monja en el monasterio de la Purificacion de Roma, y que despues de algunos dias de la muerte del Santo hablando con su madre dijo «que aunque creia que Felipe habia sido un gran siervo de Dios, sin embargo hubiera querido verle resucitar algun muerto, ó hacer otro cualquier milagro, porque no habiendo presenciado nada de lo que se decia que hacia el Santo, no podia menos de dudar de ello;» á esta, repito, se la figuró entre sueños que estaba en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles, en medio de la cual y en lo mas alto de la media naranja le parecia ver como una mesa redonda y esplen-

didísima: despues le pareció que llamándola el Santo por su nombre, le decia: «Artemisia, ya que no has visto las cosas que hice yo en vida y despues de la muerte, mira lo que hago ahora;» y se elevó hasta aquella mesa, con lo que desapareció, aludiendo acaso á su canonizacion, que debia de ser en aquella iglesia. Despertó Artemisia, y acordándose de lo que antes habia dicho de Felipe, se arrepintió, y contó á su madre cuanto habia visto, honrando de este modo al Santo de quien tanto habia dudado.

CAPÍTULO XXXIV.

Despues de vestido el santo cadáver con los ornamentos sacerdotales, se le deja espuesto en la iglesia. Concurre infinita gente á verle. Muchos quedan sanos con solo tocarle; y por fin, despues de haber abierto aquel cuerpo virginal, le dán honrosa sepultura los cardenales Federico Borromeo y Alejandro de Medici.

Apenas murió el Santo lavaron su cadáver, y vistiéndole con los ornamentos sacerdotales le condujeron sus hijos en hombros á la iglesia, acompañado de todos los de la Congre-

gacion, que cantando salmos le rendian tiernos tributos de afectuosas lágrimas. Habiéndose despues divulgado por Roma la noticia de su muerte, fué inmenso el concurso de personas de todas clases que fueron á la Vallicella para venerarle. Manifestaba su cadáver un no sé qué de santidad sobre todo su rostro, que estaba tan bello que parecia que competia con la luz misma, de modo que no se cansaban de mirarle. Empezóse pues á rezar el Oficio, en el que encomendándose al Santo un clérigo llamado Antonio Carrari, familiar de casa, el cual padecia mucho de la cabeza, quedó libre de su mal. Inmediatamente despues sè cantó la misa de difuntos, á la que asistieron muchos Prelados. Fueron luego á visitar aquel venerado cuerpo muchos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Prelados de todas clases, religiosos, príncipes y muchas señoras de la primera nobleza. Todos le miraban, y muchísimos con copiosas lágrimas lloraban su pérdida, sin que dejára ni uno solo de besarle las manos con la mayor reverencia; habiendo habido entre estos quienes como los cardenales Agustin Cusano y Federico Borromeo no se con-

tentaron con besarle las manos sino tambien los piés. Indecible fué asimismo el dolor que mostró el cardenal Octavio Paravicino, que le amaba como quien se habia educado á su lado. Visitóle tambien el cardenal Gabriel Paleotto, que le estimó tanto, que en su libro *De bono senectutis*, le puso como modelo de un santo anciano. Infinitos fueron los religiosos y literatos que le besaron las manos y le reverenciaron como Santo. Entre ellos estuvo el maestro de novicios de los PP. Domínicos con todo el Noviciado. Con las señoras principales asistió la duquesa de Sesa, mujer del embajador de España, la cual le llamó *Santo* repetidas veces. Estaba aquel santo cuerpo cubierto de flores, que cogian los concurrentes y las guardaban por devocion; así que de nada servia el ponerle otras nuevas, pues al punto desaparecian, llegando la fe de las gentes hasta el estremo de quitarle algunos pedazos del vestido, para conservarlos como reliquia. Ni bastó la mayor vigilancia para impedir que cortáran su cabello y la barba y hasta las uñas, y muchas señoras se quitaron sus anillos para ponerlos en los dedos del Santo, y

despues se los volvian á poner, esperando que con aquel contacto habrian adquirido una virtud saludable.

Llegó la tarde y se juzgó conveniente abrir el cadáver antes de darle sepultura. Habiendo llegado al efecto los médicos y cirujanos á las diez de la noche, y cerradas las puertas de la iglesia se dió principio á la operacion, hallándose presentes algunos Padres de la casa, y otros estraños, pero familiarísimos del Santo. En este acto pues sucedió una cosa admirable, que bastó para manifestar cuán grande fué la pureza de Felipe, pues que habiéndole quitado el vestido para abrirle con mas comodidad, aquellas puras y santas manos, ya frias, se movian con fuerza prodigiosa ocultando parte de su cuerpo, y siguiendo los movimientos de los médicos, como si estuvieran animadas de la pureza. Observó esto Angel de Bañarea, y sin poder contenerse esclamó al fin: «¡Oh pureza de este santo varon! ¡Oh sublime castidad!» Lo mismo observaron antes los Padres que se hallaron presentes cuando lavaron aquel cuerpo virginal. Habiendo abierto pues la parte anterior del pecho, observaron con admira-

cion dos costillas falsas del lado izquierdo, esto es, la cuarta y la quinta, rotas en la parte anterior, en que terminan en ternilla. Estaban además elevadas sobre la tabla del pecho, formando un tumor muy abultado, lo que le sirvió, por disposicion divina, para que no recibiera daño su corazon con las violentas palpitaciones que padecia, y para que no le sorprendiera la muerte por el ardor divino, que se encendia en sus contemplaciones, y en fin par dar mayor lugar á los pulmones agitados por la violencia del mismo amor. Así lo afirmaron con juramento Antonio Porto, Andrés Cesalpini, Angel Vittori y José Zerla, despues de haber ponderado lo maravilloso del caso. Abierto el pecho, no se notó ningun vicio en los precordios, y se observó que el corazon era mas grande de lo regular, de lo que, segun los médicos, era causa la fuerza del calor de los espíritus fervorosos. La vena llamada arteria, cuyo oficio es conducir la sangre á los pulmones, en donde atenuada pueda despues juntamente con el aire trasladarse al centro del corazon para nutrirle y refrescarle, era doble mayor de lo general;

con lo que podia templarse aquel ardor que le abrasaba el corazon, recibiendo mas aire, y sin peligro de la vida. Rasgado despues el pericardio, en el ventrículo que le envuelve, no se encontró líquido de ningun género, resecado, como testificaron los médicos, por el ardor que concebia en sus meditaciones; del mismo modo en los dos ventrículos del corazon no habia nada de sangre. Terminada la observacion del pecho, sin que se sintiera mal olor, sin embargo de ser calurosa la estacion, antes afirmando muchos que sentian una suave fragancia, se pusieron aquellas preciosas entrañas en un vaso de greda para darles sepultura; sacándose entre tanto para consuelo de algunos de sus devotos su busto en yeso, del que despues se han hecho muchos de cera, que le representan al natural. Y aquí, para los que no han visto ni aun su retrato, creo oportuno decir: que fué blanco, de aspecto tan risueño que consolaba á quien le miraba; de jóven tuvo facciones mas que regularmente bellas, su frente era espaciosa y elevada, nariz aguileña, ojos pequeños y algun tanto azules, pero tan vivos que casi siempre brillaba

en ellos una luz estraordinaria, por cuya causa no eran fáciles de copiar ni aun por los mejores pinceles de Roma; su barba era negra, y no muy larga, y en sus últimos años se volvió blanca, como dice el venerable siervo de Dios monseñor Juvenal Ancina con las palabras siguientes: «El P. M. Felipe es un anciano bello »y aseado, tan blanco como un armiño, de car»nes frescas y virginales, y si por casualidad »opone la mano al sol se trasluce como un ala»bastro.» Su estatura en fin fué mediana.

Habiendo terminado pues la operacion, se vistió de nuevo el cuerpo para esponerle la mañana siguiente al público deseoso de venerarle. Varios eran los afectos de la gente que se agrupaba por llegar al féretro, pues unos lloraban tan gran pérdida, mientras otros decian que habia muerto el ejemplar de la santidad, y que se habia apagado una grande antorcha de la Iglesia de Dios. Unos le consideraban singular porque despreció los honores con que le brindaron sus amigos los Pontífices, otros le llamaban Santo por su humildad con la que trató de ocultar sus virtudes y milagros, y sobre todo los pobres lloraban sin

consuelo la muerte del que los alimentó, no viviendo sino para ellos, y le llamaban *su padre*. Entre tanto llanto sin embargo hubo muchos que con júbilo aplaudian el gran poder que tenia él aun despues de la muerte, diferenciándose de este modo los sentimientos. Estos últimos eran los que consiguieron la salud de sus incurables males por medio del cadáver del Santo. Entre ellos fué el primero un jóven romano, llamado Agustin de Magistris, que desde siete años padecia escrófulas, sin que le sirvieran de nada los médicos, y llegando á estendérsele una de aquellas úlceras desde la garganta á la boca, se fué á venerar al Santo que, segun habia oido, estaba en la Iglesia Nueva. La confianza que tenia de alcanzar por este medio la salud le prestó ánimo para atravesar, aunque con dificultad, por medio del gentío, y consiguiendo acercarse al féretro, hizo una breve y fervorosa oracion, y en seguida aproximó su garganta á la mano del Santo, con lo que curó al punto, cayéndosele el vendaje en la iglesia, y no quedándole ni aun cicatriz cuando llegó á su casa. Súpolo el cardenal Paleotto, y quiso tocar con

sus manos la parte del mal de aquel jóven, y certificándose del milagro, dió alabanzas á Dios. Pero esta no fué mas que una de las gracias que habia de recibir del Santo la familia del jóven; pues sabiendo su madre la cura, acudió á la Iglesia Nueva con otra hija llamada Margarita que padecia del mismo mal hacia seis años; y tomando en brazos á su hija para atravesar por la turba, llegó al lugar deseado, tomó la mano del Santo y acercándola á un lado solo de la garganta de la niña, tuvo el placer de verla curada por aquella parte. Impulsada despues por la turba, que oscilaba por dejar paso á la señora del embajador de España, no pudo tocar el otro lado de la garganta, como tampoco una pierna de que estaba muy mala; pero pudiendo coger unas flores del féretro, las echó en agua, en la que bañó á su hija, con lo cual quedó buena del todo. Admirado el padre de estos jóvenes, señor de sesenta años, el cual hacia dos meses que padecia en los ojos una fluxion que le impedia ver hasta la luz artificial, acudió lleno de fe al cuerpo del Santo, y esperimentó su mano benéfica, no menos que sus hijos, pues que en breve curó de su dolencia.

A mas de estos Epifania Colicchia, mujer de edad de cincuenta y cinco años y que hacia siete meses padecia un asma que ni aun la dejaba estar en la cama por la fatiga, supo los milagros que hacia el Santo estando su cadáver en la iglesia, y sin detenerse, y del modo que le permitió su enfermedad, se llegó á la Vallicella, y arrodillándose con fe delante del Santo, le pidió con lágrimas la salud. Al cabo de breve rato de oracion, cogió algunas de las flores del féretro, y poniéndoselas sobre el estómago se sintió de pronto enteramente buena; y como las gracias de Dios son perfectas, sanó tambien de la asquerosa sarna que padecia, sin esperanza de cura. Del mismo modo curó Artemisia Cheli de un tumor que tenia en la mano izquierda, y que habia llegado á crecer de un modo asombroso al cabo de dos años.

Habia deseado por largo tiempo Dorotea Brumani que el Santo pusiera sus manos sobre la cabeza de su hijo, el cual tenia rotas las piernas, y las rodillas torcidas hácia dentro en tales términos, que de ningun modo podia sostenerse en pié; pero no habiendo encontrado ocasion hasta despues que murió el

Santo, llena de confianza mandó á la nodriza que llevase al niño á la iglesia, y siguiéndolos ella, descalzó á este, y acercó sus piernas al cadáver, hecho lo cual, le mandó otra vez á casa, quedándose ella orando en la iglesia. Apenas llegó el niño á su casa empezó á andar con soltura, llenando de júbilo á su madre cuando le encontró en tan buen estado. Del mismo modo María Giustiniani, noble doncella que padecia mucho de la cabeza, sin encontrar remedio á su mal, fué á visitar el cuerpo del Santo con su madre, la cual rogó por ella, y tomando furtivamente algunos cabellos de este, se volvió á su casa llena de esperanza. Apenas llegó, frotó con ellos la cabeza de su hija, acompañando su accion con esta plegaria : «S. Felipe, yo os ruego, por el cuidado que tuvisteis siempre de favorecer á las almas, que salveis á mi hija.» Y en efecto, no se engañó, pues al punto consiguió lo que deseaba.

Pero no solo á los que fueron á ver su cuerpo, sino á los mismos impedidos alcanzó la gracia de Felipe. Estaba con dolor de costado desahuciado ya de los médicos un hijo

de Pedro Contini, llamado Angel, y un hermano suyo fué á ver el cuerpo del Santo y cogió algunos cabellos que estaban sobre la casulla, y volviéndose á su casa los aplicó á la cabeza del enfermo. Llegó entonces su madre, y observando á su hijo que parecia cadáver, se retiró á otro cuarto llena de dolor; pero diciéndole el otro hijo lo que habia hecho, volvió animada de esperanza á ver al enfermo, y con gran contento vió que estaba ya enteramente bueno.

Una vez satisfecha ya la piedad del devoto pueblo, pareció á los Padres oportuno sepultar el cuerpo en la tarde del 27 de mayo, y teniendo en cuenta su modestia determinaron ponerle en una caja sencilla y enterrarle en la sepultura comun de la Congregacion, bajo el coro inmediato al altar mayor. Pero habiéndolo sabido el cardenal Federico Borromeo, familiarísimo de Felipe lo llevó á mal, juzgando que no correspondia á un hombre tan singular una sepultura cualquiera. Así pues habló á los Padres y luego se dirigió al cardenal Alejandro de Florencia, el cual fué de su parecer, diciendo el cardenal de Medici

que si los Padres no querian ser los primeros á santificarle, debian sin embargo ponerle en lugar separado. Hízose pues por su órden un arca nueva de nogal, y sacando el cuerpo de la sepultura comun se le colocó en ella vestido con los ornamentos sacerdotales, en presencia de sus hijos, que no se cansaban de derramar lágrimas. Observóse con admiracion que al cabo de tres dias de muerto no habia mudado de fisonomía, y que sus miembros, principalmente las manos, estaban flexibles, así como su carne suave y fresca, no dando señales de corrupcion, ni despidiendo mal olor. Habiéndole puesto en la nueva caja, y colocado en ella una lámina de cobre con su nombre, se le condujo á una capillita sobre los arcos de la iglesia, en frente del órgano del lado de la Epístola. Todo esto se verificó por consejo divino mas que humano, para que se cumpliesen las predicciones de Felipe acerca de su sepultura; pues que habia dicho poco antes de morir al P. Francisco Bozzio, «que queria llegar á habitar cerca de él»; y en efecto la citada capillita en que fué puesto su cuerpo estaba al lado de la estancia del Padre

Francisco. Pero con mas claridad predijo esto mismo á Juan Bautista Guerra, hermano de Congregacion y mayordomo de la fábrica; pues comunicándole este que ya estaba concluida la sepultura para los de la Congregacion, le contestó: «¿Has hecho la mia?» y diciéndole que sí, y que caia bajo el altar mayor al lado de la Epístola, replicó Felipe: «No me dejarás allí.» Contestó Guerra que seguramente lo haria así; y entonces el Santo esplicándose mas le dijo: «Sí, me pondrás; pero no me dejarás allí.» Y en efecto, Juan Bautista fué el que tuvo que sepultarle bajo el altar mayor, aunque luego, segun hemos dicho, le sacó de allí por órden de los cardenales de Florencia y Borromeo.

Apenas pusieron el cuerpo en la capillita cuando empezó el pueblo á visitarla, dejando en ella por testimonio de gratitud muchos votos y donativos, con que decoraron su sepulcro. Salia de él un olor celestial que sintieron muchos, particularmente Julia Orsini, marquesa Rangona, señora de tanta caridad con los pobres que por servirlos espuso su salud, y de tanta virtud, que Gallonio la llamó la Paula

Romana. Haciendo esta pues frecuente oracion al santo Padre en la iglesia bajo el arco en donde estaba su cuerpo, sentia un olor como de flores en estacion en que no las hay, por lo que se cercioraba de que aquella fragancia nacia del cuerpo virginal del Santo. Finalmente, así como en el cuarto en que habitaba el B. Padre, sentian todos un gran júbilo encendiéndose en devocion, como hemos dicho, así en esta capillita en que estaba sepultado, esperimentaban consuelo los tristes y devocion los indiferentes.

CAPÍTULO XXXV.

Honores y alabanzas tributadas á Felipe despues de su muerte, y la devocion que le tenian, particularmente Nero del Nero, el cual erigió en su obsequio una suntuosa capilla á la que se trasladó su sagrado cuerpo.

Tan patentes habian sido las virtudes de Felipe y tan repetidos sus milagros en vida y muerte, que nadie dudaba que su alma reinase en el cielo. De aquí es que predicando el mismo dia de su muerte en la iglesia de la

Minerva el P. Fr. Gerónimo Beger, de la órden de Santo Domingo, dijo en alabanza del Santo «que no creia necesario el rogar por él como por los demás muertos, porque vivia en la gloria; por cuya razon las misas de *requiem* que se decian por su alma, servirian para otras del purgatorio.» Parece como que una fuerza superior infundió este sentimiento en el corazon de muchos, de modo que no rogaban por él en sus oraciones. César Baronio, pensando á sus solas qué oracion deberia decir por él en particular, y dudando si rezaria el *De profundis,* rogó al Señor le manifestára su voluntad. Abriendo pues el Breviario, se encontró con las palabras del Salmo LXXIX, *Respice de Cœlo, et vide, et visita vineam istam, et perfice eam, quam plantavit dextera tua:* de las que, segun el consejo de Baronio, se sirvió por mucho tiempo la Congregacion para encomendar á su amado Padre las necesidades en que se encontraba. Del mismo modo Marcelo Vitelleschi, que se hallaba enfermo al morir el Santo, no pudo resolverse de ningun modo á rezar por él el *De profundis,* y en su lugar dijo el Salmo, *Laudate Domi-*

num omnes gentes que se suele decir en la muerte de los inocentes, como era Felipe. Queriendo decir por él muchos Religiosos la misa de *requiem*, celebraron la de gloria, y otros, en vez de decir al fin de los Salmos el *Requiem æternam*, decian el *Gloria Patri*. Pero grandes en alto grado fueron las alabanzas que le rindieron varios personajes esclarecidos; como el cardenal Paleotto en el libro *De bono senectutis*, en el cual escribió despues de su muerte las siguientes palabras: «Aunque hace cuatro meses que murió á »nuestra vista, vive sin embargo con la vida »de los Santos: vive en la memoria de los »hombres justos, y vive particularmente en »la ciudad de Roma, en que ha dejado gran »número de hijos que dedicó á Jesucristo.» El cardenal Federico Borromeo en una carta dirigida al P. Antonio Gallonio, ensalzá estraordinariamente al B. Padre, diciendo entre otras cosas: «Sabeis cuánto he honrado á este »Santo; sabeis mi amor, el cual se ha aumen»tado despues de su muerte hasta el estremo »de querer derramar mi sangre, si sirviera »de algo á su memoria.» Elogios semejantes

le hicieron los cardenales Agustin Cusano, Octavio Bandini, César Baronio y Gerónimo Panfilio. Otros muchos y dignos escritores dedicaron su pluma á las alabanzas del Santo, y entre ellos principalmente Rutilio Benzoni, obispo de Loreto, y Recanati, en el libro *De anno sancto jubilei*: monseñor D. Juan Bautista del Tufo, obispo de la Cerra, en los *Anales de los clérigos regulares*: D. Silvano Razzi en el libro de las *Vidas de los Santos Toscanos* puso la de Felipe: lo mismo hizo Vigliela en el *Catálogo de las vidas de los Santos*: el P. maestro Arcángel Giani, de la órden de los siervos en la *Historia de S. Felipe Benicio*: Francisco Boochi en el libro de los *Elogios de las personas insignes de Florencia*: y en cuanto á los modernos, apenas ha habido escritor de cosas sagradas, que no le nombre por lo menos. En 1600, esto es, cinco años despues de su muerte, publicó Gallonio su *Vida* con título de Beato en latin, con privilegio apostólico de Clemente VIII. Fué esta aprobada, y firmada por cinco Cardenales con las siguientes palabras: *Omnia quæ de Beato Philippo Nerio conscripta sunt partim pro-*

priis me oculis vidisse, partim certo gravissimorum virorum sermone connovisse attestor. Ego Octavius Tituli S. Alexii Presbiter Card. Paravicinus. Fridericus Sanctæ Mariæ Angelorum Presbiter Card. Borromæus. Franciscus Maria Card. Tituli Sancti Bartolomæi Archiepiscopus Senensis. Cæsar Card. Baronius Tituli SS. Nerei et Achillei. Alphonsus S. Sixti Presbiter Card. Vicecomes. Públicóla Gallonio en el Pontificado de Clemente VIII, el cual por la intimidad y favores que recibió del Santo, como se ha dicho, la oia leer con gusto, como que en ella se referian muchas cosas de las que él mismo habia presenciado. Despues publicó otra en italiano, y luego en latin Juan Jacobo Bacci, presbítero de la Congregacion de Roma, la primera de las cuales enriqueció con muchas noticias sobre el proceso de la canonizacion del Santo, el P. M. Fr. Jacobo Ricci de la órden de Predicadores, secretario de la sagrada Congregacion del Indice. La misma se tradujo despues á varios idiomas, y particularmente al castellano por monseñor Crespi de Borja, obispo de Plasencia en España, embajador estraor-

dinario al Papa Alejandro VII, é hijo del santo Padre, por haber sido presbítero de la Congregacion de Valencia, y cuyas virtudes citarémos cuando hablemos de aquella célebre Congregacion. En la citada ciudad de Valencia publicó otra tambien en castellano el padre Fr. Luis Bertran, de la sagrada órden de Santo Domingo. En Flandes, el P. Heriberto Rosveido, teólogo eruditísimo de la Compañía de Jesus, tradujo al flamenco la *Vida* del Santo, y monseñor de Saussai, obispo y conde Tullense, publicó en Francia un compendio latino con algunas anotaciones sobre la Bula de su canonizacion. De este modo se celebraron en tantos idiomas las glorias del Santo que no es posible citarlos todos, como dice el P. Daniel Papebrochio de la Compañía de Jesus, el cual ha continuado con erudicion la grande obra de los *Actos de los Santos*, comenzada por Bollando, con estas palabras: *Quot deinde, et quibus locis, Auctoribus, ac linguis ubique regionum brevi tempore apparuerit compendiariæ relationes haud facile erit accurate exponere.* Sin embargo en el dia 26 de mayo, que fué el de la muerte del

Santo, ha puesto no solo lo escrito por Gallonio sino tambien la vida inédita que compuso el P. Gerónimo Bernabé Perugino de la Congregacion de Roma. Bella é ingeniosa fué la que escribió José Ramirez, valenciano, pues con mucho trabajo refiere las maravillosas acciones de su vida con palabras y frases sacadas de la Sagrada Escritura. La intituló *Via lactea, seu Vita candidissima Sancti Philippi Nerii à Josepho Ramirez valentino, Metropolitanæ Ecclesiæ presbitero.* Imprimióse primero en Valencia y despues en 1686 en Milan. Pero para que aun la poesía se emplease en alabanzas de Felipe, Juan Jacobo Ricci compuso su vida en verso, titulándola: *El Oratorio animado, Poema sacro per Juan Jacobo Ricci*. Finalmente monseñor D. José Crispino obispo de Bisceglia en el reino de Nápoles, que no cede á nadie en devocion al Santo, habiendo estudiado sus virtudes abrió despues en beneficio de toda suerte de personas una escuela en la que pudiesen aprovecharse de la ciencia de los Santos. El año pues de 1675, cuando era secretario del eminentísimo cardenal Caraccioli arzobispo de Nápoles dió á

luz una obra que tituló: *La escuela del gran maestro de espíritu S. Felipe Neri*, en la que con el ejemplo del Santo y algunos discípulos suyos se enseña la práctica de la vida espiritual. Cuán provechosa fué esta obra, y cuántos aplausos mereció bien lo demuestra el que se reimprimió en Venecia apenas se publicó en Nápoles. A mas de esto (como él mismo nos refirió) entre sus constantes estudios solia tenerla sobre su mesa y leerla á menudo el gran Pontífice Inocencio XI, de santa memoria.

Pero á qué grado llegára el concepto que se formó del Santo con estas noticias aun en los puntos mas lejanos, puede comprenderse por lo que de sí mismo confiesa Nicolás Fabro, hombre de mucha erudicion y célebre retórico de Paris. Habiendo leido pues en el tomo octavo de los *Anales* de Baronio el rendimiento de gracias que hace á su padre, en el que habla en compendio de su vida y virtudes, llegó á considerarle hombre de sólida piedad; y aunque las brillantes alabanzas que hace Baronio de Felipe le hicieran formar grande idea de su mérito, sin embargo como

que salian de boca de un hijo suyo, estimaba que su mucho amor le obligaria á ensalzar tanto sus acciones. Pero luego que llegó á sus manos la *Vida* del Santo y vió en ella sus heróicas virtudes y milagros, y los dones con que le favoreció el cielo, se enterneció como S. Agustin cuando oyó á Poticiano leer la *Vida* del gran Antonio, y confesó que Felipe hubiera aparecido grande no solo en los últimos siglos corrompidos sino en el tiempo de los Apóstoles. Por esto llamaba feliz á Baronio que habia tenido la suerte de ser su discípulo. Así exactamente se lo escribió al mismo en una carta que ha copiado el P. Bernabé en la *Vida* de Felipe, impresa últimamente en los *Actos de los Santos*, con las palabras siguientes: *Ex ea gratiarum actione quam ad sanctissimæ recordationis Philippum Nerium octavo tuo Annali præfixisti, etsi de illo eam conceperim opinionem, quam de viro magno et solide pio habere par est, nostri tamen ævi hominem (parcat quæso divina illa (mens mihi finxeram, magnificas vero illas laudes, quas ei tribuis, tu amoris abundantia in majus auctas, in eo quem parentis loco*

habueras (quod etiam cum laude fit á gratis in datores animis) credideram. Verum acceptam ejus ex proximis nundinis vitam, non solum innumeris omnis generis exercitiis pietatis plenam, sed etiam signorum, prodigiorumque exhibitionibus refertam legenti, idem ex parte evenit (nam cur non omnino; vah misero! cor durum, et impœnitens impedimento fuit) quod Divus Augustinus sibi Potitianum vitam Beati Antonii narrantem auscultanti accidisse scriptum reliquit. Obstupui, inquam, audiens tam recenti memoria, et nostris temporibus testatissima mirabilia Dei in recta fide, et Catholica Ecclesia. O te felicem, et favens Dei numen nactum! cui hoc corruptissimo seculo viri, vel Apostolicis temporibus magni, præceptis, atque exemplis efformari, assiduis, quotidianisque colloquiis, et exhortationibus contineri, et tot virtutum, quas per eam operatus est Dominus testis, atque etiam pars esse contigit. A quo quid nisi excellens, et non cum cura dicendum proficisci potuit. Y con razon se admiró al leer sus hechos, pues cuanto de grande y virtuoso se encuentra en las *Vidas* de los demás Santos, se

halla compendiado en la de Felipe. De aquí es, que el gran siervo de Dios Vicente Carrafa, sétimo general de la Compañía de Jesus, ilustre por su nacimiento, prudencia y doctrina, y mas aun por la santidad de su vida, afirmaba que la vida de Felipe podia llamarse un *Flos Sanctorum;* lo que parece confirmarse en la Bula de su canonizacion con estas palabras: *Philippi vitæ puritas, et omnium virtutum congeries.* Y aquí no quiero dejar de referir que es tal el consuelo que se esperimenta al leer su *Vida,* que muchos se han acostumbrado á hacerlo diariamente, como una cosa preciosa, encontrando en ella entre la severidad del espíritu la alegría, y en las necesidades el oportuno remedio. Así lo afirma de sí mismo Andrés de Saussai, obispo y conde de Tul en la Lorena: *Ego, ex quo morem mihi institui quotidie mane et sero aliquam vitæ ejus lectionem inire, nonnulla solatia, et subsidia hoc ex usu percepi.* Y el eminentísimo cardenal Fr. Vicente María Orsini, arzobispo de Benevento, que como abeja industriosa reune cuanto obsequio y devocion han tributado al Santo todos los demás, espe-

rimentó lo mismo habiendo tenido la propia costumbre, como yo mismo he visto. Ha habido tambien muchos, los cuales han recobrado su salud con leer ú oir leer la *Vida* del Santo. Así pues, Alejandro de Benedictis, médico, cuando estaba malo con calentura y gran dolor de cabeza hacia que le leyeran la *Vida* del Santo, á quien rogaba le restituyese la salud, como habia hecho con otro que padecia de dolores cólicos, y tenia la misma costumbre.

Fué igualmente grande honor del Santo y un indicio de la estima en que se le tenia, el que con licencia de los superiores se sacase su retrato, el mismo año que murió, con rayos y sus milagros en derredor. Fuera de esto en muchas casas se veneraban sus imágenes, principalmente las sacadas de su busto, de las cuales Clemente VIII tenia una sobre su bufete, además de su retrato, que le habia colocado entre los de los otros Santos, aunque cubierto con un velo por no estar aun beatificado. Apenas sepultaron el cuerpo del Santo cuando acudieron á su tumba con votos y tablillas en testimonio de las gracias que dis-

pensaba á sus hijos. El primero sin embargo que dió ejemplo á los demás fué el abate Marco Antonio Maffa, visitador apostólico y examinador de Obispos, el cual de su mano (porque la modestia de los Padres les impedia tomar los votos que les llevaban), puso en el sepulcro del Santo una tablilla y un cirio por la salud que recobró milagrosamente en la enfermedad que le aquejó pocas semanas despues de la muerte de Felipe, sin que le sirviera ningun género de remedios, y durante la cual tuvo una vision en que le parecia que se habia prendido fuego al cuarto que habitaba, y que procurando algunos trabajadores echar á bajo las paredes, dos de ellos habian quedado muertos debajo de las piedras; por lo que sobrecogido de temor creyó oir la voz del Santo, que reprendia á los insolentes trabajadores, diciendo: *Salvate Abbatem, Abbatem omnino salvate;* á cuyas palabras quedó libre del peligro, pues que se puso bueno. Despertó entonces, y al dia siguiente se encontró sanó; por lo cual para dar gracias á su libertador puso en su sepulcro una tablilla con estas palabras:

I. C. R.

B. PHILIPPO *liberatori suo*
M. Anton. Maffa Presb. Sælernit.
Non. Aug. M.D.XCV.

Cum me febris vehementissima invassiset videbar noctu in domo ruina, et encendio conclusus, nullum habens evadendi diffugium, duo qui videbantur mecum esse, fuga sibi consulentes, à pariete oppresi mortui sunt. Dum sic metu perterritus mortem expectarem, vidi, et audivi B. PHILIPPUM iterato præcipientem iis qui domum disiiciebant his verbis: Salvate Abbatem: postridie reliquit me febris, quod illius meritis, et præcibus acceptum referens testatum esse volui hac tabella; in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, et ad honorem ejusdem BEATI PHILIPPI. Amen.

Tambien fué el primero que mandó encender delante de su sepulcro la lámpara, aunque de nuevo le fué preciso someterse á la moderacion de los Padres, pues por su órden fué quitada. Resintióse él por esto, y acudiendo

al Papa, que entonces lo era Clemente VIII, obtuvo que volvieran á encenderla, para lo que regaló una señora principal una lámpara de plata; y despues por otras personas se hizo igual donativo, particularmente el duque de Baviera dió una que valia mil duros, para que estuviese siempre encendida delante del sepulcro, y otra Cárlos de Lorena tambien de gran valor. A mas de esto se veian en las paredes muchos centenares de votos de plata.

Al mismo tiempo eran muchísimos los que visitaban con frecuencia este sepulcro para honrar al Santo, entre los que se contaban varios Cardenales, Prelados y señores de todas clases, llegando la devocion al estremo de besar algunos el muro que encerraba la caja, mientras que otros cogian pedazos del mismo muro, ó el polvo de alrededor. Quien cogia aceite de la lámpara, quien las flores esparcidas en aquel sitio conservándolas como reliquias, por medio de las cuales obtenian muchas gracias en sus necesidades. Pero no bastaba esto para saciar la devocion de los que deseaban poseer alguna reliquia de su cuerpo, como sucedia con el cardenal Agustin

Cusano, amigo íntimo del Santo, por lo que los Padres para complacerle mandaron desenterrar sus entrañas á 26 de enero de 1596, ocho meses despues de la muerte del Santo. En dicho dia pues se sacaron del vaso las entrañas á presencia del Cardenal, y las encontraron frescas y sin señal de corrupcion, como si acabáran de sacarlas del pecho. Habiéndolas lavado con agua de rosa, las pusieron al sol, y satisfecha la devocion del Cardenal, se distribuyó parte de ellas entre muchas personas, y se enviaron á varios lugares, con lo que se enriqueció la primera basílica de Roma, y otra parte se colocó en un riquísimo relicario de plata, el cual se venera en la iglesia del Oratorio de Roma. En el de Nápoles hay tambien otro relicario del Santo en forma de corazon, y sostenido por un Angel de plata. Llegó en tanto el aniversario de Felipe, en el que en vez de la misa de *requiem* se hizo una fiesta solemne, á la que concurrió un gentío inmenso, entre el que se veia á muchos Cardenales y Prelados: devocion que han continuado despues estos señores en la víspera y dia de la fiesta del Santo, habiendo en ella

capilla cardenalicia en la Iglesia Nueva. En aquel año sin embargo como que aun nó habia sido beatificado, no se hizo mas que cantar la misa ordinaria, si bien despues de Vísperas se dijo un sermon en su honra, lo que continuó haciéndose en los dias siguientes, no solo por sus hijos en los acostumbrados ejercicios del Oratorio, sino por los Prelados y personas estrañas.

Pero no solo despues de ocho meses sino al cabo de cuatro años se encontró entero todo su cuerpo, y tan fresco como si acabára de morir; lo que se vió con el siguiente motivo. Habia venerado en estremo Nero del Nero al santo Padre, y por su medio obtuvo de Dios infinitas mercedes, gozando en su compañía del consuelo que aun despues de su muerte esperimentaba junto á su sepulcro. Ahora bien: como que era rico y no tenia hijos, trató de consagrar parte de sus bienes en honor del Santo, habiendo resuelto hacer una caja de plata en la que pudiera conservarse decentemente su bendito cuerpo. Al efecto trataron los Padres de la Congregacion examinar el estado del cadáver, para lo cual, sacándole

el dia 17 de marzo de 1599, cuatro años despues de su muerte, le encontraron cubierto de telas de araña y polvo, á causa de haberse abierto una grieta en el techo, con lo que la humedad además habia podrido los vestidos y la casulla, de tal modo que parecian una masa de lodo; y aun la lámina en que se habia grabado su nombre estaba tan llena de herrumbre, que no se distinguian los caractéres; por lo que todos juzgaron que el cuerpo se habria convertido en polvo. Pero sacando con prontitud de la caja todo lo que habia en ella corrompido, vieron que no solo estaba entero el cuerpo, sino que el pecho en particular conservaba su antigua blancura y color, por lo que los médicos lo declararon un milagro. A esto se añadió que al abrir la caja no se sintió mal olor, y que la vista del cadáver, lejos de inspirar horror, causaba devocion á cuantos estaban presentes. Trasladóse pues el cuerpo del Santo el dia 13 de mayo á una magnífica caja de ciprés que habia mandado hacer el abate Jacobo Crescencio, y le cubrieron con un paño de color rojo. Asistieron á este acto todos los de la Congregacion, y

llorando de alegría veneraron el cuerpo de su amado Padre, no cansándose de besar sus manos y sus piés. Habiendo llegado la noticia á oidos de los cardenales Alejandro de Florencia, de Federico Borromeo y de César Baronio, tambien Cardenal entonces, fueron sin demora á la Vallicella para presenciar lo que habian oido. Dieron gracias á la Omnipotencia divina al ver entero el cuerpo al cabo de cuatro años, y en seguida el cardenal de Florencia mandó que pusiesen nuevos vestidos al cadáver, lo que se hizo á 21 de mayo, poniéndole precisamente la casulla con que celebró la última misa en el dia del *Corpus*, y el mismo Cardenal colocó en su cabeza una guirnalda de flores, y le puso en la mano un anillo con un rico záfiro que llevaba en el dedo. Sobre el pecho le pusieron un Crucifijo de plata que regaló al efecto Julio Sansedonio, obispo de Grosseto; y porque por la humedad del muro fabricado sobre la antigua caja habia padecido un poco el rostro, hicieron delinearle en plata y le cubrieron con la copia. De este modo vino á verificarse tambien lo que dijo en la cámara de un Príncipe mucho

antes de morir, esto es, «que llegaria dia en que su cabeza se veria cubierta de plata.» Compuesto de esta manera el sagrado cadáver, le pusieron de nuevo en la misma capillita sobre el arco que mira al órgano del lado de la Epístola, en donde permaneció hasta que dispuso Dios que se erigiese en su honor una capilla suntuosa. Fué el caso, que habiendo manifestado Nero del Nero su devocion al Santo hasta el estremo de unir su familia á la de él, juntando con sus armas las de Felipe, que son tres estrellas de oro en campo azul, y eligiéndole por abogado perpétuo suyo y de su posteridad, (la que debia á su proteccion, pues por su gran valimiento tuvo un hijo, llamado Felipe Nero); se creyó obligado por gratitud á edificar en su honor, en vez de una caja, una capilla suntuosa por sus ornamentos y piedras preciosas. Empezóse pues esta obra el 6 de julio del año 1600, poniendo la primera piedra el cardenal Francisco María Tarugi, en la que se colocaron muchas medallas con su efigie, y con la inscripcion siguiente: *B. PHILIPPUS NERIUS Florentinus Congregationis Oratorii Fundator obiit Ro-*

mo anno millesimo quingentesimo nonagesimo quinto. A mas se puso una gran plancha de plomo con estas palabras: *Sacellum hoc in honorem BEATI PHILIPPI NERII Florentini Congregationis Oratorii Fundatoris, Nerus de Nigris Nobilis Florentinus, ob singularem pietatem à fundamentis suis sumptibus magnificentissime extruendum curavit. Anno Jubilæi millesimo sexcentesimo mense Julio die Octava Festi SS. Apostolorum Petri et Pauli, Clemente Octavo Pontifice, Pontificatus anno nono.* Prosiguiéndose la fábrica recibió mayor impulso por un suceso milagroso; pues que habiendo tenido Nero por la intercesion del Santo un hijo, como se ha dicho, estando este á las puertas de la muerte, alcanzó el padre su salud por la misma intercesion. Estaba enfermo de viruelas, y viéndole ya sin remedio, se retiró el padre acongojado á un cuarto inmediato, en el que no pudiendo sostenerse en pié se echó sobre un lecho esclamando; ¿Será posible, ó santo Padre, que en la nueva capilla que se edifica en vuestro honor, la primera cosa que haya de hacerse sea dar sepultura á mi único

hijo? Apenas habia acabado de decir esto, cuando su hijo, como si despertára de un sueño profundo, le llamó tres ó cuatro veces. Oyó sus voces la condesa de Pitigliano, su hermana, y corrió á referírselo á su padre, el cual fué precipitadamente á la cama del enfermo, que le dijo: «Papá, ya estoy bueno, y quien me ha curado ha sido el abuelo;» así llamaba al Santo. Trataron de cerciorarse de la verdad, y el niño, esforzándose por esplicarse, llegó á señalar el retrato del Santo, diciendo que aquel le habia curado, y que lo habia hecho poniéndole la mano en la cabeza. Y en efecto, resolviéndose el mal con una postema, se puso enteramente bueno. Obligado Nero con este nuevo beneficio, dió mayor impulso á la fábrica de la capilla, y habiéndose concluido el 24 de mayo de 1602, siete años despues de la muerte del Santo, trasladaron á ella su sagrado cuerpo. Hízose la traslacion á puertas cerradas y con el mayor secreto posible; pero sin embargo, llegando á noticia de algunos Cardenales y Prelados, quisieron con los Padres de casa asistir á aquel acto. A la mañana siguiente empezaron

á celebrarse misas en ella; diciendo la primera el cardenal Francisco María Tarugi, como primogénito del Santo. Desde entonces acá ha seguido celebrándose en ella, no solo por sacerdotes seculares y regulares sino por Prelados y Cardenales, por la devocion que todos tienen al santo Padre; y del mismo modo ha sido estraordinario el concurso de devotos de todas clases que asisten á venerarle en su capilla, en la cual se observa que siempre que están abiertas las puertas de la iglesia, no faltan gentes que hagan oracion, mientras que en las horas en que están cerradas, suplen los de la Congregacion los obsequios de los estraños, pasando voluntariamente las horas delante del sepulcro de su santo Padre. En la misma capilla se admira la no menos devota que bella imágen del Santo pintada por el famoso Guido Reni, que le dibujó vestido de hábito sacerdotal de color rojo, aludiendo al gran deseo que habia tenido del martirio, y arrodillado ante la Reina del cielo, para no separar al hijo reverente de la Madre amantísima, y para secundar su deseo de que en cada altar de su nueva Igle-

sia hubiese una imágen de su adorada Reina. Despues de algunos años se puso en su tumba al siguiento inscripcion :

CORPUS
SANCTI PHILIPPI NERII CONGREGATIONIS ORATORII
FUNDATORIS
AB IPSO DORMITIONIS DIE ANNOS
QUATUOR ET QUADRAGINTA
INCORRUPTUM DIVINA VIRTUTE SERVATUM
OCULIS FIDELIUM EXPOSITUM
A DILECTIS IN CHRISTO FILIIS
SUB EJUSDEM PATRIS ALTARI
PERPETUÆ SEPULTURÆ MORE MAJORUM
COMMENDATUM EST
ANNO SALUTIS M.DC.XXXVIII
URBANI PAPÆ VIII. XVI
INDICTIONE VII
IDIBUS APRILIS
DUM SACRUM CORPUS TUMULO
ÆTERNUM INFERRETUR
QUI INTERFUERE SINGULI
CONGREGATIONIS PRESBITERI
MANU SUBSCRIPSERUNT.

Finalmente, habiéndose sacado en el año 1638 por órden del Papa Urbano VIII, y á instancias de Ana Colona Barberina, del sagrado cuerpo del Santo una costilla con la nuca para enviarlas á los Padres de la Congregacion de Nápoles, determinaron que el sagrado tesoro se pusiese y cerrase en una caja de hierro, fabricada con tal industria que no se pudiese abrir, si bien quedándole una pequeña abertura por donde se pudiera ver. Mas no pareciendo decente que joya de tanto precio estuviese encerrada y engastada en metal tan bajo, se dispuso por último poner esta caja en otra de fina plata, contribuyendo para las espensas el Cardenal Orsini, arzobispo de Benevento, y despues sumo Pontífice Benedicto XIII, con la cantidad de mil escudos que su devoto afecto ofreció al Santo.

No satisfecho el amor de los Padres hácia su santo Fundador, pareció muy conveniente y justo que el aposento en donde tantos años moró el Santo, se conservase con aquella reverencia y decoro que se debian á su memoria, especialmente por ser la casa de su continua contemplacion, por las muchas visitas

que allí habia recibido de Dios y de la Vírgen Santísima en varias apariciones, y porque falleciendo en esta dichosa casa, de ella habia pasado glorioso al cielo. Conferido este pensamiento con el Cardenal de Florencia, se adornó aquel lugar en forma de capilla, poniéndosele el mismo altar donde el Santo celebraba, y encima su propia efigie en actitud de recomendar á la Vírgen Santísima la Congregacion, en cuyo cuadro Cristóbal Roncalli, pintor famosísimo, mostró todos los primores de su pincel, poniendo al rededor de la imágen algunos de los principales milagros del Santo. El pavimento de la habitacion, nuevamente enlosado, se adornó con varias y artificiosas labores, como aun hoy se vé. El Papa Clemente VIII, á instancias de los Cardenales Borromeo y Baronio y del abate Marco Antonio Maffa, concedió licencia para que allí pudieran celebrar misa todos los Padres de la Congregacion y cualesquiera otros de fuera devotos del Santo, encargándoles que lo encomendasen á él, de cuya facultad se ha usado y usa todavía.

No sufrieron los Padres de S. Gerónimo de

la Caridad quedar inferiores en este afecto al Santo, y así redujeron tambien á capilla el aposento en que habitó allí S. Felipe, poniendo además en la puerta la siguiente inscripcion:

D. O. M.

Cubiculum S. Philippi Nerii, ubi per triginta trium annorum curricula
Vitæ sanctimonia et animarum zelo incomparabiliter enituit; primaque
Congregationis Oratorii omni laude dignus jecit fundamenta.
Æques Ascanius Panthera de Civitate Collensi in Hetruria propriis sumptibus instauravit, ac decentius ornavit. Anno Domini 1637.

El mismo cielo para patentizar que veneraba aquella estancia, quiso tambien mostrarlo con sus prodigios; pues habiendo ocurrido durante el Pontificado de Urbano VIII un grande incendio en la casa de S. Gerónimo, dispuso que las llamas respetasen el aposento del Santo, y no lo consumieran; y así fué que al llegar á sus paredes perdieron su actividad y fuerza, y se estinguieron.

CAPÍTULO XXXVI.

Aunque habitante del cielo, no se olvida Felipe de los que dejó en el mundo, honrándolos con varias apariciones y restituyendo á muchos la salud.

Al volar el alma de Felipe al reino de Cristo, quiso consolar con su aparicion á muchos de sus devotos como ya hemos dicho; pero no contento con esto siguió despues visitándolos para consolarlos en sus mayores necesidades; así que no nos ha parecido justo pasar en silencio la proteccion con que honra á los pobres peregrinos de este mundo. Apenas transcurridos dos meses despues de su muerte cuando Drusila mujer de Antonio Fautini, de quien ya hemos hablado, cayó desde un corredor al patio, dando con la cabeza en unos hierros. Partiósele en tres partes el labio inferior, se le saltó el ojo derecho, y quedó ciega del izquierdo, se le deshizo la nariz, se le saltaron los dientes y en fin se le abrió la mano izquierda. A estos males esteriores se le juntaron los interiores, pues habiéndosele resentido las entrañas, empezó á echar sangre por

la boca con tanta abundancia, que todos creian que muriese. Vióla caer el mancebo de una barbería, y con sus gritos atrajo gente bastante para conducirla á su cama antes de que volviera en sí, en donde permaneció quince dias privada de sentido, por cuya causa fué necesario para que no muriese por falta de alimento, ponerle á viva fuerza alguna cosa en la boca. No desesperó su marido, sin embargo, de poder salvarla; y teniendo la costumbre de ir todos los dias al sepulcro del Santo, se la encomendó con fervientes ruegos, haciendo el voto de poner en su tumba una tablilla que representase el milagro. Oyó el Santo su súplica, y mientras que Drusila, que habia sido penitente suya, se encomendaba á él una mañana, le hizo sentir en el pecho como un gran peso, y que una mano oculta le ponia un lienzo en la garganta, y despues se le quitaba poco á poco. Queria el Santo no solo restituirle la salud, sino honrarla con su presencia; y así fué que al sentir que la quitaban el lienzo, recobró la vista, y vió al santo Padre con hábitos sacerdotales y lleno de resplandores, el cual teniendo en la mano

el lienzo ensangrentado le dijo: «No temas, porque tu mal no es mortal;» y al punto quedó buena de la cabeza, del labio, de la nariz y de la mano tan perfectamente como si no hubieran padecido nada; pero he aquí que entrando su marido desapareció su salvador, sin dejarla curada del todo, pues aun tenia tan hinchada una rodilla, que el cirujano creyó preciso sajársela. Quejóse ella á su marido diciéndole: «Dios te lo perdone, porque al abrir la puerta ha desaparecido el B. Felipe, el cual se me habia aparecido, y me ha curado.» Pero esto, que ella juzgaba una desgracia, fué favor, pues volvió á ver dos veces á su amado Padre. Llegó entre tanto el cirujano; mas ella le rogó que suspendiese la operacion de la rodilla hasta la mañana siguiente, y despues pidió á su marido que le llevase el retrato del Santo, y complaciéndola este, le puso sobre su rodilla, y se volvió á encomendar á él. En efecto hácia la media noche se le apareció de nuevo y tocándola la rodilla con su mano, la curó enteramente. Quiso ella entonces hacer partícipe á su marido de aquella hermosa vision, y llamándole al efecto, desapareció el

Santo en el punto de entrar este. A la mañana siguiente volvió el cirujano, pero solo sirvió para autentizar la merced recibida, pues la encontró sin tumor y enteramente curada, si bien no podia abandonar la cama, por haberle quedado dolorido todo el cuerpo. Acudió pues, de nuevo al Santo para que concluyese del todo la obra comenzada, y apareciéndosele la tercera vez su caritativo libertador, la curó enteramente, estirando sus miembros y ahuyentando el dolor.

Tratando de mediar un soldado en cierta ocasion en la lucha de dos criados de un Príncipe que ciegos de furor tiraban á matarse, uno de ellos encolerizado le dió una puñalada en el pecho, huyendo en seguida precipitadamente. Por fortuna antes de este lance habia ido el soldado con un amigo suyo á ver el sepulcro del Santo, con cuyo motivo tuvo noticia de algunos de sus prodigios. Acordándose pues de él cuando recibió la herida, se le encomendó muy de veras, mientras que los cirujanos, y entre ellos Monticoli que era el principal, no le daban mas vida que hasta la una de la noche; por lo que llamaron á dos Padres

Agonizantes para que le asistieran en la hora de la muerte. Empeorábase cada vez mas el enfermo, cuando se le apareció Felipe con ornamentos sacerdotales, y le dijo: «No temas que no morirás ahora; pero muda de vida.» Lleno de consuelo el herido, y tomando el consejo del Santo, se confesó contrito de sus pecados, perdonando cristianamente al ofensor y casándose con una jóven, con quien habia mantenido por dos años mala correspondencia. En las dos noches siguientes se le apareció de nuevo el Santo, repitiéndole las mismas palabras; pero curando de su herida el soldado á los siete dias, no mudó de vida, dando lugar al cabo de algunos años á que le decapitáran por varios delitos graves. Acordóse de las palabras del Santo cuando supo su condena, y atribuyéndola justamente á no haber cumplido la promesa que hizo á Felipe, se arrepintió tan de veras, que mereció que el Santo le ayudára en aquel trance.

A Sulpicia Sirleta, ya citada, á la que habian desahuciado los médicos, se le apareció al rayar el alba, y le dijo como solia: «No temas, que no será nada;» y haciéndole tres

veces la señal de la cruz desapareció, cesando al punto el vómito de sangre de la enferma, con lo que se puso buena del todo. Del mismo modo se encontraba desahuciado Leonardo Rovelli cuando llegó la fiesta del santo Padre, á quien en la noche anterior se habia encomendado con toda fe, mereciendo que se le apareciera en la madrugada de aquel feliz dia. Al verle junto á sí redobló sus ruegos el enfermo á los que correspondió el Santo diciéndole: «La paz sea contigo, hijo mio;» y dicho esto desapareció al mismo tiempo que la fiebre y los dolores, de modo que pudo Leonardo asistir á la fiesta que se celebraba en el sepulcro del Santo. Felisa Sebastiani, mujer de Pedro Contini se encontraba de tanto mayor peligro cuanto que por estar en cinta no podian hacérsela ciertos remedios; mas acordándose al sétimo dia de su enfermedad que tenia algunas reliquias del Santo, dispuso que se disolviese una pequeña parte de ellas en una taza de caldo, y con gran fe lo bebió. Inmediatamente consigió con esto reconciliar el sueño de que estaba tan necesitada, y á poco oyó que le llamaban; por lo que volviéndose

hácia donde se oia la voz, vió á Felipe vestido de sacerdote con una niña en los brazos, el cual le dijo: «No temas, porque cuido de tí y de esta niña;» y desapareció en seguida. No pasó mucho tiempo sin que curára del dolor de costado que padecia, y á su tiempo dió á luz una niña. En la noche del 21 de noviembre, dia dedicado á la Presentacion de nuestra Señora, se acostó sana y buena Clara de Juan de Ascoli, y á la mañana siguiente se encontró con que no veia; pero como que la esperanza tarda tanto en abandonar al corazon, fué á tientas á preguntar á su señora Clarisa Muti cómo era que no estaban abiertas las ventanas, y contestándole que lo estaban, pero que hacia niebla, creyó que se burlaba; por lo que para desengañarse acudió á la ventana, y tocando con sus manos las vidrieras acabó de penetrarse de que estaba ciega. Trató entonces su señora de consolarla, y no encontrando para ello mejor remedio que aconsejarla se encomendase al B. Felipe, cuyo sepulcro habian visitado juntas hacia pocos dias, lo hizo la pobre criada con tanta fe que en la mañana del 13 de diciembre dedicado á

la gloriosa vírgen santa Lucía, preguntándole la señora cómo se encontraba, respondió: «Desde que V. S. me puso esta noche la mano sobre los ojos, creo que estoy mejor, pues que veo alguna cosa.» Replicóle la señora diciendo: «Tú te engañas, hija, porque no he ido esta noche á tu cuarto;» pero dudándolo la criada, repuso: «No trate de negármelo V. S. porque conozco muy bien el tacto de sus manos.» Finalmente queriendo indagar la señora aquel misterio, la obligó á que le contára que habiendo ido juntas poco antes á visitar el sepulcro del B. Felipe, segun habian concertado, y no pudiendo entrar en la iglesia por la mucha gente, se le habia aparecido el Santo para consolarla, y que desde aquel punto habia empezado á ver. «Ahora bien: le interrumpió la señora; las manos del Santo son las que te han vuelto la vista, y no las mias. Dá, pues, gracias á ese gran siervo de Dios, y sábete que cuanto me has contado ha sido una vision, porque ni tú, ni yo, hemos ido á la Iglesia Nueva.» Quiso sin embargo el Santo que Clara recobrase poco á poco la vista, como el ciego del Evangelio, pues que al principio le ofen-

dia aun la luz artificial, y despues llegó á ver con tanta claridad como antes.

Pero no solo Roma se honró con la presencia del Santo, despues de muerto, sino tambien otras muchas ciudades, que abundaban en devotos suyos. Se habia embarcado en una débil lancha Alejandro Linguito, hermano secular del Oratorio de Nápoles, y á media noche se levantó una tempestad que le puso en el mayor peligro, puesto que se rompió el mástil y la vela; pero acostumbrando Alejandro recurir en todas sus necesidades á Felipe, se le encomendó tan de veras, que se le apareció sobre la popa de la lancha cercado de resplandores, y vestido de sacerdote. Tranquilizóse á su vista no solo Alejandro, sino el agitado mar, y cesando de pronto la tempestad, pudo proseguir su viaje felizmente. A este mismo, el cual imploró su auxilio en la enfermedad que padecia un hermano suyo, se le apareció el Santo puesto de rodillas ante la Reina del cielo, y en el mismo instante cesaron los flujos de sangre del enfermo. Á otro napolitano, llamado Pedro Anello, que solia visitar su sepulcro, y el cual cayó en un pro-

fundo foso con el caballo encima yendo á la ciudad de Aquila en Nápoles, no solo se le apareció el Santo apenas le habia invocado, sino que poniéndole benignamente la mano, él y el caballo se encontraron fuera del foso sin lesion ninguna, por lo cual mandó poner en su capilla una tabla representando el milagro. En la ciudad de Plata en Sicilia estaba próximo á espirar Jacobo Lancelloti sacerdote, cuando un amigo suyo que tenia algunas reliquias del Santo, las puso en agua, y aconsejo al enfermo que bebiera de ella encomendándose á Felipe. Obedecióle Jacobo, y apenas bebió dos sorbos, cuando se encontró aliviado; por lo que cuando con mayor confianza se encomendó á él por la noche, pidiéndole que le curára del todo, se le apareció, y le dijo: «No temas, hijo mio, que no será nada. Bebe lo restante de aquella agua y te pondrás bueno.» Obedeció el enfermo, y de este modo pudo reconciliar el sueño de que estaba tan necesitado, y á la mañana siguiente se encontró tan bueno, que los médicos decian que aquel hombre habia resucitado. Este buen sacerdote se impuso en gratitud la devocion

de hacer desde aquel dia conmemoracion del Santo en el oficio divino.

Semejante devocion ofrecia diariamente en tributo al Santo una persona cuyo nombre se calla por justos respetos, haciéndose por ella digno del patrocinio de Felipe. Solia este rezar por la noche antes de acostarse el *Sub tuum præsidium confugio, Beate Philippe, meas deprecationes ne despicias in necessitatibus meis, sed à periculis cunctis libera me semper, Beate gloriose, et benedicte;* y despues añadia por tres veces: *Beate Philippe ora pro me*. No fueron vanos sus ruegos, pues habiendo tratado una noche varios asuntos con un amigo suyo en una ciudad de Italia, le asaltaron tres hombres armados de espadas, y le hirieron hasta dejarle tendido en tierra, por lo que segun su costumbre imploró al Santo, y en el mismo punto se le apareció sobre una blanca nube y le ayudó en aquel peligro, concediéndole que pudiera levantarse y volverse á la casa de su amigo sin herida ninguna. Pero lo que le causó mas admiracion y le obligó á ir despues á Roma para visitar la tumba de su Santo protector, fué el ver

atravesado el manteo, la sotana y aun el jubon interior, de tal manera que no parecia sino que una mano invisible le habia resguardado de los golpes embotando las espadas.

Mas no solo se apareció Felipe en beneficio de los cuerpos de sus devotos, sino que infinitas veces lo hizo tambien por sus almas, para manifestar que aun conservaba el amor, que siempre habia tenido hácia ellas. Buen ejemplo de esto es Hilario Colli, sacerdote de la ciudad de S. Severino en la Marca, el cual testificó que habiéndole mandado su maestro cuando era niño que fuese con sus condiscípulos á la iglesia de nuestra Señora de las Luces, en donde se habia fundado la Congregacion del Oratorio, en vez de pensar en confesarse se subió al púlpito, y empezó á hacer tanto estrépito, que el sacerdote que confesaba á los otros se vió obligado á levantarse y reprenderle. Bajándose, pues, del púlpito por obedecer al confesor y dirigiéndose á la sacristía, se le apareció el Santo, de quien no tenia mas conocimiento que el que se parecia á un paisano suyo, y cogiéndole por la mano, le condujo aparte, y le dijo: «¿En qué estado te

encuentras, hijo mio? ¿Nó te acuerdas de que has cometido tales y tales pecados?» Mirábale el jóven con la mayor fijeza y lleno de estremecimiento, cuando el Santo volvió á dirigirle la palabra, diciéndole: «Te has confesado con *fulano*, y no solo no le has dicho todos tus pecados, sino que preguntándote él de muchas cosas, se las has negado, sin embargo de que con toda caridad te rogaba que fueras sincero en tu confesion, y lo que es todavía peor, aun estás negando y diciendo mentira sobre mentira. Mira, pues, ó hijo, en que estado te encuentras, y sábete que estas en manos del demonio.» Dicho esto, desapareció. Aterrado el jóven con aquella reprension volvió á la iglesia, y reuniéndose con sus condiscípulos, les dijo al salir, creyendo que aun viviese el Santo, «que el P. Felipe de la Iglesia Nueva habia ido á S. Severino, y que le habia hablado en la sacristía.» Riéronse los compañeros, contestándole «que no podia ser así, puesto que Felipe habia muerto.» Oyendo esto Hilario, empezó á reflexionar sobre lo que le habia pasado, y mas temeroso aun, sintió tan grave remordimiento de conciencia que le pa-

reció que no podia vivir mas, puesto que no podia encontrar reposo en ninguna parte; pero tomando al fin una sábia determinacion fué á los piés del confesor á quien dijo sinceramente cuanto hasta entonces le habia ocultado, entregándose despues á la vida espiritual, y llegando á hacerse sacerdote: mercedes todas que debió á la intercesion del santo Padre.

Otras muchas veces se ha dignado tambien aparecerse á sus devotos en la hora postrera para darles ánimo en sus angustias, cuando todo remedio es ineficaz. En este estado se encontraba una jóven llamada Gerónima, hija de Virgilio Crescencio, y habiendo de recibir el Viático, estaba como un poco suspensa, por lo que su madre Constanza la preguntó admirada en qué pensaba, y qué era lo que hacia; á lo que contestó con inocencia infantil: «Estoy hablando con el B. Felipe á quien ahora veo delante de mí.» Cuánto vigor adquirió la jóven con esta visita en aquel trance, en el que tiemblan aun las personas ejercitadas en la virtud, lo demostró con la fortaleza con que luchaba contra las agonías de la muerte. En

aquellos sublimes momentos no sabia hablar de otra cosa que de su esposo Jesus, á quien iba á ver pronto, y con quien iba á unirse para siempre. Poco antes de espirar en fin se volvió hácia su madre y le dijo: «Voy á encomendaros al B. Felipe;» y de este modo murió tranquila, quedando su cuèrpo tan bello que podia juzgarse que habia sido habitacion de Aquel que se apacienta entre lirios. El mismo favor que habia dispensado á esta niña, se complació el Santo en dispensárselo á una anciana de cien años. Llamábase esta Gabriela de Cortona, la cual se confesó con él mientras vivió, y estando próxima á morir por sus muchos años, se le apareció el Santo, á cuya vista abrió los brazos, y adquiriendo sus miembros un vigor juvenil, se sentó en el lecho, y con la mayor alegría esclamó: «¡Vedle, ved aquí al B. Felipe!» Y repitiendo de este modo su dulce nombre, que tanto la consolaba, espiró tranquilamente. Por último quiso el Santo aparecerse tambien para autentizar las gracias que habia recibido del cielo cuando vivia, y los prodigios que hizo en la tierra, y para defender en fin la verdad de su histo-

ria contra los incrédulos. Leia una vez Natal Rondanini la *Vida* del Santo, y particularmente el capítulo, en que se dice que para socorrer á una familia pobre le llevaba el pan por la noche, y que habiendo caido en un foso, le sacó un Angel mandado del cielo. Recorriendó despues la misma historia, se detuvo en otro lugar, en el que se cuenta que Felipe curó de la gota al Pontífice Clemente VIII; y pareciéndole estas cosas demasiado prodigiosas, dudaba de su verdad, cuando en la noche siguiente se le apareció en sueños el Santo vestido de blanco, y se le quejó de su incredulidad; por lo que despertó tan arrepentido de su poca fe, que cuando oia hablar de los de los Santos y de sus milagros, solia responder con aquel dicho vulgar: «Las cosas de los Santos hay que respetarlas.»

CAPÍTULO XXXVII.

Paulo V declara Beato á Felipe veinte años despues de su muerte, y concede á los Padres del Oratorio que puedan celebrar su misa y rezar su Oficio. Despues en el año 1622 le inscribe Gregorio XV en el catálogo de los Santos, y Clemente IX le concede el Oficio doble *per orbem*.

A la relacion del concepto de santidad, en que todos tuvieron á Felipe, y el culto privado con que veneraban su tumba y sus reliquias, justo es que añadamos el irrefragable testimonio de su santidad hecho por la Iglesia, y el universal culto que declaró esta se le debia por sus estraordinarias virtudes. Desde que ascendió al trono pontificio Leon XI, le rogaron muchos con la mayor eficacia, y principalmente el cardenal César Baronio, que inscribiese en el número de los Santos al cardenal Cárlos Borromeo; á lo que contestó «que de buena gana lo haria, pero que no queria posponer á Felipe, deseando hacer á un tiempo la canonizacion de ambos, ya que en vida habian sido amigos y compañeros en la virtud;» mas durando pocos dias su pontificado no pu-

do, segun la prediccion del Santo, poner en ejecucion su piadoso deséo. Desde el tiempo de Clemente VIII, tan amante y conocedor de las virtudes de Felipe, se habia dado principio á los procesos con que prueba la Iglesia el mérito de los que han de ser canonizados, habiendo asegurado el Pontífice, poniéndose tres veces sobre el pecho las manos en forma de cruz, «que él le tenia por Santo;» por lo que accedió con facilidad á las instancias que le hicieron muchos, y particularmente el abate Marco Antonio Maffa, para que permitiera que se formase el proceso de sus virtudes y milagros, dando de ello *vivæ vocis oraculo* la incumbencia á Luis de Torres arzobispo de Monreal, y despues dignísimo Cardenal, y á Luis Audaeno, obispo de Casano, ambos Visitadores apostólicos. Estos, pues, á instancias del cardenal Cusano y de la Congregacion del Oratorio, de la que era superior César Baronio, dieron órden á Jacobo Bucio, canónigo de la basílica Lateranense y Notario del Vicario del Papa, que recibiese y examinase al efecto los testimonios; como así lo hizo empezando el exámen á 2 de agosto de 1595,

(dos meses despues de la muerte del Santo), y prosiguiéndole hasta el 1.º de junio de 1601. Habíendo muerto despues el citado Jacobo Bucio, y quedando por tanto interrumpido el proceso, Francisco María Tarugi, César Baronio y Flaminio Ricci, prepósito entonces de la Congregacion, hicieron de nuevo instancia para que se prosiguiera el exámen, que fué encargado á Pedro Mazziotti, Notario tambien del Vicario del Papa, el cual á 12 de febrero de 1605 empezó de nuevo el exámen de testigos, y le prosiguió con tanta eficacia que á 21 de setiembre del mismo año terminó el proceso formado, como se dice, con autoridad *ordinaria*, y el que puso Baronio en la biblioteca vaticana, como Bibliotecario apostólico.

Habiendo sido en tanto elevado al Pontificado Paulo V, mandó Enrique IV rey de Francia por embajador á su Santidad á Carlos Gonzaga, duque de Nivers, el cual habia estado otra vez en Roma con su padre en tiempo de Clemente VIII, y se habia confesado con el Santo, por cuyo motivo pudo conocer su virtud. Acordándose pues de él, no solo quiso

poseer alguna reliquia suya, sino que manifestó públicamente el afecto que le tenia, rogando al sumo Pontífice que se dignára dar licencia á los Padres de la Congregacion de celebrar la misa y rezar el oficio en su honor, como Beato. Condescendió el Papa, y al efecto remitió el asunto á la sagrada Congregacion de Ritos el año 1608, mandando al Superior de ella que lo era el cardenal Domingo Pinelli, que lo ventilára. Pareció pues á esta Congregacion que siendo delicadísimo el negocio, y como una canonizacion privada, era preciso hablar de él con su Santidad, el cual debia espedir despues un Breve dirigido á la misma Congregacion, en el que ordenase la revision del primer proceso hecho con autoridad ordinaria, y le facultase para formar los otros tanto en general, como en particular, así en Roma, como fuera de ella, con autoridad *apostólica*. Empeñábanse cada vez mas con el Papa los primeros Príncipes y potentados de la cristiandad, y particularmente Luis XIII rey de Francia, la reina María de Medici, su madre, Maximiliano duque de Baviera, Fernando primer duque de Toscana, y despues

de su muerte su hijo Cosme, el Senado y pueblo romano, y la Congregacion del Oratorio; en vista de lo cual remitió el Papa de nuevo el negocio á la Congregacion de Ritos, la cual en 1609 mandó que se hiciese el segundo proceso, que se llamá *general*, eligiendo al efecto al cardenal Gerónimo Panfilio Vicario del Papa, quien con toda diligencia le terminó en 20 de junio del mismo año, y lo presentó á la Congregacion, quien á su vez cometió su revision al gran cardenal Roberto Bellarmino. Cumpliendo este con su cometido, y haciendo relacion de ello al Papa, fué decretado con fecha 14 de agosto de 1609 que se formase el tercer proceso, que se llama *especial*, encargándoselo á tres Auditores de la Rota, como se habia hecho en la canonizacion de santa Francisca Romana, y del cardenal S. Carlos Borromeo, y fueron elegidos Francisco Peña, decano de la Rota, Horacio Lancellotto y Simon de Marcomonte, que fué Arzobispo de Leon, y despues Cardenal, debiendo los tres, ó al menos dos de ellos, formar dicho proceso. Pero cuando ya le habian conducido á buen término los citados tres Auditores, fué

promovido al cardenalato Horacio Lancellotto, y en su lugar entró Alejandro Ludovisio, que tambien fué Cardenal, y sucesivamente fué colocado en la Silla de S. Pedro, llamándose Gregorio XV, al cual estaba reservado declarar la santidad de Felipe. Habiéndose terminado pues los procesos, entregó al Papa una relacion sumaria de ellos el citado cardenal Ludovisio arzobispo de Bolonia, que aun ocupaba el puesto de Auditor de la Rota, acompañado de Simon de Marcomonte, cuya relacion mandó su Santidad á la Congregacion de Ritos, y esta á su vez al mismo cardenal Bellarmino, interviniendo el abogado Juan Bautista Espada, procurador del Fisco y Promotor de la fe; mandándose además que se mostrasen los procesos á todos los Cardenales de la Congregacion, para que de este modo pudieran penetrarse de la verdad de la misma relacion. Reconocidos pues los procesos, en los cuales sobre los hechos, vida y milagros del Santo estaban los testimonios de diez Cardenales, tres Obispos, trece Prelados, treinta y cuatro Sacerdotes, siete religiosos de Santo Domingo, dos de la Compañía de Jesus, dos

Capuchinos, tres de la Redencion de Cautivos, cuatro Ministros de los enfermos, diez y siete monjas, dos señoras nobles, cuarenta y dos señoras y cincuenta y ocho varones, y habiéndose celebrado varias juntas sobre el asunto, se declaró en fin á 4 de abril de 1614 «constar de la validez de los procesos, y de las virtudes y milagros del siervo de Dios Felipe Neri.» Pero continuando las instancias de los Príncipes y de la Congregacion del Oratorio para que se concediese facultad de rezar el oficio y la misa del siervo de Dios, lo remitió el Papa á la misma Congregacion de Ritos, la cual á 9 de mayo de 1615 declaró «poder concederse esta gracia á los Padres del Oratorio,» lo que se comunicó á su Santidad; y en un Consistorio secreto celebrado á 11 de mayo del mismo año fué aprobado por todos los Cardenales; y finalmente un Breve apostólico con fecha de 25 de mayo del citado año «declaró á Felipe en el número de los Beatos, y concedió á los Padres del Oratorio de Roma la deseada facultad de celebrar su misa y oficio.» Y á fin de que alcanzase á todos el mismo consuelo, el 19 de marzo de 1616 se concedió

la misma facultad á todas las Congregaciones de dentro y fuera de Roma. De este modo al cabo de veinte años consiguió Felipe con sus virtudes que se colocára su imágen sobre los altares, y particularmente en su capilla se puso la que pintó el célebre Guido Reni, y en la que se encuentra pábulo á la devocion, y estudio por la perfeccion de la obra. Y como que el santo Padre habia sido tan devoto de la Vírgen Santísima, secundando sus hijos el sentimiento paterno, determinaron que en el cuadro que debia representar su imágen, se pintase tambien la de la Madre de Dios, como lo verificó el mismo Reni, á fin de que no hubiese en aquel templo ni un solo altar, en que no se adorase á esta gran Señora, protectora de Felipe y de su Instituto. Obligados están por tanto los hijos del Santo á la gloriosa memoria de Paulo V por haber sido él quien colocó á su Padre sobre los altares, habiéndole inscrito en el número de los Beatos, y concedido aun antes de su beatificacion muchas veces *vivæ vocis oraculo* indulgencia plenaria en el dia de su fiesta.

Pero no menores son las obligaciones, que

profesa la Congregacion á la santa memoria de Gregorio XV, por haber terminado la solemne canonizacion del santo Padre. Habia él tratado familiarmente al Santo, por lo que tuvo ocasion de admirar su virtud, y teniéndole por esto mayor devocion, accedió á las instancias de los Príncipes, y principalmente de los señores Cardenales romanos y florentinos, y de la Congregacion, y por lo tanto remitió el negocio de la canonizacion á la Congregacion de Ritos, la cual nombró al efecto al cardenal Roberto Bellarmino; y en varias reuniones fueron propuestas con la intervencion del citado Juan Bautista Espada Promotor de *la fe*, las dudas de costumbre sobre la validez de los procesos, y la suficiencia de las pruebas de la santidad de Felipe; y á 7 de agosto de 1621 se declaró por unanimidad la validez de dichos procesos, y á 4 de setiembre del mismo año se resolvió «que *constaba* suficientemente de la fama de la santidad de Felipe y de sus virtudes en general, y en particular de la fe, esperanza y caridad.» Ya estaba próximo á terminarse en la sagrada Congregacion este gran negocio, cuando faltó el cardenal Be-

llarmino, á quien, como se ha dicho, había sido encomendado, y el cual le activaba todo lo posible por la devocion que tenia al Santo. Llamóle la Majestad divina para darle en la gloria el premio de sus virtudes y de las muchas fatigas que soportó por el bien universal de la Iglesia, por lo que le sustituyó el cardenal Pedro Pablo Crescencio, y á 25 de setiembre declaró la sagrada Congregacion «*constar* en particular de las otras virtudes del Santo, como la humildad, la virginidad, la profecía, la perseverancia, etc.» Y finalmente á 13 de noviembre, se declaró «que estaban suficientemente probados los milagros propuestos, y por lo tanto la santidad de Felipe.» De todo esto se dió entera cuenta al Papa, el cual como pensaba canonizar tambien al B. Isidro Labrador, y los BB. Ignacio y Francisco Javier, y la B. M. Teresa, encargó á la misma Congregacion, que viera si seria conveniente canonizarlos todos en un dia, ó uno de cada vez; á lo que contestó despues de una madura reflexion que lo mas acertado seria el que fuera en un dia: lo que fué del gusto y conforme á los deseos de su Santidad. Dióse, pues,

principio á los Consistorios de costumbre, celebrándose el primero á 24 de enero de 1622 para la canonizacion de la Beata Teresa y del B. Felipe, haciendo relacion el cardenal Francisco María del Monte, obispo portuense, y jefe de la Congregacion, y se repartió impresa á todos los Cardenales, resolviéndose que su Beatitud podia proseguir, si le parecia, la canonizacion, por haber todos los requisitos necesarios al efecto. En el dia primero de enero se celebró el Consistorio público para los mismos BB. Teresa y Felipe, y recitó por nuestro Padre la acostumbrada oracion latina Juan Bautista Espada coadjutor en la advocacion consistorial al abogado Espada su tio, contestestando en nombre de su Santidad Juan Ciampoli, secretario de Breves á los Príncipes. Al fin de este Consistorio exhortó el Papa á los Cardenales y Prelados á que imploráran con ayunos, limosnas y oraciones la asistencia del Espíritu Santo en asunto tan delicado. En 28 de febrero se celebró, en fin, el último Consistorio por la Beata Teresa y el B. Felipe, al que asistieron treinta y dos Purpurados, un Patriarca, nueve Arzobispos, diez y ocho

Obispos, algunos Protonotarios partícipes, los Auditores de la Rota y el Procurador del Fisco, y en el que á puertas cerradas hizo su Santidad un breve y piadoso razonamiento sobre el asunto, terminado el cual, todos opinaron que su Beatitud podia canonizar á los cinco Beatos citados, y exhortando él á todos para que continuasen con mayor fervor las oraciones, limosnas y ayunos, determinó canonizarlos el dia 12 de marzo del mismo año 1622, dedicado á las glorias del gran Pontífice S. Gregorio. Habiendo llegado pues el deseado dia, se adornó suntuosamente la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, y promulgándose el decreto de la canonizacion con las ceremonias de costumbre, se cantó un solemne *Te Deum,* é implorando el divino auxilio por intercesion de los cinco Santos citados, celebró el Pontífice la misa en el altar de los Apóstoles, rezando una oracion comun á todos cinco, y concedió indulgencia plenaria á los que arrepentidos y confesados hubieran asistido á esta funcion. De este modo en fin recibieron las virtuosas fatigas del Santo la mayor honra y gloria que puede concederse entre mortales.

A los honores que en este dia recibió Felipe en la tierra, correspondieron los favores que le hizo Dios en el cielo, pues que sacó de la cárcel del purgatorio á cinco devotos suyos, como fué manifestado á un Padre capuchino, hombre de vida ejemplar, en la noche del dia de su canonizacion. Oraba este en la capilla en que reposa el cuerpo del Santo, cuando se le apareció triunfante y cercado de espíritus celestiales. Animado el religioso con la benignidad que veia en aquel rostro, se atrevió á preguntarle qué espíritus eran los que le acompañaban. Benigno el Santo satisfizo su curiosidad diciéndole «que aquella compañía estaba compuesta de Padres, hermanos y seglares, que habian seguido su Instituto y frecuentado sus ejercicios, y que entre los restantes habia cinco, que no eran de la Congregacion, y los cuales por su intercesion se habian librado en aquel dia de las penas del purgatorio, y los llevaba consigo al cielo.» Díjole además, «que encargase á los Padres y hermanos de la Congregacion, que siguiesen observando los santos estatutos, que les habia dejado, porque le agradaban á su divina Ma-

jestad;» y despues le mandó que para consuelo de los mismos les dijese «que hasta aquel dia habia alcanzado de Dios la gracia de que no pereciese ninguno de cuantos habian pertenecido á su Congregacion, pues todos se habian salvado.» Finalmente, para que perseverase en su primer Instituto la Congregacion le dijo «que previniese á los Padres que no debian admitir individuos á quienes no hubiesen esperimentado antes. Que se amasen entre sí *in vinculo pacis*, y que no tratasen de hacer innovaciones en el Instituto.» Con esto concluyó la vision, y el buen religioso juzgó oportuno á la mañana siguiente hacer una nota de cuanto habia visto y oido, y la entregó al P. Francisco Zazzera antiguo hijo del Santo, y este se la presentó al Pontífice Gregorio XV, el cual prohibió que se divulgase la vision, mientras viviera aquel Padre capuchino. Pero no terminaron aquí las demostraciones de afecto que hizo el Santo hácia su Congregacion, pues en la Domínica siguiente haciéndose en la Vallicella, segun costumbre, el Oratorio vespertino, y predicando en él un Padre capuchino, que lo hacia

en aquella Cuaresma, se dejó ver del compañero de este bendiciendo á sus hijos y á cuantos asistian á aquel ejercicio. Cómo sucediese esto lo refiere el P. Pompeyo Pateri en una carta escrita á 26 de marzo de 1622 al P. Antonio Talpa, la cual se conserva en el archivo del Oratorio de Nápoles. Dice así: «Predicando »una tarde en el Oratorio el Padre capuchino »nuestro predicador, se volvió hácia la imágen »del Santo que estaba en el altar, y despues »de tributarle alabanzas le rogó que bendijese »á nuestra Congregacion, y á todos los que »estaban presentes. Entonces un capuchino »lego que era tenido en opinion de santidad »vió al Santo que levantando su brazo dió la »bendicion, lo que llegando á noticia del Papa, »mandó que se guardase aquel cuadro con »todo cuidado.»

Maravillosa, aunque muy posterior en el tiempo, fué la aparicion del Santo á una perfecta Religiosa Carmelita, pues que no se verificó acá en la tierra, como las dos anteriores, sino en el cielo. Era la V. Madre Sor Serafina de Dios que tuvo al Santo Padre particular afecto y singularísima veneracion. Hízole Dios

ver la grandeza de la gloria que gozaba el Santo; hízole ver como la Santísima Vírgen le habia encargado que cuidára de ella y de su Monasterio; y oyó al mismo Santo prometerle su proteccion y honrarla con el nombre de hija suya. Merecíale estos favores, porque en la Iglesia Nueva dedicó en honor suyo una capilla: mandó pintar en un cuadro la ardiente inflamacion del divino amor con que el Espíritu Santo le habia abrasado el pecho, y delante de esta imágen hacia repetidas veces oracion. Alguna parte de este celestial amor procuraba ella atraer por medio de la continua lectura de la vida del Santo, por lo que hablando con las Religiosas, les persuadia que procurasen regirse por sus máximas é imitar sus virtudes.

Entre los muchos obsequios que hacia en honra suya era muy especial el de besar treinta y tres veces los piés de un Crucifijo en agradecimiento de la grande gloria que el Señor habia concedido al Santo. Y tuvo Felipe tanta complacencia en este obsequio, que desde el Cielo se le mostró en accion de besar los piés á Jesucristo, Señor nuestro; con cuya

vista recibió Serafina tan escesivo consuelo que parecia morir con la vehemencia del gozo; y así procuraba invitar á otras personas á que la imitasen en esta devota práctica, que tanto agradaba al Santo. Por su intercesion y méritos pedia á Dios los aumentos cada vez mayores del divino amor, y un dia le pareció ser arrebatada al cielo donde vió al Santo tan abrasado en las llamas de la caridad divina, que su corazon se asemejaba á un hornillo de fuego, y que uniéndole Felipe su corazon con el suyo, de ambos así unidos salian tales llamaradas que ella no las podia esplicar. Convidóla el Santo Padre á que cantase los loores divinos, y que repitiese con él el celestial trisagio: *Sanctus, Sanctus, Santus. Magnus Dominus et laudabilis nimis;* certificándole que este cántico era sobre todos el mas agradable al Altísimo. Finalmente como la tenia por hija, quiso que ella reputase tambien por tales á los de la Congregacion, y para que la amase con mayor aprecio, le dió á conocer la nobleza del estado y espíritu de este Instituto en presencia de la Santísima Vírgen, á quien llamaba *su Fundadora.* Y porque no conviene

referir esta vision con otras palabras que con las de la misma sierva de Dios, las ponemos aquí trasladadas de una carta que escribió á su Director, la cuál dice así:

«Ví al Santo con la gran Madre de Dios »todo abrasado en fuego y cercado de luz: »supliquéle luego por su congregacion y en »particular por cada uno de los sugetos de ella »y él con alegre rostro me dijo tan bellas »cosas que ni brevemente podré esplicar nin»guna. Mostróme cómo deben ser sus hijos y »la nobleza del estado de la Congregacion »hecha casi á semejanza de Dios, y de las »tres divinas personas y en particular de la »Persona del Espíritu Santo. Díjome que los »de la Congregacion no se podian llamar con »otro nombre que con el de *hijos del Espíritu »Santo;* y que la Congregacion se podia »llamar *Templo del Espíritu Santo.* Y de»cíame: *Quien la fundó no fué mi propio es»píritu, sino el Espíritu Santo de quien ellos »son hijos y así deben obrar como tales, y ser »en todo amor para Dios y para el prójimo.* »Hacíame ver claramente que esto es lo que »conviene á tal Congregacion. Ví el cuidado

»que de ella tenia el Santo, haciendo muchos »favores á algunos Padres particulares y dán»doles ánimo. Ví tambien como la Beatísima »Vírgen se mostraba Patrona y Protectora de »la Congregacion y me consolaba mucho.

»¡Oh! que no tenga palabras para decir la »nobleza de esta Congregacion, de su estado »é instituto tan noble! Pues no tiene otra obli»gacion que es el Apice y perfeccion de todas »las cosas, siendo los de la Congregacion hijos »de este Apice del Espíritu. ¡Oh! cuán no»ble la ví, y cuán repugnante parecia toda »mínima imperfeccion, por la nobleza del »puesto y amenidad del estado, que ví como »un campo ameno con la dulce aura del Espí»ritu Santo, que con suavidad mueve á todos »sus hijos á obrar noble y voluntariamente! »Conocí en general, que conforme era grande »la nobleza de este estado, así pedia y necesi»taba de grande é inmaculada corresponden»cia. Y ví, cuán horrenda cosa era toda mí»nima mancha y polvo de imperfeccion, que »comete quien lo profesa. El Santo me decia, »que con todo el afecto los encomendase á »todos al Señor. Conocia yo tambien en la

»mente del Santo Padre cuánto quería decirme »y significarme en hacerme ver cosas tan be»llas. Él sin hablar, me decia la perfeccion que »debe haber para ser hijo de la luz. Sería »cosa monstruosa, si el fuego produjese nie»ve, la luz tinieblas ó el cristal lodo. Yo no sé »esplicarme mejor; mas entendí el sentido de »lo que el Santo me quería decir. Maravilla »sería, si un árbol dulce produjese la hiel. »¡Oh cuanto mayor sería, si en cualquier hijo »de Felipe, que se llaman hijos del Espíritu »Santo, hubiese cualquier defecto! Ví la san»tidad que se requiere en tal estado, y cómo »quien se halla en él tiene fácil modo para »conseguirla. Ví tambien, como el Santo aca»riciaba á muchos Padres, y daba ánimo á »otros. Escribo brevemente y tuve una noche »y un dia de tanto contento como nuestro Se»ñor sabe.» Hasta aquí esta estática Napolitana, la cual, como tan favorecida del Santo Padre, se consumía en deseos de hacer en señal de agradecimiento algun relevante favor á sus hijos, los Padres del Oratorio; y verdaderamente grande era la merced que les hacia en aplicarles sus oraciones y las de sus reli-

giosas. Cuando alguno estaba enfermo duplicaba las rogativas: aun las proseguia con mayor fervor si moria: sin dejarlas hasta que se le manifestase que estába en el cielo; porque no hubo enfermo en aquella Congregacion, de quien no tuviese revelacion si habia de mejorar ó fallecer, y la suerte que le tocaba despues de la muerte. A algunos los vió volar prontamente á la gloria, á otros detenerse por mas ó menos tiempo en el purgatorio, y ninguno, por merced de Dios, y del beato Padre, vió que se perdiese.

La maravillosa vision de esta Religiosa se puede tambien juntar con la del gran siervo de Dios Bartolomé Fanari, pobre de S. Sisto en Roma. Apareciósele una vez Cristo nuestro Señor en forma de Sacerdote, para darle la Comunion. Asistia de una parte S. Felipe Neri y de otra S. Francisco Javier, poniéndole la tohalla; traia otra santa Catalina de Sena, para enjugarle la boca despues de la ablucion; y para ministrarle esta, traia un vaso el V. Angel Fiorucci, que habia vivido en el mismo hospicio, y fallecido en opinion de santidad.

Cuánto se aumentára la devocion al Santo

despues de su canonizacion, y cuántos honores se le tributáran en diversas ciudades y provincias, nos parece escusado detenernos á referirlo por ser bien sabido; pero en tanto no creo conveniente pasar en silencio que el pueblo romano considerando que la augusta ciudad no solo poseia el tesoro de su cuerpo, sino que en vida la habia elegido el Santo para su perpetua habitacion y campo en donde trabajar, ordenó por decreto público que todos los años el dia 26 de mayo llevase el Senado á su capilla en tributo un cáliz de plata con cuatro hachas. Pero mas que el pueblo romano parece que compitieron los Pontífices en aumentar sus glorias. Habia concedido Gregorio XV, como ya hemos dicho, facultad á los Padres del Oratorio para rezar el Oficio de su Beato Padre; y mas tarde Urbano VIII hizo estensa esta misma facultad á todos los que tienen que rezar las horas canónicas, permitiéndoles, que pudiesen hacerlo *ad libitum* bajo rito semidoble. Posteriormente Inocencio X, animado de iguales sentimientos, quiso que todos rezasen bajo el mismo rito el Oficio del Santo, publicando al efecto el siguiente decreto:

Urbis, et Orbis.

Officium S. Philippi Nerii Congregationis Oratorii Fundatoris, quod felicis recordationis Urbanus Papa VIII. sub ritu semiduplici ad libitum recitari permisserat, Sanctissimus Dominus noster Innocentius Papa X sub eodem ritu ex præcepto recitari mandavit Die 16 Decembris 1652.

Pero no menos honor le dió el gran Pontífice Clemente IX, pues siendo Nuncio Apostólico en la córte de España, quiso que en testimonio de su devocion al Santo se viesen sus armas en la capilla de la nacion florentina en la iglesia de Italianos en Madrid. Luego que subió al solio Pontificio, empezó á pensar qué cosa haria en mayor honor del Santo; y no acertando á resolverse, acudió á él mismo, digámoslo así, como á Oráculo. Entró pues en su capilla, y orando ante la sagrada tumba, se sintió inclinado á concederle el Oficio doble de precepto para todo el mundo. Asi pues, volviendo á su palacio, mandó que se publicase al punto el decreto, en el qué quiso que

se espresase su especial devocion, y en seguida mandó á los Padres de la Congregacion el siguiente:

Urbis, et Orbis.

Officium Sancti Philippi Nerii Congregationis Oratorii Fundatoris, hactenus sub ritu semiduplici recitatum, Sanctissimus Dominus Noster Clemens Papa IX ob suam erga prædictum Sanctum peculiarem devotionem sub ritu duplici ex præcepto in posterum per totum Orbem recitari mandavit. Die 8 Junii 1669.

Admiraron los Padres las disposiciones del cielo al ver este rescripto, conociendo que Dios promueve en la tierra la gloria de sus Santos, cuanto menos la procuran los hombres. Mientras los Padres trataban de pedir á Clemente VIII el oficio doble de Felipe, honor concedido por la Iglesia á casi todos los Santos Fundadores, el Prepósito, que lo era el P. Mariano Soccini, opinó que se dejase el asunto en manos de Dios, el cual no se habia olvidado de glorificar en la tierra al santo Padre. Agra-

dó á todos su consejo, y obedecieron, cuando á pocos dias recibieron el decreto que dejamos copiado. Finalmente en estos últimos tiempos le han glorificado tambien los sumos Pontífices; pues que habiendo pasado á Roma por asuntos de su diócesis el eminentísimo Fr. Vicente María Orsini, arzobispo de Benevento, rogó al Papa Inocencio XI de santa memoria que concediese la misa propia y particular del Santo. Deseando el Papa complacerle remitió su instancia á la sagrada Congregacion de Ritos, á fin de que reconociese la nueva misa; pero sorprendiéndole la muerte, no pudo llevar á cabo su piadosa intencion. Su sucesor Alejandro VIII, á instancia del mismo Cardenal, se dignó (despues de haberse examinado el negocio de la citada Congregacion), conceder para todo el mundo la misa del Santo, que fué compuesta y adaptada segun todas sus partes á las virtudes y gracias, que mas resaltaban en él. De este modo el eminentísimo Orsini dió una nueva prueba de la devocion que tenia al Santo, y del reverente afecto que le profesaba.

Dedicado este capítulo á la *Canonizacion*

de nuestro santo Padre creemos muy justo no terminarlo sin antes hacer particular mencion de lo mucho que se fatigaron dos de sus hijos para procurarle aquella gloria. El primero de ellos, llamado Francisco Zázzera hizo lo que refiere la *Vida* del Santo con estas palabras: «El fué quien al punto que murió el santo Pa»dre empezó á obrar en la causa de su canoni»zacion, prosiguiéndola sin descanso hasta que »consiguió por gracia de Dios verla conclui»da. Pero no parecia sino que vivia solo para »dar cima á todo lo que era necesario; pues »no bien se espidió la bula de la Canonizacion »y el decreto del Oficio con las lecciones y la »Oracion propia del Santo, reposó en paz.» Y el segundo fué Horacio Giustiniani, el cual, como se vé en la *Historia de los Pontífices y Cardenales* de Ciaccon, trabajó no poco por la canonizacion del Santo: *Philippi*, dice el citado autor, *suæ Congregationis Fundatoris in Sanctorum numerum relationem curavit*; por lo que es muy merecedor de que hablemos algo de él. Habiendo entrado á los veinte y cinco años de su edad en la Congregacion del Oratorio despues de haber pasado por las fati-

gas literarias, pronto descubrió la mucha virtud y doctrina de que estaba adornado. Tuvo admirable talento para predicar, al que daba energía la bondad de su vida. Llegó pues la noticia de sus virtudes á oidos del cardenal Francisco Barberino, gran apreciador de los buenos, y por su medio Urbano VIII su tio le hizo Consultor del Santo oficio y Visitador Apostólico; y despues subió á la silla episcopal de Montalto, de la que pasó á la de Nocera en Umbria. Muerto Urbano, su sucesor Inocencio X le honró con la sagrada Púrpura, y le nombró sumo Penitenciario y Bibliotecario de la Iglesia Romana. Su mérito y virtud le hacian sucesor digno de Inocencio; pero la muerte lo impidió. Fué esta correspondiente á su vida, dando claras señales de piedad estraordinaria; y finalmente quiso que se enterrára su cuerpo en la sepultura comun de los Padres en la Vallicella.

CAPÍTULO XXXVIII.

Refiérense los muchos y raros milagros, que S. Felipe obró despues de muerto.

No solo quiso la divina bondad ilustrar á su siervo con tan copiosos milagros en vida, y hasta antes de ser su santo cuerpo depositado en el sepulcro, de los cuales ya queda dada noticia; sino que tambien despues lo quiso mostrar glorioso con los muchos, y singulares prodigios, que obró por su intercesion. Crecieron estos, y aun ván creciendo en tanto número, que si hubiésemos de individuarlos todos, seria necesario otro no menor volúmen. El Historiador de su vida mas moderno, describe por menudo ciento y noventa milagros, espresando las personas, y refiriendo las enfermedades, de los cuales seis fueron obrados con las entrañas del Santo; veinte con sus cabellos; seis con su rosario; catorce con los paños mojados en su sangre; ocho con su bonete; siete con el bonetillo, que llaman *solideo*; cinco con leer su *Vida;* veinte y siete con diversas reliquias suyas; doce con varios

votos que le hicieron; veinte y tres con las apariciones que él mismo hizo; nueve con las visitas á su sepulcro; diez con encomendarse á él é invocar su nombre; catorce por medio de su imágen; ocho por encomendarse á su intercesion; y veinte y dos que el Santo obró por varios modos, de modo que pasan de los ciento y noventa arriba apuntados. Pero supuesto que todos sean admirables, como algunos por su naturaleza son casi idénticos, y otros sucintos en la relacion, para no cansar al lector, nos ha parecido conveniente escribir aquí solo aquellos, que por la mayor notabilidad de sus circunstancias merecen la primacía, y por eso tambien la publicacion, de los cuales fácilmente se conocerá, cuán maravilloso fué en la vida y en la muerte Felipe; ó para decirlo mejor, como él queria que se dijese, cuán admirable se mostró Dios en este su grande Santo.

Juan Antonio Lemmaro, mercader napolitano, estando con un dolor de costado muy vehemente, y á quien por órden de los médicos se habian aplicado muchos remedios sin provecho alguno, se encomendó de todo cora-

son á Felipe, cuyo retrato tenia en el aposento. Una hija suya se acordó de una reliquia de las entrañas del Santo, que le dieron los PP. de la Congregacion de Nápoles, y persuadió á su padre á que con mucha fe tomase en vino alguna partícula de la reliquia, y rezase tres veces el Padre nuestro y el Ave María. Todo lo hizo el padre, y solo no pudo rezar tanto por la mucha vehemencia de los dolores, y por el desaliento y flaqueza, que padecia; pero mandó poner junto á sí el retrato del Santo, á quien se encomendó. Quedóse dormido al punto, y luego que despertó se halló tan bueno, que admirado, y llorando de gozo, no cesaba de besar el retrato con copiosas lágrimas, y lo dió á besar á todos los de su casa, y les ordenó que ayunasen siempre en la vigilia de su fiesta; y él además de enviar un voto de plata á su capilla, tomó la devocion de rezarle cada dia el himno: *Iste Confessor*.

Sor Getrudis Tartaglina, religiosa en el convento de Santa Lucía en Roma, vino á tan lastimoso estado, que ni podia conocer las personas, ni tomar sustento alguno, efectos todos de una opilacion, que con calentura, y

dolores de cabeza la oprimia. Así padeció año y medio, sobreviniéndole á la mañana y á la tarde algunos accidentes, que la dejaban casi muerta, y no pudiendo hablar, ni oir, pidió con señas que la administrasen la santa Uncion. A este tiempo llegó otra religiosa, que traia una reliquia de las entrañas del beato Padre; y la puso sobre la enferma, la cual imposibilitada de hablar, se encomendó muy de veras interiormente al Santo de quien percibió ser aquella. No pasó un cuarto de hora cuando Getrudis se halló sana; comenzó luego á ver y hablar, y dando gracias á Dios clamaba en altas voces: «Esta santa reliquia me ha dado la salud.» Juzgaron las religiosas, que mudanza tan repentina era, ó delirio ó acercarse á la muerte; pero las desengañó el suceso, porque brevemente vieron á la enferma con total mejoría, y libre de todas sus molestias.

Catalina Lucía, estando embarazada de ocho meses, y sobreviniéndole un dolor de costado con calentura aguda, y vehementes dolores de parto, parió un hijo ya muerto, con el rostro todo denegrido. La comadre, que era muy práctica, lo tomó del cuello, é hizo

cuantas esperiencias supo, para cerciorarse de si estaba verdaderamente sin vida; y hallando que lo estaba, como sentia mucho que no recibiese el bautismo, lo encomendó á la santísima Vírgen; pero acordándose de que tenia algunos cabellos del Santo Padre, los puso sobre el niño, y dijo con gran fé: «Ó Santo Felipe, rogad á la Vírgen nuestra Señora, que se digne resucitar este niño, para que lo puedan bautizar.» Al mismo punto obedeció la muerte y volvió el niño á tener vida; administráronle el sagrado bautismo poniéndole el nombre de Juan Pedro. Como solo se hizo la súplica para este importante fin, despues de conseguirlo, y sobrevivir veinte dias mas, volvió la muerte á ejercitar en él su jurisdicion; y pasados otros cinco, le siguió tambien la madre en la salida del mundo. El marido de la difunta, haciendo reflexion sobre el milagro, formó tal concepto del Santo que dijo: «¡Ojalá, que la comadre hubiese puesto tambien los cabellos sobre mi mujer, pues estoy muy seguro de que no hubiera fallecido!»

En la Congregacion del Oratorio de Palermo estaba de sirviente Antonio María

Martineli, el cual enfermó con una gravísima calentura. Abrasábalo todos los dias á cierta hora, de tal modo, que empezando con grandísimo frio, terminaba en escesivo calor, causándole este una sed tan ardiente é insufrible que parecia tener el enfermo las entrañas abrasadas, y estar metido en un grande incendio. Aplicáronsele varios remedios, mas todos fueron infructuosos, y ninguno eficaz para minorarle el mal, ó causarle alivio. Acordóse el P. Pozzo, fundador de aquella Congregacion, de que tenia algunos cabellos del Santo, y de los muchos milagros, que Dios por su intercesion obraba, y le refirio algunos al enfermo, para que con viva fe y fervoroso afecto recurriese á su patrocinio. Púsole luego los cabellos sobre el pecho, y como si con ellos le hubiera brotado encima una fuente copiosísima de agua; instantáneamente esclamó el enfermo: *Padre, ya no siento, ni tengo sed.* Cesó tambien sin dilacion la calentura, y huyó tan temerosa del remedio, que esperándose al dia siguiente su acostumbrada repeticion ni en él, ni en otro de allí adelante se atrevió á volver.

Felicia Sebastiani padeció ocho meses continuos un flujo de humor tan acre y terrible, que en diversas partes le abrió quince llagas, y una tan grande que se le veia el hueso interior, causando en la paciente escesivos dolores. Como el cirujano desconfiára de su mejoría recurrió al Santo Padre muy afligida la enferma, pidiéndole que le alcanzase la salud, y prometiendo llevar un voto de plata á su sepulcro. Tocó despues cuatro ó cinco veces las partes heridas con unas cuentas, por las cuales rezaba el Santo, y yéndose á recoger, reposó sosegada toda la noche, lo que no habia podido conseguir en los ocho meses que llebava de enfermedad. Por la mañana queriendo ver cómo estaba de las heridas, y quitado el vendaje las halló todas cerradas con la carne sana, y la piel lisa, sin sentir nunca mas los antiguos dolores.

De peor calidad era otro achaque, en que no mostró menor eficacia el mismo remedio. Iban llevados al patíbulo cuatro reos, y al pasar por el palacio del Gobernador, uno de ellos comenzó á gritar en altas voces, que emplazaba al Gobernador para el tribunal de

Dios, por la injusticia que le habia hecho en condenarlo á muerte, porfiando en esta obstinacion, sin bastar las muchas y dilatadas diligencias que aplicaron muchos sugetos, para disuadirlo de esta pertinacia. Acordóse uno de ellos, que tenia unas cuentas de Felipe y dándolas al reo le dijo: «Reza conmigo una vez por estas cuentas en honra de aquel Santo Padre á quien pertenecieron, para que interceda por tí y te quite esa tentacion, y te alcance arrepentimiento de tus pecados.» Tomó el reo aquellas cuentas y preguntó, ¿cómo se llamaba aquel Padre? y diciéndole que Felipe, luego el paciente, tocado de Dios, se puso de rodillas y comenzó á rezar por las cuentas, y compungido tambien empezó luego á deshacerse en llanto, pidiendo á Dios misericordia, y protestando que ya se hallaba libre de aquella tentacion. Oyó despues la misa y comulgó con mucha devocion, y hasta la última hora prosiguió con grandes señales de arrepentimiento.

Sor María Magdalena de Tempis, anciana de setenta años, y religiosa en el monasterio de S. Juan Evangelista, se precipitó con una

caida tan violenta, que dando con la cabeza en un muro, cayó como muerta en el suelo. Echaba tanta cantidad de sangre por las narices, que viendo los médicos que no se le podia contener con ningunos remedios, le mandaron dar el santo Viático, por temor que acabase la vida de aquella suerte. Hallóse allí Octavio Strozzi, que tenia en una cajita un pañito teñido en la sangre del Santo; acercósela, pues, á la cara, rogó por la enferma, hízole con la misma cajita la señal de la cruz, y acto continuo se vió que una sangre fué el mejor remedio para estancar otra sangre, porque la de la enferma súbitamente se detuvo, y ella quedó sana y libre de todo peligro.

En casa de Violante Martelli habia enfermado una niña de tres años, hija de Juan Bautista Simoncelli, con unas viruelas tan malignas, que la tenian ya próxima á espirar. Púsole Violante al cuello una bolsa, en donde habia un pañito con sangre de Felipe, que le habia dado el P. Angel Velli. Vino él á visitar á la niña, y volviéndole á poner la bolsa, la dijo: «Hija, ten fe, que te has de mejorar.»

Tomó la niña la Reliquia, que besó con grandísimo contento, y cuando los médicos vinieron, hallaron á la enferma sin calentura, y perfectamente sana. Preguntóle Violante cómo estaba, y respondió que con la sangre que contenia la bolsita que aquel Padre le habia puesto, habia conseguido la salud; y al decir esto no cesaba de besarla con escesiva devocion. Ni la niña ni su madre sabian de quién era la sangre; mas el P. Angel Velli declaró despues que era de S. Felipe, por donde conocieron que esta Reliquia suya habia sido el remedio pronto y eficaz de aquella enfermedad.

Con muy grande y evidente peligro de la vida se hallaba Victoria, hija de Antonio Esclavo, médico de Nápoles, por las difíciles circunstancias que le acompañaban en la ocasion de su parto, creyendo que al fin concluirian por causarle irremisiblemente la muerte. En este tiempo le envió D. Bartolomé de Curtís, su pariente, un bonete, que habia sido del Santo, y poniéndole sobre la enferma, á quien dijeron que se le encomendase con mucha fé y devocion, al punto efectuó el

parto con toda felicidad, y no menor asombro de los que suponian le costaria la vida. A la misma mujer, cuando aun era mas moza, se le abriéron dos fístolas ó llagas de mal aspecto, una en la mano y otra en el cuello, embargándole esta la cabeza, en términos que no podia moverla, y la traia siempre pegada al pecho, causando suma compasion en cuantos la veian. Su padre, que era médico docto, le habia aplicado ya todos los remedios conocidos en la medicina y cirujía; pero lejos de obtener aquella alivio alguno, sirviéron mas para agravarle el mal. Envióle el mencionado su pariente algunas flores de las que estuviéron sobre el cuerpo del Santo, cuando estuvo espuesto en la iglesia; y echándolas en agua, y lavado con ella las heridas, empezaron luego á manifestar mejoría, y sin aplicarles ningun otro remedio, curaron en breves dias; de manera que la doliente quedó tan sana como si nunca las hubiera padecido.

Yendo Diamante Peregrini Veneciana á visitar la santa casa de Loreto, dió en el camino una caida tan fatal, que se hizo una grande herida en la parte posterior de la cabeza. Co-

menzó á correr copiosa sangre, y sobreviniéndole accidentes de vómito con inflamacion en la garganta, se hallaba muy afligida y apesadumbrada, porque la herida era tan profunda, que el cirujano le introducia gran porcion de hilas. La enferma habia leido en Venecia la *Vida de S. Felipe*, y encomendándosele una mañana, se le apareció él con hábito sacerdotal, y la dijo: «Está alegre, y no temas, que no tendrás mal alguno.» Tomóle ella la mano, y la besó muchas veces, con júbilo escesivo de su alma. Desapareció el Santo, y juntamente toda la dolencia, porque el mismo dia se levantó de la cama la enferma y fué á oir misa. Viniendo despues á Roma, y entrando en la capilla del Santo, cuando vió su imágen, que nunca habia visto, comenzó á llorar de alegría, reconociendo ser aquel el mismo que se le habia aparecido. Como refirió allí el suceso, y la herida aun no estaba bien cerrada, le pusieron encima el bonete del Santo, con cuyo contacto, al dia siguiente se halló totalmente sana.

Tomás *Grifon*, florentino, y doctor en leyes, temiendo que seria su última enfer-

medad la de una calentura que le sobrevino con otros accidentes, procuró confesarse y disponerse para morir. Habia poco antes leido la *Vida de S. Felipe* y las maravillosas obras de Dios hechas por su intercesion, y confiando en que tambien por ella sanaria, se aplicó algunas cosas del Santo, repitiendo varias veces: «María Madre de Jesus, y vos beato Felipe, ayudadme.» Tuvo la peticion el despacho deseado; pues muy luego cesaron los dolores, se desvaneció la calentura, y quedó él sano de su mortal enfermedad.

CAPÍTULO XXXIX.

Prosíguense otros milagros del glorioso S. Felipe.

Siendo tan copioso el número de los prodigios que por diversos medios obró este admirable Taumaturgo, como ya dijimos, quedando ya referidos algunos de los que de esa suerte se hicieron, referirémos ahora tambien algunos obrados de diferente manera. Juan Bautista de Ridolfo, conde de Terni, adoleció

de una calentura pútrida con pintas, á que se juntó una gran erisipela que, estendiéndosele por todo el cuerpo, espantaba á cuantos le veian. Los médicos confesaban que no tenian esperiencia de enfermedad semejante, y temian que, llegando al corazon, le quitase la vida. Agravósele aun mas la enfermedad con una melancolía tan vehemente, que le hacia prorumpir en copioso llanto, acompañado de un temblor convulsivo en las manos. Al cuarto dia empezó á delirar, y al once perdió la vista; y agravándose la enfermedad por la complicacion de accesorios tan terribles, reputándosele ya por casi muerto, lo visitaron algunos Padres de la Congregacion, á los cuales, por ser muy devoto de S. Felipe, significó grandes deseos de tener alguna reliquia suya. Trajéronle un pedacito de la camisa, juntamente que una imágen del Santo: ambas cosas se las pusieron al cuello, y el enfermo, con sus propias manos, lo llegó todo al corazon. Sintió luego en él tan estraordinaria alegría, que como si no pudiera contenerla dentro de sí, se levantó en la cama, y pareciéndole que de los ojos se le habia caido

un paño, comenzó á ver la luz, reconoció el aposento, y no volvió á perder el uso de la razon. Despues de cenar, se durmió, cuyo sosiego no habia podido tener hasta allí, y en el sueño se le apareció el Santo cercado de luces y en hábito sacerdotal, y dándole su bendicion le dijo: «Hijo, no temas, que no será nada.» El enfermo, así como estaba dormido, le dió las gracias por el beneficio, y le hizo promesa de llevar á su capilla un voto por reconocimiento. Despertando por la mañana se halló sin calentura, sin pintas, sin erisipela, y perfectamente sano, sin serle necesaria convalecencia. Acordándose del sueño, ratificó el voto, y mandando pintar el milagro, lo fué á llevar con mucha devocion al sepulcro.

Entre los terribles síntomas de la enfermedad que padeció Anibal Gerioni, niño de dos años, é hijo único de Angel Gerioni de Tivoli, no era el menor la oculta calidad del mal, que no se podia conocer. Agravósele esto en quince dias tan fuertemente, que viendo el médico que no habia hecho fruto, sino daño, un cauterio que le mandó hacer, juzgó por deshauciado de la vida al enfermo,

Empeoróse este cada vez mas, llegando al estremo de no tomar sustento alguno, perder el pulso y ya frio, de suerte que poniéndole una vela encendida junto á la boca, se pasó un cuarto de hora sin que se le reconociese señal de respiracion, y así, los padres, llorándolo por difunto, le preparaban el entierro. Advirtióles en este tiempo una mujer, conocida suya, que hiciesen alguna promesa al beato Felipe de la Iglesia Nueva de Roma; y que enviando á buscar á casa de una tia suya algunas reliquias del Santo, las pusiesen sobre el niño, y esperimentarian el favor de Dios. Tomó Angel el consejo, y trayendo en breve las reliquias, las puso sobre el enfermo; llenándose de gozo al ver que este al mismo tiempo abrió los ojos, que habia tenido cerrados dos dias, comenzó á comer, y brevemente se levantó de la cama con entera salud. Cuando lo vió tan bueno en los brazos de su madre, le dijo con grande asombro: «No le llaméis Anibal, sino Resucitado, porque ese es su verdadero nombre.» Vinieron despues los padres á Roma, donde visitaron el sepulcro del Santo, y le presentaron la

oferta prometida, en accion de gracias, por el beneficio que les habia hecho.

Francisca, residente en Viterbo, parió un hijo, el cual no permitió tomar el pecho en quince dias, haciéndose necesario que otra mujer le destilase el alimento. Su abuela, que por ser pobre, deseaba que el niño tomase el de su madre, queria aplicarle varios remedios, enseñados por algunas personas; mas siendo timorata, no se atrevió á usar de ellos sin consultarlos antes con el confesor. Vióse luego con él, y, como ella se temia, le dijo que no usase de dichos remedios por ser supersticiosos. Compadecida la hermana de este sacerdote de la afliccion de aquella infeliz mujer, aconsejóle que pidiese á su hermano alguna reliquia de un santo Varon, que en Roma hacia continuos milagros; y practicándolo así ella, le recomendó el Padre al darle la reliquia «que tuviese fe y veria como aquella produciria grandes resultados.» Volviendo ella á su casa, puso la reliquia al cuello de su hija antes de anochecer; y no bien esta se quedó dormida, cuando se le apareció en sueños una Matrona hermosísima, que le dijo:

«Francisca, levántate y dá el pecho á tu hijo, que él lo tomará.» Levantóse contra la voluntad de todos, tomó el niño, y este tambien luego, sin dificultad alguna, tomó la leche de su madre, prosiguiendo de allí adelante de la misma suerte, sin ninguna resistencia. Y la mayor maravilla fué, que teniendo la madre uno de los pechos casi sin pezon, al darle este se inclinó la criatura para recibir el líquido sustento, causando grande admiracion á todos, que reconocieron ser aquella merced concedida por la Vírgen Santísima, y conseguida por el Santo por medio de su reliquia.

Al P. Juan Bautista Mañoni, residente en S. Gerónimo de la Caridad, le imposibilitaron de tal suerte el oido dos postemas, que nada percibia aunque le hablasen en voz muy alta. Viniendo, pues, un dia á la iglesia de la Congregacion, y no percibiendo palabra de las pláticas por mas cerca que se puso del lugar en que se hacian, desconfiado de todo remedio humano, se fué derramando lágrimas al altar del Santo, á quien pidió con mucha fe, le restituyese aquel sentido, á lo menos para oir la

palabra de Dios, y le prometió celebrar una misa en honra suya. Al dia siguiente cantaron aquellos Padres de S. Gerónimo algunas canciones espirituales, llegóse este para oir, y al punto se desocuparon las dos orejas como si le hubieran quitado dos bolas de cera, certificando despues á los Padres, que lo habia oido todo perfectamente. Admirados estos, le preguntaron, ¿cómo habia sido aquello? y él respondió: «Yendo yo ayer á la Iglesia Nueva, y no pudiendo percibir el sermon, hice un voto al beato Felipe, para que á lo menos me alcanzase el oir la palabra de Dios; y ved aquí que me hallo ya con la merced recibida, porque he oido toda vuestra música.» Quisieron ellos hacer la esperiencia, hablando en algunos puntos con voz baja, y todo lo repitió enteramente el Padre por lo que libre ya de aquel impedimento, fué á celebrar la misa, y satisfacer el voto prometido.

Con otro que hizo Fr. Juan Bautista Messía, español Valenciano, consiguió perfecta salud en una enfermedad gravísima. Siendo ya él de setenta y un años, padeció por dos continuos un flujo de humor muy nocivo en una

rodilla, con otros flujos de sangre y varias hinchazones en algunas partes del cuerpo, cuya enfermedad lo tenia tan consumido, que apenas lo conocian, ni él se podia fácilmente tener en pié, ni aun sostenido con un bordon. Estaba en Nápoles y allí habia consumido mas de doscientos escudos en varias medicinas de cauterios, estufas intolerables y tormentos atrocísimos, sin conseguir con ellos mejoría alguna. Oyendo contar los muchos milagros de S. Felipe, y acordándose de que muchas veces habia confesado con él en Roma, movido interiormente, y con viva fe hizo voto de visitar su sepulcro, poner allí un lienzo y decir una misa en su capilla, si conseguia la salud. Escribió luego á un religioso de su órden, que hiciese decir por él una misa en la capilla del Santo; y al mismo tiempo que la misa se celebraba en Roma, él en Nápoles (como despues se supo por cartas) se hallo sano de todos los accidentes que padecia. Salio á pasearse por Nápoles con admiracion de cuantos no ignoraban su enfermedad, y veian su mejoría, y despues partió á Roma, donde satisfizo todas las obligaciones de su promesa.

Con gravísima calentura y flujo de sangre enfermó Catalina, hija de José Castelloni, doctor en leyes, y devotísimo del santo Padre, y era la enfermedad tan mortal, que los médicos desconfiaron de su vida. La madre amaba muy tiernamente á esta hija, y deseosa de verla sana, la persuadió que se encomendase á S. Felipe, para que él, por la intercesion de la Vírgen Santísima, de quien habia sido tan amante, le consiguiese la salud. Dióle una imágen del Santo, y ella la tomó, y se encomendó á él con grande afecto. A la noche siguiente, despertando con mucha alegría, y llamando á su madre, la dijo: «Madre mia, aquí ha estado la Vírgen nuestra Señora, me ha tocado el corazon y dicho que estuviese alegre, porque me queria sanar por los ruegos que le habia hecho el beato Felipe.» Pero para que el milagro fuese mas portentoso, empezó el mal á agravarse, de modo, que la redujo al último estremo, perdida ya la vista y todas las esperanzas de remedio. Llegó en este tiempo el padre, y viéndola en aquel estado, como confiaba mucho en el Santo, recurrió á su patrocinio. Fué á la Igle-

sia Nueva, y trayendo una reliquia del Santo que le dieron los Padres, la puso al cuello de su hija con grande devocion. Estaba tan confiado y tan seguro de recibir la gracia, que habiendo de ir con la familia á Corneto, quiso, contra el parecer de los médicos y de todos los amigos, llevar consigo á la hija; y así, metiéndola casi moribunda en una litera, hizo la jornada. Llegados á Barbarano, y no pudiendo la enferma tomar sustento alguno, la juzgó próxima á espirar el médico de aquella tierra. Pero apenas se despidió este, cuando la niña llamó á su madre y la dijo: «¿Vos no veis á la Vírgen nuestra Señora, vestida de blanco y con un manto azul? ¡Oh, y cuán hermosa es! ¡Cuán llena de resplandores! Me dijo que no creyese al médico, porque estaba ya sana, y yo le prometí vestirme de blanco, como ella lo estaba. Empezó luego á comer, y continuó adelante su jornada á Corneto con mucha alegría, y allí en tres dias recuperó totalmente su salud, con admiracion de cuantos en Roma presenciaron la enfermedad y supieron el peligro. Para testificacion del milagro, envió su padre al sepulcro del

Santo un vestido blanco, con los versos siguientes:

Mota Dei genitrix precibus studiisque Philippi,
Depositam eripuit morti, incolumemque puellam
Servavit senum solatia magna parentum:
Castalio vestem Natæ, pietamque tabellam,
Appendi jussit voti damnatus in Æde.

Concluyamos las apariciones del Santo con la siguiente, por ser no menos milagrosa que doctrinal. Hallábase Ascanio Bertaccini ya sacramentado, por padecer una enfermedad gravísima y mortal. Estando despierto una noche, vió en el aire una garrafa de vidrio muy cristalino llena de agua limpísima, donde parecia que reverberaba el sol. Oyó luego una voz, que claramente conoció ser del Santo, á quien se habia encomendado de todo corazon la cual le dijo: «Asi ván las almas justas al cielo.» Apoderóse al pronto del enfermo un grande terror por lo que acababa de presenciar; pero al fin se le convirtió en grandísima alegría y consuelo, especialmente porque luego logró la mejoría y se halló en la perfecta salud que deseaba. Sin embargo de

allí adelante siempre tuvo aquella vision por aviso del santo Padre, para que viviese con mayor pureza y otra vez se preparase mejor para la muerte si queria ir á lograr las felicidades del cielo.

CAPÍTULO XL.

Continúanse otros milagros del santo Patriarca.

Ya que el copioso número de maravillas que nuestro Santo hizo nos imposibilita el esponerlas todas, por lo menos se deben referir algunas de las que obró por cada uno de los diversos medios. Este órden observamos hasta aquí en las ya manifestadas, y con el mismo continuarémos ahora en referir las siguientes.

De otro achaque bien penoso se halló tambien libre Bartolomé Grossi de Mirabelli, que veneraba á nuestro Santo con afectuosa devocion. Teníalo por particular abogado, recurriendo en cualquier necesidad á su patrocinio y visitando todos los dias que podia su sepulcro. Sucedió que en una intrincada demanda

gastó cuantos bienes tenia y quedó reducido á grandísima necesidad; pero en esta (como él mismo confesaba) le valió su patrono por tres veces con milagrosos socorros de dinero. La primera fué que despues de hacer un dia oracion en la capilla del Santo, cuando salió de la iglesia encontró un hombre, el cual sin preceder súplica alguna le preguntó si necesitaba de dinero y se lo dió con espontanea liberalidad. En otra ocasion, despues de haber orado en la misma capilla, tuvo semejante encuentro con una mujer, la cual tambien, sin pedirle nada, no solo le hizo la voluntaria oferta, sino que efectivamente lo socorrió con dinero. La tercera limosna la recibió en la misma capilla en que estaba orando y en donde vió un papel liado á cuya vista se siguió luego una voz muy clara que le dijo: «Tómalo, que para tí és.» Él, por vergüenza no se atrevió á coger el papel y mirando hácia él otra vez le vió abierto con algunas monedas dentro y percibia en el corazon la misma voz que le repitió: «Tómalos, que para tí son.» Entonces animado, levantó el papel, hizo las posibles diligencias por saber si alguno habia

perdido en la capilla algun dinero, y no pudiendo descubrir el dueño, entendió que aquel maravilloso socorro se lo habia enviado su Santo protector.

Con encomendarse solamente á Felipe é invocar su nombre tenian las personas afligidas el remedio pronto para sus diferentes y gravísimas penalidades. Teodoro Cino, canónigo de Verona, padecia muy vehemente dolor de gota, sin hallar en la medicina lenitivo que lo aliviase. Acordóse de que algunas veces habia confesado con el Santo y le habia ayudado á misa, y alegándole entre otros estos obsequios, le invocó para que lo socorriese en aquella tribulacion. Durmiéndose luego le pareció oir una voz que dijo: «Quitad el mal de aquella pierna.» Despertó al mismo tiempo y se halló tan libre del dolor, que nunca mas lo padeció. No atormenta con menos escesivos dolores el mal de piedra y una tarde los esperimentó tan crueles el abate Marco Antonio Maffa, que ya no podia sufrirlos ni tener el mas mínimo sosiego. En estas tan críticas circunstancias, se acordó de S. Felipe, é invocándole de todo corazon arrojó una grandísi-

ma piedra; con lo que quitada la causa, le cesaron luego todos sus dolorosos efectos.

Prometió Impermestra Damiani á su confesor no volver á leer algunos libros profanos, cuya lectura le agradaba mucho; mas como este sexo, en general, es mas fácil en prometer que en cumplir, viniéndole á la mano uno de aquellos libros, se olvidó de su promesa y lo leyó. Castigóla Dios esta falta, permitiendo que los ojos se le inflamáran de suerte que no los podia abrir ni hacer otra cosa que llorar. Consultado el médico, no halló remedio que le curase aquella optalmía; y así le persuadieron que recurriese al patrocinio de S. Felipe, á cuya imágen la llevaron. Tocóla ella con la mano, y con esta despues los ojos: y como si así les aplicára el mas eficaz colirio, de repente se le desvaneció toda la inflamacion, y quedaron tan sanos como si antes no hubieran tenido nada.

Estaba en Milan Fabricio de Maximis con un hijito suyo, al cual acometió una calentura tan aguda y mortal, que los médicos dieron por desesperada su vida. Setenta y seis dias toleró el niño esta continua enfermedad, y no

atreviéndose el amor paterno á presenciar la muerte, se resolvió á irse á Roma, dejando el dinero suficiente para hacerle el funeral. En este tiempo, en que por instantes se esperaba el tránsito de la criatura, le mostraron un cuadro de Felipe, y díjole Fabricio: «Mira, aquí tienes al Beato Padre, encomiéndate á él.» Puso el niño los ojos en el Santo devotamente y con el afecto, que la edad y angustia le permitian, se encomendó á él; y no quedó frustrado su recurso, porque la misma noche obtuvo notable mejoría, y por la mañana lo hallaron tan bueno y restablecido que al tercer dia pudo hacer con su padre el viaje á Roma, como si nada hubiera padecido.

Con furor diabólico se atrevió á despreciar la imágen del Santo un mal cristiano, que viéndola pintada en una estampa en la mano de otro hombre, despues de escarnecerla con gestos ridículos, se la quitó y arrollándola la arrojó en la tierra con desprecio. Pero antes que la imágen llegase al suelo, ella misma se volvió á abrir y quedó suspensa en el aire, como si alguno la sostuviera. No se rindió aquel impío á este prodigio, y le puso el pié

encima para pisarla y deprimirla; pero la santa imágen volvió otra vez á elevarse en el aire, quedando suspensa como antes. Acostumbra Dios muchas veces de los males sacar bienes y los Santos á corresponder á los agravios con beneficios, y así sucedió en esta ocasion; porque confuso aquel hombre con el milagro se postró en tierra arrepentido, veneró la sagrada imágen con mucha sumision, y confesándose despues de sus pecados, dió principio á una nueva y justificada vida.

Grandísima fué la angustia en que se vió el abate Jacobo Crescencio, y en que esperimentó cuán importante era el recurso á la poderosa intercesion de nuestro Santo. Llevárenlo algunos hombres prácticos al cementerio de santa Priscilla, fuera de la puerta Salaria, para mostrarle algunos cuerpos de Santos y otras reliquias que dentro habia. Penetraron pues en él, pero lo hicieron por una concavidad tan estrecha, que les fué preciso entrar arrastrando el cuerpo sobre la tierra, y despues de andar en aquella cueva mas de cinco horas, perdió quien los guiaba el tino, y se hallaron en un lugar que parecia intrincado

laberinto. Por mas que dieron muchas vueltas, siempre se volvieron á hallar en el mismo sitio; y les hacia inesplicables el susto el ver que ya no les quedaba mas que un dedo de la vela que llevaron encendida. Cubiertos de fatiga y sudor, se tenian ya por muertos y sepultados sin esperanzas de salir mas de aquel lugar, como habia acontecido á algunos otros que entrando allí secretamente, nunca mas parecieron. Viéndose, pues, en tan fatal aprieto y desamparo, dijo el Abate que con mucha fe hiciesen todos oracion á Dios, y juntamente al beato Felipe, que él los ayudaria. Obedecieron todos con el fervor que se puede imaginar, y no habia pasado el tiempo de un *Miserere,* cuando sin saber de qué suerte se hallaron puestos en la boca de la gruta por donde entraron, despues de haber estado siete horas encerrados en aquella caberna. Fuéron luego á la capilla del Santo á rendirle las debidas gracias y en honra suya le ofreció el Abate una pieza de plata, por haberlos librado por su intercesion de tan grande y evidente peligro.

No fué menos portentosa la maravilla con

que libró á Pannonio Ceccarelli, que estaba preso en la cárcel de Perugia. Tenia este un hermano sacerdote en Roma, el cual, sabiendo de su inocencia y de ser falso el delito que le imputaban, se fué con otro Padre á hacer oracion ante el sepulcro del Santo, pidiéndole su amparo en aquella angustia, y prometiendo mostrarse reconocido al beneficio con algun presente, si lo conseguia. Rogó tambien al otro Padre que por la misma intencion celebrase misa en el altar del Santo, y cuatro ó seis dias despues tuvieron el singular placer de recibir una carta del preso, en que afirmaba que el mismo dia en que se dijo la misa, habia hallado las llaves de la cárcel en parte donde nunca juzgó que estuvieran, y que abriéndola, habia pasado por junto al juez y el carcelero, á los cuales habia saludado, sin que ellos le respondiesen nada; y así, libre ya de la prision, se habia salido de Perugia para esconderse, sin impedirle el paso las gruesas corrientes del rio Tíber, que habia pasado con mucha facilidad. Despues, sabiendo las rogativas que su hermano habia hecho por él en Roma, reconoció y confesó

dia aun la luz artificial, y desp
con tanta claridad como antes

Pero no solo Roma se honró
cia del Santo, despues de mu
bien otras muchas ciudades,
en devotos suyos. Se habia en
débil lancha Alejandro Lingui
cular del Oratorio de Nápoles
che se levantó una tempestad
el mayor peligro, puesto qu
mástil y la vela; pero acostum
dro recurir en todas sus necesi
se le encomendó tan de veras,
reció sobre la popa de la lan
resplandores, y vestido de sa
quilizóse á su vista no solo Ale
agitado mar, y cesando de pro
tad, pudo proseguir su viaje
este mismo, el cual imploró su
enfermedad que padecia un her
le apareció el Santo puesto de r
Reina del cielo, y en el mismo i
ron los flujos de sangre del enf
napolitano, llamado Pedro Anel
visitar su sepulcro, y el cual cay

que aquella milagrosa libertad la debia á la intercesion de S. Felipe, en cuya capilla hizo poner un lienzo en reconocimiento y testimonio de la maravilla. Pasados algunos dias se examinó con mas detencion su causa, y hallándolo sin delito, lo absolvieron de la imputada culpa y lo declararon por inocente.

Enviando Francisco Arcarsi, médico, á su mujer con un hijo de doce años y algunos criados á la ciudad de Sabona, les acometieron en la Estrada unos bandidos, los cuales, dejando á la mujer y á los criados libres, hicieron presa en el niño, diciendo que si no les daban mil monedas de oro, no soltarian al prisionero. Quedó sumamente afligido el padre con esta noticia, principalmente por no tener hacienda bastante para pagar rescate tan escesivo; y aunque se valió de los medios mas poderosos, con ninguno pudo conseguir el rescate del hijo. Viendo los ladrones que no se remitia el dinero pedido, avisaron al padre que matarian al niño, si para tal dia no obraba aquella suma en su poder.

Indecible fué la angustia en que se vió el afligido padre, y no sabiendo qué hacerse, se

fué á aconsejar con el propio confesor, el cual le persuadió que recurriese á la intercesion de S. Felipe, que seguramente le sacaria de su afliccion y libraria á su hijo, como habia librado de la cárcel á Pannonio Ceccarelli en Perugia. Tomó el médico el consejo, mandando decir por esta intencion una misa votiva al Santo; y al dia siguiente recibió una carta, en que se leian estas formales palabras: «En esta »mañana, en nada pensaba yo menos que en »estos ladrones bandidos, los cuales, cierta»mente movidos del cielo, vinieron á estar »conmigo, y me dieron por última resolucion »que por mi rescate no querian ya cosa al»guna.» De allí á pocos dias llegó á su casa el niño libre y sano, con escesiva alegría de sus padres, que lo lloraban por casi muerto.

A una noble Matrona veronense, despues de padecer muchas tercianas con gran calentura, la sobrevino en las rodillas una inflamacion con humor tan nocivo, que viendo los médicos y los cirujanos no aprovechar los emplastos y medicamentos que se le aplicaban, resolvieron que se sajase por tres partes una de las rodillas. Afligidísima ella con la ima-

ginacion de los grandes dolores que le habia de causar la cruel operacion no pudo sosegar ni dormir la noche antecedente, y viniéndole á la memoria nuestro Santo, hizo voto de mandarle decir una misa á la mañana siguiente, y de ofrecerle una pieza de plata en su obsequio. Hecho el voto tomó luego el sueño, y hallándose por la mañana sin impedimento alguno para andar, ella misma fué á la Iglesia á cumplir su promesa, y volvió á su casa con todo desembarazo. Vinieron los médicos y cirujanos á hacer la molesta operacion, pero estaba la parte lesa tan mejorada, que sin necesitar otros remedios, en tres dias quedó totalmente sana.

Hallándose en Saló, no solo preso, sino tambien condenado á muerte un pobre hombre, pidió á cierto amigo suyo que escribiese á una señora veronense, patrona de un altar de S. Felipe, que hiciese la caridad de encomendarlo al Santo, para que le ayudase y fortaleciese en aquel último y fatal aprieto. Luego que ella recibió la carta, envió tres hijitos suyos pequeños que fuesen al altar á hacer oracion por el paciente, el cual fué lle-

vado por la justicia al patíbulo en Saló, al mismo tiempo en que los niños oraban en Verona. Cuando aquel estaba ya próximo al lugar del suplicio, se hizo instancia al juez para que mandase suspender la ejecucion y examinar nuevamente el proceso. Aceptó luego el ministro la súplica interpuesta, ordenó que volviese el reo otra vez á la cárcel, y examinada mejor la causa, lo absolvió de la sentencia capital; reconociendo el mismo reo por qué intercesion le habia sido concedida tan notable merced. En este caso prevaleció el Santo contra la muerte ordenada por la justicia: en el siguiente contra la muerte intentada por venganza.

Sirviendo Paulo Alejandro de Bernardis á cierto caballero, tuvo algunas contestaciones agrias con otro criado, el cual le amenazó muy colérico, diciéndole que se acordase de aquel dia. Fuese Pablo á la Iglesia Nueva, donde despues de oir misa visitó la capilla del Santo, á quien pidió mucho lo librase de todos sus enemigos, especialmente de aquel que con tanta furia le habia amenazado.

A la noche salió Pablo de su casa á una di-

ligencia de su amo, y no sospechando que las amenazas de su contrario fuesen tan prontamente ejecutadas, no tomó precaucion de ninguna clase. Apenas habia dado algunos pasos, cuando le asaltó aquel miserable, y aproximándole á los ojos una linterna encendida de las prohibidas, le dejó atravesado un puñal en la garganta, y huyó precipitadamente. Quedó Pablo tan fuera de sí, que no imaginándose herido, solo creyó que le habia dado un gran golpe; pero sintiéndose todo alterado, con vivo corazon invocó á S. Felipe. y oyó que él le respondia: «No temas, que no tendrás mal alguno.» Volviéndose á su casa, en la puerta de ella se le puso delante de los ojos una gran luz, que le pareció como un espejo, y viendo entonces el puñal que tenia atravesado en la garganta, lo sacó con sus propias manos y con escesivo dolor, repitiendo tres veces en alta voz: *Jesus*; y encomendándose á San Felipe. Entró en casa, y un sacerdote que allí habia lo confesó como pudo, porque el mismo herido se juzgaba ya moribundo. Vinieron los cirujanos, y todos declararon ser mortal la herida, y que le tenia ya

mas muerto que vivo. No pudo el doliente dormir aquella noche, y así la empleó toda en encomendarse al Santo, para que le favoreciese en aquel tan fatal aprieto. Durmióse, en fin, por espacio de hora y media, y hé aquí, que despertando despues, se halló milagrosa y totalmente sano. Atónito, comenzó á hacer esperiencia de la pasmosa mejoría, moviendo la cabeza, volviendo el cuello, escupiendo la saliva, y todo lo hacia con mucha facilidad y sin sentir dolor alguno; hallándose tan vigoroso, que admirado de sí mismo, protestaba estar sano, y que S. Felipe el de la Iglesia Nueva lo habia sanado milagrosamente.

Viniendo los cirujanos, despues de examinar la herida y ver la nueva situacion en que se encontraba el enfermo, uniformes declararon ser imposible humanamente que aquella no le causase la muerte, y mucho mas, que sanase tan súbitamente; por lo que protestaron que aquel milagro era tan estupendo, como los mayores que habian oido contar de otros Santos. Deseando Pablo agradecer á S. Felipe tan singular beneficio, quiso luego levantarse de la cama, para ir á rendirle las

gracias á la Iglesia Nueva; mas le obligaron los cirujanos á detenerse en ella cuatro ó cinco dias, en cuyo tiempo, lejos de sobrevenirle accidente alguno, la herida se cerró perfectamente, quedándole solo en los sitios por donde penetró el puñal dos cicatrices, para señal mas evidente de milagro tan portentoso.

En Pistoya, en el monasterio de Santa Clara, habia once años que estaba enferma Sor María Francisca con dolores tan continuos y escesivos en las coyunturas del cuerpo, que no la podian mover. Saliéronle una porcion de costras que parecian de lepra, y así la nombraban los médicos, cubriéndole estas el rostro, como si lo tuviera enmascarado, sin poder ver la luz, ni á ella vérsele su figura. En los últimos siete meses estuvo continuamente impedida en la cama sin levantarse en ella sino en brazos y con grande tormento, por cuya causa los médicos juzgaban como incurable aquella dolencia. Era la enferma devotísima de S. Felipe, en términos que acostumbraba antes á leer todos los dias algun capítulo de su *Vida*, y oia con particular gusto

sus milagros; por lo que mandó á decir en honra suya diez misas, y á su capilla envió una oferta de plata, haciéndole en estos cultos otras tantas demostraciones de su afecto. Estando, pues, la enferma en esta triste situacion, se le agravó el mal una noche con tanta vehemencia, que llegó á consentirse en que moria; mas no bien puso sobre el rostro una reliquia del Santo, cuando se quedó luego dormida, y logrando descansar por espacio de tres horas seguidas, cosa que no habia logrado hasta entonces. Tres veces oyó entre sueños una voz que le dijo: «Levántate, que estás sana;» sintiendo juntamente ponérsele una mano sobre la cabeza. Despertando muy alegre, se le representó que veia en el aposento un gran resplandor, que tambien luego desapareció. Tocó con las manos el rostro que halló limpísimo de todas las costras, y levantándose de la cama por sí sola, se puso de rodillas, y rezó tres veces el *Padre nuestro* y *Ave María* en honra de S. Felipe, concluyendo con el *Te Deum laudamus*. Sin diligencia alguna se le cayeron unas pocas y pequeñas manchas que le quedaban, hasta

estar perfectamente libre de todo el achaque, con grande gozo y admiracion de las Religiosas, que alabaron á Dios y rindieron al Santo las gracias por merced tan singular.

En Carboñano se levantó el primer dia de mayo, como allí se acostumbra, en medio de la plaza y en presencia de la mayor parte de el pueblo, un mástil festival (que llaman *Mayo)*, que tenia setenta y seis palmos de altura y casi tres de grueso. Cuando lo levantaron empezó á inclinarse notablemente hácia un lado, y temiendo que se cayese, empezó toda la gente á huir. En esta apresurada y tumultuaria fuga, un niño de cuatro años, llamado Mateo, hijo de Eustaquio Poyani, cayó de espaldas en el suelo, en el sitio mas alto de la plaza, y acto continuo, viniéndose el mástil abajo, dió sobre el pecho de la criatura, y rodando sobre su cuerpo, le hirió gravemente el rostro. Del mismo modo que la espuerta de olivas esprimida con la viga del molino derrama todo su jugo, así aquella criatura arrojaba gran cantidad de sangre por la boca y el ojo izquierdo, quedando pálida, fria y sin movimiento, de suerte que todos la

juzgaron por muerta. Compadecido el devoto pueblo, clamó que lo llevasen á la Iglesia de S. Felipe, poseido de una sincera y firme confianza de que el Santo resucitaria al difunto. Llevárenle con efecto con grande fe, pusiéronle sobre el altar, y arrodillados pedian al Santo que restituyese la vida al infante. Con las preces juntaban las lágrimas, los suspiros, las esperanzas seguras de que habian de conseguir la gracia, y juntamente con la afligida madre, allí presente y deshecha en llanto, gritaban: «Glorioso S. Felipe, resucitad este chiquito.» En este tiempo (¡caso maravilloso!) abrió el niño los ojos y dijo algunas veces: *¡Oh madre!* A estas voces levantaron los circunstantes las suyas, diciendo: *¡Milagro, milagro!* Este fué tan completo como todos deseaban; pues acercándose al altar, tuvieron el placer de hallar al niño sano y sin señal alguna de contusion ó herida en el rostro, teniendo este mas fresco y hermoso que antes. A vista de tan evidente y portentoso milagro, fué el clero y el pueblo procesionalmente á la Iglesia de S. Felipe, y le rindieron las debidas gracias; contribuyendo este

singular beneficio para que, tanto en aquella tierra como en las circunvecinas, se aumentase mas y mas la devocion al Santo.

CAPÍTULO XLI.

Refiérense nuevos y asombrosos milagros de S. Felipe.

En la ciudad de Amalsi enfermó gravísimamente doña Porcia Escaglioni, y despues de pasar siete meses con varias medicinas, llegó por último á ser desahuciada de los médicos, y recibió los santos Sacramentos. Era ella devotísima de S. Felipe, y animada de alguna confianza en el Santo, hizo que le trajesen varias reliquias que habia en la Congregacion de aquella ciudad, las cuales se colgó al cuello, colocando junto á la cabeza una imágen del mismo Santo. Agravóse el mal cada vez mas con estraordinaria contraccion de nervios y tan vehementes convulsiones, que no la podian sostener muchas personas, causando tan grande compasion y horror al mismo tiempo, que su marido Juan

Francisco Rosa, baron de Montoni, estuvo tres dias encerrado en otro aposento por no atreverse á verla. Una noche particularmente llegó ya á perder el habla, el rostro se le puso pálido y el cuerpo todo frio, por lo que tomándole el pulso los médicos, la juzgaron próxima á espirar, y se le recomendó el alma. Esperábase ya de un instante á otro que exhalase su espíritu, cuando hé aquí que un criado empezó á clamar en altas voces: «¡Oh! la señora hace movimiento;» y al mismo tiempo la enferma movió el cuerpo, abrió los ojos, estendió las manos que tenia contraidas, se sentó en la cama por sí misma, y dijo estas palabras: «Estoy cuerda, estoy sana, mi bondadoso S. Felipe ó mi Anciano bellísimo, toda, toda, me ha sanado. ¡Oh! mi corazon está alegre, alegre, ya no tengo cosa que me cause dolor. Alabado sea Dios y mi bello San Felipe.» Estas voces repitió varias veces con tanto vigor y semblante tan alegre, que se veian bien los efectos de la divina Omnipotencia. Preguntóle una persona si era hermoso S. Felipe, y respondió: «¡Oh, y cuán bello es! Solamente con dejarme mirar su hermo-

sísimo rostro, me dejó consolada y sana.» Quisieron los presentes hacer algunas esperiencias para mas cerciorarse de tan repentina mejoria, y le pusieron en una mano el Crucifijo y en la otra una vela, y teniéndolo todo con firmeza, decia: «Yo estoy sana; vedlo bien, no teneis que dudar.» Diéronle un vaso con agua, tomólo y se la bebió toda sin dificultad alguna (siendo así que antes no podia tragar), y rezó luego el *Te Deum laudamus*, alternativamente con los circunstantes.

Uno de los criados que estaba allí, no obstante que era de noche, corrió á toda prisa á dar la nueva á los Padres de la Congregacion, y como iba con escesivo júbilo se subió al campanario, y por mas de una hora estuvo tocando las campanas. Vinieron luego, entre otras personas, dos canónigos con un músico, y la matrona le hizo cantar algunos loores en obsequio del Santo. Levantóse inmediatamente del lecho, paseóse por la casa con mayor desembarazo que antes de enfermar, llevando en los brazos una hijita suya; y al dia siguiente, 26 de mayo, que era la festividad del Santo, asistió de rodillas y con las

manos cruzadas á la misa mayor, con admiracion del inmenso pueblo que concurrió á la voz de milagro tan estupendo. Con este favor consiguió otro muy especial, porque como ella misma dijo, cuando olia las reliquias del Santo, percibia de ellas una fragancia suavísima, y si acaso se hallaba melancólica, solo con olerlas se le desvanecia toda la tristeza.

En el colegio de doncellas recogidas *Ad Templum pacis* estaba Inés Juana aplicada á concluir cierto bordado, cuyas labores le eran múy difíciles, y sintió de repente en la cabeza un grandísimo peso como de plomo, que no la podia volver á ninguna parte, causándole escesivo dolor. Llamado el cirujano, vió que en la parte izquierda y en los músculos flexorios y estensorios le habia nacido un tumor tan grande y duro, que la paciente no se podia menear. Sin aprovechar remedios algunos, creció con tanta fuerza la contraccion de los nervios, que violentándole la cabeza hácia abajo, le puso la boca junto al pecho, de suerte que no podia tomar bebida alguna, sino se le administraba por un canuto. Tentáronse las mas esquisitas medi-

cinas y todas salieron inútiles, por lo cual los profesores del arte afirmaron ser aquel mal incurable, especialmente por estar la cabeza enteramente pegada al pecho.

Con mucha paciencia toleró la enferma este terrible mal desde principios de marzo hasta 25 de mayo en el año de 1698, y en la noche del mismo dia 25, víspera del en que se celebra la festividad del santo Padre, se sintió movida en lo interior á recurrir á su patrocinio, esperando con vivísima fe que le alcanzaria la perfecta salud ó la muerte, con que se librase de tan escesivo tormento. Habia en el jardin del colegio una capilla dedicada al Santo, y haciendo que la llevåran á ella, todo el dia de su fiesta lo gastó en suplicarle con instantes y fervorosos ruegos, que le alcanzase el despacho de alguna de aquellas dos peticiones. Llegada la noche, y con ella el término de la festividad, se partió de allí la enferma, no con las esperanzas totalmente perdidas, mas con todo sin recibir el despacho deseado; y se fué á otra capilla, en donde en un pequeño tabernáculo se conserva, con suma veneracion, una imágen de cera que re-

presenta al mismo Santo, y mediante la cual el año de 1672 á 19 de Abril, obró un singular milagro con Catalina Barbaresqui, recogida entonces en el mismo colegio y despues religiosa en el monasterio de S. Gemini, á la cual libró de una penosísima dolencia, solo con la aplicacion de esta imagen. Habia en la capilla gran concurso del pueblo y de varias matronas, que habian venido á asistir á la misa; de suerte que el capellan se angustiaba de ver allí tanta gente, aunque despues de seguirse el milagro conoció que habia sido especial disposicion de la divina Providencia. Llegó Ines y púsose en oracion; y he aquí que de repente, movida con superior impulso, una de las compañeras se puso en pié, quitó del altar algunas hojas de rosa, mojólas en el aceite de la lámpara, y ungió devotamente la cabeza de la enferma. Confesó está que en aquel punto habia sentido como partírsele el corazon con un dolor tan escesivo, que le pareció haberla alcanzado el Santo la muerte. Pero fué muy otro el despacho, porque al mismo punto comenzó la enferma á levantar poco á poco la cabeza. Acudió luego el cape-

llan á tomar del tabernáculo la santa imágen, y poniéndosela encima, con este contacto se enderezó del todo la doliente, deshízose el tumor y quedó enteramente sana. Todos los presentes derramaron abundantes lágrimas de contento, y sus labios pronunciaban repetidas alabanzas á Dios y á su siervo, por el tan estraordinario beneficio que acababan de presenciar.

Citaré ahora en compendio para no hacerme prólijo, otros dos milagros, de los cuales el primero sucedió á 5 de marzo de 1638, y es el siguiente. Habia salido de Nápoles en toda bonanza con su barca Octavio Mesines; mas no bien hubo navegado como unas treinta millas hácia Mesina, cuando á cosa de media noche se levantó una borrasca, que le puso en el mayor peligro. Corrió al punto para arriar un marinero, llamado Andrés, viendo que el huracan iba á precipitar la barca; pero, ó por la velocidad del movimiento, ó por la oscuridad de la noche, cayó en el mar no viendo donde ponia el pié. Aterrados los pasajeros por el temor de seguirle muy en breve, pidieron favor al cielo, de quien únicamente

podian esperarle. Iban entre ellos tres Padres de las Escuelas Pias, uno de los cuales llamado Domingo de la Anunciacion, era muy devoto del Santo, á quien debia muchos favores. Recurriendo á él pues le rogó socorriera al marinero sumergido y los librára del naufragio. Acompañáronle en sus ruegos los otros dos Padres, llamados Felipe del Santísimo Sacramento y Horacio de S. Bartolomé, el cual rogó tambien al Patriarca S. José. A tan fervorosas oraciones no solo se abonanzó el mar, sino que con admiracion de todos se oyó una voz que dijo: « No temais, porque llegaréis á salvamento. » Entre tanto se habia perdido la esperanza de salvar al marinero sumergido, por lo mucho que se habia alejado la barca impulsada por el viento, y por la densa oscuridad de la noche; pero volviendo los pasajeros sus ojos hácia el punto en que habian oido la voz, vieron al náufrago Andrés cercado de resplandores y sostenido en los brazos de los Santos José y Felipe, á quienes habian invocado, y los que marchaban sobre las aguas hácia la barca, de la que estaban distantes como una media hora. Llegando por

fin á la barca, le acogieron con ternura, y adoraron á sus libertadores; y despues supieron de boca del mismo Andrés como estando próximo á sumergirse, oyó una voz que le dijo: «No temas»; y en seguida se vió entre dos venerables ancianos, los cuales le condujeron sano y salvo á la barca; llegando su admiracion al estremo cuando vieron que su ropa no estaba mojada, sin embargo de haberse encontrado tanto tiempo en el agua. Prosiguieron pues su viaje, y aunque de nuevo estuvieron á pique de naufragar y de caer en manos de corsarios, sin embargo, protegidos por los mismos Santos llegaron con felicidad á Mesina, término de su viaje.

El segundo milagro, no menos prodigioso que el referido, se imprimió en Roma á 11 de febrero de 1644 por Baldo Baldi, médico y Lector primario de la Sapiencia de Roma, y se le dedicó á los Padres de la Congregacion del Oratorio. El lugar en que acaeció, fué el Monasterio de S. Cosme de Roma: la persona en cuyo favor se obró fué Sor María Electa Radi de Cortona, monja profesa de la Orden reformada de S. Francisco; y el tiempo en

que sucedió fué el 5 de enero de 1644. Despues de seis años de una enfermedad penosísima, causada por la opilacion, se hallaba postrada en el lecho hacia cuatro años Sor María de Radi, sin poder moverse por los dolores que sentia en los costados, á los que se añadia un tumor en el vientre, de tamaño desmesurado. Juzgaron los médicos que su principal enfermedad era la hidropesía, que ellos llaman *anasarca;* y como que eran ineficaces todos los remedios, trató la enferma de acudir á Dios y sus Santos, particularmente á S. Felipe, rezando en honor de la Vírgen santísima la breve corona de nuestro Padre, diciendo sesenta y tres veces: «Vírgen María, madre de Dios, ruega á Jesus por mí»; al fin de la cual se encomendaba á Felipe, rezando la antífona y oracion del mismo. Sucedió pues que el 4 de enero de 1644 la mandó el citado Baldi un medicamento para los dolores y la fiebre que se le habian aumentado hacia tres dias; pero conociendo ella su ineficacia, no quiso aplicársele. Pasó en tanto aquella noche sin poder reconciliar el sueño hasta las tres de la madrugada, y entonces se

le apareció su madre que habia muerto hacia cinco años, y le dijo: «¿Cómo estás, hija mia?» á lo que le contestó: «Estoy tan agitada por los dolores, y estos se prolongan tanto que ya no puedo sufrirlos, y sin embargo no habeis venido hasta ahora.» Sonrióse la madre, diciéndole: «Encomiéndate á Felipe, de quien fuí muy devota, y alcanzarás gracia.» Dicho esto, desapareció. Obedeció la enferma, y alzando y bajando sus ojos para invocarle, le vió de pronto delante de sí, revestido de sacerdote. Entonces llena de humildad se volvió hácia él, y con tiernas súplicas le dijo: «¡Oh Santo mio! por los méritos de la pasion del Señor, y por vuestro amor á la santísima Vírgen, concededme al menos que pueda salir de la cama!» Estendió el Santo su mano hácia la enferma, y la oprimió el costado izquierdo con tanta fuerza, que pareciéndole que no podia respirar, esclamó con mayor eficacia: «¡S. Felipe, socorredme!» y despertando se encontró sana del todo, por lo que arrodillándose en la cama, y dirigiendo la vista hácia el lado en que le vió en sueños, le vió de nuevo cuando des-

aparecia. Acudió á las voces con que invocaba el nombre de Jesus la monja que la asistia, llamada Sor María Aurora Rebbi, y al verla bajar de la cama, y oyendo que la habia curado Felipe, corrió á anunciárselo á las enfermas y demás Madres que estaban próximas. Todas juntas pues luego que se abrazaron afectuosamente, bajaron al coro y cantaron en accion de gracias el *Te Deum laudamus*; mandando repicar las campanas, y manifestando su júbilo del modo que les era posible. Pero no solo se puso buena de un modo tan admirable, sino que curó aun de la sordera que padecia hacia mas de un año. Cuán grande fuese este milagro lo prueba, además de lo referido, el que fueron avisadas de él otras dos Madres del Monasterio, pues que á Sor Clara Muti le pareció que un fraile de san Francisco le decia: «Levántate, que hay novedad en el Convento»; y haciéndolo así, se encontró sana á la enferma; y Sor María Cándida Foschi creyó oir decir: «¡Milagro! milagro! ya ha curado!» y en efecto vió que era así con no poco asombro suyo. A la mañana siguiente conoció el prodigio el mismo

Baldi, y pareciéndole digno de perpetua memoria, hizo una relacion de él, que despues se imprimió en Roma.

Mas no paran aquí los favores de S. Felipe; pues amante de la Compañía de Jesus tanto como lo habia sido de su glorioso Fundador, quiso ser nuncio de felices nuevas á sus hijos y librar á uno de ellos de la muerte que le amenazaba. Refiere este hecho un Padre de la Compañía devotísimo de nuestro Santo, á cuya gloria compuso una relacion de él, que se conserva en la Congregacion de Nápoles. Corria el año de 1656, infausto para la mayor parte de Italia, y particularmente para el reino de Nápoles, por la terrible epidemia que devoró á una gran parte de sus habitantes; obligando á la bella Partenope á llorar con canto fúnebre, la muerte de casi todos sus hijos. Sobresalió en esta ocasion la piedad de los Religiosos que sacrificaban su vida por administrar los Sacramentos á los apestados, y particularmente de los Padres de la Compañía. Trataron pues sus superiores, como prudentes, de poner en salvo al menos al Noviciado, para lo que le enviaron al colegio de

la ciudad de Massa; pero aun allí penetró el contágio, quitando la vida á muchos de aquellos jóvenes. Estaba destinado á la enfermería un hermano llamado Gerónimo Tavolaro, tan práctico como caritativo, al cual, aunque no se separaba de los enfermos, parecia como que le respetaba la peste; pero al fin, para mayor gloria de Dios y del santo P. Felipe, le asaltó el mal con la mayor vehemencia. Habiendo pues recibido los Sacramentos, se esperaba que espirase de un momento á otro; cuando de improviso empezó á ponerse mejor con admiracion de los que le asistian, y recobrando el sentido, dijo «que en el momento en que habia esperimentado algun alivio le pareció ver junto á su lecho al santo P. Felipe, cuya *Vida* habia leido hacia muy poco, y la que le prestó el Padre que despues hizo la relacion del milagro, quien le aconsejó que se encomendára al Santo en el peligro en que estaba por servir á los apestados. Aseguróle el Santo que no moriria de aquella enfermedad, añadiendo que desde aquel punto no se contagiaria ninguno de los del Noviciado.» Y en efecto, ambas cosas se verificaron, pues él

curó, y despues que volvió á Nápoles acudió á dar gracias al Santo en su capilla, mientras que los jóvenes novicios quedaron libres de la peste. Y aquí es de advertir que aunque en el progreso de su enfermedad el hermano Gerónimo padeciese delirios, como sucedia á los apestados, sin embargo no fué ilusion la aparicion del Santo, pues siempre la contaba del mismo modo, y conservó perpetuamente su recuerdo despues que se puso bueno, demostrando sobre todo el éxito ser verdadera.

Concluirémos por último este capítulo refiriendo la milagrosa proteccion que debió una jóven al santo Padre, alcanzando por ella dos veces la vida que iba á perder en la flor de sus años, y cuyo nombre no cito por justas causas. Vivia esta en edad de catorce años en el Conservatorio de una de las primeras ciudades de Italia, y por su virtud se granjeó el cariño de la superiora; por cuyo motivo, como sucedió á José, llegaron á envidiarla las otras hermanas del mismo Conservatorio. Instigadas pues dos de ellas del demonio, la acusaron á la superiora de que habia saludado con poca modestia á un jóven de la ciudad, y para

que lo creyese mejor la ofrecieron hacérselo ver. Habian observado ellas que á cierta hora pasaba todos los dias un jóven de aspecto orgulloso, pero devoto de la Reina del cielo, pues saludaba afectuosamente á una imágen de esta Señora que estaba pintada en la pared del Conservatorio, sobre la cual daba la ventana del cuarto en donde solia hacer labor la jóven, y por lo tanto pudieron llevar á la superiora á que presenciase el supuesto saludo. Viólo esta en efecto, y fascinada del todo reprendió airadamente á la inocente doncella, diciéndole entre otras cosas «que era preciso separarla del lado de las otras sus compañeras, como á oveja infestada..» A tan estraña mudanza de la superiora no supo contestar la niña de otro modo, que con encomendar su inocencia al Dios de la justicia; y habiendo sabido quiénes eran sus acusadoras, les dijo con la mayor mansedumbre «que pidiesen á Dios perdon de su falta, confesándose de ella, pues que por su parte las perdonaba de corazon.» Conmovidas á estas palabras las jóvenes delincuentes, confesaron su culpa y se hicieron amigas de la calumniada, la cual

volvió con ventaja al antiguo concepto con la superiora. Rezábase todos los dias el oficio de la Vírgen, y habiendo dispuesto la superiora que la jóven calumniada entonase al dia siguiente el rezo, no bien empezó diciendo: *Domine labia mea aperies*, cuando cayó en tierra como muerta, por lo que al punto se llamó al confesor, temiendo que el accidente le quitára vida. Llegado este que ya conocia bien á fondo á la jóven, mandó retirar á las compañeras; y diciéndola luego que volvió en sí que se levantase, le preguntó qué habia sucedido. Obedeció ella, y le dijo, «que al pronunciar las palabras *Domine labia mea aperies*, se le habia representado la bondad divina, que le permitió abriese sus labios para corregir á sus hermanas y ganarlas á Dios, sin permitirle sentir el menor resentimiento contra ellas, y que admirada de tanta gracia se habia sentido sin fuerza para sostenerse, haciéndola caer en tierra.» Así pagó Dios á esta niña la amistad cristiana que conservó con sus acusadoras, haciéndole conocer su bondad.

Pero no pasó mucho tiempo sin que esta

doncella cayera mala de gravedad; y aquí empezó el santo Padre á demostrar la proteccion con que la atendia, pues cuando estaba ya para terminar su vida, se llegó á la portería uno que vendia varias estampas, entre las cuales traia la del Santo, y comprándosela algunas niñas del Conservatorio, se la llevaron alegres á la moribunda; y (¡oh estraño y maravilloso prodigio!) apenas se la pusieron encima cuando recobró instantáneamente la salud. Habiéndose divulgado el milagro, y hecho proceso de él, concedieron los Superiores que se imprimiese, como se verificó.

Creciendo en tanto la niña, y llegando á edad conveniente para elegir estado, como que no contaba con auxilio humano, y no podia permanecer por mas tiempo en el Conservatorio, por ser contra la regla; Dios, por medio de su confesor, la colocó en casa de una buena señora de edad, la cual, para que no perdiera en el espíritu, la puso bajo la direccion de un Padre del Oratorio, quien, como esperimentado, conoció que Dios la llamaba al claustro. Propúsole al efecto muchos lugares de grande observancia en la ciudad; mas

no inclinándose la jóven á ninguno, y teniendo proporcion el Padre de colocarla en un convento de Santa Catalina de la órden de Santo Domingo, que estaba á unas treinta leguas de la ciudad; accedió ella con sumo gusto, principalmente luego que supo que por la santidad que en él reinaba mereció que un Padre de la misma Orden, hombre de gran virtud, le *llamára la joya de la cristiandad*. Habiendo pues obtenido el consentimiento de la jóven, consiguió el citado Padre de varias personas piadosas cuanto era necesario para el dote y demás gastos indispensables; y practicado esto suplicó que la condujese al convento á una persona de respeto que tenia parientes en aquel punto, y la misma que para gloria del Santo, dió despues las noticias que vamos á referir.

Preparado todo lo preciso para el viaje, entró la doncella en una litera con la mujer de un hijo del caballero conductor, quien en union de este y algunos criados iban á caballo custodiando el carruaje. Despues de caminar algunas leguas, les salió al encuentro un venerable anciano sacerdote, que tambien venia

á caballo, y dirigiéndose al conductor le preguntó cortesmente á donde iban, y que si no les era molesta su compañía irian todos juntos, pues que él caminaba para el mismo punto. Aceptaron estos la oferta, aunque no le conocia ninguno de ellos, á escepcion de la jóven, que muy luego reconoció en él al mismo de quien habia recibido la salud y la vida. Nublóse á poco el cielo, y levantándose un fuerte huracan, empezó á caer agua en abundancia, acompañada de relámpagos, truenos y rayos, por lo cual atemorizados los pasajeros, buscaban en vano donde guarecerse, mientras que la jóven, llamando al Sacerdote, le rogó que se dignára bendecir los elementos para que se sosegasen. No fueron desoidas las súplicas de esta; pues en efecto muy en breve calmó el aire y se despejó el cielo, presiguiendo por tanto su viaje llenos de satisfaccion. Llegado que hubieron á la posada, rogaron al Sacerdote que honrase su mesa, ya que hacian el viaje juntos. Escusóse este, diciendo que le agradaba mas estar solo; y reiterando sus ruegos los viajeros, la jóven que conocia bien quién fuera aquel anciano,

dijo sonriéndose que no le violentasen y le dejáran obrar con libertad. No pudiendo pues servirle como querian, mandaron al posadero que le diera el mejor cuarto; pero este les contestó que no habia visto á tal Sacerdote (y decia verdad, porque el que solo era desconocido á los ojos de ellos, era de todo punto invisible á los de aquel); y admirados de esta respuesta, que atribuyeron á una evasiva, cortaron la conversacion por prudencia y se retiraron á sus cuartos. A la mañana siguiente se presentó de nuevo el buen Sacerdote, y animándolos á proseguir su viaje, observó el conductor que él se puso junto á la litera, y que la jóven le miraba con tanta veneracion y modestia, que escitaba un grande amor á Dios y á la virtud. Llegando en fin al término de su viaje, fueron á parar á casa de los parientes de la nuera del conductor, en donde volvieron á suplicar al Sacerdote se detuviese en su compañía, pero él se escusó diciendo que tenia mejor albergue. Sonreíase la doncella al oir aquellas afectuosas ofertas; mientras que los que estaban presentes se admiraban de no ver á la persona á quien se

dirigian, pues era invisible para ellos el venerable Sacerdote, el cual dando por fin su bendicion á la jóven desapareció.

Admitida la Vírgen en el Monasterio, tomó el nombre de S. Felipe Neri, en reconocimiento de haberle dado la salud, y haberla librado de la tempestad, acompañándola en su viaje, como ya hemos dicho. Bajo la direccion de tan gran Santo, y estimulada con el ejemplo de sus compañeras, avanzaba mas y mas en la virtud, cuando se vió acometida de una grave enfermedad, tanto mas peligrosa cuanto que en aquel punto no habia médicos á propósito para curarla, por cuya razon tuvièron que mandar á pedir licencia al Obispo para introducir en la clausura otros facultativos forasteros. Concedióla este, mandando además á su Vicario para que la visitase en su nombre; pero no bastó el arte de los médicos á conjurar el mal, así que conociendo la ineficacia de los remedios, la mandaron administrar solo la Estremauncion, porque los vómitos que padecia le impedian recibir el santo Viático. Afligida la moribunda por no poder recibir el Pan de vida, acudió á su

amado padre y protector S. Felipe, el cual le concedió lo que deseaba. Pidió al efecto que le diesen una partícula no consagrada para hacer la prueba de si podria recibirla sin arrojarla; y visto que esto no tuvo ningun mal resultado, se le administró la sagrada Comunion en presencia del Vicario general, quien sabiendo lo mucho que la estimaba el Obispo quiso hallarse presente para hacerle despues relacion de todo; disponiéndolo así el Señor para que pudiera ser testigo de otro prodigio de nuestro santo Padre. Avanzaba el mal por instantes, llegando ya á poner á la enferma en el último estremo, con dolor de las personas que la asistian, cuando hé aquí que haciendo esta de pronto un esfuerzo, se volvió á una hermana que estaba próxima y la rogó que le trajese una cajita en que habia varios frasquitos de aceite; y tomando uno de ellos que contenia el de la lámpara del Santo en Roma, se ungió con él la parte dañada, y al punto llena de alegría esclamó: «Ya estoy buena»; demostrándolo con efecto levantándose en presencia del Vicario, del médico y cirujano; de la abadesa y de casi todas las

monjas; por lo cual poseidos todos de un santo gozo entonaron un *Te Deum laudamus*, para glorificar á Dios que tan admirable es en sus Santos, y especialmente en nuestro muy amado Padre S. Felipe.

CAPÍTULO XLII.

Conclúyense los milagros del glorioso S. Felipe Neri y toda la historia de su admirable vida.

Despues de referidas tan copiosas, tan varias y tan insignes maravillas de este universal taumaturgo de todas, justo es que terminemos ya el catálogo de las mismas, toda vez que seria árdua empresa el intentar recopilar todas las sucedidas hasta el dia, y habiendo referido por otra parte las mas principales y que gozan de mayor crédito. Por las ya mencionadas se demuestra que no hubo personas, de cualquier condicion, edad y estado que fuesen, á las cuales no valiera el patrocinio de nuestro Santo; y como á mas de socorrer en las enfermedades espirituales, no hubo una corporal que por mas peligrosas y deses-

peradas que fuesen á las cuales no alcanzase el imperio de su poder. Mas para que se vea cuán igual es el que de la misma suerte le concedió el Señor para librar á sus devotos de las fatales ruinas con que nos pueden oprimir las criaturas insensibles y esteriores, finalizarémos ahora las valentías de su universal proteccion con los dos portentosos milagros que obró en otros tantos horribles terremotos, (que sepultarian las personas, si nuestro Santo con su favor no los librase prodigiosamente las vidas), y otro caso averiguado con motivo del último de dichos terremotos. En el año de 1703 á 14 dias de enero padeció Nursia un terremoto tan fuerte é impetuoso, que todas las casas de aquella tierra convirtió en ruinas y hasta el edificio de la Congregacion que allí habia, sintió el mismo estrago, escepto solo un aposento en que se hacia fuego que era el menos firme. Para templar con el calor los rigores del mucho frio se hallaban en él varios Padres de la Congregacion (1), y con ellos el P. Cayetano

(1) La relacion hecha por los mismos Padres, impresa en Roma y despues en Valencia, año de 1748, tra-

Gibellini, Prepósito de ella, el cual habia venido todo mojado de asistir á un enfermo, y siendo así que desde luego pudiera recogerse á su cuarto como acostumbraba, especialmente por no ser aquella hora en que los Padres se juntaban al fuego, con todo la divina Providencia dispuso que estuvieran allí todos, con la particularidad de que habiendo pedido licencia al Superior para recogerse antes el P. Felipe Fusconi, por hallarse indispuesto, aquel le rogó que se esperase un poco, á cuya indicacion obedeció. Pasado un breve espacio y levantándose el Prepósito para irse á su aposento, sobrevino de repente el terremoto: quiso el Padre refugiarse en otro cuarto contiguo, pero por mas diligencias que hizo, nunca pudo abrir la puerta enteramente; abierta pues la mitad, y yendo á entrar por ella, vió al mismo tiempo caerse el techo y las paredes de la casa, de suerte que la otra media

ducida al castellano, dice que los Padres que allí se hallaban además del Padre Prepósito, eran el P. Nicólas Cuarantotti, el P. Felipe Fusconi, el P. Francisco Palura, el P. Matías Cianconi, el P. Felix Castelani y Juan Antonio Viei, Hermano lego.

puerta que quedó cerrada, sirvió para sostener las vigas y evitar que lo oprimiesen cayendo sobre él.

Aterrados los demás Padres, huyeron á ampararse á otra puerta de la misma pieza, invocando unidos á S. Felipe, cuando esta se desplomó con el techo y las paredes; y no siendo la puerta suficiente para cubrir á tantos debajo de su arco, vieron quedarse suspensas algunas vigas, que les sirvieron de resguardo para que no los oprimiesen todas las otras que de las paredes y techo habian caido. Acabada esta primer sacudida del terremoto, quisieron los Padres librarse de la segunda, y para esto salirse fuera del aposento; mas cuando abrieron la puerta la hallaron toda obstruida por las muchas piedras y madera de los otros aposentos hundidos; por lo cual les era imposible la salida. Intentaron hacerlo por la ventana, pero tampoco por este medio era segura y sin peligro la retirada, porque querian que atados unos con otros los ceñidores les sirviesen de cuerda para la descension, y conocieron que no era bastante su fuerza para sostener el peso de cada uno. Es-

tando en esta perplejidad repitió el terremoto con nueva fuerza, y viéndose privados de todo refugio, invocaron nuevamente al Santo con muy viva fe, confiando que así como su proteccion los habia librado de la antecedente ruina, tambien les descubriria medio para no perecer en aquella siguiente. Pareció al Padre Felipe Fusconi, que se rompiese una tabla de la puerta y la abertura les franquearia salida; y así, animándolos á todos, les dijo que no temiesen porque S. Felipe los queria salvos. Arrancaron, pues, una tabla de la puerta, aunque con gran miedo, porque el arquitrave no estaba muy seguro; entró por el agujero el Padre sin sotana, por no ser muy capaz la brecha, y haciéndola despues él mismo mas ancha, fueron saliendo los otros aunque con algun trabajo. Vencida esta con otras molestias, como era habérseles con el viento apagado la luz, encendieron de nuevo una vela, que resguardaron con un papel á falta de linterna. El último en salir quiso ser el P. Matías Cianconi; y no bien esto se verificó, se apagó de nuevo la vela, dejándolos entre tinieblas, sin saber donde poner el pié

y espuestos á muchos precipicios; mas no permitió el Santo que les sucediera mal alguno; pues con nuevo prodigio hizo que se encendiera aquel pedazo de papel, y que su llama durase hasta que todos hubieron salido del aposento. Una vez vencidas estas dificultades, y ya fuera de la estancia, observaron que la casa no tenia otro techo que el cielo; y caminando por encima de las ruinas entre las oscurísimas tinieblas de la noche, se fueron á la plaza Mayor, donde llegaron sanos y salvos, y allí se ocuparon en confesar á las personas que escapaban de las ruinas, no obstante ser continua é impetuosa la lluvia que caia del cielo.

Antes del terremoto habian llamado al Padre Benito Antonio Estefanelli para confesar á toda prisa á un enfermo, y á no estar fuera entonces le hubiera cogido el terremoto en el aposento que se arruinó todo, y si no hubiera ido tan aprisa le hubieran muerto las casas vecinas á la del enfermo que todas quedaron por tierra. Apenas entró el Padre en el aposento del enfermo, en donde estaban hasta once personas, cuando la tierra se sa-

sacudió con otro vaiven; todos los presentes pidieron confesion, y el Padre los absolvió *sub unica forma*. Repitióse otra vez el temblor, y arrimándose el Padre á una pared, por no poder en pié gobernarse, sintió que el suelo del aposento, desencajado de su lugar, se iba á bajo. Esclamó entonces con los circunstantes en altas voces: *¡Ah! S. Felipe, socorrednos!* Invocado el Santo, luego al punto se halló con fuerza y vigor para sostenerse en pié, y ni del aposento del enfermo, ni de otra sala inmediata se cayó una piedra. Persuadió entonces á todos á que saliesen de allí, y mudasen al enfermo á parte mas segura, como lo hicieron. Bajó la escalera con una luz en la mano, y cuando llegó á la puerta de la calle, la halló obstruida con un monton de piedras de la casa de enfrente que se habia arruinado. Fuéle, pues, preciso caminar sobre las ruinas, y habiéndosele apagado la luz, envuelto en la oscuridad de la noche, y el mucho polvo, cayó entre aquellos montones de materiales que habia en la calle, pero sin recibir lesion ni daño alguno. Apenas, con cuantos le seguian, habia llegado á la

plaza vecina, cuando se vino á tierra de un golpe la parte interior de la casa donde habia estado con el enfermo.

Luego que amaneció fué el Padre á buscar á los otros que se habian retirado á la plaza Mayor, y abrazándose entre sí se resolvieron todos á vivir y morir hijos de S. Felipe, por cuya intercesion, reconocian haber conseguido merced tan singular. Como aquella Congregacion estaba allí aun en los principios, y por consiguiente, no tenia rentas, y por el terremoto habia quedado sin iglesia y casa, determinaron procurar ser admitidos en alguna de las otras Congregaciones; pero queriendo el Santo tenerla tambien en aquel pais, dispuso medio para que la hubiese en Nursia, donde ellos viviesen sin ausentarse de la propia patria. De la noble familia Senecheti, solo quedaba por único descendiente el capitan Francisco Senecheti, (por haber muerto bajo las ruinas otros siete, á escepcion del criado y la criada que se habian salvado); el cual despues de haber estado mas de un dia debajo tambien de las ruinas ocasionadas por el terremoto, luego que lo sacaron de ellas man-

dó llamar al confesor, *que era un Padre de la Escuela Pia*, y haciendo inmediatamente testamento, dejó por universal heredera de todos sus bienes á la Congregacion del Oratorio de Nursia, la cual por este medio quedó suficientemente dotada. Ocurrieron tambien en este accidente algunas otras cosas dignas de mencionarse. Yendo á la mañana siguiente el P. Castellani á registrar las ruinas de la Iglesia, halló entre ellas el Copon entero; y consumidas las partículas, lo trajo intacto y sin lesion. El altar y cuadro de S. Felipe quedaron tambien ilesos sin caerse, aunque metidos entre las muchas piedras de la ruina. En la sacristía guardaban los Padres una reliquia de las entrañas del Santo en un relicario dorado, y aunque la sacristía estaba contigua con la Iglesia, y esta se arruinó toda, sin embargo, aquella donde se conservaba la reliquia, no padeció el menor daño.

No fué menos prodigiosa la merced que en este mismo tiempo recibió Antonio Marinoni (Juan Antonio Marinuci, dice la relacion citada), natural de la ciudad de Aquila, y huesped entonces en el lugar de Amatrice. Estan-

do él conversando junto á una chimenéa con el dueño de la casa, y con el Sr. Lorenzo Sassoli del Prado, Gobernador del lugar, sobrevino el terremoto, con cuyo temor huyeron los compañeros, y él se puso de rodillas dentro de la misma chimenea pidiendo á S. Felipe que lo librase. Cayó sobre su cabeza una gran piedra; pero no le causó otro daño que quitarle el gorro y hacerle una señal en un dedo. No bien ocurrió esto se le vino encima toda la chimenea, á tiempo que invocó de nuevo al Santo; pasada aquella turbacion del momento, se encontró, sin saber cómo, puesto en pié al principio de la escalera, y bajándola de seguida, vió con asombro y singular alegría que tanto ella como el techo de la casa se arruinaron completamente. Resolvieron los médicos sangrarlo por el gran susto y trabajo que habia sufrido, mas él lleno de una santa confianza no quiso admitir este remedio, diciendo «que pues san Felipe lo habia librado de las ruinas, tambien lo preservaria de cualquiera otro mal;» y ofreciendo un voto de plata en el altar del Santo, en la iglesia de los Padres del Orato-

rio de Aquila, publicó el milagro, declarando debia la vida á la proteccion especial de san Felipe.

Sírvanos para concluir la presente materia el pasmoso y singular patrocinio con que san Felipe Neri defendió y libró al Emmo. cardenal Orsini, despues Pontífice Benedicto XIII, cuando se vió en aprieto semejante; mas no sea nuestra pluma la que refiera este suceso, sino solamente la suya con que lo escribió y testificó: «A honra de Dios, de la santísima »Vírgen María y del glorioso S. Felipe Neri, »testifico yo Fr. Vicente María Orsini de la ór»den de Predicadores, miserable pecador, aun »con juramento, *circumpositis Sacris Evan»gelíis*, que habiendo habido un terremoto en »mi ciudad de Benevento á las dos y media »del sábado 5 de junio de 1668, y encontrán»dome en mi cuarto, situado en la parte su»perior del edificio, en conversación con un »caballero, diocesano mio, mientras se hacia »hora de Vísperas, se undió la habitacion en »que estábamos, y caimos envueltos entre pie»dras y escombros con suerte desigual, pues »él quedó muerto, y yo ileso, defendiéndome

»la cabeza algunos maderos, que quedaron
»trabados sobre mí lo suficiente para dejarme
»respirar. Habia en mi cuarto un armario, en
»el que tenia todas las pinturas que represen-
»tan los hechos mas célebres de mi glorioso
»protector S. Felipe con intencion de colocar-
»las en la casita que habia edificado fuera de
»la ciudad. Este armario pues cayó tambien
»sobre los maderos que me defendian y se
»abrió sin embargo de estar cerrado con lla-
»ve, saliendo las figuras de la vida del Santo,
»las cuales se esparcieron en mi derredor, y
»sobre mi cabeza quedó la que representa al
»Santo cuando vió á la Beatísima Vírgen sos-
»teniendo con su mano el coro de su antigua
»iglesia de la Vallicella. Sobre el armario ha-
»bia caido un gran chapitel de mármol, y sin
»embargo de esto en todo el tiempo que estuve
»entre aquellas ruinas no sentí peso ni inco-
»modidad alguna, pudiendo rezar en voz alta
»algunas oraciones. Mis familiares me dicen
»que permanecí así por espacio de hora y me-
»dia, pero á mí me pareció, sin duda por gra-
»cia divina, que no habia estado un cuarto de
»hora. Llegó pues el P. Lector Buonaccorsi

»de mi Orden, y aunque no entendió mis pa-»labras, oyó mi voz, y junto con el señor ca-»nónigo Pablo Farella empezaron á quitar es-»combros, y llegando otros dos entre todos »me sacaron, sin que nos lastimáramos con »las piedras que se precipitaron al remover »ellos los escombros. Hecho esto el citado ca-»nónigo vió bajo mi cabeza la referida imágen »del Santo mi abogado, mientras que otro me »presentó á besar otra que representaba la »resurreccion de Pablo Maximi. Pero aunque »salí con muchas heridas en la cabeza y en la »mano y pié derecho, sin embargo no sentia »dolor en ellas, como que aquella misma tarde »prediqué y dí el Viático á un enfermo. Sola-»mente me cargó una fluxion á los ojos por la »mucha cal que me entró en ellos. Pero no »terminan aquí las mercedes de mi Santo, »pues que libró igualmente á toda mi familia »sin que pereciera más que un lacayo, el cual »estaba fuera de casa. Preservó igualmente el »Santo á los Presbíteros de la Congregacion »de la Mision, que habia introducido yo en »mi ciudad, y á todos mis seminaristas, aunque »se arruinó tambien el seminario; de modo

»que á gloria del mismo Santo puedo decir:
»*Quos dedisti mihi*, ya que á él debo el honor
»de ser Arzobispo, *quos dediste mihi*, repito,
»*non perdidi ex eis quemquam*; puesto que
»hizo conmigo el Santo lo que sucedió en el
»terremoto del año 587 en Antioquía, en el
»que murieron sesenta mil personas, y el
»obispo Gregorio salió salvo con todos los su-
»yos, aunque se arruinó sú casa. A mas de
»esto entre las ruinas de todos los edificios de
»la ciudad el Santo ha conservado el archivo
»arzobispal, la chancillería, la habitacion de
»mi Vicario en donde habia muchos papeles,
»la biblioteca de mi Cabildo metropolitano,
»en la que se hallaban los escritos mas im-
»portantes de mi Iglesia, y en una palabra el
»Santo ha conservado todos los documentos,
»que pertenecian al gobierno de ella. Para
»mayor confusion mia aun continúa el Santo
»favoreciéndome con su misericordia, pues
»que habiendo ido á venerar su capilla en la
»iglesia de los Padres de Nápoles, al salir de
»ella se me cayeron todas las costras de las
»heridas de la cabeza, aunque en la de la ceja
»tenia materia de mal género el mismo dia

»que fuí á la capilla, que fué el viernes 18 de »junio; y hoy mártes 22 me encuentro bas»tante aliviado de la vista con la bendicion »del Santo, y espero firmemente que este, »que *cœpit, perficiet*, contra la opinion de »tres famosos médicos los cuales me han des»ahuciado, pero yo con las reliquias de mi »Santo voy consiguiendo mas que con sus re»medios. Es de advertir que cuando entré en »su capilla no podia resistir la luz, y cuando »salí llevaba en la mano un hacha de cuatro »pábilos, sin esperimentar incòmodidad nin»guna en los ojos. Por lo que en perpétua me»moria del beneficio que me ha dispensado mi »Santo, y para que *in dies magis crescat* la »devocion hácia él, estiendo esta relacion que »firmo y signo para que no se dude de su au»tenticidad. Nápoles en mi convento de san»ta Catalina de Formilio, mártes 22 de junio »de 1688.»

FR. VICENTE MARÍA CARDENAL ORSINI,
Arzobispo de Benevento.

Lugar del † sello.

DINI, *Secretario.*

He aquí las certificaciones de los médicos citados.

«Yo doctor médico físico, Vicente Crisconio, certifico y confirmo cuanto en su relacion dice el eminentísimo señor cardenal Orsini sobre la enfermedad de sus ojos.»

«Yo doctor Santolo Sica médico-cirujano, certifico y confirmo cuanto sobre el mal de los ojos refiere en su narracion el eminentísimo señor Cardenal.»

«Yo doctor físico, Federico Meninni, certifico y confirmo cuanto dice sobre la indisposicion de sus ojos el eminentísimo señor cardenal Orsini.»

Esta es pues lector benévolo, la relacion hecha por el Cardenal de los prodigios que esperimentó, la cual se imprimió en Nápoles y otros puntos para que llegáran á noticia de todos. Muchas fueron las mercedes que recibió del Santo este Cardenal; pero las mereció; pues que aun antes de recibirlas no cedió en devocion hácia él á los Borromeos, Cusanos y Paravicinos, los cuales trataron con tanta familiaridad al Santo. Pero no contento con esta relacion puso por testimonio eterno en la

capilla del Santo en la Congregacion de Nápoles una gran plancha de plata, en la que se representa la ciudad de Benevento arruinada por el terremoto, y al eminentísimo Cardenal arrodillado ante la imágen del Santo; y además colocó en la pared el hábito que tenia puesto cuando el terremoto, el cual estaba manchado de algunas gotas de sangre. Habiéndose divulgado este gran prodigio se ha aumentado no poco la devocion al Santo; y aun desde Madrid la princesa de Cariati, mujer del duque de Gandía, rogó al Cardenal que le mandase una de aquellas imágenes del Santo que le rodearon cuando el terremoto.

Terminaré pues con el otro prodigio de que tuve noticia con motivo de este. Entre los muchos que se congratularon con el eminentísimo Orsini por su salvacion fué uno el abate D. Julio Lucenti de la órden Cisterciense, el cual le dá cuenta en la carta que copio, de la merced milagrosa que le concedió el Santo. Dice así:

«Impedido por una molesta enfermedad no »he pedido hasta ahora congratularme con »V. Ema. por el milagroso suceso de Bene»vento. No he dejado sin embargo de bendecir

»á Dios por habernos conservado á V. Ema. »como á Lot de Pentápolis y á Noé de la inun»dacion universal. Solo el pensamiento de »V. Ema. bastará para levantar de nuevo la »ciudad arruinada, teniendo en sí la coinci»dencia de haber sido el último Arzobispo de »la antigua y ser el primero de la nueva Me»trópoli de Benevento. Y yo al escribir la his»toria de los obispados de Italia tendré grande »interés en dejar á la posteridad la relacion »de las gracias, que ha dispensado á V. Ema. »la divina Providencia por medio del glorioso »S. Felipe Neri de quien obtuve la salud en »mi infancia, cuando cayendo por las escale»ras de mi casa me metí por la garganta el »cuchillo que llevaba en la boca, por lo que »hubiese muerto si no me hubiera visitado el »Santo, con el cual gocé de una dulce con»versacion mientras que los demás me creian »difunto. A las voces de mi madre acudieron »los vecinos, los parientes y los médicos, los »cuales esperaban que lanzase el último sus»piro cuando me vieron volver én mí y curar »de mis heridas sin tomar otro alimento que »la sangre de ellas. Por esto pues fuí con mis

»parientes descalzos á la Iglesia Nueva con un »cuadro de voto para dar gracias á Dios en su »Santo, el cual *falsa laude non indiget;* pero »no debe privarse de la verdadera, y Dios »sabe que *non mentior*. Cuanto á mí me suce»dió en la inocencia de mis años otro tanto ha »sucedido á V. Ema. en la consumada perfec»cion de sus virtudes; y siempre, siempre, »sean benditas por ello las tres Personas om»nipotentes en su Santo. Celebro infinito que »por diligencia de V. Ema. se haya puesto en »seguro el archivo de su Iglesia, y lo mismo »creo se haya conseguido con las reliquias. »Consuélese V. Ema., porque Dios le quiere »Padre del futuro siglo, y sea á su tiempo, »segun el comun deseo, en beneficio de la »Iglesia de los creyentes, entre los que me »inclino á V. Ema. con la mas humilde reve»rencia. Roma en el convento de S. Victor »21 de agosto de 1688.»

De V. Ema.

Humildísimo y obligadísimo servidor,

D. Julio Abate Lucenti.

Como esta carta hablaba del Santo, quiso leerla el Cardenal á los Padres del Oratorio, quienes sacaron copia de ella, y yo la he transcrito desconfiando de poder referir tan admirable suceso, con la felicidad con que *lo* hizo la elegante pluma del P. Abate.

FIN DE LA VIDA DE S. FELIPE NERI.

APÉNDICE

de varias cartas y un soneto del glorioso
S. FELIPE NERI.

CARTA PRIMERA.

Al santo Cardenal Cárlos Borromeo.

Nuestro Señor (así nombran en Roma al Sumo Pontífice) me envió anoche una carta escrita por V. S. I. (con este título solo eran en aquel tiempo tratados los Cardenales) en que muestra estar muy mal satisfecho de nuestra Congregacion, porque supone que dos de nuestros Sacerdotes, despues de prometer, se arrepintieron de ir al servicio del duque de Baviera y que esta novedad es contra la obediencia de su Santidad. Parecióme, con aquella libertad cristiana con que V. S. I. acostumbra á proceder en sus negocios, darle cuenta de este suceso, no por otro fin, sino para que quede seguramente certificado de la verdad. Sepa, pues, que aquellos dos Sacer-

dotes que decian tener intento de ir al dicho servicio, no son hombres de esta Congregacion, sino capellanes de la Compañía de la Caridad de S. Gerónimo, con la cual no tenemos comunicacion alguna. Y que tales sean los dos Sacerdotes, V. S. I. se puede informar de monseñor Especiano. En lo demás V. S. I. y Rma. esté ya cierto de que en este particular no intervino obediencia de Nuestro Señor, cuya noticia le doy asertivamente porque yo mismo en persona traté este negocio con su Santidad, á quien me veo obligado á alegar por testigo. Suplico, pues, á V. S. I. y Rma. se digne de no creer de nosotros tanta contumacia, cuanta seria la de contradecir á la obediencia de Nuestro Señor, porque cuando así fuese, creeriamos haber incurrido en un gravísimo yerro y pecado, de los cuales pedimos y esperamos que Dios nos libre siempre con su gracia. Y rogamos á V. S. I. se digne favorecernos con sus santas oraciones; y cuando le ocurra cualquiera otra cosa de mí y de los nuestros que merezca correccion, se digne de hacernos esa caridad que la recibirémos como singularísima gracia. Y

yo con todos le beso humildemente la mano. De Roma 15 de julio de 1581.

De V. S. I. y Rma. devotísimo siervo,

FELIPE-NERI.

CARTA SEGUNDA.

A la Señora Doña Flora Ragni, su primera hija espiritual.

Aunque jamás escribo á nadie, no puedo dejar de hacerlo á mi hija querida como primogénita mi señora doña Flora, la cual deseo florezca, y que despues de la flor produzca buen fruto, fruto de humildad, de paciencia, de todas las virtudes, albergue y receptáculo del Espíritu Santo; que esto suele ser quien comulga á menudo; y si tal no fueseis, no os querria por hija; ó á lo mas por hija sí, pero ingrata; de suerte que en el dia del juicio, quisiera estar al lado opuesto de vos. Pero Dios no lo permita: sino antes bien os haga flor fructuosa como llevo dicho, y toda fuego de amor divino en que vuestro pobrecito padre

que se muere de frio pueda calentarse. Junio 27 de 1572.

Todo vuestro,

FELIPE DE NERI.

CARTA TERCERA.

Al Santo Cardenal Arzobispo Cárlos Borromeo.

Ilmo. y Rmo. Monseñor:

He recibido la carta credencial que me ha entregado el abate Agustin sobre las cosas de S. Simon. El Padre Juan Pablo podrá decir á V. S. I. lo que han resuelto estos señores Diputados, y que tenemos ánimo de ir á Milan á trabajar por Dios, y á donde le plazca llamarnos á su divina Majestad; aunque, segun la prudencia, no estando aun nuestras cosas formadas y establecidas aquí en Roma, parece que no debiamos dar tan agigantado el primer paso. Por lo demás no habiendo tenido aun ocasion de obrar, manifiesto á V. S. I. el deseo que tengo de servirle ahora y siempre,

y con la oracion tratarémos de tener tambien parte en el bien que Dios nuestro Señor obra por su mano en esa ciudad, rogando la prospere á honra y gloria suya. Beso humildemente la mano á V. S. I, y le ruego me bendiga juntamente que á esta nuestra pequeña Congregacion. Roma 13 de mayo de 1572.

Humildísimo siervo,

FELIPE NERI.

CARTA CUARTA.

Al Ilmo. Sr Obispo de Fermo.

Dios sabe que mi deseo y el de toda la Congregacion seria que el Instituto del Oratorio fuese dilatándose por el fruto que produce continuamente, y al mismo tiempo emplearnos en este servicio, porque nos parece que esta es nuestra vocacion; pero midiendo nuestras fuerzas actuales, creo que debo refrenar mi anhelo de ver nuevos Oratorios fuera de Roma, por grandes que sean las instancias

que se me hayan hecho por muchos, y particularmente por los ilustrísimos y reverendísimos de Santa Práxedes y Paleoto para Milan y Bolonia, con los que nos hemos escusado siempre, como ahora lo hacemos, obligados por las mismas causas, con V. S. Rma. y con su ciudad, que con tanta amabilidad nos convida; sintiendo no poder corresponder á la confianza y devocion que tienen hácia nuestra Congregacion. Empero deseando dar al menos algun medio para que se cumpla su deseo, hemos pensado que V. S. Rma. podria mandar á Roma por algunos meses á dos de los Presbíteros, que sientan esta inclinacion, y que le parezca tienen aptitud para el ejercicio del Oratorio; los cuales, frecuentando y practicando nuestras cosas, podrán con ayuda del Señor instruirse de modo que por sí mismos sepan emplearse en este servicio, y de nuestra parte recibirán toda introduccion posible, ofreciéndome yo á tener de ellos el mismo cuidado, que tengo de los mios. Y si para consuelo de V. S. Rma. y de su ciudad les pareciera que fuese uno de la Congregacion para dar principio, me esforzaré por complacerle, cuidando

despues con el mayor celo del progreso de la misma. Por lo demás, dígnese tenernos por suyos y mandarnos. Dios nuestro Señor le conserve en su santa gracia. Roma 13 de enero de 1580.

Servidor,

FELIPE NERI.

CARTA QUINTA.

Al muy R. Sr. M. Victorio de la Ancisa.

FLORENCIA.

La ocasion que os movió á escribirme sobre la llegada de los señores Cambini y Salviati, fué para mí materia de mucho gusto, así por la noticia que me dais de vuestro estado y del servicio que haceis á Dios nuestro Señor y á las almas en esa ciudad, como porque me dais á conocer los dichos señores, de los cuales estoy muy edificado y consolado, por descubrir en ellos mucha bondad, acompañada de otras cualidades propias de señores cristianos. No dejaré, ya que así lo deseais, de

encomendaros á Dios nuestro Señor, y de pedirle que os infunda cada dia mayor fuerza y virtud, con que podais sustentar el peso que os quiso poner sobre los hombros. Y esto deseo sumamente por el respeto á la patria, en cuyo beneficio espiritual redunda todo vuestro trabajo : y tambien por la satisfaccion del Ilmo. Sr. Cardenal, que tiene mucha necesidad de Ministros en esa su diócesis, y por honra de la divina Majestad, en quien confio que la hará abundante en vos con su gracia. Y así os pido que en recompensa rogueis tambien por mí, que lo necesito mas, cuanto aproximándome yà á la muerte, no conozco haber hecho cosa buena. Y ofreciéndome cosa de vuestra satisfaccion que pueda hacer, os saludo con católico y amoroso afecto. De Roma 7 de abril de 1595.

Vuestro hermano en el Señor,

FELIPE NERI.

CARTA SESTA.

A mi honrada hermana en Cristo, Flora Ragni.

NÁPOLES.

Recibí el frasquito de maná de S. Andrés que me embiásteis, y me fué muy agradable, por ser cosa devota, y os lo agradezco. En vuestra indisposicion, esforzaos á conformaros con la voluntad de Dios que os la envió, porque si bien os causára algun tormento en el cuerpo y alguna mortificacion en el alma, no dejándoos gozar aquellas devociones y ejercicios espirituales que acostumbrais tener cuando estais sana: con todo, si os esforzáreis á tener paciencia y resignaros en la voluntad del Señor, lograréis tanto bien para vuestra alma, que antes sentiréis padecer tan poco, por ganar tan grande premio, de que Dios nuestro Señor os conceda la gracia. Rogadle por mí, que yo lo haré por vos, y vivamos de suerte que, no pudiéndonos ver mas en esta vida, nos veamos en la otra para siempre con aquella alegría que gozan los Santos

en el Paraiso. Y á vos me reencomiendo, de Roma 15 de abril de 1580.

Vuestro, como hermano en Cristo,

FELIPE NERI.

CARTA SÉTIMA.

Escrita á un jóven que pertenecia á la Congregacion, y quien contra la voluntad del Santo, quiso volver á su patria para convalecer de una enfermedad, y yendo con el P. Germánico Fedeli, no volvió.

Verdaderamente queria yo que Germánico no partiese de Roma tan de prisa, y que tú no te detuvieses tanto tiempo con el amor de la carne y de la sangre : de tu madre, digo, y de tus hermanos. Porque me acuerdo muy bien que los santos Mártires Marco y Marcelino, aun ya vencedores de la muerte y de varios tormentos, pero vencidos del afecto de padres é hijos, estuvieron muy próximos á negar á Cristo, si S. Sebastian no acudiera luego á confortarlos con gravísimas palabras. Si acaso me alegares los muchos gastos por

causa de los estudios, no sé como no los harias mayores en cualquiera otra parte. En cuanto á tu salud, yo no entiendo cómo puedas aplicarte á estudios mas graves, si te agrava una leccion, aunque breve, y te postra en tierra; y á mi parecer no será menos que un milagro, si en tal caso aprovecháres. Pues si te aplicáres á emprender la fatiga de los negocios domésticos, eso no es otra cosa que volverse al siglo y dejar á Cristo, el cual si se gusta, aunque ligeramente, te puedo decir: *Quam bonus et suavis est Dominus!* y por el contrario: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* ¿Mas podrás acaso tolerar con buen ánimo, que cansándote tú y fatigándote, pasen tus hermanos, aunque ellos sean de bellísima índole, descansadamente, y vivan deliciosos y contentos? Pero dejando todo lo demás, si no tuvieres espíritu de Dios, de liberal, te harás avarísimo, y á los tuyos mismos serás odioso, porque innumerables veces suele la codicia de las cosas engendrar entre los parientes discordias y enemistades. ¿Qué mas? Caminarás conforme á la carne, no hallarás descanso, sino angustia y tristeza de

corazon. Tu misma madre (lo que Dios no permita) se dolerá grandemente de haberte quitado y desviado del camino de tu salvacion; la bella índole que mostrabas, la perseverancia que prometias, ganaron nuestros ánimos; no tu ciencia, tus riquezas, ni alguna otra cosa tuya; pues muchísimos de los nuestros daban y contribuian con cantidades mayores que tú. Por tanto, en tu voluntad está el volver ó no volver, que aquí á ninguno queremos forzado. Pablo Emilio te debe servir de ejemplo y de confusion, y esto baste (1).

(1) Esta carta la trae el P. Barnabeo, historiador del Santo, núm. 350; y este Pablo Emilio que aquí se cita, fué sobrino de Gregorio XIV, y entonces perseveraba en la Congregacion, de la cual solamente salió cuando lo sacó su tio el Pontífice, haciéndolo Cardenal, y despues Obispo de Cremona.

SONETO.

Que S. Felipe compuso en su mocedad.

Se l' Anima ha da Dio l' esser perfetto,
Sendo, com'e creata in un instante,
E non conmezzo di cagion cotante,
Come vincer la dee mortal oggetto?
Là vè speme, desío, gaudio, e dispetto,
La fanno tanto da se stessa errante,
Si che non veggia (el' ha pur sempre innante)
Chi bearla potria Sol con l' aspetto.
Come ponno le parti esser rubelle
A la parte miglior, nè consentire;
E questa servir dee, commandar quelle?
Qual prigion la ritien, ch' indi partire
Non possa e al fin cól pie calcar le stelle,
E viver sempre in Dio, é a se morire?

FIN DEL II Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

PÁG.

CAP. XXIII. De la luz maravillosa que le comunicó Dios al Santo para guiar las almas, y de los suaves medios con que procuraba alejar de la culpa á sus penitentes, principalmente á los jóvenes. 5

CAP. XXIV. De la suavidad con que guiaba Felipe á sus penitentes y saludable rigor con que al mismo tiempo los mortificaba. 43

CAP. XXV. Muéstrase Felipe admirable en librar á las almas de las tentaciones, en tranquilizar las conciencias agitadas de escrúpulos y en consolar á los tristes. 63

CAP. XXVI. Con incansable celo asiste Felipe á sus penitentes moribundos, consolándolos y ayudándolos en el último trance de la vida, auyentando al demonio, que luchaba por apoderarse de su alma. 77

CAP. XXVII. Ahuyenta Felipe las enfermedades con el imperio de su voz, y le obedecen la muerte y la vida; y para conservar esta á ciertos sugetos, estando en Roma en su cuarto, se hace presente en otros remotos lugares. 98

CAP. XXVIII. Ofrécenle al Santo varias veces las primeras dignidades de la Iglesia, y él las rehusa, como ajeno enteramente á los honores y gran-

PÁG.
dezas del mundo, y cómo humilde en alto grado. 110
CAP. XXIX. Del conocimiento que tenia Felipe de las cosas futuras, por lo que profetizó á muchos la muerte y la salud, á cinco Cardenales el Sumo Pontificado, y á muchísimos la Púrpura Cardenalicia. 137
CAP. XXX. Del gran concepto que tenia Roma de la prudencia de Felipe, y de la estima universal que hacian de su santidad aun las personas mas notables por su virtud, ciencia y elevada posicion. 160
CAP. XXXI. De las muchas enfermedades con que le ejercitó Dios durante su vida, y de la paciencia y resignacion con que las soportó. . . . 183
CAP. XXXII. Del amor filial que tenia Felipe á la Vírgen santísima, la que le favoreció en pago apareciéndosele muchas veces, y curándole de una mortal enfermedad. 192
CAP. XXXIII. Ultimas enfermedades de Felipe, y varias predicciones con que manifestó el dia y hora de su muerte, que acaeció en la noche siguiente al *Corpus Christi*, y su aparicion á muchos. 201
CAP. XXXIV. Despues de vestido el santo cadáver con los ornamentos sacerdotales, se le deja espuesto en la iglesia. Concurre infinitá gente á verle. Muchos quedan sanos con solo tocarle; y por fin, despues de haber abierto aquel cuerpo virginal, le dán honrosa sepultura los cardenales Federico Borromeo y Alejandro de Medici. . . 219

PÁG.

CAP. XXXV. Honores y alabanzas tributadas á Felipe despues de su muerte, y la devocion que le tenian, particularmente Nero del Nero, el cual erigió en su obsequio una suntuosa capilla á la que se trasladó su sagrado cuerpo. 233
CAP. XXXVI. Aunque habitante del cielo, no se olvida Felipe de los que dejó en el mundo, honrándolos con varias apariciones y restituyendo á muchos la salud. 260
CAP. XXXVII. Paulo V declara Beato á Felipe veinte años despues de su muerte, y concede á los Padres del Oratorio que puedan celebrar su misa y rezar su Oficio. Despues en el año 1622 le inscribe Gregorio XV en el catálogo de los Santos, y Clemente IX le concede el Oficio doble *per Orbem*. 276
CAP. XXXVIII. Refiérense los muchos y raros milagros, que S. Felipe obró despues de muerto. . 303
CAP. XXXIX. Prosíguense otros milagros del glorioso S. Felipe.. 315
CAP. XL. Continúanse otros milagros del santo Patriarca. 326
CAP. XLI. Refiérense nuevos y asombrosos milagros de S. Felipe. 344
CAP. XLII. Conclúyense los milagros del glorioso S. Felipe Neri y toda la historia de su admirable vida. 367

APÉNDICE

DE VARIAS CARTAS Y UN SONETO DEL GLORIOSO S. FELIPE NERI.

PÁG.

CARTA PRIMERA. Al santo cardenal Cárlos Borromeo. 387
CARTA SEGUNDA. A la Señora Doña Flora Ragni. su primera hija espiritual. 389
CARTA TERCERA. Al Santo Cardenal Arzobispo Cárlos Borromeo. 390
CARTA CUARTA. Al Ilmo. Señor Obispo de Fermo. 391
CARTA QUINTA. Al muy R. Sr. M. Victorio de la Ancisa. 393
CARTA SESTA. A la Señora Doña Flora Ragni. . 395
CARTA SÉTIMA. A un jóven que pertenecia á la Congregacion y por no seguir el consejo del Santo concluyó por salirse de ella.. 396
SONETO. Que S. Felipe compuso en su mocedad. 398


b89097313951a




89097313951
B89097313951A
Digitized by Google